

MARÍA ZABAY

La ALUMNA



María Zabay

La Alumna

Colección Novela • Editorial Arcopress
Directora editorial: Isabel Blasco López
Edición: Javier Ortega
Corrección y maquetación: José María Bravo
Conversión a epub: Óscar Córdoba

ISBN: 978-84-16002-95-5

Para mis queridos Mir y Alberto,
por vuestro apoyo incondicional.
Todos los libros serían pocos…

También a Laura, Leonor y Leticia.
Sin vosotras, nada sería lo mismo.
Os quiero.

No era amor. Fue otra cosa
Pero según murmuran en la ciudad aquella,
Yo cometí el delito de inventarte una estrella,
Y fue tuyo el pecado de ofrecerme una rosa.
No era amor, no era eso […].

No era amor, José Ángel Buesa

I

Abrí mis piernas como la que abre la agenda para acometer las tareas del día. Una pierna en la página del día par y la otra en la del impar. Su pene era la cinta que cuelga del lomo del dietario y te recuerda en qué día estás.

Lento pero rítmico, como la *Zarabanda* de Haendel, fue pasando el curso 2014-2015.

II

Jueves, 15 de septiembre de 2014.

Sonó el timbre y entré. Lo hice entre cientos de cuerpos unidos que se empujaban los unos a los otros. Busqué mi nombre en la lista pegada a los cristales de la recepción. Números y más números. Pero allí estaba, en medio, entre un sinfín de nombres y apellidos: Mariela Sánchez Baena, setenta y siete, aula tres. Una masa revuelta se repartía en pupitres organizados en filas escalonadas que aportaban cierto orden al desorden. Era el Aula Magna.

El último en entrar fue él. Lo hizo pausadamente, con su maletín negro en la mano izquierda y la derecha metida en el bolsillo del pantalón, observando sereno las gradas. Su mesa y la pizarra estaban en alto. Subió las escaleras, miró desafiante y, cuando el silencio se impuso en la sala, comenzó a hablar en catalán:

—Bienvenidos a Historia Contemporánea de *Catalunya*. Escuchen con atención porque aquí van a descubrir la verdad. Probablemente están ante la asignatura más importante del grado de Humanidades, porque con ella van a saber qué es lo que en realidad ocurrió en esta nación. Buenas tardes. Les veo mañana.

Fueron sus primeras palabras. Y las únicas. Tranquilas, serenas e inquietantes. Casi desafiantes. «¿Qué ha querido decir?», se preguntaban algunos en corrillos cuando se fue; otros conjeturaban acerca de él, de ese hombre alto y serio que había hablado diecinueve segundos y que, sin recomendar un libro ni estrenar la pizarra, se había marchado con su maletín, cerrando la puerta tras él.

Pensé que era un déspota, quizá un tirano; uno de esos que disfrutan haciéndose los interesantes y arrasando al alumnado a fuerza de suspensos.

—Nos espera buena con el guaperas —susurró una chica que tenía al lado.

Yo… lo comprobé.

Fue un martes, después de «Metodología de estudio y escritura

académica».

—¡Mariela!

Alguien me llama. Oigo mi nombre. Lo ha pronunciado una voz familiar, varonil. Su tono gélido me intimida. Me vuelvo sorprendida. Es él. Don Àlvar Colomer Casas, profesor asociado de Historia Contemporánea. Lo miro de arriba abajo, extrañada. Abro los ojos con perplejidad y mis mejillas se sonrojan. Parece un alumno de quinto curso. Viste impecable. Es atractivo, muy atractivo. Intensos ojos grises que perturban, piel cetrina, pelo negro (apuntan algunas canas por las patillas), raya a un lado, corto pero lo suficientemente largo como para que le caigan las ondas del flequillo por la frente. Le caen. También sus pantalones. Son vaqueros, ajustados. Calza mocasines acordonados que relucen; ni una mancha, ni rastro de un roce o un pisotón. ¿Les habrá sacado brillo en el descansillo? Ha debido frotar duro. La camisa es blanca, la americana azul marengo y la corbata plomo. Se me van los ojos al nudo; es muy grueso, demasiado. Lo miro y me doy cuenta de que es muy *sexy*. Su espalda parece la de un nadador. Me recuerda la del gran Camille Lacourt, cuando recogió el oro en Shanghái, y pensé que solo por verle yo nadaría piscinas, mares y océanos. No es Camille, pero incluso me gusta más. A estas alturas, ya he consultado por Internet y descubierto que tiene treinta y siete años, estudios en Harvard y sangre noble. Es el primogénito de una de las familias más ilustres de la tierra que me ha aceptado en calidad de adoptada, como ya lo hiciera antes con mis padres y mis abuelos.

—¿Se dirige a mí?

—Sí. ¿A quién, si no? —dice con una mueca simpática—. A María, la elegida, y Estela, la estrella. No se me ocurre nadie mejor a quien hablarle. ¿Qué le parece la asignatura? ¿Aprende?

Da la impresión de que se divierte. Sus labios esbozan una sonrisa pícara y sus ojos chispean como si sus palabras contuvieran algo que se me escapa.

—Sí. No sé… Todavía es un poco pronto. No llevamos ni dos semanas. —Lo cierto es que en este instante no soy capaz de recordar ni el título de su asignatura. Me siento ridícula y empalidezco. ¿Se puede saber qué tontería has dicho? ¿Acaso crees que él no sabe cuánto lleváis de clases?

Él me mira serio, con ojos fríos. Me pongo nerviosa, siento como un sofoco sube por mi garganta hasta quemar mis mejillas y mis orejas, y titubeo un «bueno» que suena absurdo.

—Parece interesante —intento arreglarlo.

—¿De veras? ¿No se aburre? —pregunta alzando una ceja y esbozando una nueva sonrisa, ésta un tanto burlona.

—En absoluto. —Menos mal, ahora sí he sido categórica. Esta conversación empieza a ser incómoda con tanta pregunta. Parece un

examen. Vuelve a ponerse serio.

—Me alegro. ¿Ve cómo ha tenido suficiente...? —dice él en respuesta al poco tiempo que acabo de alegar para entrar en valoraciones—. Somos animales y, como tales, nos movemos por impulsos.

No contesto, solo me pongo aún más blanca.

—Por instintos e intuiciones —matiza con el afán de suavizar su comentario—. Así que los suyos ya le habrán dicho algo. ¡Venga conmigo! Quiero darle una cosa —dice, y comienza a andar. Yo le sigo.

Me siento fascinada. Contemplo su espalda, recta, atlética, y sus pasos, firmes. Es el mismo hombre serio y *sexy* que todas admirábamos boquiabiertas mientras hablaba de no sé qué sobre señores y vasallos. Y está ahí, andando, delante de mí, para mí.

—No parece de aquí. ¿De dónde es? —me pregunta sin girarse.

—Nací en Badalona, pero tengo raíces de Málaga y de Granada, a medias. Mis abuelos emigraron a Cataluña después de la guerra y yo todavía me siento *granaína*, y malagueña. ¡Y de aquí, claro! —parloteo sin ser muy consciente de a quién tengo delante.

—¿Habla el catalán?

—Lo entiendo, pero no lo hablo nunca, salvo con alguna amiga. En casa siempre hemos hablado castellano o español, como dice mi padre. Es muy españolista.

Se gira y cambia el gesto. No le ha gustado. ¡Cállate, Mariela! Cállate de una vez. ¡Es tu profesor de Historia de Cataluña! A este paso te va a suspender antes de empezar el curso. No aprendo. Mira que me lo dice veces mi madre: «Hija, escucha y piensa antes de abrir la boca».

—No se ha integrado muy bien su familia... —apunta con sequedad mientras avanza con paso firme.

—¡Qué va! Sí que lo ha hecho. Está usted muy equivocado. —No lo está. Sonrío forzadamente—. Mi padre lo parlotea, lo que ocurre es que es andaluz de pura cepa y en casa quiere mantener algo de allí. Creo que lleva la Alhambra en las venas.

—Quizá debería volver —ahora parece crispado.

Se crea un incómodo silencio. Me quedo cortada. Continúa sin girarse. Justo llegamos a su despacho, introduce la llave y me cede el paso.

—Pase usted, señorita. Porque es señorita, ¿verdad? —lo dice sonriendo, con un tono pícaro que me ruboriza. Siento como dos braseros suben a mis mejillas y se instalan en ellas. Es guapo, muy guapo. E interesante. Tanto como directo. Y me atrae. Mucho. En exceso. Pienso que también yo a él, pero dudo. ¿Cómo saberlo?

Tan pronto pasa al interior del despacho, cierra la puerta. Es un

habitáculo grande, con un ventanal inmenso al frente. Ni una foto. Ni un recuerdo. Solo libros. Sobre la mesa hay colocados unos cuantos sobre unas cartas y algunas notas ininteligibles. De nuevo me da la espalda, esta vez para ofrecerle la cara a la gran librería que cubre toda la pared izquierda. En ella rebusca, saca libros, manuales y carpetas hasta que, por fin, da con él: *Els temps i el règimen de Wifred el pilós*.

—Tome —me dice tendiendo la mano.

—¿Qué es?

—Un pequeño estudio de Ramon d'Abadal sobre el conde de Barcelona, Wifredo el Velloso, y algo más. ¿Sabe quién es?

—No.

—Léalo. Es una pequeña ventaja que le brindo respecto a sus compañeros. Aprovéchela —vuelve a poner cara de pícaro, y yo me derrito.

—Lo haré.

Lo cojo como quien agarra un cofre sellado; atribulada, entre la decepción y la curiosidad. Me interesa él y me ofrece un folleto de un conde de doce siglos atrás. Lo aprieto contra mí, fuerzo una sonrisa y me marcho. Lo hago con la duda de si ha sido una excusa para hablarme, una manera de engancharme a su asignatura o una maniobra para adoctrinarme.

Él no se inmuta.

En el autobús de camino a casa, bajo la perfecta bóveda de la tarde, ojeo las primeras páginas del minúsculo estudio que con tanto ahínco ha buscado el profesor Colomer. Al parecer, el conde Wifredo el Velloso agrupó a una serie de condados bajo su gobierno, cuya unión se deshizo tras su muerte, en el año 897. ¿A quién le importa Wifredo? A mí no. Ni él ni su linaje hispanogodo ni su pecho frondoso —si es que era ése el motivo del apodo—. Lo cierro y mi mente vuela al pasillo de la Facultad, y de ahí a sus ojos, sus manos, su espalda y ese tono sereno. Repaso sus movimientos, y sus palabras. Tan pausado y seguro. Tan inquietante. ¿Le gustaré? Me encanta.

A la una de la madrugada todavía ando con el profesor Colomer en mis pensamientos. ¿Para qué dormir si es más bonito lo que sueño despierta? Ni el agotamiento puede con Àlvar Colomer Casas. Lo imagino en el campus, me espera de pie frente a la entrada principal del edificio, me sonríe, me acerco, me aprieta entre sus brazos, agacha la cabeza para darme un beso, yo estiro el cuello, rozo su barbilla con mis labios y me da vueltas como una noria, igual que me lo hacía mi

padre cuando era pequeña.

Por la mañana, cuando abro los ojos, deseo que pueda vivir mi sueño. ¿Y si se cumple? A lo mejor sucede… A mis padres les ocurrió. Mi padre vio a mi madre de espaldas en un baile, le dio un codazo a su amigo y le dijo «Con esa me caso», se acercó a ella, le pidió bailar y aquí siguen, bailando, veinticinco años después, sin parar.

Me ducho, me seco el pelo, me dibujo una raya negra sobre las pestañas alargándome los ojos, me aplico rímel, colorete y un poco de rosa coral en los labios. Quiero estar perfecta cuando me vea, aunque quizá hoy no me lo encuentre porque no tengo clase con él. Mi único deseo es cruzármelo y que me vuelva a hablar, que se fije en mí, que me desee. Basta con que lo haga la mitad de lo que lo hago yo.

Regreso a la universidad con Wifredo el Velloso dentro de mi bolso. En el autobús, leo cinco páginas soporíferas, hasta la veintidós. Es lo mejor que puedo hacer para que vea que me aplico. Quiero impresionarle, no soy una más. Voy a ser su mejor alumna.

Entro en el edificio. Me doy una vuelta por todos los pasillos, nada, ni rastro. Procedo a la segunda vuelta. Hay luz en su despacho. Debe de acabar de llegar. Me giro y regreso andando lo andado. De repente, lo veo. Está ahí, en la máquina de dulces y aperitivos. No me ha visto. Acaba de pagar algo, recoge unas monedas y saca una palmera de chocolate negro. La abre y mastica. ¿Qué hago? No sé si parar… Camino, me detengo, ando, me giro…

—¿Mariela?

¡Bien! Me ha visto.

—Hola —digo nerviosa.

—¿Qué hace aquí tan pronto? —me pregunta masticando la palmera.

—Quería leer en la biblioteca.

—¿Ha podido mirar el libro?

—Sí. Ya he avanzado mucho.

—Muy bien —sigue comiendo mientras habla. Da otro mordisco, saborea, se lame los labios recogiendo los restos de hojaldre y chocolate, pero se deja un pegote en la comisura. Yo aprieto los labios para no reír, pero no puedo evitar que se me escape una sonrisa.

—¿Le hago gracia?

—Es que tiene… Ahí —le digo señalando justo el trozo de chocolate.

Se pasa la mano y me hace una mueca simpática que me desconcentra.

—Bueno, señorita, mañana la veo. Vaya usted a leer. Yo tengo que lavarme los dientes.

De nuevo río.

No vuelvo a verlo en todo el día, pero pienso en él de manera

constante. Me pregunto si esto es normal.

Es hora de ir a casa. Tomo el autobús, me siento, de nuevo en el fondo, pegada al cristal, pongo el bolso sobre las piernas, saco mi tomo sobre Wifredo, busco la página veintidós y reanudo mi lectura. No aguanto a Wifredo, me aburre. Intento concentrarme, pero la imagen del profesor Colomer Casas vuelve a mí. Ese rictus suyo entre frío, afable e irónico me resulta un completo enigma. Para mí, ese hombre es un imán de atracción y me desconcierta pensar en él de un modo obsesivo. De repente, me noto mojada. Mi lencería está húmeda. Sueño. Sus manos me tocan. Estamos en la última fila, pegados a la ventana, el autobús va lleno, los cuerpos se rozan, pero nadie dentro nos ve, nadie; únicamente los viandantes, como en un escaparate.

Se ha deshecho la corbata. Estoy apoyada en su hombro, reposa la mano en mi entrepierna, un escalofrío me recorre y deseo que toda aquella gente se evapore y él continúe. Aún es de día. Nos señalan y nos acariciamos más. Más y con más fuerza. Entonces siento un gran calor que me sube por la garganta y, de repente, noto un codo en mi brazo. Es el chico de al lado empujando para bajarse. Lo hace de un salto. Yo también. Doy un traspié. Casi me caigo. Miro alrededor, unos chicos de unos catorce años se están riendo. Bajo la cabeza con cierta vergüenza y emprendo el paso hasta mi casa. Allí me espera mi madre con la cena. Caldo de pollo con acelgas y puerros, y tortilla de patata. La hace mejor que nadie, y también más que nadie. Empiezo a cansarme de verla en el plato tres días por semana. El piso entero huele a sofrito de cebolla y mi intestino está saturado de amarilidácea. Yo engullo mientras mi madre me interroga con sus preguntas curiosas sobre las clases, los compañeros y los profesores. Le apasiona que le cuente anécdotas minúsculas, que ella convierte en mayúsculas. Entretanto, mi padre pone caras de reprobación que no sé muy bien qué significan. Nunca le entiendo. Le ignoro, mastico, trago, hablo, pero, sin poder evitarlo, enrojezco de indignación. Él es así. Bueno como un santo; pero no basta con ser bueno. Hay que descomplicar lo enrevesado y hacer felices a los de alrededor. Él, en este punto, anda despistado. Me consta que lo intenta, pero tengo constancia de que no lo consigue. Creo que por culpa de su trabajo. Demasiadas horas en un taxi, esperando a llenar la cartera para que nosotros vivamos. Está agotado y, de alguna manera, frustrado.

En la cama pienso en el profesor Colomer y en lo que me ha ocurrido. Es la primera vez. Nunca antes he fantaseado algo así, y menos aún en un autobús. Me siento culpable. No por hacerlo, porque, entre mis amigas, es algo normal. Eso y mucho más. Lo de ellas es muy fuerte, o lo mío, no sé. De hecho, soy la única rara que solo lo hace con chicos,

y de uno en uno. Agnes e Iris se han enrollado varias veces entre ellas con el afán de experimentar. A mí me repele, siempre me ha parecido que no es posible encontrar atractivo a un hombre y a una mujer por igual, con el pene y las tetas, tan distintos; por el contrario, ellas dicen que hay que probar y disfrutar. A veces cuentan sus fantasías y otras se apuntan a rollos de amigas para formar un trío, un cuarteto o lo que surja. Como hace tres fines de semana. Fuimos a cenar invitadas por un relaciones públicas y un pintor de Tarragona, bastante cotizado en Nueva York. Nos emborracharon y, cuando ya no éramos capaces de vocalizar, nos propusieron acompañarlos a la cama. Yo me fui a la mía, pero Agnes e Iris se agarraron de la mano y desaparecieron entre las luces de la madrugada. La noche tenía aún mucho que entregar.

Otra que tampoco se queda corta en aventuras es Ana. Tiene un novio del instituto y, cuando el muy ingenuo la deja en la puerta de casa, ella sube hasta el quinto para enrollarse con un vecino divorciado que ya ha pasado hace tiempo la cuarentena. Y queda Roser, la más normal después de mí (si es que lo mío es normal). El mes de mayo del año pasado se acercó en el recreo al chico que le gustaba y le susurró al oído: «Estoy empapada. ¿Te vienes al baño a hacértelo conmigo?». El chico tardó una décima de segundo en agarrarla de la mano y comprobar cómo ella lo hacía con él. Toméu, que así se llama el chaval, salió temblando. De esa tarde en adelante, Toméu se pegaba a las faldas de Roser como un animal en celo y juntos se escapaban a saciar sus instintos. Después ni se miraban. Simplemente se usaban. La aventura duró tres semanas, hasta que un día los pilló la directora a mitad de la faena. Los expulsó y mandó llamar a sus padres. De poco sirvió, porque la sanción no hizo sino dejarlos más ociosos para mayores revolcones.

Y ahora llego yo con mis fantasías. Me siento bien. Rara, pero integrada. En cuanto lo cuente, seré una más. Lo que me preocupa es que haya sido con mi profesor y en el autobús. Esto no puede suceder en la realidad. Él ni se lo plantea y, aunque lo hiciera, ¿dónde voy con mi profesor por muy bueno que esté y por mucho que me guste y pierda la palabra, e incluso el equilibrio, ante su presencia? De nuevo me acaloro; lo recuerdo preguntándome de dónde soy y ordenándome seguirlo. Llegamos a la puerta, se detiene, se gira y me acaricia la mejilla. Lo hace suave, y me excito. Un escalofrío me recorre. Vuelve a tocarme, sus dedos bajan hasta mis pechos, roza el pezón derecho. Pasos, alguien se acerca, aparta la mano, abre, entramos, cierra, me besa de la boca a la oreja e introduce su mano por debajo de la camiseta. Sé que no debo dejarle, quiero frenarle, pero no puedo. Lo deseo. Su palma me acaricia. Oigo su respiración, gemidos lentos, sutiles, que suenan cadenciosos. Me habla ¿Qué dice? Es tan sensual… Mis braguitas se mojan, entreabro los labios, las bajo y comienzo a

tocarme hasta que siento cómo me mordisquea. Lo hace lento. Sus dientes me cogen y seguido sus labios carnosos me absorben. Repite. Sigue. Ahora su lengua trémula se introduce en mí como un taladro. Estamos en su despacho, sobre la mesa. Yo sentada y él arrodillado. Le rozo la bragueta con el pie y siento su pene hinchado. Está enorme. Es duro, late, pide consuelo. Gimo, tiro de sus brazos hacia mí, baja su cremallera, se lo saca, abre mis piernas y dejo que me penetre.

Sueño. Dulce sueño.

Jueves, 29 de septiembre.

Entra en el aula magna, suelta un brusco «buenos días» y, sin mediar palabra, escribe en la pizarra «Els temps i el règimen de Wifred el pilós, Ramón d'Abadal». Es el libro que me regaló. Habla de la unión de los condados, del núcleo que permaneció tras la muerte del conde, del inicio del independentismo el 6 de mayo del año 985, del saqueo de Barcelona por Almanzor. Es soporífero, pero lo escucho embobada. Los Francos, Barcelona, Gerona y Vic. Él mira al alumnado, a esa nada que conformamos muchos, y, de vez en cuando, me echa un ojo con mirada indescifrable. Nadie se da cuenta, seguro. Quizá ni él mismo es consciente. ¡A lo mejor no le importo después de saber que soy charnega, hija de unos pobres inmigrantes que hablan castellano! ¡Tal vez ya no le importaba antes! Qué sé yo. Da igual. Me sonrojo. Bajo la vista e intento disimular que tomo apuntes dibujando corazones que se entrecruzan. Pinto muchos, tantos que el folio podría pasar por la obra de un niño que traza rayas sin ton ni son.

Por fin termina la clase, pero me da pena, quiero que siga, verle, escucharle, observarle. Ahora toca filosofía. Paso, es un tostón. Me voy a comprar fluorescentes. Después volveré.

—¿Puede acercarse? —me dice señalándome desde su estrado, mientras yo desciendo la escalera camino de la puerta con los demás compañeros.

—¿Me dice a mí?

—Sí, a usted. Necesito su ficha —lo dice lo bastante alto como para que todos se enteren. ¡Mierda! Se están girando.

—Pero si se la di el segundo día… —susurro con el propósito de pasar desapercibida.

—Ya lo sé, es una excusa para que me diga qué le ha parecido el libro sin que sus compañeros se enteren de que ha tenido ventaja respecto a ellos —replica susurrando aún más que yo. Está levantando una ceja. Parece que juega—. ¿Viene después a mi despacho y me lo cuenta?

Asiento inclinando la cabeza y me escapo al descansillo, donde me espera el interrogatorio de mis compañeras inquiriendo cual agentes

de policía. Lo mejor que oigo es un «¡Hija de puta! ¡Te lo has ligado!».

—¿Qué te ha dicho? —pregunta Carmina.

Fátima mira. Creo que es muda porque nunca habla. Mira y calla; a lo sumo, asiente.

—Nada, la ficha. Todavía no se la he dado y parece ser que la necesita para ir familiarizándose con nosotros.

—¿La ficha? Pues a mí no me la ha pedido y tampoco se la he dado —me replica rauda Carmina. Es una arpía, lo sé, se le nota. Siempre hace algún comentario para criticar y, cuando está en pleno despelleje, las pecas de su cara se encienden y cobran un marrón intenso, ocre. Ahora lo están haciendo. Sé que me va a condenar.

Yo también me enciendo y opto por callar y dejarles hablar, sin prestar mucha atención a lo que escucho, mientras discurren mis pensamientos.

Al terminar la última clase, voy. Iría donde me pidiese.

Subo a la biblioteca para disimular, cojo un libro, lo ojeo; otro, y luego otro más, al azar… Ya ni leo, paso hojas como podría contar personas o mirar al horizonte. A este paso voy a acabar con la estantería. Estoy esperando a que no quede ni un alma. Cuando el bedel desaloje a los tres cándidos que queden sueltos por el edificio, bajaré disparada a su despacho. ¡Tengo tantas ganas de verlo!

Por fin sola. Creo que soy la última.

Confirmado.

—Oye chavala, tienes que irte —me dice el viejo bibliotecario con cara de pocos amigos mientras da una palmada bastante desairada que resuena. En realidad, no creo que sea muy mayor, tampoco joven. Es un hombre de mediana edad mal conservado con algo de giba que hace que el brazo derecho resulte más largo que el izquierdo. Lo peor son sus formas. Quita las ganas de estudiar a cualquiera.

—¡Venga, chavala! Que no tengo toda la noche. ¡A casa que ya es hora!

¡Qué poco educado! Parece amargado. Con lo simpática que es Matilde, la mujer que está por las mañanas. Es una especie de tía amiga que te sonríe y te pregunta qué tal estás y qué tal las clases. La he visto dos días y ya me ha explicado cómo funciona lo de los préstamos.

—Ahora mismo, señor.

Aprovecho que cierra la puerta con llave para escaparme corriendo al despacho de don Àlvar.

—¡Pero qué tarde viene usted! Ya me iba… —me dice con las manos en los bolsillos. Saca una, coge un lapicero de rayas amarillas y negras recién afilado y le propina un golpecito a la mesa, mientras abriendo la boca, añade—: Se lo ha tomado con calma.

Parece impaciente.

—Disculpe, estaba hablando con una amiga en la biblioteca y no sabía cómo quitármela de encima. —Es una mentira inocente para evitar decirle que soy una paranoica que teme ser vista.

—¿Qué le ha parecido Wifredo? ¿Se ha terminado el libro? —Está serio, vuelve a dar un golpecito en la mesa, suelta el lapicero y mete la mano en el bolsillo. Me gusta su polo. Está muy atractivo.

—¿Realmente fue tan importante en la formación de Cataluña? —es lo único que se me ocurre. Me impone tanto…

—Y en su independencia. Se puede decir que fundó la catalanidad. Léalo con atención y no pierda detalle. Hay muchos puntos clave —suena enigmático. Me pregunto si tiene tanto misterio o es él quien se lo quiere dar.

Me mira a los ojos, se queda ahí, clavado; y, de nuevo, se encienden las brasas en mis mejillas. Estoy ardiendo. Me doy cuenta de que no controlo la expresión de mi cara. ¡Mierda!, se me nota nerviosa.

De repente, se apagan las luces de los pasillos. El bedel ha desconectado el alumbrado general y nos hemos quedado con la única luz del flexo. Solos. Me siento inquieta. Por las claraboyas lo único que entra es silencio; misterioso, como él.

Y… me habla.

De «tú».

—Estás muy guapa.

Se levanta en lo que parece un arrebato contenido y rodea la mesa hasta mí con suma naturalidad, como si no hubiera dicho nada especial, mientras yo digiero su halagador comentario e intento disimular el tintineo que esas tres palabras tan bien sonantes me han provocado. Se detiene en el perchero, coge su abrigo, me levanto, se acerca a mí, casi rozando mi cuerpo. Noto un temblor. No es el suelo, soy yo. Me gusta. Nunca nadie me ha provocado algo semejante. Bueno, Oriol, pero fue a los trece años y se quedó en cosquilleo. Me duró quince días de julio, los que coincidimos en la clase de refuerzo a la que me apuntó mi padre con la ilusión de que el próximo curso fuese la más espabilada de la clase. Sueño que tan solo quedó en cabezada, porque el año siguiente continué engrosando el pelotón.

Oriol me gustaba, fue el primero que lo hizo —incluso sentí las consabidas mariposas en el estómago—. Lo veía cada día por la mañana, en el repaso y al salir de él, hasta que mi padre, como cada verano, nos llevó a mis hermanos y a mí al pueblo con mi madre. Los primeros días lo eché de menos, hasta que salí con Lolita y conocí a Fermín, un cachas vacilón que me conquistó mofándose de unos vecinos de nuestra calle que bailaban a Shakira sin ritmo alguno, en la plaza de las verbenas. Él sí movía las caderas con cierta gracia; y no

digamos las manos. Tanto que en un rato supo cómo hacerlas descender con pasmosa naturalidad hasta mis glúteos. Y allí me quedé yo, encantada mientras me tocaba el culo, hasta que apareció mi padre y me hizo uno de sus gestos aviesos. Paré en seco, bajé la cabeza y me fui directa a casa sin mediar palabra con mi progenitor. Él tampoco habló. Supongo que no sabía qué decir o, al menos, cómo decirlo. Sirvió de poco porque a la noche siguiente lo volví a ver y, en lugar de sobarme el trasero en la plaza con todo el pueblo de testigo, nos fuimos a la zona de los lavaderos, que no tenía ni asfaltado ni farolas. En septiembre, con Fermín lejos, Oriol y yo volvimos y fuimos novios durante tres meses y medio. Él era un santo, pero me acordaba de Fermín. Echaba de menos sus bromas y el descaro que tenía para tocarme y hacer cualquier cosa que no debía. Una mañana de domingo, sin otro motivo que el no encontrar motivos que me ilusionasen, llamé a Oriol y le dejé. Ni siquiera le dediqué cinco minutos en persona. Fue a través del teléfono, sin más contacto que el del auricular que sostenía con la mano mientras jugaba con el marcador. Recuerdo que colgué y respiré. Ahora éramos amigos, que es todo lo que se puede ser cuando alguien no te atrae. Pues eso… Nada que ver con este seísmo que acabo de sentir.

Don Àlvar se pega más. Es tan seguro… No titubea. Su mano derecha sube hasta mi mejilla y se desliza por ella. Siento que nada se mantiene firme en mí. No sé lo que va a hacer. Clava sus ojos en los míos como si quisiera declararme algo importante, ruego que no me bese, o que sí, que lo haga; calla, me mira; bajo los párpados y dice:

—¡Ay, esta niña! Vámonos, que ya es hora.

Brota un afluente de alegría que se transforma de súbito en una angustia rompedora. ¿Qué significa esto? Quizá es una forma de decirme que le gusto y que se muere por besarme, tal vez solo una expresión cariñosa sin más intención.

Ando en este devaneo mientras él abre la puerta. Me aparto a un lado para no obstruirle el paso y contemplo cómo por un segundo me sonríe y al siguiente me ignora. Guiña un ojo, el derecho, se le marcan las arrugas del rabillo surcadas por el cuco repetido de los años, el otro ojo destella; parece pasión (cuando menos, ilusión). Las sensaciones primitivas retoñan en mí.

Me turbo, muto como el cielo que ha pasado de añil a negro con algún resquicio plateado, fruto del resplandor de las numerosas estrellas que lo pueblan. Andamos hasta una puerta trasera cuya existencia desconocía, salgo y me despide aquí, sin sacar un pie.

—Adiós, jovencita. Ve con cuidado. —De nuevo guiña un ojo, esta vez el izquierdo, y las arrugas del rabillo se le marcan hasta alcanzar la sien.

Aparta la vista de esta pobre chica desconcertada que soy yo, sale y

cierra la puerta tirando del pomo con un simple golpe.

La frescura de la noche comienza a hacerse sentir. Ando iluminada por las altas farolas del campus sin ver más allá del profesor Colomer ni saber qué es lo que me hace sentir así. Miro hacia lo lejos. ¡Qué suerte!, apuntan los cegadores focos del autobús por el principio de la calle.

El trayecto hasta casa y la noche los paso analizando sus palabras y sus silencios; sus guiños y sus sonrisas. Cavilando si él cavilará.

Me despierto de un sobresalto, el de imaginar que no soy yo el objeto de sus deseos, sino Constanza, la rubia más atrevida de la clase. El primer día sorprendió a la Facultad al completo con una minifalda de flecos, unos botines de campo y un top ajustado por encima del ombligo (todo perfectamente combinado); el segundo arrasó con un vestido de volantes que justo le tapaba los glúteos y unas sandalias doradas que se anudaban a lo largo de la pierna; el tercero con una túnica blanca de algodón que le transparentaba la costura de la lencería y hasta la ingle y el esternón. De ahí en adelante, chicos y chicas la ansiamos expectantes. Quizá también Àlvar. Constanza, su sonrisa pícara y su lencería me han angustiado. Ominoso vaticinio. Àlvar no me llamaba, iba a su despacho y lo pillaba enroscado a Constanza en un solo uno desenfrenado. Estoy sudando, empapada de angustia, la de la amenaza posible. ¿Por qué no? Ella es alta, de ojos verde esmeralda. Habla castellano, catalán, inglés y alemán —su madre es alemana—, y su estilismo es el más sugerente del campus, y probablemente de la ciudad; yo en cambio soy una pequeña andalusí a la que sus padres obligan a llevar pantalones largos o vestidos tupidos y que apenas se defiende con el inglés y el catalán. Lo único con lo que puedo conquistarle es con mi sonrisa. Esa sí que funciona. Me blanqueé los dientes y relucen como el resplandor de las estrellas. Oriol siempre me dice que es la sonrisa más bonita que ha visto; aunque no sé si la opinión de Oriol vale mucho en lo que a hablar de mí respecta. Es tan bueno…

Me ducho y vuelvo a *Els temps i el règimen de Wifred el pilós*, de Ramón d’Abadal, con la intención de impresionarle con mi disciplina, aunque no puedo evitar despistarme pensando en él. Hoy no nos da clase, pero tengo que verlo. Lo necesito.

En la Facultad, me paseo por su puerta once veces. Ésta es la duodécima, las he contado afligida, con una mezcla extraña de alegría

y desazón; subo, bajo, vuelvo, me marcho, y, por fin, aparece doblando una esquina, me sonríe y yo abro la boca con una mueca boba que muestra mi ilusión.

—¡Qué alegría verla por aquí, Mariela! —ha vuelto al usted, pero no me importa porque tiene un matiz de complicidad, al menos yo lo veo.

—Buenas tardes.

—Voy a mi despacho. ¿Le apetece venir?

Encojo los hombros, inclino la cabeza levemente hacia mi lado izquierdo y respondo un sí titubeante.

—Sígame.

De nuevo estoy siguiendo sus pasos con la vista en esa espalda de nadador. Introduce la mano en su bolsillo, saca la llave, abre, sonríe, y me cede el paso. Entro y siento cómo los nervios se apoderan de mí. Soy un manojo de alegrías e inseguridades que me hacen cuestionar cada minúsculo detalle y buscar en él una señal. Mis manos se están humedeciendo; las paso por mis pantalones en un intento de secarlas, pero permanecen tal cual, sudadas. Las apoyo en el respaldo de una de las sillas y rezo porque no me las coja. No lo hace, se coloca a mi lado, echa un vistazo al reloj, alza la mirada hasta topar con la mía y suelta:

—¿Ya ha terminado sus clases?

Lo ha dicho con tono de cierto reproche que más suena a «¿no se estará saltando alguna?».

—Sí, ahora tocaría prácticas de Filosofía, pero el profesor dice que aún no hay materia suficiente.

—¡Vaya! ¿Y no sería mejor que avanzase en el contenido? —me pregunta con un mohín de desaprobación, sin apartar sus ojos de los míos.

Nuevamente me encojo de hombros.

—Supongo…

Lo único que sé es que me encanta y que me impone tanto que siento angustia. Se aproxima con una prudente lentitud, se está acercando; lo tengo a no más de diez centímetros, levanta su mano, la pasa por mi pelo, ahora por mis labios; nerviosa doy un paso atrás, él esboza una mueca pícara y únicamente vocaliza un «tranquila» que todavía me altera más.

—¿Ha estudiado?

La pregunta la concluye con sus labios reposados en los míos. Me está besando, intenta meter su lengua en mi boca, pero le detengo abruptamente poniendo mi mano en su pecho y echando mi cuerpo hacia atrás. Él no se mueve, me mira, suelta un «vaya» frustrado. Observa. Supongo que está contrariado. Yo también. No sé por qué lo he hecho. Bueno, sí, por pudor, casi no lo conozco, y es mi profesor. Me siento violenta por la situación, ilusionada porque lo haya

intentado —prueba clara de que le gusto—, y avergonzada por haber reaccionado como una niña.

Me mira con detenimiento, se acerca nuevamente, tan lento que puedo analizar cada detalle de su rostro. Ésta vez no me voy a resistir, «un beso, es solo un beso, Mariela», me digo. Roza sus labios con los míos y antes de llegar a apoyarlos, se retira, me mira serio y dice:

—Vaya con sus compañeras, señorita Sánchez.

Lo miro triste. ¿Qué significa esto? La felicidad de creerlo interesado se desvanece. Él pone cara de saber que es tanto más deseado cuanto más confuso e inaccesible resulta.

Dios, ¿qué he hecho? Lo he ahuyentado. Se me presenta una duda: si habrá desistido para siempre. Quizá no, quizá vuelva. Si le gusto no se podrá resistir, me dirá algo, no sé qué, pero algo; a fin de cuentas, todos los hombres buscan alguna excusa cuando piensan en una chica, por arisca o recatada que ésta sea, y lo mío tampoco ha sido tan grave. ¿O sí? Abandono el despacho con estas cavilaciones, emprendo paso hacia la cafetería, mis pies van solos, como por inercia, sin desviarse un solo grado a un lado u otro. No veo a nadie más que a Fátima, ella no se ha dado cuenta. Avanzo con cierta pereza, me siento, saludo con un simple «hola» y la miro esperando a que me cuente algo, pero no; había olvidado que es casi muda (estúpido error el de la genética dotándola de cuerdas vocales). Regreso a Àlvar, me sumerjo en mis dudas amorosas atormentada por mi estúpido acto de alejarlo.

Jueves, 29 de septiembre.

Amanezco con nubarrones, como el cielo. Si continúo con esta zozobra voy a enloquecer. ¿Cómo se puede sufrir con tanta vehemencia por alguien de quien hasta hace unas semanas no conocía ni siquiera su existencia?

En la Facultad reanudo mi vagar sin rumbo por los pasillos con la intención de verlo, me detengo en el tablón de anuncios. Son las nueve de la noche. El bedel debe de estar a punto de echarnos a todos. Hay ofertas de habitaciones, pisos, apuntes, clases particulares y hasta una Vespa *vintage*. Simulo estar leyendo algo interesante. De repente, unas voces profundas rompen el sigilo, tiemblo, creo reconocer una de ellas; me giro, es Àlvar con el profesor de Derecho Civil. Serios, regios. Susurran sobre una tesis, oigo algo del tribunal; no les gusta, el presidente es un inepto y la secretaria es del bando contrario. Pasan por mi lado, me ha tenido que ver, pero ha actuado como si fuese transparente. Me quedo cabizbaja frente al corcho; me voy a ir. Se oye una puerta, pasos, me giro con lentitud, al fondo está él, detiene los pies y alza la mano. La agita con ímpetu indicando que vaya. ¡Ha salido a por mí! Emprendo el paso, él hace lo mismo, se mete en el

despacho y deja la puerta entreabierta; veo la rendija, cada vez está más cerca. Empujo la puerta y lo veo con las piernas ligeramente abiertas y las manos en los bolsillos.

—Buenas tardes, señorita. ¿Qué hace todavía por aquí a estas horas?

Sus ojos grises sonríen. Lo pregunta con un tono tan pícaro que me perturba.

—He estado estudiando en la biblioteca.

—Parecía muy interesada en los anuncios…

Se oyen pasos lentos fuera. Imagino que los del disciplinado bedel, atendiendo sus últimas funciones. Pero no. Son cuatro pies que se aceleran desacompasados, andan sin armonía, unos parecen pesados y los otros livianos, de repente se oye un susurro y, acto seguido, resuena una carcajada femenina.

—Estaba curioseando… —Soy idiota. Me acabo de declarar cotilla.

Afuera sopla el viento y azota las ventanas. Se apagan las luces generales y, de nuevo, nos quedamos acompañados por el silencio que entra por las claraboyas.

—¿Le apetece tomar algo, Mariela? —me pregunta muy seguro. Es lo que más me sorprende de él; su seguridad.

Está iluminado por la tenue luz del flexo. Unos roedores carcomen mi estómago. Siento que no hay respuesta correcta. La que me apetece es indebida, y la adecuada me entristece.

—¿Quiere?

—¿No le han enseñado que no se responde a una pregunta con otra? —Apenas puedo ver su cara, pero apostaría a que está sonriendo. Me he quedado cortada. Es tan seco…

Hago lo que puedo para camuflar el efecto de sus palabras. Sonrío.

—Entonces… ¿le apetece?

Quiero y me digo que no debo. El sí y el no se debaten en mí. ¡¡Es mi profesor!!

—Bueno… —es todo lo que puedo articular. No debo de sonar muy convincente porque tarda unos segundos en responder.

—No se sienta intimidada ni obligada. Es algo inocente. Se ha hecho tarde y es hora de cenar. ¿Usted cena, no es así? ¿O acaso es una de esas jovencitas obsesionadas con la figura que hacen dieta?

—No.

—No, ¿qué? ¿No se siente intimidada, no cena o no hace dieta?

Me está incomodando. No me gusta el cariz de la conversación.

—No me siento mal —trago saliva.

—¿Y pica algo, o quiere mantener la línea?

—Sí, ceno.

Toca mi nariz con un golpe juguetón al tiempo que me pregunta cómo un «*pescaíto* frito» puede ser tan hermoso. El *pescaíto* soy yo. No

hay resistencia. Mis piernas tiemblan. Me encanta. Estoy perdida. Y asustada. Pero no lo voy a detener; esta vez no. Me preocupa pensar que se canse de intentarlo. Creo que me estoy derritiendo por fuera como lo estoy por dentro. No sé si lo nota, supongo que sí, y aún me pongo más nerviosa al imaginarlo. ¡Bésame, por favor! ¡Bésame! Bueno, no. Me estoy hablando a mí misma. Inclino la cabeza y miro al suelo. Veo el vuelo de mi minifalda gris. Destacan los minúsculos topos blancos. Al fondo asoman las puntas de mis bailarinas negras. Estoy esperando a que me bese o a que se vaya. No sé lo que quiero. Supongo que lo primero. Él decide.

Me besa. Empuja mi cuerpo tembloroso hacia la mesa y me dejo caer en ella. No me he dado cuenta de cómo, pero lo tengo, tal como lo había imaginado la semana pasada por la noche, arrodillado enfrente de mis braguitas. Las roza. Apenas veo su cabeza. La cubre la minifalda. Se detiene, exhala, muerde la puntilla rosa del borde de las braguitas, las aparta a un lado con la boca y me besa suave. ¡Guau! No me puedo contener. Es mejor que en mis ensoñaciones. Yo me escurro, él exhala de nuevo. Pasa su lengua lentamente de abajo arriba, muy despacio, como si quisiese asegurarse de que roza cada milímetro. Regresa abajo. Besa mi pubis y absorbe mis labios lento y rítmico. Siento escalofríos, recorren mi cuerpo. Tengo la sensación de que estoy desvariando. Los actos de mi fantasía se reproducen paso a paso. Estoy cohibida, pudorosa de mis vergüenzas. Sin gestos, batallo ahogadamente contra mis impulsos primarios, los del deseo. Me gustaría frenarle, y sin embargo no me atrevo. Acerco mi pie izquierdo y noto su pene duro. Está muy duro. Quiero sentirlo. Tiro de sus brazos, le beso y, mientras tanto, desabrocho su cremallera. Él saca su miembro. Lo toco. Está hinchado, venoso. Apenas puedo apretarlo con mis manos. Lo intento, pero necesito apoyarme. Las llevo atrás. Él sube mi camiseta; me introduce el pene, empuja, jadea y yo con él. Gimo, una y otra vez; yo y él; él y yo; con él; los dos juntos. ¡Dios!, nunca antes había sentido algo así; nunca, ni parecido. Las piernas me tiemblan y me retuerzo mientras mis ojos lloran. Estoy perdiendo el control. Él también.

—Tengo que salir o me voy a correr dentro —me dice entre eróticos jadeos que me excitan aún más. Ahora soy yo quien se va a correr, de un momento a otro. Pensar que está cerca, me acerca también a mí.

—No, no salgas —le suplico. No quiero que se vaya. ¡No, por favor! Que siga. Me excita saberlo ahí, a punto, sin control.

—Eres mala. Te gusta el riesgo, ¿eh? —dice con rictus de pícaro. Está disfrutando tanto como yo.

—No salgas. Por favor, un poco más, solo un poco más.

Clava sus ojos en mí, pero no ve. Sus energías están concentradas

en contenerse. Siento que no puede más.

—¡Dios! —gime, lo saca y se va encima de mí. Es un torrente que me salpica entera. Colomer coge su mano, la está apoyando en mi vientre. ¿Qué quiere? Comienza a hacer círculos restregando su semen y me susurra al oído.

—Eres muy buena. Si haces todo igual, voy a tener que ponerte matrícula —lo dice muy bajo, parece una confesión.

Le beso el cuello y… lo hace de nuevo; apoya sus rodillas en el suelo, retira mis braguitas a un lado y me lame. Yo me convulsiono. Estoy sensible. Siento el pulso de mis venas, su temblor. Huele a sexo, una fragancia indescriptible que me embriaga. Su lengua es un pincel que extiende su jugo por mis labios. Me chupa toda. Juega. Quita la mano de mi tripa, la estira y me da los dedos para que los bese.

—Chúpamelos —continúa excitado. Me siento más atractiva que nunca antes. Le gusto. Es una sensación maravillosa.

Obedezco. Hago lo que quiera. Lo haría todo. Estoy lamiendo su semen, quiero hacerlo. No me gustaría defraudarle. Me estoy dando cuenta de que me apetece quedarme así, con él, para siempre. Succiono los dedos, uno a uno, y los relamo con mi lengua.

—Me encantas.

¡Dios! Me ha dicho que le encanto.

Me frena con la otra mano y aparta las dos. Una la dirige a mi pecho; la otra, baja. ¿Qué hace? Sé lo que quiere. Las lleva a mi sexo, buscando el clítoris. Me muerde con suavidad y bate sus dedos. Él sí que es bueno. Un nuevo temblor me invade, es más fuerte que el anterior. No sabía que podía llegar a sentir tanto placer. No quiero terminar, pero voy a hacerlo. No quiero. ¡Ojalá pudiera parar, quedarme así, en ese estado permanente de placer! Pero no.

—¿Te gusta? —lo dice tocando los labios de mi sexo. Su voz es un susurro que me roza.

Ahora la que no contesta soy yo. ¿Qué pregunta es ésa? Me da vergüenza.

—Responde. ¿Te gusta?

Gimo. Es mi forma de decir sí. Don Àlvar se detiene, lo miro, tiene el pelo revuelto, se toca el miembro, de nuevo inhiesto, y me lo mete poco a poco hasta llegar al fondo de mi vagina, sube la mano, abre los dedos y se los pasa por el pelo. Es tan *sexy*… Me está cubriendo. Noto cómo no ha quedado ni un milímetro vacío dentro de mí. Basta un empellón para que yo pierda de nuevo el control. Él sigue. Cuatro embestidas más. Me rodea con sus brazos, se pega a mí, choca su nariz con la mía y siento sus estertores; sale y noto su semen mojando mi vientre.

—Mi Remensa… —es todo cuanto dice.

—¿Qué significa eso?

—No preguntes. Todo a su debido momento —sonríe con dulzura y me besa—. Confía en tu profesor.

¿¡Qué diablos significará!? No me lo puedo imaginar, es la primera vez que oigo esa palabra. Yo, mitad andaluza, mitad catalana, la reina de los palabros, no me imagino por dónde pueden ir los tiros. Ni siquiera la recuerdo bien, lo ha dicho entrecortado por los jadeos. «Ramensa», «remansa»… Quizá sea algo como dócil, o dulce, o sensual, o *sexy*. ¿Quién sabe? ¡Lo que sea! Da igual, si viene de él, me gusta.

No hace mención al hecho de que yo no me haya corrido. Parece no preocuparle. Quizá sí y no lo diga por vergüenza.

Me atuso la ropa, intento recomponer mi apariencia como si no hubiera ocurrido nada en ese despacho. Él me mira y juega tirando de nuevo de mi abrigo.

—¿Ya se va?

—No sé.

Realmente, no sé qué hacer. En realidad, sí que sé lo que quiero hacer; lo que no sé es lo que desea él.

—Sí, váyase. Dejamos la cena para otro día.

Me descompongo. Las toneladas de alegría que me sobrevolaban, acaban de caer implacables sobre mí, aplastando cualquier atisbo de ilusión.

—Una cosa más, muchachita —suelta mientras abro la puerta para salir. Lo dice con tal pillería que me temo que va a saltar sobre mí. A lo mejor no quiere que me vaya.

—Dime.

Me doy cuenta de que estoy sonriendo con cara de embobada.

—No olvides que soy tu profesor y que, como tal, me debes un respeto añadido, al igual que el resto de tus compañeros. No vuelvas a hablarme de tú. Siempre de usted. Yo te tutearé para que te sientas más cómoda —vuelve a poner esa cara de pícaro.

Me siento helada, como si me hubieran encerrado desnuda en un congelador. No sé qué decir. Estoy tan cortada. Asiento a falta de una palabra adecuada. No entiendo nada. ¿Lo dice en serio? Acabamos de hacer el amor o algo que se le parece mucho.

En el autobús no fantaseo. Me basta con pensar en la realidad. Estoy bañada en sudor, las piernas me tiemblan y siento cierta desazón, mezcla de ilusión y temor. También cierto agror por la forma en que me debo dirigir a él. Llego a casa desaliñada, con *Els temps i el règimen de Wifred el pilós* en la mano, sobre la carpeta.

—¿Qué es eso? —dice mi madre apuntando con el dedo hacia mis pantalones.

Es una mancha blanca, pastosa. ¡Dios! Me agobio. ¿Será…? La miro, la raspo con las uñas y sonrío mientras busco una respuesta rápida y verosímil.

—Batido de vainilla. Se me ha caído, soy una torpe.

—¡Hija, siempre lo mismo contigo! Vas a lavadora diaria. El día que tengas tu casa no sé cómo te vas a apañar. Vas a necesitar un sueldo solo para detergentes y agua.

Por suerte, mi padre —que casi nunca se entera de nada, más allá de lo que hagan su Betis y su Español— ni mira la mancha. «Cosas de mujeres», debe de pensar. Sí que pone los ojos en Wifredo.

—¿Qué haces con ese libro?

—Nos lo ha recomendado el profesor de Historia de Cataluña.

—Historias, historias… Todo eso es una pura invención.

—¡Qué tonterías dices, papá! Éste es el conde que unió Cataluña, comenzó a luchar por el independentismo de los francos y el que creó la bandera con las cuatro bandas rojas.

—Un respeto, niña. Tonterías las justas. A ver si te suelto un sopapo. Tu padre no dice tonterías. En vez de tanto Facebook, Tuenti, Twitter, series y saliditas con tus amigas, lee un poco más la prensa y te enterarás que todos esos cuentos los utilizan los políticos en las campañas electorales para engañar a incautas como tú.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Artur Mas lo utilizó en su campaña de las elecciones de 2006, rindiéndole un homenaje, y hasta él mismo reconoció que la mitad de las hazañas que se le atribuían eran mentira.

—¿Cómo va a ser mentira si le rindió un homenaje?

—Documéntate un poquito, hija. Coge el ordenador ése que me hicisteis comprar tus hermanos y tú, y que me costó cinco mil kilómetros más dando vueltas por la ciudad, y busca lo que te digo. El señor Mas se atrevió a soltar que «la inexactitud histórica de Wifredo no hace los hechos menos ciertos o valiosos». Con dos cojones. ¡Hay que tenerlos bien puestos para decir eso y salir al día siguiente a la calle! Esto es la antología del disparate.

Yo no respondo. No sé qué decir. Es una de esas pocas veces que, si se ajusta a la realidad, creo que tiene razón. Voy a comprobarlo.

—Mira a ver lo que te cuentan en esa Facultad. Tu padre será un simple taxista, pero lee y oye mucho.

Empieza con sus complejos de taxista, con padre taxista emigrante que se buscó las habichuelas y que ahora vive en la mejor plaza de Badalona, con balcón de metro y medio al parque. Me da pena. Creo que está acomplejado. El primer signo de ese sentimiento calamitoso está en su persistente insistencia en recordar que es taxista. Lucha, trabaja, lee, nos cuida, quiere ser mejor y hacernos mejores, darnos más, pero nada de eso le sirve porque debajo de todo su esfuerzo

diario subyace el lamento de ser solo el conductor de aquellos que, en realidad, le gustaría ser y nunca podrá ser. Le faltan abolengo y unos cuantos ceros en la cuenta. A veces me pierdo en la ilusión de ser yo quien, un día, consiga un buen trabajo que me permita comprar una casa grande en la que una chica me cocine y otra me limpie, y llevar ahí a mis padres para que no tengan que trabajar más. Sueños…

Mi padre continúa con su monserga. No le presto atención y mientras me retiro pasillo adentro camino de mi habitación, con vistas a un muro (el del edificio de al lado), escucho lo que le dice a mi madre.

—Ya te digo yo, Carmela, que la Universidad está en la calle. La teníamos que haber mandado a Córdoba, a estudiar Medicina como su tío Ramón, y que, por lo menos, nos pudiese curar cuando nos diese un achaque. Que tú y yo no somos jóvenes. Ya me dirás de qué narices le va a servir leerse libros en catalán de unos de ni sé cuántos siglos atrás de los que no se habla en ningún otro sitio más que aquí y porque los nacionalistas los rescatan para inventarse abolengo. Historia tenemos nosotros, y si no que se lo pregunten a tu Mezquita, o a la Alhambra, ¡o a la Giralda! Todavía no he visto nada que se le parezca aquí. Un Colón de un palmo enfrente del puerto, que tienes que usar prismáticos para reconocerlo porque las palomas son más grandes que él. Ni los turistas lo ven. Siempre tengo que andar señalándoles con el brazo fuera del taxi. Un día me lo van a segar. ¡Manda huevos! De toda la vida de Dios, esto ha sido parte del Reino de Aragón y el famoso conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV, que se casó con la reina de Aragón Petronila, nunca recibió el título de rey de Cataluña y Aragón. ¿De qué cojones hablamos? ¡Aquí no tienen arte ni historia!

Mi madre le interrumpe. Menos mal.

—¡Calla, Pepe, por Dios! —no se molesta en nombrarle a Gaudí, quizá porque tampoco se acuerda de él.

—Me callo, pero tengo razón —sigue con la monserga. Él es así. Cuando la coge con algo no hay quien lo mueva de ahí.

—Te lo pido de verdad, cállate. Barcelona es preciosa. Somos unos afortunados de vivir aquí. Es una ciudad con cultura, arte y dinero. El puerto es maravilloso, el Colón de lo más bonito y las Ramblas y el paseo de Gracia, ¿qué?

—Aún vas a preferir esto a Sevilla, Córdoba o Granada —responde mi padre indignado.

—No se trata de preferir. Se trata de ser objetivos y no menospreciar.

No puedo oírle. Cierro la puerta de la habitación, pero aun así distingo sus absurdos comentarios desde dentro. Me gustaría salir y mandarle cerrar la boca. ¿A quién le interesa esa sarta de

paparruchadas que está soltando? Lo hace por el aciago resentimiento de haberse oído alguna vez que no es catalán y que Cataluña es mejor que España. No se da cuenta de que toda la bondad que alberga se desvanece cuando se enfrasca en esa lucha sinsentido.

Continúa.

—Y encima, le estoy hablando, coge, se va *pa* dentro y se queda tan ancha. ¡¿Qué respeto es éste a su padre?! Que soy el que la trajo al mundo y el que le da de comer todos los días. A esta cría le hacen falta dos bofetones bien dados. ¡O cuatro!

En la cena no se habla más ni del libro ni de la Universidad ni de Cataluña. Para distender, mi madre saca a relucir a su prima Conchi que tiene al pequeño con una especie de relámpagos en el testículo derecho (que digo yo que con decirnos que le pinchaba uno, nos habría sobrado, qué más nos da si era el izquierdo o el derecho; pero mi madre es así. Dulce y habladora. Se enrolla en todo tipo de detalles. La hora, el minuto, el segundo, si hacía sol o estaba nublado… Todo. Pero no se da cuenta. Y, como no es consciente, corta el sermón de mi padre y te aliña la cena con uno más largo). Como, además, es muy dada a los dramas, elucubra más de lo que lo haría cualquier mente razonable y el tema se convierte en una posible patología de difícil cura y tratamiento imposible que le puede costar la vida. Estoy a punto de resoplar y… Ocurre. Un mensaje. A mitad del segundo plato.

«Me ha encantado besarte. Y tenerte. Buenas noches, mi *pescaíto*. Descansa».

Pienso en cómo ha conseguido mi número, y recuerdo que lo anoté en la ficha de clase.

—Y ahora, el móvil. ¿Es más importante que la cena? —refunfuña mi padre—. Igual es Wifredo, Carmela —ironiza mirando a mi madre. Como de costumbre, es ella quien pone orden.

A mí me entra la risa, no consigo contenerla.

—Mariela, haz el favor, que no hemos terminado. Deja el móvil para luego.

Me meto en la cama, estoy cansada, todavía me tiemblan las piernas, cierro los ojos y pienso en él, pero no me duermo. ¡Mierda! Son las cuatro y no he pegado ojo. En parte por el enamoramiento, en parte por la situación. Algo también por su comentario. Y para colmo, Wifredo y Más. Todo vuelve a mí y, como en *El Aleph* de Borges, sucede de forma simultánea. Noche. Oscura. Siento como si cien mil flechas de Cupido estuviesen atravesando mi corazón, una sensación

desconocida, nunca antes he sentido semejante amor, ni confusión. Pienso, asustada. No sé qué hacer. ¿Reír, llorar? Tengo ganas de hacer las dos cosas al mismo tiempo, y ninguna. No puedo pegar ojo.

Por la mañana, me levanto con dos plomos colgando cada uno de un brazo, otros dos de las piernas y dos más de los párpados. Toda yo soy un plomo. Entera. No voy a la biblioteca. Prefiero el sofá de casa y la telenovela venezolana con el móvil al lado por si llama. Es el capítulo mil quinientos setenta y nueve. Ya ha pasado de todo, pero me da igual. Me engancho, es lo bueno de este tipo de seriales, no importa el día que los pilles porque en todos ocurre lo mismo, todo con superlativo: un rico joven y bueno, su madre perversa, la novia mala malísima y una sirvienta guapísima y buenísima que se enamora del rico bueno, y él de ella, pero no pueden ser novios porque está mal visto. Les hacen la vida imposible hasta que, al final, se saltan los convencionalismos y reglas de su estatus social, y se casan. Lo que no entiendo es por qué la gente se pone tan nerviosa con el último capítulo, si todos saben de antemano que acabará en boda. En el de hoy toca desengaño.

—¿No tienes nada, hija? —pregunta mi madre con sorpresa cuando me encuentra, al volver de la compra, con la «ísima» llorándole a moco tendido a su prima porque Luis José Carmelo le había pedido que no hablaran más con un «Lo nuestro es imposible, Enriqueta Emilia Claudia».

—No.

Es verdad. No tengo ningún plan mejor que esperar una noticia de mi profesor tumbada en el tresillo, todo lo poco larga que soy. Un palmo más de piernas y tendría un tipazo, como Enriqueta Emilia Claudia (la sirvienta buena de la que está enamorado el rico de la telenovela). Ya se podían haber esmerado más mis padres. Un palmo. Únicamente pido un palmo. Es más, me habría conformado con medio, incluso con tres dedos cruzados que me harían llegar al metro sesenta y cinco que, con tacones, sería uno setenta y tres y ya aparentaría estatura. Pero, ¡nada! Todo para mis hermanos. Ellos son altos, aunque no tanto como Tkachenko —aquel pívot de la selección soviética que pasaba los 2,20 allá por los ochenta, y con el que mi madre me comparaba a diario cuando me ponía pesada con lo de que era demasiado baja—. «Mejor de tu estatura, hija, que como el largo ése de Tkachenko, que no entra por las puertas. A ti te valen todos, los altos y los bajos. Si hubieras salido espigada tendrías menos mercado». Lo soltaba y se quedaba tan contenta, convencida de que no era posible más sabiduría en una respuesta. Lo dicho, que andan sobrados de centímetros. Alcanzan casi el uno ochenta. Mis primas también me sacan por lo menos cinco centímetros. Y he ido a ser yo la única de la familia que ha rescatado los genes de la bisabuela Cirila. ¡Si es que soy

gafe! Por lo menos he sacado los labios carnosos de mi madre y los ojos almendrados de mi padre. Él siempre me dice que soy pequeña pero muy resultona. Le recuerdo a una tía suya de rasgos agitanados y algo indígenas que volvió locos a todos los andaluces y forasteros que pasaron por su lado. «Con esa cara te camelarás al que quieras, como Carmen, pero a mí no, hija, que soy tu padre; así que ándate con cuidado y no me pongas caritas, que me da igual», me recuerda cada vez que me grita y le respondo con uno de mis gestos de niña buena. En realidad, ya casi no lo hago. Hace mucho que no lo hago. Me desquicia tanto que no me siento capaz de disimular, prefiero demostrarle que me parece un inoportuno.

—¿Qué haces viendo eso? Al menos ponte las noticias del mediodía. Tu padre tiene razón, no te preocupa lo que pasa. Tenéis que estar preparados, hija. La cosa está muy mal. Mira, me acaba de contar la Puri, en el mercado, que han despedido a su hijo del taller.

—¿El que se acaba de casar? —le pregunto por confirmar.

—Sí, el que se casó en agosto con la novia embarazada. Fíjate, recién casado, con una criatura en camino y sin un solo ingreso. ¡Menudo disgusto lleva la Puri! Normal, porque, aunque quiera, con lo de su marido no llega para todos y anda haciendo cambalaches con las ofertas de un supermercado y otro. Hasta ha perdido peso. ¡Qué panorama!

Ha conseguido que me olvide de la longitud de mis piernas. Me incomoda oír cosas de «la Puri». Todo. Ella, su nombre y su historia. Huyo. Prefiero volver a los condados catalanes de Abadal.

Cojo el autobús y me presento en la terraza de la cafetería de Derecho. Allí siempre hay alguien. Están mis compañeras Vicky y Mireia. En la mesa más pegada a la pared. Es nuestro sitio. Nos cae lejos, pero vamos porque es donde acuden los más guapos; aunque a mí me da igual porque todos me parecen unos pringados al lado del profesor Colomer. Ojeo el móvil, lo desbloqueo y lo remiro con ansiedad para comprobar que no ha sonado, y… Efectivamente, ¡nada! Ni una señal. La pantalla continúa tal cual.

—¿Qué te pasa con el móvil, Mariela? ¿Esperas llamada? —me pregunta Vicky con curiosidad.

—Nada. Era por hacer algo…

—¿Cómo se llama? —insiste Vicky.

—¿Sabéis con quién me gustaría hacérmelo a mí? —pregunta Mireia.

Nosotras ponemos cara de póquer. Qué vulgar. Podría ser un poco más femenina.

—Ni idea. ¿Lo conocemos? —pregunta Vicky.

—Ya me gustaría. Lo conocéis de vista, como yo, pero eso no me sirve de nada —hace una pausa y confiesa—: ¡Con el profe de Historia Contemporánea de Cataluña! Está tan bueno, habla tan bien y tiene un morbo… —Hace una pausa en la que da la impresión de que se lo está imaginando como yo en el autobús—. El otro día descubrí un grupo en Facebook con su nombre. Tiene mil trescientas *fans*. Yo una de ellas —reconoce con entusiasmo.

Me quedo tan perpleja que no sé qué contestar. Vicky lo hace por mí.

—¿Tantas? Son demasiadas. Tampoco me parece para tanto el hombre. Y además es viejo.

—¿No te gusta? A mí me pirra —reconoce Mireia casi desmadejada.

Me angustio. Siento incertidumbre. ¿Qué pasa si va ella al despacho y se le insinúa? A lo mejor le gusta más que yo, a lo mejor le sirve cualquiera.

—No sé, no le encuentro tanto *sex appeal*. Mariela nos lo podrá decir mejor. El otro día la llamó —suelta mirándome con picardía.

Empiezo a pensar que Vicky es otra arpía como Carmina.

—Fue por la ficha. No se la había dado. Estoy contigo, Vicky, no es para tanto. Y demasiado serio. Prefiero a un vecino mío que está para hacerle un favor.

Me lo estoy inventando. No prefiero a nadie. Solo a él. A don Àlvar Colomer Casas, a mi profesor, maestro, doctor; todo mío, para mí, tocándome, besándome, sin compartirlo con ninguna.

Colomer entra en clase consultando unos apuntes. Los extiende encima de la mesa, arranca con un «¿Qué supuso la expedición de Almanzor?», y comienza a andar y desandar una línea paralela a la pizarra que marca el baldosín de gres. Yo, a lo mío: los corazones.

—Almanzor fue la constatación de que los francos no eran capaces de garantizar la protección de Cataluña.

Hace una pausa con mirada intrigante y prosigue:

—La barrera que Carlomagno había levantado entre los árabes y territorio franco para salvar los condados catalanes fue burlada, y del *Principat* salió, en el año 1010, una expedición que fue la muestra de que Cataluña estaba unida y dispuesta a luchar por su independencia. La expedición contra Córdoba.

Lo dice casi gritando. Tal es el tono que todos retiramos la vista de nuestras notas, en mi caso, del amasijo de corazones. Él vuelve a repetir:

—¡La expedición contra Córdoba sin ayuda de los carolingios! ¿Y cómo? Con la conciencia de lo que les estaba ocurriendo y de la

necesidad de ser un uno fuerte. Los condes de Barcelona, Urgell y Besalú se unieron con los obispos de Barcelona, Elna, Gerona y Vich, y lucharon.

A estas alturas de la explicación ya no hay nadie tomando apuntes. Todos, sin excepción, miramos el minutero del reloj para comprobar con angustia que no corre conforme deseamos. Colomer continúa con su sermón, que me acerca a Morfeo y a admirarlo. ¡Sabe tanto!

—¡He aquí el primer acto de afirmación autónoma!; así, pese a todo lo que se malcuenta por historiadores que intentan borrar cualquier hazaña de Cataluña, los catalanes fuimos los que hicimos la Reconquista. Solos —sus palabras retumban en el aula magna. Suenan como en una bóveda.

»Después nos ofrecimos a pactar un régimen de protección con los carolingios —se dirige a la pizarra y escribe con mayúsculas: Francesc Calça—. Éste es el primer historiador que dejó constancia de ello en 1558. Pocos lo conocen porque pocos se preocupan de la verdadera historia de esta nación, que no fue reino porque no quiso.

Nuestras caras dibujan la perplejidad. La mayoría recordamos que en el colegio siempre nos hablaron de Cataluña como reino; de hecho, cuando nos explicaron el descubrimiento de América nos dijeron que lo realizó el reino de Cataluña, a través de unos mercaderes catalanes e italianos. Y ahora resulta que no hubo reino, pero porque nosotros no quisimos. Un silencio se come el tiempo. Colomer lo deja avanzar y, por fin, prosigue:

—Parecen sorprendidos. —Colomer está disfrutando. Se nota—. Eso lo veremos a finales de la próxima semana o principios de la siguiente… Les adelanto que Cataluña no quiso comprar la corona. Nosotros no compramos, merecemos.

Hace una pausa de quince segundos desconcertantes y prosigue:

—Lo importante de hoy es que recuerden cuándo y cómo comenzó todo. Todos los caminos que llevan a algún lugar de interés se van estrechando. La evolución no es otra cosa que selección. El error de Cataluña ha sido ser inclusiva desde el origen. Ha confundido su grandeza de espíritu con claudicar. Eso se acabó.

III

Claudicar…

Yo también claudico. Ante él.

Solo ha tenido que llamarme. Lo hace después de esa exaltación de Francesc Calça.

—¿Puedes venir un momento?

—Tengo clase de… —le es indiferente. No me deja terminar.

—Será un momento, mi bella Remensa. Me gustaría verte —cuelga.

No necesita insistir. Subo corriendo, pensando en lo guapo que está, en su voz, en su cuerpo, en su olor, en lo que sabe, en lo que me gusta y en lo que he esperado esta llamada. Mi mote da igual. No me he acordado de buscarlo por el sabelotodo Google y sigo sin tener una alejada idea de lo que significa, pero me gusta, como todo lo que viene de él. RE-MEN-SA. Repito. RE-MEN-SA. Enfatizo. Cada monema suena fuerte, intenso. Retumba en mí y lo imagino a él, pletórico, explicándome por qué el linaje de Wifredo el Velloso fue el embrión de la Corona de Aragón. A mí, solo a mí. RE-MEN-SA. Cada sílaba es un peldaño. Los subo saltando, de dos en dos, sonriendo, enamorada.

Toco a la puerta.

—Su Remensa está aquí —le digo sumisa con cierto retintín, en cuanto oigo su «adelante». Y abro.

Colomer pone cara de alegría. Está sentado en el sillón anatómico, reclinado hacia atrás. Ya no hay carolingios, ni conquistas ni venganzas. Únicamente una sonrisa contenida. Sus brazos se estiran. Parecen querer alcanzarme.

—Cierra y ven aquí, mala *follá*.

Sus manos caen. No sé qué responder a semejante calificativo y me quedo sin expresión. Igual he oído mal.

—¿Por qué me llama «mala *follá*»? —le pregunto medio avergonzada. Eso no me lo había dicho antes.

—Porque tienes raíces «*granaínas*» —lo dice burlón, forzando un acento más andaluz que el de mis abuelos.

—Ah.

—¿No lo sabías, *pescaíto*? —ríe—. Es algo muy común, hasta un

señorito del norte, como yo, lo sabe.

—No —respondo con sequedad.

—La verdad es que a ti, después de lo que he podido comprobar, no es muy justo adjudicarte semejante calificativo —ríe. Es su manera de halagarme, con sorna, sin caer en ditirambos que me ensalcen.

—Me está sonrojando —le digo bajando la mirada. La suya es penetrante, me intimida hasta el punto de dejarme en blanco y hacerme sentir ridícula, sin ideas, palabras ni recursos. Tanto, que siento que ante él soy muy poco.

—Así me gusta, de usted —dice mordisqueándose el labio inferior —. Estás preciosa, ¿lo sabes?

Esto último sí que me hace ilusión. El «usted» ya me da igual. Quizá hasta lo haga porque le erotiza más.

Giro la llave, lo miro y me dirijo a él. Me detengo delante, firme. Con mi vestido rosa. Pega su barbilla a mi vientre, me rodea con un abrazo tierno y me susurra:

—Eres perjudicial para mí. No me podía concentrar sabiendo que estabas en clase. Me imaginaba tus pechos. Te he deseado tanto. Quería cogerte y besarte, desnudarte por completo. Comerte. Comerte entera. ¿Me oyes? Comerte —lo dice misterioso, bajando el tono, mientras sube las manos por dentro del vestido.

La gasa le acaricia. Al llegar a la cintura, comienza a tirar de mis pantis, los baja hasta la mitad de mis muslos y, de nuevo, sube las manos hasta alcanzar mis braguitas. Las desliza. Despacio, muy despacio. Sube el vestido con el mismo ritmo y acerca su boca a mi pubis. Me besa suave, lento, solo sus labios con los míos, depilados. Menos mal que me he vuelto a pasar la maquinilla esta mañana. Saca su lengua y me lame. ¡Diosssss!

—Me encanta cómo hueles —me dice siempre tan sensual.

Mis piernas tiemblan. Lo tengo dentro, con su lengua, dentro, más dentro, y, de repente, se detiene. ¿Por qué lo hace?

—Por favor —le ruego jadeante.

Se aleja y me mira, observando, disfrutando. Encuentra cierto morbo en mi angustia. Lo percibo.

—Por favor —le repito. Es casi una súplica.

—¿Qué? —se burla.

Lo oteo, me cuesta contestarle, no entiendo qué pretende, no quiero hablar, solo continuar.

—Que siga —le digo. Es una súplica.

—¿Por qué?

—Me gusta —tartamudeo en un tono casi inaudible.

—No. Bésame —me ordena dirigiendo los ojos a su miembro con una mirada indescifrable.

Me siento pequeña.

Me agacho, lo toco y noto sus latidos, acelerados. Apoyo mis labios en el bulto de su pantalón. Lo froto. Se mueve de placer como yo hace unos segundos. Bajo su cremallera, sus calzoncillos, y lo beso. Besos suaves, como los suyos. Entonces, abro mis labios y lo absorbo de arriba abajo; y, abajo, cuando lo tengo dentro de mí, vuelvo hacia arriba y al llegar a su prepucio, lo retiro con mis labios y chupo su glande. Lo lamo dibujando círculos con la lengua. Él se retuerce.

—Remensa, me voy a correr. Ven, dentro de ti. Quiero estar dentro. Ven.

Jadea. Sigo besándolo dos, tres veces más y me siento encima. Mi cuerpo se arquea como una cimbra. Gimo. Siento que pierdo la conciencia. No sé dónde me encuentro; solo veo luces y sus ojos borrosos entre ellas. Su pene encaja en mí, él se mueve y yo levanto mis nalgas y las dejo caer. Su boca va a mis pechos, de uno a otro, lamiéndome, absorbiéndome; de nuevo levanto mis nalgas y las dejo caer, gimo y me estremezco.

—Sí, sí… —ronroneo como una gata en celo.

—Sal, sal —me grita mientras empuja mi cadera para alejarme de él. Y se corre.

Silencio. Permanezco arrodillada, la cabeza reclinada en su pierna; él recostado con la cabeza apoyada en la pared. Coge mi mano y la lleva a sus abdominales, sobre el semen. La mueve en círculos como el día de antes había hecho con la suya sobre mí.

—Bésame, Remensa.

Ya no es dictatorial. Ahora suena dulce y me gusta más. Tengo ganas de volver a excitarlo, que se endurezca otra vez y vuelva a correrse. Animarlo poco a poco, disfrutando en ese punto del deseo absoluto. Lo hago. Le toco, me muevo, empujo el tirante derecho del vestido con la mano izquierda para que caiga. Dejo que resbale por el hombro, deslizándose, suavemente, descubre medio pecho, él me mira, el pezón asoma, se ve, me muerdo el labio superior, ahora el inferior, dejo los dientes, lo hunden, adquiere un tono más rosáceo, no aparta la vista, está clavada y él perdido, esperando a que haga algo más. Más. No lo dice, pero quiere más. Paso mi pecho por su boca, su pene se hincha y, de nuevo, gime. Está excitado. Bajo, acerco mi cara y comienzo a lamerle, al tiempo que acaricio sus testículos. Mis labios juegan. Lo beso, lo chupo, lo absorbo… El miembro está enorme, tieso y duro como un palo. Me levanta y lo apunta hacia mí. Entra. Yo subo y bajo las nalgas, subo y bajo, una y otra vez, rápido, muchas veces, cada vez más rápido hasta que siento que me contraigo y él suspira.

—No puedo más, ¡déjame salir!, pequeña, no puedo más.

Me retiro y, en ese preciso instante, justo a tiempo, se corre.

De nuevo, silencio. Absoluto silencio.

IV

He tardado en saber de él todo un día, y se me ha antojado eterno.

Me ha dado tiempo a buscar Remensa en Internet y descubrir que es el término con el que durante la Edad Media se designaba en la Corona de Aragón a los campesinos sujetos a la autoridad de un señor feudal y al pago que estos payeses estaban obligados a dar a sus señores, en concepto de rescate, para abandonar la tierra. Lo he hecho hace un par de horas, después de comer, y me he quedado decepcionada. Muy decepcionada. No entiendo qué relación puedo tener con las monedas de los campesinos. Necesito que me lo explique; aunque, por encima de eso, lo necesito a él.

Como si hubiera utilizado un cronómetro, veintitrés horas y cincuenta y tres minutos después de que saliera por la puerta de su despacho recibo un mensaje en el móvil. Sé el tiempo exacto porque en cuanto cerré con la manivela, le envié un mensaje a Ana para ver si le apetecía tomar algo. No hubo respuesta porque se encontraba en faenas más profundas con el vecino del quinto. Ese tipo no me gusta nada. Ella presume de que lo utiliza a él, pero en realidad es él el que la usa a ella. Jamás le ha propuesto otra cosa que no sea sexo en su casa. Han probado los sitios más rocambolescos —la encimera de la cocina, el borde de la bañera, el fregadero, la repisa interior de la ventana, el mármol del lavabo, la vitrocerámica…—. Nunca dejan de sorprenderme. Lo más curioso es que apenas han estrenado la cama.

Veintitrés horas y cincuenta y tres minutos después:

«¿Piensas en mí? Yo no dejo de hacerlo en ti, mi Remensa».

Casi me derrito de la ilusión. ¡Qué vulnerable soy! Miro la pantalla con una risa absurda y ensayo quince posibles respuestas hasta que doy con la adecuada:

«Mucho. No he dejado de hacerlo ni un minuto».

Envío y —como ocurre casi siempre que dudas y finalmente te decides— me arrepiento al instante con el remordimiento de haber sido excesiva. ¡Mierda! Además, he sido redundante. He repetido lo que me ha puesto él. Va a pensar que no tengo personalidad.

«Me muero de ganas de volver a verte. Sé buena. Un beso».

¡No puede ser! ¡Se muere de ganas! Le mando otro:

«¡¡¡Y yo, mi profesor!!! Un beso enorme».

Pongo cara de más idiota y con ella me quedo al menos dos horas durante las cuales no hago otra cosa que sonreír embobada, hasta que Roser me llama:

—Niña, ¿cómo vamos a quedar? ¿Vienes a por mí, voy yo o nos vemos allí?

—No sé, me está dando pereza. —Lo cierto es que estoy tan ilusionada con mi profesor que no me seduce dar vueltas para que tres borrachuzos me espeten cuatro mamarrachadas que no llevan a ningún sitio. Ahora soy otra. Estoy experimentando una suerte de metamorfosis hacia la madurez que me hace desdeñar a los de mi edad en pos de Àlvar; pero sé que Roser no lo va a aceptar.

—¿Qué? Mira, no digas chorradas y arréglate que voy a por ti. Sales como que me llamo Roser. ¿Qué vas a hacer, quedarte en el sofá viendo la tele como una vieja?

—Estoy cansada y hace un poco de frío.

—Pero si hace un tiempo buenísimo. ¡Qué «escuajos» dices! —Me hace gracia. He conseguido pegarle mis palabrejas andaluzas—. A mí no me vengas con tonterías. Vístete. ¡Y rápido! Tengo que ver a Jordi, a ver si, por fin, hoy me lo ligo. ¡Y no me vas a fallar porque te mato! ¡Me voy a poner la minifalda dorada!

Me doy por fastidiada. ¡Maldita sea! No me apetece salir, preferiría estudiar, correr o cualquier otra cosa de la lista de aquéllas para las que nunca encuentro tiempo. Pero, malas noticias, no tengo escapatoria. Ha dicho la palabra mágica: «Jordi», un moreno que la chulea desde hace dos semanas. Lo malo es que coquetea con ella y con todas las que frecuentan el bar. A veces he sentido la tentación de describirle su realidad sin remilgos, pero me da pena desilusionarla porque, a fin de cuentas, Jordi es un parche para hacerle olvidar a su amor, Tomeu, que la acaba de plantar sin más excusa que un simple e irrebatible «se me ha ido la ilusión».

—¿Y las demás? —Pueden ser mi salvación.

—Ana con su vecino. Les ha dicho a sus padres que se viene conmigo, pero se va a quedar a dormir con él. Hoy lo harán encima de la tele o debajo de la cama —se ríe—. Agnes e Iris tienen una fiesta pereza en un ático en Pedralbes. —Se disparan mis alertas. ¿Podría ser Àlvar? No, seguro que no. Sabría que es de un profesor de universidad o, como mínimo, le habrían dicho que es un tío bueno; aunque a lo mejor lo de tío bueno solo lo pensamos las de mi clase—. Quiero ver a Jordi. Me muero por deslumbrarlo con mis purpurinas doradas y apretarle un morreo hasta que se quede sin oxígeno.

Vago por la cocina, más buscando coraje para ser egoísta y hacer lo que me apetece que para comer, abro la nevera sin demasiado apetito y trasiego un poco de todo. Queso, jamón dulce y salchichón de la caja de embutidos, y chóped sin envolver que anda suelto en una balda. La primera rodaja estaba reseca y me ha dado una arcada. ¡Qué asco! No sé cómo me la he metido a la boca. Esto está malo seguro. Mi madre ni ha visto este chóped. Ella compra por si nos apetece picotear a media tarde, pero siempre nos dice que nos dejemos de marranadas y que comamos la comida que nos pone en los platos (que casi siempre son guisos o tortilla de patatas) y un bocadillo de jamón serrano o longaniza del pueblo a media tarde.

Salgo, bailo, bebo, miro el móvil, pienso en Colomer, en su espalda, en su sonrisa —esa sonrisa que me hipnotiza—. Moriría ahora por un beso suyo. Y me acuerdo de su ático. Las vistas, los cuadros, los libros, el sofá morado, la cama… ¿será él el de la fiesta?, ¿qué estará haciendo? ¡Ojalá me envíe un mensaje! Roser tontea o, mejor dicho, se deja tomar el pelo y, en resumen, nada. El flirteo ha revestido cierto misterio, pero vacuo. Ahora… A la cama viendo el mundo en tres niveles. Los de los *gin-tonics*.

Domingo. No sé nada de él. Ni una noticia. Tengo todo en duda. Cuento las horas con el minutero de la lacerante desesperación. El sol se pone bajo su cielo desvaído y me temo que el día va a gastarse tal cual.

Está siendo duro. Con la resaca, he pasado de una alegría desorbitada a una depresión profunda. El mundo es negro, me duele la cabeza, soy una ridícula. Ya lo sé… ¡Àlvar no me escribe porque se ha dado cuenta de que soy una más!

Mi única salvación es Roser.

—Estoy fatal —le cuento dramáticamente.

—Yo también. Me pasé con los güisquis —me dice a una velocidad ralentizada.

Pienso que querrá hablar de Jordi y cometo el error de preguntarle, por pura cortesía. La respuesta dura cuarenta y cinco minutos, con detalles a tiempo real que me dejan para el arrastre. Más pesada que una losa. ¡No! Cuarenta y cinco minutos, ya cuarenta y seis, dos mil setecientos sesenta segundos. Me duele el tímpano. «¿Quién te ha mandado preguntar?», me digo a mí misma a punto de desquiciarme. «Tú solita, por lista. Ahora tienes algún tipo de insecto instalado en el oído y no deja de moverse». Lo único que oigo es un zumbido incesante. Casi no recuerdo cuál es el motivo de que haya llamado. Solo el hecho de estar desesperada me hace arrancar.

—Necesito contarte algo. No lo sabe nadie, ¿vale?

—Vale.
—Júrame que no se lo dirás a nadie.
—Lo juro.
—¿Seguro?
—¿Estás tonta o qué?
Lo estoy. Sé que hago el idiota porque Roser no puede guardar un secreto más de tres minutos. Habla sin darse cuenta y se le escapan las historias, pero tiene sentido común, y lo necesito.
—Estoy mal porque me he liado con uno.
—¿Con quién?, ¿cuándo?
También es ansiosa. Es una de las cosas que menos me gustan de ella, porque casi nunca te deja acabar una frase; antes de que la termines ya está preguntando para saber más sobre lo que aún no sabe. Lo ha vuelto a hacer.
—Es mayor, culto, guapo, cariñoso, elegante, algo canalla…
—¿Quién es?
—Es que…
—Es que, ¿qué?
Me cuesta hablar. Los prejuicios pesan demasiado. Quizá se escandalice.
—Estoy enamorada. —Hago una pausa esperando que en algún momento ella me interrumpa, de nuevo, con una de sus sentencias, pero no lo hace, así que termino—: Es un profesor.
—¿De dónde? ¿Nuestro?
Me callo.
—¿Es de la *facul*?
A Roser esto le parece de lo más excitante y peligroso. A mí también.
—Sí.
—¡Qué dices!
—Estoy fatal. Me encanta.
—Lo que estás es loca.
—Ya.
Tiene razón. Solo puedo asentir.
—¿Quién es?
—No puedo…
—Anda, no digas chorradas. A ver si vas a venir ahora con secretitos. ¿Quién es?
Titubeo. No debo decirlo, pero se trata de Roser.
—El de Historia de Cataluña.
—¿Me hablas en serio?
—Sí.
—¿El tío bueno ése?
Sonrío. Me siento aliviada.

—Sí.
—¡Jooolín! Oye, pero ¿no es muy viejo?
—No.
—¿Qué edad tiene?
—Treinta y algo.
—¿Treinta y algo? ¿Cuántos?
—Treinta y uno. —Una mentira piadosa. Le quito para que suene a menos.
—¿Solo? Pues yo le echaría más.
—Más o menos.
—¿Qué es más o menos? ¿Cuántos tiene?
—Treinta y siete.
—¡Ostras! Otra como Ana con su cuarentón. Tiene casi la edad de mi padre.
—¿Qué dices?
—¿Cómo que qué digo? Mi padre tiene treinta y nueve, y este tío dos años menos. La bomba.
—Tú sí que eres la bomba. Mejor éste que es un hombre hecho que el inmaduro de Toméu.
—Pero con Toméu yo hacía lo que quería y con éste tú harás lo que él quiera. Te dobla en edad y en picardías.
No se imagina hasta qué punto tiene razón.
—¿No te da miedo? Es demasiado peligroso. Estaría muy bien como aventura si hubiese acabado el curso o si solo te fuese a dar un trimestre. El tema es que lo vas a tener todo el año, y, como te canses de él, no lo vas a poder dejar porque es tu profesor y te puede fastidiar.
—No es una aventura.
—¿Y qué es entonces? ¿No pensarás casarte con él?
La miro en silencio. Abrumada.
—¿Os habéis enrollado?
—Sí.
—No hablo de chuscos. ¿Ha habido cama?
—Sí —vuelvo a afirmar sin entrar en detalles.
—¿Te la ha metido?
—Sí.
—¡La has liado! —Entiendo que quiere decir que tengo menos futuro que el pretérito perfecto de subjuntivo.
—Ya.
Lo sé. Me estoy agobiando.
—No asientas como una tonta y piensa dónde te metes. Tres revolcones en su despacho son de lo más excitante, pero ¿y si mañana te gusta más un alumno u otro profesor? Éste no es el vecino del quinto que, si te deja de apetecer verlo, no vuelves a subir y te vas al

primero o al segundo, o adonde te dé la gana. No. Es tu profesor, el que te tiene que aprobar, el que puede hablar de ti a los demás profesores. El poder es peligroso. Muy peligroso. Por no hablar de la fama que te pondrían si se enteran que te has liado con un profesor… Más vale que te deje de gustar.

—Eso no pasará. Ya te he dicho que no es una aventura. Me encanta. Es más de lo que me podía imaginar. Me preguntabas antes… Pues. —Me atasco. Dudo si continuar.

—¿Qué?

—Que, por mí, me casaría con él y tendría hijos ya.

—¿¿Te has vuelto loca??

—Quizá, pero te aseguro que no lo voy a dejar. Más bien, será él quien se hartará de mí.

—Lo dudo. Por muy profesor que sea, es un viejo y tú una niña. Que me cuente dónde tiene a otra que se parezca a ti... Lo que no entiendo es por qué estás angustiada con que no te ha dicho nada hoy.

—Porque si pensara en mí la mitad de lo que yo lo hago en él, ya me habría llamado cincuenta veces.

—Si te hubiera llamado cincuenta veces, estaría mal de la cabeza. Y tú agobiada.

Me río. Tiene razón.

* * *

No ha llamado cincuenta veces, pero sí una, a las once, para darme las buenas noches.

—¿Qué tal está mi princesa?

Oigo eso y vuelvo a sonreír con otra mueca aún más absurda que la que he esbozado al ver su nombre en la pantalla del móvil. La conversación dura diez minutos que a mí me dan para una noche. Entera la paso recordando su «¿Qué tal está mi princesa?». Me cuenta que ha estado en El Liceu, con *Parsifal*, de Wagner, en una especie de homenaje organizado por el director artístico del teatro como recuerdo del bicentenario del nacimiento del compositor. Ha pasado un año, una eternidad, pero parece que pretenden tenerlo presente. Me describe la escenificación de sus tres óperas más conocidas y el pedigrí wagneriano de Barcelona.

—Tengo abono, mi familia lo compra desde que se inauguró en 1860 con *Ana Bolena* de Gaetano Donizetti, una tragedia lírica en dos actos que cuenta el drama de la segunda esposa de Enrique VIII de Inglaterra cuando descubre que el rey se ha cansado de ella. La ópera comienza con los cortesanos comentando el rumor de que busca los favores de otra dama de la corte, Juana Seymour, y termina con Ana antes de que la ejecuten. En 2011 estuvo en El Liceu con la soprano

eslovaca Edita Gruberová. Fue a finales de enero. Puede que la temporada que viene vuelva —habla como una enciclopedia. Nombres, años, lugares.

»¿La oyes?

Suena de fondo. Es una voz aguda. Suplica. No la entiendo, pero distingo su grito desolado que hiende las entrañas. De repente, un hombre, tenor.

—¿La ha puesto?

—¡Claro! Escucha —y se calla. Ana sigue hablando en un canto que más parece un llanto.

»Era el acto final, en la guillotina, cuando calma su ira al oír las campanadas de la boda de Enrique VIII con Juana Seymour y habla.

—Le gusta mucho, ¿eh? —curiosamente, a mí también.

—Me apasiona. Nunca fallo, pase lo que pase. Bastante lo hice cuando estuvo cerrado. Cinco años con el incendio del 94; el otro no me pilló a mí. Es mejor que confesarte que me conservo muy bien, ¿no? —Oigo su risa y yo correspondo con otra como si me hiciese gracia la gracia y estuviese al corriente de que aquel incendio fue en abril de 1861, cuando en realidad lo único que sé es que me encanta escuchar sus lecciones magistrales acerca de cualquier tema y comprobar que es un mar de sabiduría—. ¿Has estado alguna vez dentro?

—No. —Ni me lo he planteado. Era de las cosas que menos me podrían haber apetecido hasta ahora. Una vez vi un fragmento de ópera en un telediario y cambié de canal.

—Es impresionante, sobrecoge. Un día te llevaré.

»Igual a *Tristán e Isolda* o a *La Valquiria*. O a *Carmen*. En ella Bizet describe los celos más peligrosos, los que llevan a asesinar. Es uno de los mejores libretos de ópera de la historia.

—¿La matan?

—Sí, su enamorado, don José, un cabo de la guardia, al ver que ella dirige su profunda mirada hacia el torero Escamillo.

—¿La mata porque mira a otro?

—El amor es así, seducción, posesión, arrebato, delirio. Carmen es pura pasión, raza, sangre gitana que desborda. Tienes que trasladarte a la Europa del momento, era la segunda mitad del siglo XIX, Andalucía estaba plagada de contrabandistas, cigarreras, gitanas, corridas de toros, navajas y acuchillamientos.

—¡Dios!

—No te asustes, era tu tierra. De ahí vienes, mi Remensa, y la tierra tira. Siempre acaba uno por volver con los suyos.

¿Me está diciendo que soy así y que volveré a Andalucía donde también son así? No sé qué pretende insinuarme, pero no me gusta. No soy una cigarrera, ni tengo una navaja ni he presenciado un

acuchillamiento en toda mi vida.

—Cuando yo voy nunca veo nada de eso —le espeto indignada.

—Jajaja —ríe—. Pues claro. Eso fue dos siglos atrás. Te gustará. Carmen es mágica, tiene algo que te arrastra hacia ella. Como tú.

De repente me olvido de las gitanas, de sus reyertas y asesinatos, y me apetece. Me imagino allí, en una butaca del Liceo, integrada, sin pozos de duda, con su familia, entre su padre, su hermano, la mujer, los niños, de largo, roja, con seda, enjoyada. Me coge de la mano, le miro, me mira, nos miramos, me besa, le beso, nos besamos. Soy su novia.

—Te espero mañana antes de las clases. Buenas noches, Remensa.

—Una cosa… —le digo interrumpiendo su despedida al oír mi mote —. Tengo una duda.

—Cuéntame.

—Remensa. El otro día lo busqué en un diccionario de historia y no entiendo la relación conmigo, con nosotros.

—¿No? Qué raro.

—Decía que es una palabra de origen latino que se utilizaba para denominar a los campesinos sujetos a la tierra y al pago que efectuaban a los señores por desligarse de su señorío.

—Remensita, si lo has consultado en Internet, ésa no es una buena fuente. Descansa.

—Buenas noches. —Me quedo colgada en su respuesta.

No hay noches, solo sueños. De él y yo, de los dos, de un uno que conformamos los dos. Rojos, con *Carmen*, *Valquiria* o *Isolda*. Entregados.

A las tres en punto, estoy en su puerta, tocando. Falta una hora para «Fundamentos de filosofía». Entro y veo una rosa.

—Es tuya —me dice entornando los ojos y esbozando una sonrisa al mismo tiempo. Está lo más guapo que se puede estar. Y sus ojos… Esos ojos.

La coge, me empuja contra la estantería con ella en la mano y me besa. Estoy vestida. Se pasa la lengua por los labios, lascivo, desafiante. Me agarra las muñecas, quiero tocarlo, no puedo, no me deja. Sin hacer pausa, me pasa, ahora a mí, la lengua por los labios. Muerde. Me clava las pupilas como si fuera a atravesarme y empieza a desnudarme. Las zapatillas, los pantalones, las braguitas, la camiseta, el sujetador… Se levanta, me mira a los ojos y me dice: «Me encantas, mi princesa». Se queda así, frente a mí, mirándome.

Por la noche tengo otro mensaje, el martes me espera. Y el miércoles.

Y el jueves. Me entrego todos los días, alguno me salto una optativa para abrazarlo más. El viernes es diferente. Nada. No me pide que vaya, me amargo, y, de repente:

—¿Qué vas a hacer hoy, Remensa?

Ha aparecido. Él es así, imprevisible. Me encanta. Por el teléfono, su voz suena todavía mejor, más seductora. Acabo de salir de clase y, no lo necesito, pero miro el reloj. Las siete en punto.

—¿Me oyes? —repite algo desconcertado ante mi silencio.

—Sí, perdone. No lo sé. No tengo ni idea.

Es cierto. Tengo un plan con mis amigas, pero prefiero cambiarlo por cualquier cosa con él, así que lo dejo abierto. A ver si me sugiere algo… ¡Venga, proponme una coca-cola, un café, un agua, un no sé qué, cualquier cosa!

¡Bingo!

—¿Dónde estás?

—En la Facultad.

—Estaba pensando que podríamos ir a cenar por ahí y, si a lo mejor convences a tus padres de que te quedas en casa de una amiga, podrías pasar el fin de semana conmigo.

Sonrío feliz. Me suena tan bien que ni reparo en si mis padres estarán de acuerdo o si nos verá algún alumno o profesor.

—¡Claro! Pero *luegoaluego*, tengo que cambiarme…

—¿Qué has dicho? —suena escandalizado. Me apuro sin ser muy consciente de qué es lo que he dicho.

—¿Cómo?

—*Luegoaluego* o algo así.

—¡Ah! —Río aliviada—. Es una expresión andaluza que he heredado de mi padre, la repite constantemente.

—Deberías evitarla. Denota incultura y ni siquiera tiene gracia —lo dice de un modo aséptico que me resulta doloroso. La risa se ha esfumado y, de nuevo, vuelve la vergüenza. De mí, por mí, culpa de ser tan poco sofisticada.

—Vale.

Por mi tono sabrá que he agachado la cabeza. Estoy amilanada. Deseo encantarle y, a cambio, digo palabros que me dejan como una paleta.

—Estoy en el despacho. Me voy a casa, me ducho y voy a por ti, o, si eres rápida, te llevo, te espero y después vamos juntos a la mía.

—Mejor voy yo donde quedemos porque…

Me interrumpe.

—¿Cómo vas a venir tú, Remensa? ¿Has perdido el juicio? Tardarías dos horas. Anda, sube a darme un beso.

¡Quiere que suba! Subo a brincos, como una niña pequeña cuando llega al parque, recuerdo retazos de nuestros momentos, detalles de

instantes. La felicidad me invade. Lo ha hecho en cuanto le he oído el «sube». No; lo ha hecho antes, cuando me ha preguntado qué iba a hacer. No; cuando me ha llamado. No; ha sido incluso antes, cuando me encerró en su despacho para darme un libro inmundo del tal Wifredo. Sonrío. He corrido tanto que ya estoy en su puerta. Me atuso el pelo, el volumen me favorece, me lo dijo él. Toc, toc.

—Adelante. —Sonríe con ojos de cordero degollado. Yo, también, lo hago aliviada pensando que se ha olvidado del «luegoaluego».

Me da un beso enroscando la lengua como si fuera un tornillo y, simultáneamente, me aprieta los pechos como quien amasa pan.

—Estas tetas me ponen muy caliente.

Tiene la virtud de sonrojarme y animarme a la vez. Interrumpe, de nuevo, el beso taladro y me dice a unos milímetros de la boca:

—Te voy a llevar, mi princesita. No quiero que vayas sola por la noche, hay demasiado peligro. De cualquier esquina puede salir un malintencionado o un don José de esos a los que has dejado el corazón malherido —me afirma frunciendo sus sensuales labios.

Me compara con la Carmen de Bizet y… ¡Soy su princesa! ¡Dios! No puedo estar más contenta. Imposible. Mi subconsciente grita: «¡Tú! Tú eres el príncipe, mi príncipe». Estoy demasiado nerviosa, lo va a notar.

—No es peligroso —lo digo segura, he hecho infinidad de veces ese recorrido y nunca ha pasado nada.

—Sí que lo es. Eres hermosa y frágil, y la oscuridad atrae a los ogros… De eso sé un poco. Te llevaré en un momento. Eso sí, no te duches porque lo haremos juntos.

Me sonrojo de nuevo. Es curioso. Lo he visto desnudo y él a mí. Nos hemos tocado, chupado, lamido, y me ruboriza que me proponga una ducha.

—Vivo muy lejos. En Badalona —lo digo con vergüenza de ser de allí.

—Sal a la calle y espérame a cincuenta metros a la derecha de la salida de los coches, justo después de la parada de los autobuses.

Ando pensando en Badalona, en mi barrio, en mi edificio y en mi padre, por Dios, que no esté en la puerta. Me muero si está parado con el taxi hablando con algún vecino. Me doy cuenta de que me siento poco para él y siento vergüenza de sentir vergüenza.

Todavía me siento menos cuando veo acercarse hacia mí un Porsche 911 negro con alerón. Conozco el modelo por mi hermano Manuel. Es el mayor y el que siempre ha estado obsesionado con los coches, y eso que lo último que se plantea es seguir la carrera de nuestro padre. «Antes me pongo de camarero», suelta cada vez que mi padre le recuerda que, si no encuentra trabajo, puede heredar su taxi. No quiere. Ni en sueños. Ha estudiado empresariales para ser director de algo (aunque con los tiempos que corren, me da que lo más que va

a dirigir es el trasero a las listas del paro). Dentro del Carrera está Àlvar, rodeado de cuero *camel*. ¡Guau! No puede ser verdad.

Àlvar sonríe con esa mueca pícara con la que me habló la primera vez. Me encanta. Abro la puerta y siento que me caigo al suelo. Nunca me he sentado en un coche tan bajo. Qué sensación tan curiosa. Esto es muy incómodo.

—Vamos hacia allí, Remensa. ¿Me indicas o pongo el GPS?

—GPS, por si acaso… —Me aterra imaginar que me equivoco y que lo tengo dando vueltas por el carrer de Francesc Layret y la avinguda Martí Pujol.

Arranca. Un rugido me envuelve, es ensordecedor. Me siento importante. Voy con el profesor más deseado de toda Barcelona, colada, quiere pasar el fin de semana conmigo y, para colofón, llega en el coche con el que mis hermanos y sus amigos han forrado las paredes de las habitaciones desde que andan a dos patas —alternado, claro está, con Tyra Banks, Irina Shayk, Bar Refaeli y alguna otra sobrada de pechos que les tienen nublado el criterio de selección y les hacen pensar que ninguna de su alrededor es digna de algo más que no sea un revolcón—. A la vez, tengo miedo. Miedo de que se asuste de mi barrio, de que me tome por una pueblerina, de que me pregunte por mi padre y le tenga que decir…

—¿A qué se dedica tu padre, Remensa?

No. Lo ha hecho. Me lo ha preguntado. Me siento como si me hubiesen arrancado la ropa y, de repente, me hubiese quedado desnuda. Respiro, miro la calzada, luces, focos que se quedan atrás, y pienso que mi padre es lo más grande que tengo, que es un trabajador que se desloma para que yo llegue a algo, y que no podría ser mejor aunque tuviese mil riquezas y posesiones que, al fin y al cabo, solo son cosas. Ha nacido pobre, pero dotado de una voluntad férrea.

—Taxista.

Silencio. No dice nada. Lo sabía, sabía que ocurriría. Yo tiemblo.

—¿No ha estudiado? —Su tono denota cierto reproche o decepción, o simplemente curiosidad, no sé definirlo; no entiendo su cara y me lío con excusas que lo justifican porque una paranoica dentro de mí piensa que se está asustando.

—No, no pudo. Mi abuelo se pasaba el día en el taxi. Era el mayor de cinco hermanos y tenía que ayudar… Dice que sus estudios son la vida y el taxi el máster. Cada día nos cuenta una historia… No te imaginas todo lo que ocurre en un espacio tan pequeño como ése. Lleva a señores muy importantes, a famosos e incluso a timadores. Él escucha porque aprende. A mis hermanos y a mí siempre nos dice «abrid los oídos y tendréis mucho ganado». También lee. —Ahí enmudezco. Mi lado sensato me conciencia de lo patética que resulto detallando la vida de mi padre. Si no le gusta que le den, que se vaya

con sus señoritas bien de Pedralbes. Mi padre es taxista a mucha honra y sobre todo un buen hombre que lo da todo por su familia. Te estás autoconvenciendo, Mariela. Tú sabes que tu padre es un bruto, me digo atormentada.

Me doy cuenta de que me acabo de montar un guion de telenovela en la cabeza que ya quisieran los guionistas de la venezolana que vi el otro día. Conmigo sí que iba a sufrir Enriqueta Emilia Claudia. Àlvar no ha hecho ni una mención peyorativa. Permanece ajeno a todo.

—¿Qué tal le van las carreras?

Este hombre no sabe lo que es ser taxista. Me pregunta como si se tratase de las vueltas a Montmeló o Bari. Mi padre no es Fernando Alonso. ¿¿Cómo le van?? Igual que siempre, pero cada día más harto de pasar doce horas dando vueltas por la ciudad en un Seat a cambio de menos euros cada mes. Mejor no le respondo esto.

—Cada vez con menos clientes. La crisis afecta al sector del taxi. ¿Y tu padre?

No responde.

Le miro y repito:

—¿Y tu padre qué hace?

—Mi padre es un triunfador. Gestiona el patrimonio familiar y sus colecciones de arte —lo dice con cierta soberbia. Menguo. Su jactancia es tan petulante, tan fatua, que resulta demoledor. Ha aplastado los sudores de mi padre. El suyo es un vencedor. ¿Y a esto qué le contesto? No sé de arte, y menos aún de patrimonios familiares. El mío se limita a un piso en Badalona y un taxi.

—¿Y de qué es el patrimonio?

—Muchas cosas, jovencita. Empresas, hoteles… Nunca para. Ése es el secreto para el éxito. Hay que buscarlo, tener carisma y pocos escrúpulos.

¿Insinúa que su padre tiene pocos escrúpulos? A esto sí que no sé qué contestar.

—¿Y tu madre trabaja?

—Mi madre falleció hace muchos años.

Siento que el ambiente se resquebraja. El aire se ha impregnado de tensión, he arañado su corazón.

Vuelve a mi padre. De él, pasa a mi abuelo. Y de mi abuelo, a un jardín de cactus.

—¿Se siente catalán?

Ya estamos otra vez… Esa pregunta me incomoda. Sé que voy a meter la pata. A veces tengo la misma manía que Roser y dejo salir las palabras sin pensar.

—Sí, pero de raíces andaluzas. Dice que tiene medio corazón en cada sitio. Allí nació y aquí se ha hecho hombre.

He sido correcta. Eso creo.

—Siempre ha sido necesaria gente como tu abuelo y tu padre. Trabajadores de otras partes dispuestos a darlo todo por un jornal.

¿Ha dicho lo que acabo de oír o ha sido mi lado paranoico que le pone voz para martirizarme?

—La sociedad necesita obreros. Sin ellos, la cadena no funciona.

¡Oh, sí! Lo ha dicho y lo está repitiendo. Siento que no me había equivocado; que efectivamente es demasiado para mí o yo demasiado poco para él. Empalidezco imaginando a mi abuelo y a mi padre, horas y horas, sudados, remangados, con su Casio, en su Seat y su Skoda, dando vueltas, por unos míseros euros que nunca darán para más de lo que tenemos.

Por suerte, el turbo no da tiempo a más.

Arriba, todo me parece nada. Mi padre un currante, mi madre una chacha, mis hermanos unos pringados y yo una cenicienta con sabor a sílice a la que le espera una carroza con más caballos que la de un rey, si el conductor no se va asustado del grupo de pastilleros tatuados que están acampados en el banco del parque. Llevan el pelo rapado, chándal, zapatillas y cadena de oro. Miran todos a Àlvar y el 911 como si se tratase de un Dios y su paraíso. No hay envidia, tan solo admiración. Pura. Darían a su chica o a su madre por llevarlo un rato.

Bajo ajustada, con tacones y un vestido minifaldero que mi padre siempre que lo ve dice que parece que se ha encogido en la lavadora. Silban, y al verme entrar con Àlvar comentan: «¡Quién fuera ese tío!». En el coche apenas hablamos. Estamos raros. Él por mí y yo por él. Los dos extraños. De pronto, sonríe, se inclina estirando la mano hasta la alfombrilla y saca una bolsa de gominolas con forma de corazón. Sonrío embobada. Le regalo un «gracias» que derrocha tontuna y de un arrebato le doy un beso en la mejilla. Él me lo devuelve, me mira con ternura y me dice:

—Por todos los mimos que te mereces.

Todavía sonrío más alelada.

—¿De dónde las ha sacado?

—De aquí abajo —bromea señalando el suelo del coche.

Me siento tan feliz. Es todo lo que podría desear.

Pasan unos segundos en los que lo único que hago es limitarme a contemplarlo.

—¿Cómo es la gente de tu barrio? —irrumpe.

—¿A qué se refiere? —pregunto cabizbaja recordando la estampa de mis vecinos rapados.

—A quién votáis, cómo vestís y qué soléis hacer. Casi todos sois inmigrantes y supongo que tenéis costumbres diferentes.

—Algunos… —reconozco cabizbaja. Me estoy deprimiendo, creo se ha quedado despavorido.

—Mi Remensa, no me gusta que vivas ahí. Demasiado poco para ti.

Eres una princesa entre sapos. Naciste en la cuna equivocada.

Engullo. No sé qué decir ni qué cara poner.

—¿Y tus hermanos? ¿Qué hacen?

—Manuel ha estudiado empresariales, ahora está haciendo un máster a distancia, y José empezó magisterio, pero se dio cuenta de que no era lo suyo y se apuntó a un curso de electricista y después a otro de fontanero. Está buscando trabajo, a ver si hay suerte y lo cogen, aunque sea en prácticas. Es buen chico. El pobre no acaba de encajar en nada, creo que es una tara… Mi madre dice que no tiene buena suerte y mi padre que es un holgazán.

Llegamos. Detiene el coche en carrer de Pere II de Montcada, enfrente de un palacete.

—Allí vive mi padre —dice señalando una valla por la que asoma un caserío en medio de un bosque—; mi casa está en ese edificio de ahí delante. Baja y entra por la puerta de la izquierda, es la del servicio. Llama al portero y dile que vas a casa del señor Colomer Casas, sube al tercero y espera. Es la última planta. Yo te abriré dentro de unos minutos.

Arranca sereno y me deja allí, abandonada, en la oquedad de la calle, sin más explicación ni una disculpa, indefensa, desposeída de ilusión, caminando hacia la parte innoble, la de las *nannies*, los chóferes y las sirvientas. Ando lenta, triste. ¿Qué es esto?

En el primero me encuentro a un señor mayor de buen porte. Es muy elegante, va ataviado con traje y sombrero. Tiene el rostro duro, pero unos ojos de un azul añil que transmiten bondad. Me recuerda al abuelo de Heidi.

—Buenos días. ¡Qué sorpresa más agradable! Una hermosa jovencita… Hace tiempo que no me encuentro a nadie por aquí. —El diminutivo me sugiere ternura. De alguna manera me reafirmo en que transmite bondad.

—Buenos días.

—¿Es nueva? —Parece curioso.

—Sí, bueno, no… No soy del edificio.

—¡Ah! Pues tendría que subir por la otra escalera. Por aquí únicamente lo hacemos los ancianos desahuciados —dice con simpatía mientras introduce en el bolsillo de la chaqueta la mano con la que no agarra el bastón.

Sonríe y continúa. Yo también.

¿Qué hará subiendo aquí este señor?

V

En la tercera planta solo hay una puerta: la suya. La abre.

—¡Pasa, bella damisela! —dice asiendo el pomo con una sonrisa franca.

Parece feliz. Yo también. Estoy fingiendo. Saco lo mejor de mí. Lo que no está en mí. Su casa es enorme, como un palacio, y yo me siento pequeña, casi diminuta; cuanto más es él, menos soy yo. No entiendo qué hago aquí, cómo un hombre tan guapo, tan rico y tan culto puede elegirme a mí. Cualquier dama de la Cataluña burguesa, de esas que van al Liceo con tacones de charol y vestidos de *prêt-à-porter*, se rendiría, pero es a mí a quien le abre la puerta. Tenue, sobria, elegante, paredes grises, suelo negro de madera, techos altos, recibidor como el salón-comedor-cuarto de estar de la mía, y cuadros de todos los tamaños. Algunos me recuerdan a los retratos de Goya, otros a los grafitis de Basquiat —me siento como en una de las clases de Arte del bachillerato—, pero pienso que no pueden serlo porque valen una fortuna y no son catalanes. Él no los tendría (quizá un Picasso [en el supuesto de que fuese lo suficientemente millonario] por aquello de que, aunque malagueño, se formó en Barcelona y siempre consideró la Ciudad Condal como su hogar. ¡En fin!, por lo que sea, el caso es que no hay Picasso). En el recibidor, una foto de época. Es una hermosa joven con la melena recogida en un moño alto.

—¡Qué guapa! ¿Es tu madre?

—Sí.

Se pone serio, con ese rictus suyo tan distante. No le ha gustado que le pregunte. Me lleva al salón. Dejamos a la izquierda una biblioteca descomunal, también negra, como el suelo; libros, solo libros, del parqué al techo. Cuatro paredes de novelas, ensayos, manuales y tesis, a excepción de la ventana del fondo, allí hay una mesa y, sobre ella, un marco y más libros. No vivirá suficientes años para leerlos todos. Es imposible.

—Ahí está *Catalunya*. —Es todo cuanto dice mientras deja los libros atrás. No pierde ritmo. Ni siquiera mira de soslayo.

—¿Son todos de *Catalunya*?

No contesta.

Por fin, llegamos. Al menos cuarenta metros andados en esta casa de mil. Me siento en un auditorio, con Albinoni. Suena su *Adagio*. Las cuerdas, el órgano, sol menor, un, dos, tres; un, dos, tres… Lo recuerdo. Evoco aquellas tardes en casa de mi tía abuela Emilia, a la que tanto le gustaba la música clásica; una devoción que con gran ahínco intentó inculcar en mí, pero que no llegó a fecundar, más allá de varios movimientos y algunos acordes sueltos.

Calculo que solo el salón es como tres pisos de mis padres, unos doscientos cincuenta metros con sofás, tresillos, butacas, mesas, un piano, esculturas, flores, una mesa de billar y, por supuesto, cuadros. Y… Allí está. Picasso. Impactante. Detrás de una especie de puf violeta. Y Miró. Dos. Y Dalí. ¡Es un museo! Abro los ojos, pero no digo nada. No me atrevo.

—Es Dora Maar, fotógrafa y pintora —me explica mirando hacia el Picasso que me tiene obnubilada—. Parisiense, pasó su infancia y juventud en Buenos Aires. Retrató cuatro veces a Picasso, documentó fotográficamente la creación de su obra más conocida y sirvió de modelo para la mujer que porta llorando la lámpara en el 'Guernica'; pero perdió la cabeza cuando vio que ya no la quería.

—Pobre… —Me da pena, y me doy cuenta de que Àlvar me gusta más allá del gustar; lo admiro. Es más, le quiero. Es irracional, pero…

—¿Por qué pobre? Lo eligió ella. Demostró no ser lista. —Hace una pausa y prosigue—. Las mujeres soléis empeñaros en amores imposibles. Sufrís y soportáis esperando que un día caigamos rendidos. Eso no ocurre.

No entiendo por qué se incluye, tampoco le pregunto. Continúo con los ojos clavados en el Picasso.

—¿Es auténtico?

Sonríe.

—Lo más de verdad que se puede ser después de muerta. Un cuadro. Ahora vuelvo.

Me siento en una butaca granate, frente al retrato de la desgraciada de Dora Maar, sobre un libro de citas de amor del tamaño de una libreta de notas, tiro de ella y la ojeo. Se me van los ojos a una resaltada con fluorescente, es de Paulo Coelho, clama al amor porque te hace sonreír cuando estás exhausto. Me quedo con otra de Shakespeare que dice que a veces hace de una bestia un hombre y otras de un hombre una bestia. Lo aparto por miedo a que me acuse de husmear y me cuadro. Permanezco inmóvil, como un objeto más, aguardando a que vuelva.

Miro mis tacones, diez centímetros de plataforma. Me alargan las piernas, pero aun así no consigo verlas hermosas, son demasiado cortas (menos mal que son delgadas, eso hace que parezcan más largas

de lo que son). Cuando regresa, aparenta ser más joven. Y más perverso. Se ha quitado el pantalón, la chaqueta y la camisa; viene descalzo, con unos vaqueros desgastados y una camiseta gris decolorada con un anagrama que no conozco; seguro que es de una de esas marcas de élite que solo se pueden permitir los ricos. Le sienta fenomenal, está más atractivo. Ahora podría ser un alumno de tercero y yo la hermana pequeña de un amigo suyo.

—¿No vamos a salir?

—No. Voy a llamar para que nos traigan comida y así te podré besar. Desnuda. Quiero comerte. Desmaquíllate.

Me parece bien, incluso me excita; pero, al mismo tiempo, me siento patética. Me he puesto mi vestido más *sexy*, los botines de tacón, los ojos a lo Cleopatra, y él me quiere sin nada.

Me mira embelesado durante unos segundos y, de repente, sin motivo alguno, cambia su expresión, enojado, como si algo le molestase.

Efectivamente, es así.

—Quítate eso, Remensa. No me gusta. Te hace chabacana y tú eres hermosa y elegante. Cuanto menos lleves encima, más guapa estás. Los trapos ajustados y las pinturas son para las feas; las que habéis sido agraciadas por la madre naturaleza y cada vez que entráis a un sitio mujeres, hombres, chicos y chacos se rompen el cuello para miraros sin disimulo no tenéis que haceros nada porque cualquier retoque estropea lo perfecto. Además, confunde al sexo masculino y nos hace creer que buscáis guerra, ¿entiendes? —No. No lo comparto, pero puedo llegar a entender lo que pretende decirme—. Vamos, quítate eso.

—Y… ¿qué me pongo?

—Una camiseta. Toma la mía —dice despojándose de la que lleva —. Póntela.

Me agacho. Voy a deshacer la lazada de los botines y me frena.

—No. Te quiero con ellos, y con las medias.

Por un instante quiero llorar. No sé si soy *sexy* o vulgar. De lo que no cabe duda es de que él es un fetichista sin complejos al que no parece importarle nada lo que yo piense o sienta.

—Levántate y da una vuelta para mí. ¡Vamos, no seas boba! —lo dice con cariño, queriendo hacerme partícipe de su fijación por la camiseta con tacones para excitarse.

Me desnudo y me pongo la camiseta, me incorporo y giro sobre mí, una y otra vez, al compás de Albinoni. Él me contempla recostado en el puf morado.

—Detente, mi Remensa. Ven.

Obedezco. Voy, me acaricia, baja mis medias, me toca, me palpa, se acerca más, más, hasta que sus labios me rozan, y me besa. «Me

encantas. Tú, toda tú. Eres una muñequita. Mi Dora…». Noto su aliento, arde. «Quiero tenerte, hacerte de todo». Besa mis braguitas. Besos lentos, suaves, y chupa. Absorbe y muerde. Mordiscos pausados, y besos, más besos. Empapa las braguitas, y a mí. Entonces para. Se levanta y me empuja al puf. Mi cuerpo cae de costado. Lo observo, se despoja del vaquero y muestra su miembro. No lleva ropa interior. Me mira desafiante, se toca y, empuñando ese falo grueso, se sienta encima de mí como un jinete. Sujeta mis pechos como si fueran riendas. Me monta. Siento dolor y excitación. Lo quiero dentro y fuera.

En realidad, no sé lo que quiero.

Tampoco lo que vivo.

VI

La noche va a ser larga.

Ojalá no acabe.

Suena Beethoven: *Las criaturas de Prometeo*, tan perdidas como yo.

Àlvar se deja caer sobre mí. Me abraza, me aprieta, fuerte, muy fuerte. Le siento y pierdo el control de lo que siento. Permanezco así un buen rato hasta que mis tripas suenan y avisan de que es hora de cenar.

—¿Te apetece algo japonés? Podemos llamar a uno muy bueno que me trae el pedido a domicilio. Al servicio siempre le doy los fines de semana libres desde el viernes por la tarde, así puedo hacer lo que quiera, como comerte a ti. —Se ríe y me muerde el brazo. Un escalofrío recorre mi cuerpo entero. Deseo más. No me importaría que me mordiese cada milímetro. ¿Para qué cenar?

—Dime, ¿te apetece?

—Sí, me da igual. Como quieras.

No me siento capaz de decidir, mucho menos de cambiar su elección. Estoy impresionada. Más que eso, abrumada. No consigo entender cómo puede tener tanto y fijarse en mí.

Quiere japonés. Ensalada de wakame, edamame, huevas de salmón, erizo, anguila, pez mantequilla, toro y tempura de cangrejo. Todo encima de mí, y una lluvia de soja. Caen las gotas sobre mi cuerpo, una a una, decenas, cientos. Los sushis y los shasimis flotan entre mis pechos y mi vientre, errantes. Él me lame y después los absorbe. También rocía mi pubis y lo besa. Cuando termina el ritual con una pieza, me acerca otra hasta la boca. La aprieta con los labios. Yo mastico y él baja y, de nuevo, echa soja, me lame y absorbe un sushi. Uno a uno vamos engullendo los pescados con un apetito insaciable, el mismo con el que él devora mi existencia. Se rocía el miembro y lo sacude. ¿Qué hace? Es una cerdada, pero me gusta. Cualquier cosa que venga de él me gusta. La soja cae sobre mí desde su pene. Vuelve a rociarme y me lo ofrece, solo la punta. La lamo. Jadea. Suda. Chupo más. Y más.

—¿Estás caliente? —Es directo.

No contesto.

—Responde, Remensa. ¿Estás caliente? ¿Te gusta chupármela? A mí me encanta. ¿Me oyes? Me encanta que me la chupes. Ahora te voy a comer…

Es soez, pero me gusta. ¿Me estaré volviendo una pervertida? Quiero que lo vuelva a hacer. Otra vez. Una más. Otra más.

Regresa a mi pubis. Mordisquea mis labios, juega con ellos, mete la lengua, la retuerce como un destornillador, la saca, la mete. Y por fin, introduce su pene.

—Vete, Remensa. Quiero que te corras, sentir como te desmoronas por dentro.

Estoy a punto. Me pone las manos sobre los hombros. Estoy inmovilizada. Saca su miembro, se aleja unos centímetros y me analiza con perspectiva, serio, impúdico. No me gusta que me observe así, me intimida.

—¡Mira! ¡Mírame la polla! —La saca como un loco, la agita y me rocía de semen todo el cuerpo.

Yo también me corro.

Me ha gustado y me ha agotado. Estoy excitada, y extenuada. Siento que necesito azúcar. Soy feliz. Feliz en plenitud. Inmensamente feliz. Me abrazo a Àlvar. Él me acaricia y me besa la frente, la mejilla y el hombro. Me siento querida, y protegida. Sus palabras son dulces y no quiero salir de sus brazos. Continúo débil, más ida que presente. Mis tobillos se quiebran. Intento incorporarme, pero por poco un mareo me hace caer. Una luz blanquecina me ciega y una constelación de estrellas se me planta enfrente. Es lo único que veo. Las estrellas. Muchas. Me reclino y vuelvo al regazo de Àlvar.

—¿Dijo el otro día, de verdad, eso de que el error de Cataluña ha sido ser inclusiva? —pronuncio mientras me acurruco en su estómago.

—¿Quieres volver a clase?

—No, únicamente quiero que me conteste por qué dijo eso. No le entendí. ¿A qué se refería? —continúo hablándole de usted, sin salir de la sumisión de alumna. ¿Por qué no me dice que le trate de tú? Me siento ridícula.

—Remensa, *Catalunya* ha aceptado demasiados inmigrantes, gentes de fuera, sin cultura ni fortuna. Gente que, según las leyes de la naturaleza de Darwin, habrían muerto de haber vivido en otro momento.

No pestañea. Yo tampoco.

—Pero eso ha ocurrido siempre, con todas las naciones. El hombre ha conquistado territorios, emigrado, se ha mezclado con otras razas; ahí radica la riqueza del mundo —le replico.

Estoy perpleja.

—¡Qué equivocada estás! Somos tan generosos que os dejamos tierras; os las regalamos a cambio de que las trabajarais, pero os supo a poco y quisisteis cortar la mano de quien os daba de comer.

Estoy confusa. No puede ser… ¿Me cree descendiente de sus siervos?

—¿Me lo dices en serio? —¡Ups!, se me ha escapado en alto. Supongo que es la incredulidad. Me ha dejado aturdida y no he controlado si me preguntaba a mí misma o a él.

—Calla y bésame, tonta —dice empujando mi cabeza hacia su pene.

No me gusta. ¿Qué hace? Me mira fijamente. Desafiante. Sin respeto. Continúa forzando mi cabeza. Lo peor es que le deseo, pero me siento tan poco, tan diminuta. Oriol nunca fue así, ni Jordi, ni Manel. Ellos me decían que era la mejor, que les encantaban mis raíces andaluzas, que les alegraba la vida y que hacían falta más como yo en Cataluña. Jamás ninguno de ellos me respondió a una pregunta dirigiéndome a su pene. Ellos me respetaban.

Tengo que irme.

—¿Qué les has dicho a tus padres?

Sigue como si nada.

—Que me quedaba con una amiga de la Facultad. Me he inventado el nombre, me daba cosa decir Roser o Mireia por si un día las conocen y les preguntan. Podría ser… Y, si me pillan, me matan.

—¿No les has hablado a tus amigas de mí? —Vuelve a exhibir su mueca burlona.

—No. ¡Estás loco! Me mirarían mal y cotillearían.

—¿Me ocultas?

—No, es solo que… Si quieres, no sé, es que…

—Sí, quiero que se lo cuentes.

No sé qué decir. Es bueno y muy malo. Significa que está seguro de que quiere estar conmigo y que quiere que la gente lo sepa, pero me da miedo qué puedan pensar si lo saben. Que les den, se lo voy a contar.

—Vale. Si quieres las llamo ahora.

Se ríe, lo hace a carcajadas.

—¡Qué dices! Estás loca. Solo era una broma para tomarte el pelo. No lo hagas, no deben saberlo. —Me siento absurda. Él sigue—: Pero estás equivocada si piensas que callando esto no van a hablar de ti. Eso lo harán igual porque eres la más impresionante de todo el campus. —Me sonrojo, él lo nota y prosigue—. Seguro que todos los chicos se tocan pensando en ti. Llegan a sus casas, se encierran en la habitación y se la menean recordando tu trasero marcado por esos pantalones ajustados que te pones. —Se pone serio, como si se acabase

de cabrear. Yo me incomodo—. No me gusta que te miren ni que piensen en ti. Mi Remensa, tú eres tan hermosa que tienes que intentar ir discreta, por eso te he dicho lo del vestido. Quiero que solo te pongas guapa para mí, en casa. Y como más guapa estás es desnuda. Prométeme que para ir a clase te pondrás los vaqueros holgados con una camisa y una chaqueta, bien tapadita. Yo te imaginaré desnuda… ¿Te gusta?

—Sí.

Me gusta. Siento que me desea, que me quiere, que le duele imaginarme con otros, que otros me sueñen, y sonrío.

Se me ha olvidado lo de antes. Esto lo compensa. Siento unas mariposas. Se han instalado en mi estómago y están revoloteando.

—Iremos de compras. Estarás preciosa y discreta, como procede en una mujer con tu elegancia innata. Serás elegante y culta, y tendrás más conocimiento de Cataluña que nadie porque te voy a explicar la verdad de esta nación. Sabrás tanto como yo. Todo. —El «todo» me penetra y resuena. No sé por qué, pero me inquieta.

—¿Escuchas? —me pregunta mirando hacia arriba, como si la música flotase y él fuese a levitar con ella.

—¿Qué?

—La *Obertura de Egmont*. La partitura contiene dos canciones con orquesta. Es magistral. —Para mí es magistral él, con su saber, tan culto, enseñándome. Me siento ignorante, una minúscula criatura premiada con el placer de aprender de él—. Beethoven la compuso para el drama *Egmont*, de Goethe. Cuenta la historia del conde de Egmont. ¿Sabes quién era, Remensa?

—No —lo digo bajando la mirada como clara muestra de mi sofoco por no estar a su altura. Me lo debió de contar mi tía abuela Emilia en alguna de aquellas tardes de enseñanza musical, pero no le hice caso. Ojalá se lo hubiera hecho, ahora le impresionaría.

—Lideró la sublevación de los Países Bajos contra la dominación española en el siglo XVI. Eso es lo que tendríamos que haber hecho nosotros.

¡Oh, no! Vuelve con lo mismo.

Se incorpora precipitadamente. ¡Este hombre es de impulsos! Tira de mi mano, ¡me va a arrancar el brazo!, me lleva hasta su habitación, con dos ventanales descomunales que ocupan gran parte de la pared, tienen vistas a una terraza decorada con madera y repleta de orquídeas. Abro los ojos. Creo que se me van a salir de las órbitas y se van a caer al suelo, pero no pasa nada porque está enmoquetado y limpio, muy limpio. ¡Uauuuuu! Esto sí que es una habitación. Unos sesenta metros, en el medio una cama inmensa, encima una cola de algo que debió de estar vivo, a cada lado una mesilla de cristal, parecen de anticuario, al fondo un cuadro enorme con un garabato

que no consigo interpretar y, al lado, una estantería con más libros, enfrente, una puerta corredera que da acceso a una sala o despacho, distingo un escritorio decimonónico con acabados de oro y, sobre él, varias fotos. Me quedo con ganas de verlas y descubrir quién vive al lado de su habitación. No es posible, solo pasamos.

Me mete en la puerta de la derecha, en el baño. Hay dos lavabos, un espejo inmenso, un pato amarillo de poliéster y, en el centro, un *jacuzzi*. El agua borbotea, está funcionando. Unas burbujas salen y revientan; y de nuevo otras burbujas revientan las anteriores. Llevan mucho rato así. Huele a jabón. Es lavanda. Lo reconocería entre mil. He crecido con él. Me lleva hasta la escalerilla. Subo, meto un pie, ¡aggg!, ¡arde!, él salta y me recoge. ¿No se quema? Parece que no (estará hecho de otra pasta, resistente y dura como su mirada). Entro en cuclillas, él también se agacha; sentimos las pompas, algunas se introducen en mí y me producen cosquilleo. Nos abrazamos, nos besamos y, derretidos, perdemos la noción del tiempo. Pueden ser minutos, horas o días, no lo sé; con él no hay referencias, nada importa. Me recuerdo de niña, chapoteando.

Para cuando salimos, estamos arrugados, las yemas de los dedos de las manos y de los pies son pasas reblandecidas. Tirito. Estira el brazo hasta una pequeña estantería de espejos, todo es de espejos, alcanza una toalla blanca muy gruesa y me envuelve con ella. Parece algodón. Son las dos de la madrugada. Mis párpados se rinden. No soy capaz de mantenerlos abiertos y pierdo la conciencia.

Lo único de lo que me entero es de que me besa por el cuello y baja hasta el pecho. Eso creo… No sé si hay más.

A mitad de la noche me despierto con el eco de sus palabras. Un segundo Àlvar se ha plantado en mi sueño y ni aun desvelada consigo apartarlo de mí. Es tan atractivo como él, seguro. Me gusta, pero de algún modo me asusta. Oigo sus afirmaciones racistas y pienso que no es bueno ni objetivo. Me veo recostada sobre él, acariciándole, dejando que me posea. Las tripas se me remueven, el cerebro me hierve. «¿Qué haces aquí?», me digo a mí misma. «¿Qué haces aguantando esto?», «Vete», «Huye». Entonces Àlvar me sonríe: «Remensa, mi bella Remensa, ven conmigo». Voy, me abraza y me olvido de todo. O de casi todo.

Viene a mí Paulo Coelho… «Oh, amor, que te hace sonreír cuando estás exhausto».

Y exhausta continúo.

VII

—¿De dónde has sacado este pato? —vocifero con voz cantarina desde el baño mientras me lavo los dientes, mirando al palmípedo amarillo. Es un pato de niños, de esos con los que juegan los bebés en la bañera. Su pico es mucho más ancho de lo normal, naranja, entreabierto, y sus ojos redondos y abultados.

—dEmo —grita él casi con la misma intensidad.

—¿Qué?

—dEmo, un escultor de Toledo. Lo compré en Nueva York en una galería alternativa. Es muy bueno y se cotiza bien. Una apuesta personal.

—Me encanta. —Más que el pato, me gusta que proceda de Toledo. Quizá el nacionalismo de Àlvar está en mi cabeza.

—Tendré que fascinarte más yo. ¿Quieres venir?

—Ya voy…

—Ya mismo. —Su voz suena vibrante.

—Ya, ya…

Me enjuago con un colutorio que sabe a rayos y ando a saltos hacia su cama. Cuatro metros cuadrados de colchón a la altura de mi cintura y él sentado en medio, con la espalda apoyada en la pared. Sobre su cabeza una cola de…

—¿Es un cocodrilo? —Señalo el pellejo. Él ni mira.

—No, serpiente seca sobre un lienzo estucado.

Al lado, una cadena antigua que sale del techo y arrastra hasta el suelo, dándole un aire más que moderno a la habitación. Antes no la había visto. Debe de ser la última excentricidad entre los interioristas.

—¿Oye, y el perro azul eléctrico que está en la esquina detrás del *jacuzzi*? ¿También es de dEmo? —le pregunto detenida como un poste a dos metros de la cama.

—No. Un Jeff Koons. —Ni idea de quién es el tal Jeff. En mis clases de Historia del Arte nos hablaban de los clásicos: Miguel Ángel, Leonardo, Velázquez, Goya, Van Gogh, Botticelli, Rembrandt, y hasta de escultores como Mirón, Praxíteles, Donatello y Bernini. No habría estado mal que le hubiéramos dado una barrida rápida a los

contemporáneos.

—Me gusta. Es divertido.

—No diría eso, más bien un *pop art* provocador que se rebela contra la sociedad de consumo.

—¿Todo eso lo deduces de un perro alargado? —Estoy perpleja. Me parece que en torno al arte contemporáneo hay mucha tontería.

—En parte… —Me mira con lástima (no soporto esa cara como si dijera «pobre desgraciada»)—. Es necesario conocer su obra y saber de su vida un tanto peculiar, si no vespertina. ¿Sabes con quién estuvo casado?

Abro los ojos, que en mi lenguaje gestual significa «ni la más remota sospecha».

—Con Cicciolina.

Me suena a nada.

—¿Y quién es ésa?

—¡Ay, Remensita! Eres demasiado niña. Una actriz porno.

—¿En serio?, ¿y no está mal visto?

—No, en el arte eso es, como dirías tú, guay. Aunque te resulte curioso, la mayoría del arte contemporáneo persigue no gustar. Es más, desagradar, porque el único propósito es provocar como en su día lo hizo el dadaísta Marcel Duchamp firmando un inodoro con «R. Mutt», bautizándolo *Fuente*, poniéndolo en medio de una sala y diciendo que era arte.

—¿Con un retrete? ¿Dónde está el arte? —Intento disimular mi estado de perplejidad. Me parece una locura que alguien se atreva a poner un inodoro en una sala como si se tratase de una escultura y una absoluta ridiculez que los críticos de arte y coleccionistas puedan considerar que eso es arte.

—En la idea.

—¿Qué idea?

—La de hacer lo que nunca nadie había hecho antes.

—Ahhh. —Es todo cuanto digo. Hablaría más, pero no quiero quedar de ignorante.

—Está considerada la obra de arte más influyente de la historia.

No sé si lo estoy entendiendo bien. ¿Un retrete?

—Pero… Él no hizo nada. El retrete ya existía.

—Sí, pero fue a él a quien se le ocurrió. Rompió moldes en un momento en el que todo el mundo era extremadamente correcto. Era 1917. Provocó. Todavía lo hace. Mírate tú —dice riendo.

—Me cuesta entender que algo así valga dinero. ¿Sabía pintar?

—¡Qué más da! Precisamente demostró que se podía hacer arte sin formación, sin seguir las reglas.

—Pero lo grande del arte es la capacidad de crear, no de mover de sitio algo que ya existe y que, por cierto, no tiene nada de bello.

—El arte no debe ser bonito a los ojos, sino agitar la sociedad y suscitar sentimientos y emociones.

No lo comparto, pero me encanta escucharle y aprender. Sabe tanto de tanto.

—¿Quieres sorprenderte más?

—¡Claro! —digo expectante. Creo que no se puede ser más feliz.

—El váter de Duchamp se revalorizó más cuando Pinoncelli, un artista mediocre consumido por la envidia, orinó en él, escribió y le dio dos martillazos.

—¿En serio?

—Provocar y desagradar. Ésa es la clave —asevera.

—¡Qué asco!

—Perfecto. Ya lo ha hecho, ya te ha provocado.

—Pero no es nada bueno.

—Da igual, ya te he dicho que eso no importa. El mundo ha evolucionado. Si uno quiere ver perfección va al Prado y se deleita contemplando las pinceladas de Goya y de Velázquez, o se va a la Galería de la Academia de Florencia a dejarse cautivar por los cinco metros y casi veinte centímetros de David; pero si busca sentir cómo se mueve el mundo, entonces hay que mirar a los artistas de este siglo y finales del pasado, a sus trazos, a sus vídeos y a sus figuras, que parecen no tener un sentido pero que lo tienen, provocar. En esta vida todo tiene un sentido, Remensita.

Pienso en esto que me dice. Si todo tiene un sentido, quiero saber el de que yo suba por la escalera de servicio.

—Pues a mí me gusta todo lo que tienes tú —digo intentando reconducir la conversación a nosotros.

—Entonces es que he comprado mal —dice riéndose—. Venga, ya está bien. Ven aquí.

—Espera. —Doy unos pasos, voy a la sala que nunca me ha enseñado—. ¿Qué hay aquí?

—Mi despacho —dice algo agotado—. ¿Quieres venir aquí ya?

Bajo la manivela, empujo la puerta, se queda abierta unos centímetros. Es antiguo, quizá muchos muebles son heredados. Un despacho donde más que corregir exámenes parece que está preparado para recibir a gente importante. Me precipito sobre el escritorio de madera y oro. Quiero ver las fotos. Hay tres, en marcos de plata, lisos, finos, con un escudo de porcelana lacada a pie de foto que tal vez estuvo de moda hace treinta años, pero que ahora huele a rancio. En uno está él vestido de tenista con su raqueta. En otro, él con un chico joven vestido igual que él. Supongo que compitieron. Los ojos se me van al tercer retrato, es antiguo (de quizá treinta años atrás), un hombre, tenista, vestido de un blanco inmaculado, con mirada de ambición, cruza sus brazos a la altura del pecho, en señal de triunfo;

sus manos son muy grandes, casi desproporcionadas, manos de poder que disfrutan la victoria; sonríe pletórico con una mueca que atrapa, en una mano porta una copa enorme (supongo que el trofeo de algún campeonato), y en la otra una raqueta, también grande y gruesa (tiene pinta de que pesaba). Es extremadamente atractivo. No sabría definirlo. Derrocha carisma. Debió de ser un triunfador. Joven, atlético, pelo rubio, corto, barba rasurada y una sonrisa pícara un tanto familiar; pero mis ojos continúan clavados en los suyos, de un verde hipnótico que me atrapa, siento que me llaman. Debajo unas palabras y una firma que no consigo descifrar.

—¿Quién es éste? —pregunto cogiendo el portarretratos y clavando el dedo en la cara de esos ojos magnéticos que me miran implacablemente.

—Un ganador.

—¿Cómo se llama?

Me mira en silencio con una mueca que medio esboza una sonrisa. Cuento los segundos. Son tres.

—No lo recuerdo —dice al fin—. Fue una estrella del tenis. La foto pertenece a un campeonato del trofeo Conde de Godó del Real Club de Tenis de Barcelona, me la regalaron cuando me hice socio. —Se le llena la boca como si fuera un hipopótamo bebiendo agua—. Quedó el segundo. El club siempre ha hecho fotos de todos.

—¿Y por qué la tienes dedicada?

Sigo intentando leer, pero no lo entiendo. Es una letra complicada.

—¡Vamos, Remensa! Ven aquí.

Voy, me acurruco sobre él, enroscada como una niña pequeña, y me doy cuenta de que todavía podía ser más feliz, ahora lo soy.

—¿Y eso? —pregunto mirando la cadena que cuelga al lado del pellejo. Me ha intrigado desde que la he visto—. ¿Otra obra?

—Eso te tiene que dar igual. Eres muy curiosa. Demasiado. ¿Me quieres besar?

Le beso. Sabe agrio, aun así me gusta.

—No quiero que vuelva a ocurrir. Si te llamo, tienes que venir al instante, tirarte encima de mí y hacerme el amor.

Su cara dibuja una mueca divertida que provoca mi risa. Él también ríe, pero oscuro, sin pureza. Oculta algo, no sé qué.

—¿Sabes que los señores catalanes dominaban a sus vasallas? Les abrían las piernas —dice separando las mías como un compás. Lo hace con brusquedad— y saciaban sus instintos.

—¡Qué cerdos! ¿Cómo podían…? Menudos depravados. ¿Y ellas? ¿Qué hacían?

—Aún se abrían más y gemían como lo vas a hacer tú. —El «tú» lo termina en mis piernas. Siento su aliento, se acerca a mí, despacio, ralentizado—. Me gustas tanto…

No puedo contestar. Suspiro. Quiero ser suya, de hecho, ya lo soy.

—Era el derecho de pernada. *Ius primae noctis* o derecho de la primera noche de desposadas, aunque se hacía extensivo a cualquier momento en el que al señor le apeteciese, como entre nosotros —añade girándome un ojo.

—¿De verdad era un derecho?

Estoy alucinando como si hubiera visto aterrizar un ovni en la plaza de enfrente de mi casa.

—Sí. —Se ríe. No entiendo qué es lo que encuentra gracioso.

—¿Reconocido?

—Sí.

Estoy perpleja.

—Pensaba que era algo que se hacía a hurtadillas de la justicia y que si se pillaba, era castigado.

—Entonces no había justicia más que la divina —dice acentuando más su gesto, ahora se le marcan los dos hoyuelos.

Arrastra su mano desde el hombro hasta la cintura y me pregunta:

—¿Cómo puedes ser tan guapa? Eres como una muñeca. Si te hubiera conocido Picasso, habría despreciado a Nora y a las demás, y te habría pintado a ti. Habrías sido su musa. Mi ángel…

No puedo explicar lo que siento. Nunca antes he sido tan feliz. No como ahora. Una avalancha de júbilo me inunda.

Sonrío.

—Me gustan tus labios —dice tocándolos y separándolos con los dedos—. Yo ejerceré ese derecho de pernada sobre ti una buena temporada.

¿Significa esto que me va a dejar?, ¿que lo nuestro tiene fecha de caducidad? No sé a qué atenerme. Es oscilante, pasa de acariciarme a hablarme mal, de eso a decirme que soy su musa, y ahora a insinuarme que un día se cansará. Pero me da igual; lo único que me importa es que dice que soy como una muñeca, su muñeca. ¿Le inspiro? Me supongo la Dora Maar de mi Picasso, o mejor aún, la Sylvette David (esa otra bella joven de la Riviera francesa, con parecido a la Bardot, a la que dibujó sin freno en el verano del 54. Cuarenta retratos, como los besos que me dio Àlvar. Cuarenta —o quizá cincuenta, o sesenta—).

Ataviada con la camiseta azul del Real Club de Polo de Barcelona de mi profesor, paso un sábado de abrazos y cosquillas que se intercalan con misteriosas desapariciones a alguna parte de la casa. De pronto se levanta y anda pasillo adentro, en dirección a la biblioteca. Yo me quedo con Wagner, Haendel o el que esté sonando en ese instante, ¡qué más da! No son mala compañía, aunque algo tristes, incluso

siniestros. Me imagino en un lago, en el Medievo, nadando. Llega un señor, en su caballo, lo ata, tira la armadura, se remanga, me persigue, yo braceo, él corre, me atrapa, me saca a la tierra, me tumba sobre el barro, me empapo, estoy sucia, sudo, me separa las piernas y grita: «¡Déjate, vasalla! Soy tu amo y me perteneces».

—¿Qué piensas? Tienes la mirada perdida.

Ha llegado Àlvar con un libro y otro CD.

—Nada… No sé… —Se nota que tengo algo que decir.

Demasiado obvio. Soy mala disimulando.

—¿Qué es lo que no sabes?

Dudo si arrancar. Por fin lo hago.

—Lo de los señores y las vasallas. ¿Cómo podía estar reconocido por la ley?

—Cuestión de castas.

¡Glup! ¡Ha dicho castas! No me lo creo. Esto seguro que no es para tomarme el pelo. Noooo. Despierta, Mariela, es un clasista. Él se cree de abolengo por sus raíces aristocráticas y a ti te considera una pobre campesina del sur de la península. A lo mejor no le gusto y todo lo que me dice es por el deseo de poseerme. ¿Qué quiere? ¿Me ve inferior? ¿Tal vez por culpa de mi barrio? ¡Malditos maquineros! Menos mal que no ha conocido a mi padre.

—Eso es de la India. Aquí nunca ha habido castas —le replico frunciendo el ceño. Quiero que le quede claro que no comparto su teoría.

—No en el Medievo.

Prefiero no entrar en el debate.

—¿En qué podían encontrar el placer? Las estaban violando.

—En el poder.

Abro los ojos con cara de incredulidad. Lo ha dicho con satisfacción. Juraría que disfruta con el simple hecho de imaginarlo. En cuanto llegue a casa me pongo a buscar información sobre ese repugnante derecho de pernada.

—Cualquier forma de poder conduce a un orgasmo —me aclara.

—Ya…

—Cuando nos acostamos, tú me tienes y yo a ti, y nos excita, ¿o no?

—Bueno… —Mi parcela de poder sobre él es minúscula, más bien diría que no existe.

—¿Cómo que bueno? ¿Acaso no disfrutas? —me replica indignado.

—Sí. —Cualquiera le dice que no.

—Yo me excito al pensar en tu entrepierna mojada, en lo que te voy a hacer y en lo que me gustaría y un día te haré. No sabes todo lo que te tengo preparado…

¿Qué ha querido decir con «lo que me gustaría» y «lo que te tengo

preparado»? Me suena a sorpresa con matiz tenebroso. No sé qué decirle. La conversación ha cogido un tinte demasiado morboso. Lo miro. Ha abierto el libro y está buscando algo.

—¿Tienes hermanos? —le pregunto.

Continúa mirando con los ojos oscilando a gran velocidad. Parece un radar.

—¿Tienes hermanos? —repito porque estoy convencida de que no me ha oído. Lo de que uno pregunte a otro y no haya respuesta empieza a ser una constante.

—Sí, Enric, como el primer rey nombrado por los catalanes. Fue Enric.

—¿Cómo es? ¿Se parece a ti?

Ni menciono a ese monarca. Me da igual. Quiero saber de él, de su hermano, de sus padres… Cualquier cosa sobre él. Los reyes me dan igual.

—No mucho. Es el pequeño.

No quiere hablar de él. Se nota.

—¿Sabe tanto de historia como tú?

—No.

Parco, seco. Qué desagradable puede ser. ¿Le estaré cansando? A lo mejor soy, como me dice mi hermano Manuel, un dolor de muelas constante. Debo de serlo porque se ha ventilado mi pregunta con un deprimente «no». Tampoco era demasiado íntima…

—¿Te has cabreado?

—No.

Otro no.

Es todo cuanto me dice. Por más que intento sonsacarle algo, me quedo con las ganas. Resopla. No encuentra lo que busca. Se pasa la mano por el pelo y emprende de nuevo rumbo a la biblioteca, esta vez acelerado, como si le hubiese venido a la cabeza algo ineludible. Vuelve con un pergamino y un manuscrito medio deshecho. Ambos parecen reliquias. El pergamino muestra tres imágenes rodeadas por círculos verdes, dos arriba y una abajo, y letras en castellano antiguo o latín. ¿Qué diablos pone? No acierto a leerlo. El manuscrito se conserva en buen estado. Sus cubiertas son de cuero y está cosido con unas cuerdas deshilachadas. Desdibujado se puede leer: «CONSTITVTIONS Y ALTRES DRETS DE CATHALVNYA»; debajo, el escudo de Cataluña.

—Solo te lo enseño —dice mostrándomelos con la mano—. Antes de que leas esto, me interesa que sepas cómo fue la unión del reino de *Catalunya* y el de Aragón.

—Pero… Cataluña no era un reino; no había rey —replico tímidamente. Recuerdo que lo dijo a modo de sentencia en el aula. No entiendo nada.

—Veo que no me escuchas en clase —dice sin perder un ápice de temple.

—Sí que lo hago. Dijiste que nos ibas a explicar por qué Cataluña no quiso ser reino. Por eso mismo no entiendo que ahora me digas que lo fue.

—Os adelanté que hablaríamos de los tres reyes.

—Pensaba que Cataluña no existía como tal, sino que había varios condados que se unieron a la Corona de Aragón con el matrimonio de Ramón Berenguer IV y Petronila.

Mira atónito y frunce el entrecejo. Parece un acordeón contraído, claramente no le gusta mi observación.

—Te quedan muchas cosas, Remensa. Demasiadas. Tantas que me temo que voy a tener que dedicarte mis fines de semana. —Suena burlón. ¿Me toma por idiota?

—Estoy perdida, ¿fuimos reino o no? Mi padre dice que no, mis primos que viven en Andalucía se ríen y me dicen que es una fantasía, en el colegio afirmaban que sí, y tú un día dices que sí, otro que no y otro las dos cosas.

—La gente es muy necia. El primer día de clase os dije a todos que conmigo ibais a conocer la verdad y, después, te lo repetí a ti en esta casa. Fíate de mí.

»¡Ay!, mi Remensa, ¿qué puedo hacer contigo si no obedeces?

Deja los textos sobre la alfombra, se sienta frente a mí, estira la mano a lo alto del sofá y tira de mí hacia él. Caigo de rodillas al lado de sus reliquias. Me muerde el pecho y chupa a través de la camiseta como si se fuera a amamantar. La levanta y pellizca el pezón con el lateral de los dedos para llevarlo hasta su boca, pero ahora no me apetece que lo haga.

—Dámelo. Dame tú el pezón. Quiero beber de ti.

Yo permanezco arrodillada. Siento cómo me succiona. Cambio de parecer. Quiero que continúe. Lo hace durante unos instantes, veo crecer un bulto en su entrepierna. Toca la mía, coge mi mano, la lleva a su miembro y, cuando lo deseo dentro de mí, se aparta y prosigue:

—Petronila fue educada en la corte condal de Barcelona de orden de su padre, Ramiro II el Monje, del que algún día te contaré la leyenda de cómo se hizo respetar.

¿Qué es esto? ¿Una tortura?

—Seguro que la historia de Ramiro II es apasionante —le digo, pero yo quiero continuar. Le toco, él se aparta, estira el brazo y me aleja con la palma de la mano.

—Te gustará —lo dice convencido.

Me rindo. Opto por seguirle el juego.

—Cuéntamela.

—Cada cosa a su momento. Estábamos en Petronila. Estudió en

Barcelona y allí quiso vivir siendo reina con Ramón Berenguer IV, en lugar de en su castillo de Loarre. Utilizaba como excusa achaques de salud, aunque todos sabían que lo que en realidad le ocurría es que Huesca le aburría de manera soberana y que, como a su tío, Alfonso I el Batallador, le atraía el paisaje, el clima y el buen gusto de aquí. Todos, incluso los reyes, anhelaban Cataluña.

»Petronila fue preñada por Ramón Berenguer IV y parió al futuro Alfonso II —dice alzando el pergamino—. ¿Lo ves? «Peronella: reyna» —lee en voz alta al tiempo que subraya la caligrafía con el índice.

—¿Por qué lleva ella una corona y él no?

—Porque él era conde de Barcelona y ella reina; por eso él ofrece el anillo de desposado y es ella la que lleva el cetro y la corona.

—¿Se casaron por amor? —pregunto en un brote espontáneo de romanticismo.

—¡Vamos, Mariela! —Suena exasperado. Y raro. No había vuelto a oír mi nombre en su boca desde aquella primera vez en la que me apodó Remensa.

Él prosigue con su reproche a mi ignorancia.

—Nadie entonces lo hacía. Los nobles tenían que unir abolengos y los pobres conformarse con lo que les impusieran o tuviesen cerca. Ramiro II, el padre de Petronila, acordó las capitulaciones matrimoniales al nacer ella.

»¿Cómo puedes ser tan ingenua? Esto se lo explican a los niños en el parvulario.

Me siento abochornada. Acabo de hacer el ridículo.

—Es solo que me resulta triste. No disfrutaron del amor.

Lo digo con lástima. Siento que no pudiesen besarse con la pasión con la que yo lo hago con Àlvar. Miro el árbol genealógico con detenimiento y, aplicando mi máxima de que para saber hay que preguntar, suelto:

—¿Cómo tienes estos documentos?

—Si hubiera conde de Barcelona respetando la estirpe medieval, lo sería yo.

—¿En serio? —No sé si es cierto o se lo está inventando para impresionarme. El caso es que lo ha conseguido.

—Sí. Fue por culpa de una traición, perdimos el título de la forma más vil que existe; no obstante, mi familia guardó documentos y los que no fueron mantenidos, los hemos adquirido. Algunos los hemos cedido para que se hagan facsímiles y puedan servir de estudio del poder y la fuerza de *Catalunya*. ¡*Catalunya es gran!* —Es la primera vez que me subrayaba algo en catalán.

—Pero tus apellidos no concuerdan con los de ningún rey… —anoto algo sorprendida.

—*Sus*, Remensa. No recuerdo haberte dicho que puedas hablarme

de tú. —Me paraliza por completo; vuelve a mí, agudizada, esa desagradable sensación de inferioridad.

»Respondiendo a tu comentario: por rama paterna soy Colomer Berenguer —continúa como si nada.

—¿Y dónde…?

Iba a preguntarle dónde se perdió su rama, pero no me deja.

—Ya basta. No quiero hablar de mí, ni de mi familia. Tú estás aquí porque de todas las vasallas —dice «vasallas» con marcado énfasis— eres la que más me gusta; es más, creo que me has hechizado con alguna pócima. —Pone cara de malvado. Yo de emoción—. ¿Qué me has hecho, bruja? Pienso demasiado en ti…

—Nada. —Estoy aturdida, me acaba de recalcar que no soy digna de tutearle y ahora parece que está atrapado en mi escoba.

—No digas que nada. Algo me has hecho, porque desde que te he conocido no tengo más pensamiento en mi cabeza que tú. ¡No sé qué me pasa! Bueno, sí que lo sé: me has encantado —habla casi en un susurro que lo hace más sensual y tierno; un seseo delirante que borra todos los desaires.

Siento ganas de gritarle que le quiero, pero el «te quiero» no pasa de mi garganta.

—Confío en ti, Remensa. Nunca antes ha estado aquí ninguna alumna. Nunca. ¿Entiendes?

—Claro.

¡Dios! Soy la primera en… ¿Será verdad? Él es demasiado atractivo y descarado como para que yo…

—Esto es muy importante. Nada de lo que hablemos ni veas ha de salir de esa puerta —lo dice mirando en dirección a la entrada de casa.

—Mmg. —Ese sonido gutural es mi manera de asentir.

—No me preguntes. No me gusta que lo hagas.

—Mmg.

Ahora me siento mal. Curiosa, inquieta, chafardera e inapropiada. Han sido sus palabras, su tono, su mirada. Mi ilusión se ha vuelto a asfixiar. Me callo y bajo la mirada. Él me ignora. Creo que es consciente de mi decaimiento y que lo disfruta.

—Tienes que estudiar y aprenderás que antes de Ramón Berenguer IV, mucho antes, estuvo Wifredo el Pilós, del que ya os he hablado en clase y tú has leído en avanzadilla; y más te vale porque es fundamental—. Es una advertencia, pero tampoco se detiene más. Yo, en cambio, sí que me demoro para viajar en el tiempo al primer examen. Lo imagino repartiendo folios. Al dar la vuelta al mío, el Velloso protagoniza todas las preguntas. Lo miro y él permanece recto, de cara al aula, desafiante. ¡Quiero salir de aquí! He estudiado y no sé ni una respuesta. Respiro.

—¡Ahhhh! —Qué golpe. Àlvar me acaba de dar un codazo.

—¿Se puede saber dónde tienes la cabeza?

No estoy allí, sino en su casa, con él, dándome una clase de historia que no me interesa.

—Después, mientras *Catalunya* se consolidaba y renunciaba a comprar el ridículo estatus de reino al Vaticano, vio llegar a Barcelona al rey de Aragón, Alfonso I el Batallador, que como ya te he explicado se instaló allí porque la corte de Barcelona era más selecta. Es una cuestión de raza y de emplazamiento. El propio Alfonso I lo reconoció expresamente en más de una ocasión. Aquí permanecieron todos sus sucesores hasta el Compromiso de Caspe, del que salió elegido rey Fernando de Antequera por mediación del papa Benedicto XIII. Un príncipe nefasto para *Catalunya* porque era castellano y no hablaba catalán. El papa lo hizo con toda la intención, porque su principal objetivo era restarle poder a *Catalunya*.

—¿En qué año fue eso?

—En 1412. Estudia y aprenderás. No te volveré a ver hasta que no te sepas todo lo que hemos hablado. Necesitas horas para aplicarte y no quiero ser quien te distraiga.

¿Bromea? No. No es broma. Me doy cuenta de que lo dice en serio, lo más serio que se puede.

—Vístete y vete, por favor. Es sábado y necesito trabajar. Mañana tengo comida familiar, de esas con sobremesa soporífera, y no podré hacerlo. Voy a aprovechar esta noche.

Ni siquiera se molesta en decirme que lo siente o en ofrecerse a llevarme a casa. Pasa de hacer de chófer. Total, ya ha conseguido lo que quería… ¡Dios! Me está tratando como a una ramera. Las prostitutas de Las Ramblas gozan de más respeto que yo. Voy a llorar. Comienzo a cubrirme con el vestido de chabacana, sigo con las braguitas, continúo con las medias y, cuando estoy anudando los botines, tira de las medias, me empuja al sofá y me sujeta. Ha rodeado mis muñecas. Me hace daño, me está cortando la circulación. Tira de mis manos hacia arriba. Las retiene con la izquierda y dirige la otra a su bragueta. La baja, está duro; siento placer de pensar que le excito, quiero que me penetre. Lo hace sin miramientos, duro, salvaje. Un empentón, otro, otro más. Aprieta mis pechos, me muerde, grita, solloza… Y yo… inmóvil, extraña, triste.

—¡Grita, Remensa! Dime que me deseas, que te gusta, que quieres más.

Lo intento, pongo todo mi empeño, pero no puedo. Por más que me afano no consigo articular palabra, ni siquiera suspirar. Mis esfuerzos están concentrados en no derramar las lágrimas que empañan mis ojos. Berrea y, cuando acaba, me abraza. Un abrazo fuerte, tierno, protector.

—Me encantas.

Yo sonrío. Y olvido. Es más, soy feliz. Y vuelve Paulo Coelho. Qué sabio… ¡Aun exhausta!

—Vístete, mi Remensa, que no quiero que andes muy tarde tú sola por las calles —dice mirando el reloj. Han pasado apenas dos minutos. Son las ocho y treinta y dos. Ya treinta y tres. Calculo que llegaré a mi casa pasadas las nueve—. ¿Cogerás un taxi?

—No. Miraré qué autobuses van a Badalona… Puede que haya alguno directo; si no, haré transbordos…

—Olvídalo. —Saca el móvil y habla—: Sí, para ahora. No. Ahora mismo. Sí, en la puerta, la persona baja ya. Se llama Remensa. Re-men-sa. Gracias.

Cuelga, sonríe, me mira, se acerca, me da un beso y me dice:

—Te viene a recoger un taxi. No tienes que pagar nada, ¿de acuerdo?

No. No estoy de acuerdo porque mi plan —el que él me había propuesto— era pasar juntos el fin de semana completo; no, porque me lo ha dicho de repente; no, porque ni siquiera me acompaña y se conforma con empaquetarme en un taxi; no, porque no se disculpa. No. En resumen, ¡no! Pero soy una cobarde, no me atrevo a decírselo y engullo la desilusión estómago adentro, donde se mezcla con mis anhelos en lo más profundo de mis entrañas. Lo pienso para mí y ahí lo dejo.

—¿Sabes qué me gustaría? —No tengo ni idea de qué intención pasa por su cabeza, pero sé que es perversa por su mirada. Me limito a encoger los hombros—. Que algún día te vistas de colegiala con falda de tablas.

Presiento que mi vida va a ser un tormento.

VIII

Durante dos semanas no sé de él. Ni un mensaje ni una llamada ni un gesto ni un nada más allá de verlo en clase. Ridícula, me compro la maldita falda plisada azul marino intenso y me la uniformo cada día por si le da por querer quedar, pero no. Nada de nada. Me conformo con escuchar sus proclamas acerca de *Catalunya*, los condados y la independencia; con mirarlo de reojo, preparada para desviar los iris antes de que él me vea; con saber que sigue vivo. Dos semanas de lloros, desconcierto y delirios. Dos semanas de esperar y desesperar. Dos semanas con sus catorce días. Pienso que ha cambiado de parecer; que no me quiere más. Y me siento sola. Y triste.

—Te ha usado para acostarse y ahora se esfuma. Típico de los tíos, y más si son ricos. Parece que están encantados y desaparecen una vez han conseguido lo que querían —me dice mi amiga Roser con severidad. Habla con el mal sabor de la experiencia, después de comprobar cómo Toméu la ha cambiado por una pipiola tres cursos más joven a la que perseguían todos.

El estruendo en mi interior no es soportable. ¿Ha podido usarme sin más y no volver a querer nada de mí?

—Pero él no es un chico. Tiene treinta y siete años.

—¿Y?

—Que ya ha pasado esa etapa y debe de saber lo que quiere.

—Esa fase no tiene edad —responde Roser sin contemplaciones. Trata de envenenar mis ilusiones, esas escasas excusas a las que me intento aferrar—. Y, si la ha superado y sabe lo que quiere, significa que tiene claro que no eres tú porque, de serlo, ya te habría llamado —observa cómo mi cara se encoge derrotista, es la angustia—. No me mires así. Soy tu amiga y te digo lo que hay. Si lo prefieres me callo o te miento…

—No. —Es un «no» que suplica piedad. Escucharla me produce dolor, tanto como no saber de él. No tenía que haber quedado con ella. Sé que tiene razón, pero si se lo cuento es con la esperanza de que ponga luz, que me lo haga ver fácil y me diga «Mariela, le dará vergüenza y estará esperando a que tú le llames. El pobre no sabe lo

que piensas. ¡Anda, da el paso que te está esperando!». Sé que no, que no es así, pero es lo que quiero oír.

Roser me lo remarca:

—¿Has visto a muchos chicos u hombres, aunque sea en las películas, ¡me da igual!, que se aguanten dos semanas sin llamar a la que les gusta? No. Ninguno. No los hay —afirma respondiéndose a sí misma—. Lo siento, pero no creo que vuelvas a saber de él. ¿Por qué no te cambias de grupo? No te hace bien ir a su clase y comprobar cómo pasan los días y él sigue con su vida sin ti. Es eso o un follamigo.

—¡¿Follamigo?!

—Sí, que solo te llama para follar.

—Pero nosotros hemos hecho más cosas que acostarnos. Me ha contado de su vida, de su familia. Hasta me ha llevado a su casa.

—¿Y? ¿Qué crees que hacen los follamigos? Por eso lo de añadir «amigos» a la palabra; si no sería follaconocidos. Olvídalo. Es el mejor consejo que te puedo dar.

Dos horas y media más tarde.

Ha aparecido. Definitivamente, es impredecible. No sé por dónde cogerlo.

—Remensa, ¿puedes subir?

Es jueves, estoy en un descanso entre clases. Recojo. Folios, bolígrafos, fluorescentes, ¡mierda, el rotulador lila! Me azoro, el profesor de «Temas fundamentales de la filosofía» entra por la puerta, yo salgo corriendo. Lo hago tan disparada que no me doy cuenta hasta que me choco con él y me como su brazo. Le tiro la carpeta que sujeta con la axila y unos DVD que cogía con la mano. Miro. Apenas hago el amago de agacharme a recogerlos y me incorporo al ver que él ha sido más rápido.

—Disculpe. —Es todo cuanto digo y continúo mi carrera sin freno hasta el despacho de Colomer en la primera planta. Toco a la puerta. Mis piernas tiemblan. Oigo «pase», y paso. Intento poner cara de circunstancia —la he ensayado, me ha costado un cuarto de hora frente al espejo—, pero no puedo, algo falla. Son mis nervios, sus ojos, me mira y me descuajaringa. A cambio, pongo una de boba que babea. Me esperaba sentado en su silla, girando de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Su cara no ha cambiado.

—Ven, Remensa. Me moría de ganas de tenerte. Estás tan *sexy* con esta faldita. —Me la levanta ligeramente, la tela plisada parece volar y pasa de apenas abrigar mis nalgas a descubrir un trozo de mis braguitas—. ¿Me has echado de menos?

Estira sus brazos y, cuando llego a su altura, me abraza. Fuerte, muy fuerte. Siento que me parto y deseo que me desnude y me haga el

amor. Quiero que lo haga. Desabrocha las trabillas de mi falda, los botones, y la deja caer al suelo. Tira de las medias hacia abajo hasta sacarlas por los pies, después de mis braguitas con lazo y me besa.

—Me gusta cómo hueles. No te imaginas lo que me pones vestida así —susurra muy sensual.

Me apoyo en la mesa, mis pies se hielan sobre el mármol, tiemblo, mis dientes tintinean, él se arrodilla, me agarra de la cintura, me besa y olvido el frío como si hubiese quedado sepultado por un ardiente alud. Su lengua lame mi pubis con calma y yo me pierdo en un delirante clímax que me ausenta de mí misma y me entrega al amor. Frena, me mira y su lengua me penetra con un ritmo lento y suave que poco a poco se embrutece hasta embestirme con ella como una fiera. Dentro, vibra incesante.

—Conmigo, ven, métete —le digo. Es una súplica. Lo deseo en mí. Colomer sigue unos minutos ajeno a mis ruegos y, por fin, se levanta.

Soy yo quien le baja los pantalones y lo sienta en la silla. Le voy a besar tanto como él a mí. Abre mi boca con sus dedos, acerco mis labios entreabiertos a su pene y lo encierro en mí. Arriba y abajo; arriba y abajo. «Levántate», dice. Lo hago; él también. Me empuja hacia la mesa y entra en mí como soñé aquella primera vez.

—Antes no me has contestado. ¿Me has echado de menos?

Intento contenerme, pero no puedo.

—Mucho. Demasiado. A todas las horas —evité decirle que había llorado y que apenas había dormido.

—¿A todas?

Asiento sin pronunciar palabra. Temo que, al hacerlo, arranque mi llanto.

—¿Y has estudiado?

También asiento. Aquí todavía temo más ponerme a llorar. Estudiar me recuerda su última imposición, mi angustia, mi dolor; sentir que lo pierdo, que ya no está ni estará.

—Lo comprobaremos mañana. Mete algo de ropa en la mochila de clase y te quedas a dormir conmigo. ¿Podrás?

De nuevo, asiento.

IX

Siento que vuelvo al pasado. Los movimientos se repiten. Su coche frena, yo abro, bajo, camino, subo, toco y aquí estoy.

Me invade una sensación extraña, una especie de premonición que me alerta de que ya he estado en ese lugar, que lo que va a ocurrir ya ha pasado y que salió mal. Siento un vértigo extraño similar al de asomarme al precipicio de mi vida para ser engullida. Aun así, me da igual. Sigo. ¿Por qué repetimos errores los humanos? ¿Por qué nos empecinamos en volver al lado de quien nos hirió? He llegado a la conclusión de que es una especie de instinto sadomasoquista que lucha contra nuestra razón. El cerebro nos alerta y, como dijo Freud, el «yo» no manda en nosotros, y lo ignoramos. Los animales no lo hacen, se escuchan. Curro, el perro de mi vecina, me lo dejó muy claro hace algunos años. Una tarde, siendo cachorro, le pisé el rabo sin querer mientras dormía la siesta y todavía hoy se aleja de mí cuando me ve. Lo mismo ocurre con las hormigas que han anidado en mi cocina. Son una plaga, pero superdotada. Aplasto una y las demás se desperdigan corriendo hacia cualquier lugar que las aleje de mí. Nosotros no, al menos yo y los que tengo alrededor. Cuanto más nos pisan, más aguantamos —llegamos incluso a regresar— con el afán de demostrarnos que un día no habrá pisotón, o que incluso ese pisotón será sustituido por amor. ¿Por qué no aprenderé de las hormigas? No me imagino a una volviendo hacia mí por si cambio de idea y me da por acariciarla.

Como decía, todavía no he llegado a ese punto, y sigo.

* * *

—¿Has estudiado? —me lo pregunta recostado sobre el puf. Yo estoy en el suelo, con la cabeza sobre sus muslos haciendo una contorsión casi acrobática que me resulta bastante incómoda porque mi busto queda a la altura de sus rodillas y tengo que encorvarme en modo acordeón. En cualquier caso, la postura es más agradable que el examen que se avecina.

—Sí.
—Y… ¿bien?
¡Oh, no! Temo que me van a someter a una prueba de conocimiento, pero… no. Todavía no.
—¿Podrías escaparte de aquí y desaparecer desde el viernes que viene hasta el martes?
—¿Yo?
—Sí —responde Àlvar, y al ver mi rostro desconcertado, añade guiñando un ojo—: No veo a nadie más por aquí. ¿Tú sí?
No soy capaz de describir lo que siento. Una suerte de campanilla repiquetea en mí y toda yo vibro.
—¿Contigo?
—Sí.
—¿Dónde? —Me hace tanta ilusión que me incluya en un plan que la pregunta viene a ser absurda. Es indiferente adónde sea, me va a apetecer.
—A Boston. Va a tocar el mejor pianista del mundo en el Symphony Hall y quiero ir —lo dice como si nada. Como si Boston fuese Badalona y el Symphony Hall el banco de enfrente de mi casa.
Sonrío boquiabierta.
—¿En serio?
—Absolutamente, Remensa.
¡Ohhhhhhhh! Esto es mucho más de lo que podría esperar, mucho más de lo que mi imaginación podría haber fantaseado con su potencia al máximo, mucho más de lo que se me habría ocurrido anhelar. Está claro que tiene razón mi abuela Josefa en que, si no aguardamos grandes cosas, podemos llevarnos sorpresas muy agradables. Aunque también dice que en esta vida es mejor no esperar demasiado porque rara vez se cumple. Bufff. Estoy nerviosa. Tengo un revoltijo en el estómago, como si me hubiesen puesto atada cabeza abajo y me hubiesen zarandeado. Seguro que tengo cara de tonta. Solo me apetece reír, no quiero parecer una chiquilla idiota a la que se lo han propuesto por primera vez. Pero… ¡es que es la primera vez! Cálmate, Mariela, intenta parecer serena, ilusionada, pero no entusiasmadísima. Es Boston, tampoco vas a la Luna… ¿Qué digo? ¡Claro que es la bomba!
—Pero… ¿y las clases? —es lo mejor que me ha salido.
Mastica saliva y la engulle con cara de pereza.
—Las mías las cambio, no te preocupes por eso. Lo importante eres tú. ¿Podrás venir o me busco a otra chica que me acompañe?
De repente mi alegría se esfuma. «Busco a otra», «a otra», «otra», «otra», «otra»… Y me imagino a otra. Es alta, delgada, morena, con ojos verdes y mucho estilo. Están sentados en *business* (que ni sé cómo es), él le acaricia la cabeza a ella, ella la mano a él. Quiero irme,

llorar, cerrar la puerta y no volver nunca más; pero me contengo y, sin razón explicable, necesito saber que estaré con él, que esa morena seré yo.

—Sí, iré. Cuenta conmigo.

—¿Seguro?

—Sí —miento.

¿Qué les voy a decir a mis padres? Esto sí que es complicado. Mi madre es muy pesada. Pregunta por todo, mira, husmea y cuando salgo me pide el teléfono de la gente con la que voy y, cosas del azar, parece que se conjugan los astros para que pase algo (que no es nada) y ella llame y me pille. Casi siempre coge el teléfono con alguna excusa peregrina que no hay quien se la trague. Nunca, salvo cuatro veces (en las que, por supuesto, llamó), he dormido en otra casa que no sea en la que están ellos (bueno… Una vez más, pero fue porque vinieron al pueblo unos primos lejanos de mi padre que viven en Madrid y a mí me mandaron a casa de una amiga de mi abuela. Olía a rancio y la televisión retumbaba por toda la casa. De lo más excitante. Le hice prometer a mi madre que nunca más me enviaría allí). No tengo ni una idea aproximada de qué excusa me voy a inventar. Tiene que ser buena.

—De acuerdo. Habla con tu familia y apúntate con negrita en tu calendario el 30 de octubre. Lo remarcas con rojo porque el lunes compro los billetes —insiste.

Un nudo se traba en mi estómago. Si no he oído mal, va a comprar los billetes de avión. ¿Hay mayor compromiso que éste? Para mí, no.

—¿Quién es el pianista?

—Lang Lang, el chino que tocó en las Olimpiadas de Pekín. Hace tres años sacó un disco conmemorativo del segundo centenario del nacimiento de Franz Liszt, así que tienes más deberes: te lo voy a regalar y lo vas a escuchar en tu habitación hasta que seas capaz de reconocer cada pieza, sobre todo *La Campanella, Libestraum y Consolation*. Son mis favoritas.

Continúo en esa postura retorcida. No hablo. Entre el aturdimiento de Boston y Liszt, Lang Lang, *La Campanella*, *Libestraum* y *Consolation*, apenas doy para algo más que escucharlo a él.

—La portada es una horterada, pero dentro vas a encontrar un recital base de nueve piezas musicalmente muy valiosas, más el *Concierto Número 1*, grabado en público con la Filarmónica de Viena en la Musikverein.

Estoy perdida en nombres y palabros.

—Es un fenómeno —continúa con entusiasmo—. Empezó con tres años, y con cinco dio su primer concierto. Lo que no me gusta es que roza un poco el sensacionalismo. Ha tocado en la Casa Blanca y en los Grammy.

—¿En serio?

—Eso no es relevante —suelta despectivo—. Es más, es malo.

No estoy de acuerdo, pero no quiero adentrarme en una discusión.

—¿Qué edad tiene?

—Treinta y dos. Y, por naderías como las que te acabo de decir, está entre los cien hombres más influyentes del planeta. Extravagancias de la moda del famoseo mediocre en el que ya nadie admira a un pensador o a un artista por el hecho de serlo, sino a cantantes, futbolistas, modelos y sucedáneos que pisan una alfombra roja cualquiera, o a filósofos y genios, no por lo que aportan, sino porque se han codeado con los anteriores. Esta sociedad es patética. ¿Recuerdas la pregunta que le hicieron a Vargas Llosa recién aterrizado en Barajas, tras recoger el Nobel de Literatura en Estocolmo?

—No.

—A ver… Di. Es muy fácil —me solicita con misterio.

—Imagino que qué sintió al recibir el Nobel.

—No. Mucho más sencillo. —Hace una pausa que enfatiza su ironía y prosigue abriendo los ojos y elevando las cejas—. Algo rosa…

—Ni idea. ¿Tenía una amante?

—Por una tal Genoveva que era la novia de su hijo que, a su vez, era ex del hijo de la duquesa de Alba. ¿Te lo puedes creer? Como dijo Lipovetsky, estamos en la era del vacío, lo que ocurre es que su vacío ha evolucionado degradándose en miserable. —Lo escucho boquiabierta. Una vez más me demuestra que, a su lado, no soy nada. ¿Quién es Lipovetsky? ¿Qué es, exactamente, eso de la era del vacío? »Volviendo a Lang Lang, la verdad es que, pese al faranduleo, es un genio.

—¿Fuiste a verlo a Pekín?

—No, Remensa. No soporto a las masas. Después de China, ha tocado en más sitios. —Pone cara de agotamiento, agotamiento de mí. Tengo la sensación de que le exasperan mis preguntas absurdas y de que espera algo más ocurrente. ¿Se estará cansando de mí? A lo mejor se arrepiente de haber contado conmigo. No, eso no puede ser. Tampoco he dicho una burrada tan grande.

Sin quererlo, vuelvo a imaginarme a otra, probablemente profesora de historia o licenciada en arte, culta, rica y elegante, que sepa quién es el tal Lipo no sé qué; a una erudita con la que converse acerca del vacío y los vicios de este mundo mediocre.

Yo soy poco, demasiado poco.

Continúa:

—Lo vi en directo en Nueva York.

—¿En serio que allí?

—Tocó con la New York Philharmonic Symphony en Año Nuevo

hace tres años. —Me encanta su acento tan americano.

—¿Pasaste el fin de año en Nueva York?

No le pregunto con quién, aunque sí se me pasa por la cabeza hacerlo. Me inquieta. Supongo que con alguna novia que no debió de ser mucho o que lo fue todo, porque no queda ni rastro de ella en la casa y eso solo sucede cuando la persona no ha dejado huella o cuando ha dejado tanta que preferimos no verla. En mis suposiciones ando yo… ¡Ay! Me cae un golpe en el lateral del cráneo. Seco. Como el del bote de una pelota de baloncesto. Suena hueco.

—¿Me estás escuchando? —dice serio.

No, imbécil, me duele. Es lo que me gustaría decirle, darle un corte al estilo de los suyos y hacerme respetar, qué complicado.

—¿Me oyes? —repite con bastante impertinencia, como si fuese lerda y se le agotase la paciencia conmigo.

—Sí, claro —aseguro aturdida.

¡Me ha pegado! Ha sido un cachete como los que me soltaba mi padre de pequeña cuando tocaba o decía algo que no procedía, pero más fuerte. Éste ha sido de adulto a adulta, o más bien de amo a odalisca. Él prosigue como si nada.

—Te decía que el concierto fue el 31 por la noche.

»Te gustará verlo. Vas a vibrar, Remensa.

Una vez más me siento fascinada. Sabe tanto que yo soy la nada al lado del todo.

No vibro; no por eso. Lang Lang es extraordinario, pero mi mente sobrevuela las teclas del piano para centrarse en Boston y ya no soy capaz de saborear otra cosa que no sean mis fantasías acerca de Boston, Harvard, Àlvar y yo, hasta que, de pronto, él me despierta.

—A ver, los Trastámara.

—¿Qué? ¿Quiénes son esos? ¿Qué les pasa? Estoy… Estaba relajada.

—Que me hables de ellos —sojuzga sin rodeos.

Resulta duro, tan directo, déspota, arrogante; tanto como recordar al príncipe castellano que no hablaba catalán. Los catalanes le odiaron y ahora lo hago yo. Le narro su reinado dictatorial y la historia de cómo su hijo, Alfonso V, conquistó Nápoles y se quedó allí, olvidando aquí a su mujer y a su hermano, Juan II.

—¿Sabes? Lo que más me ha llamado la atención es que destronaran a Juan II de Aragón para nombrar a otro que tampoco hablaba catalán.

—Hay un matiz muy importante: Juan II de Aragón era conde de Barcelona y Enrique IV de Castilla fue rey, el primer rey de *Catalunya*. Lo fue por decisión de los nobles catalanes que determinaron que, a

partir de ese momento, *Catalunya* tendría monarca. Fue catalanizado y pasó a llamarse Enric. Por eso hay monedas con su rostro…

—¿Y por qué ese cambio?

—Interesante pregunta. —Qué bien, he dicho algo digno de él—. Juan II de Aragón pretendía una monarquía absolutista y los nobles perseguían un sistema oligárquico. Lo cierto es que Enric tenía fama de ser de carácter débil y lo vieron más fácil de manejar. Al final, quien pretende controlar tiene que hacerlo sobre seres pusilánimes. Espera aquí.

Levanta mi cabeza con sus manos, la apoya en el puf y se esfuma. Mis cervicales lo agradecen.

—Mira, Remensa.

Se ha quedado detrás y tengo que hacer una nueva contorsión, todavía más rebuscada que la anterior, para ver lo que me quiere enseñar. Está buscando una página en un libro antiguo en el que se lee: «Dietari».

—¿Qué es? —No deja de sorprenderme, y estoy segura de que esta vez también va a ser así.

—El *Dietari* del Consell de Barcelona. Narra la desmembración de la corona. Escucha —y comienza a leer—: «*Vehents lo Principat de Cathalunya ésser possat e constituit en tanta necessitat, oppresió e vexasió en perdició de les persones o bens dels poblats en aquella, e açó per causa del Rey D'Aragó, qui hostilment e ab gran potência contra forma expressa de la Capitulació al dit Principat atorgade, fermade e jurade, e de altres Leys, e Libertats del dit Principal és entreat en aquell prenent viles, castells e lochs de aquell emtant les gents, desonestant dones e donzelles, ocupant los béns e aquells donant a* çaco. *E encara per causa de la Lliga contra Cathalans feta…*». —Su tono es vehemente, pese a la frialdad de su rostro.

—Espera, no lo entiendo —le interrumpo abrupta. Se detiene en seco, levanta la vista, silencio, destella ira. Se lo ha tomado muy mal. No habla, no gesticula, creo que ni siquiera respira. Está quieto, como una estatua. ¿Qué se supone que tenía que hacer? ¿Callarme y no comprender? Más me habría valido. ¿Para qué habré abierto la boca? ¡Qué más me da lo que diga el texto ese!

Respira hondo y suelta:

—Es catalán antiguo. Haz un esfuerzo. No es tan difícil. Te vendrá bien. Este tipo de cosas son las que marcan la diferencia entre la élite y la masa.

Puede ser tan despectivo. Su seguridad resulta odiosa. Y su tranquilidad dominante. Es repelente. Está por encima, lo sabe y se aprovecha. ¿Por qué me habla así? Podría ser más cariñoso… Quizá lo hace porque sabe que lo admiro y me derrito, porque soy pusilánime, porque sabe que es mucho y yo poco. Me gusta tanto…

Su semblante no se inmuta. Prosigue un rato largo hasta terminar con los cargos de la Cancillería. Una vez ha finalizado, deja el libro sobre la mesa baja y saca de su bolsillo una moneda del diámetro de mi palma. Brilla.

—¡Qué bonita! Es gigante.

—Es un croat de Enrique IV de Castilla. Fue acuñado en Barcelona. Mira, relata la leyenda de su vida y su reinado. «ENRICUS:DEI:GR'A:REX —dice leyendo el anverso. Gira al reverso—: y «CIUI-TASB-ARCH-NONA».

Esa segunda inscripción no la entiendo, pero no me atrevo a reconocerlo por miedo a parecerle demasiado ignorante
—me ha bastado con lo de antes—.

Miedo, siempre miedo.

—Esto solo lo pudo hacer porque fue rey, ¿lo entiendes ahora? —observa con la moneda en ristre.

—Ya.

Permanezco boquiabierta mirando el croat y pensando en las reliquias que hacen de esa casa un templo de historia.

—Cataluña nació mucho antes. En el 218 a. C., con la llegada del ejército romano a Empúries, se inició un largo período de vinculación con el imperio de Roma. Ahí se conformaron algunos de nuestros rasgos culturales básicos como la lengua, el derecho y la religión. Después, a finales del siglo V, la caída del Imperio romano de Occidente da paso a la creación del reino visigodo de Toledo. Mucho más tarde, la huella del islam ejerce una gran influencia en esta nación, de hecho, es una poderosa herencia en la configuración de Cataluña.

Mis ojos continúan atónitos. ¡Se ha ido a Roma y al-Ándalus! ¿El origen de Cataluña en la Antigua Roma?

—No me mires así, aún te queda mucho por aprender. —Sonríe, se le marcan los hoyuelos y, de repente, cambia el rictus; lo hace mucho, me desorienta—. Estoy decepcionado. Esperaba que descubrieras algo de ti.

—¿De mí?

—Sí. Voy a ponerlos en su sitio. Tendrás que volver atrás y leer con atención. Lo has visto todo muy por encima. Demasiado —lo dice misterioso y, de nuevo, se pierde por la penumbra del pasillo.

¿De mí? No sé a qué se refiere. Yo no salgo en ningún libro de historia, no estoy vinculada con el pasado de Cataluña y no recuerdo haber leído algún detalle con el que me sintiese identificada. Tiene que ser algo relacionado con lo que me acaba de explicar… Le doy varias vueltas, pero por más que lo pienso no hallo el detalle que pueda tener relación conmigo. Cuando aparece, lo hace con más intriga. No le oigo. Estoy tranquila repasando la historia de Enric,

buscando un detalle, la clave perdida; y, de repente: ¡negro! No veo. Es una mezcla entre inquietante y seductora. Siento una tela suave que se posa en mis ojos y los cubre. Me acaricia, sus manos rozan mis orejas, las palpa, anuda el pañuelo, no habla, yo tampoco. Apenas comienzo a vocalizar un «¿qué?» y él responde tapando mi boca. Permanece callado. Silencio. Desabrocha mi blusa, lento, baja las copas del sujetador, más lento, y me toca los pezones con otro trozo de la misma tela. Voy a cogerlo, pero no me deja. Me agarra con fuerza por la muñeca y la retira hacia atrás. Siento miedo, susto, dolor. Y placer. Busca el pezón derecho como un bebé cuando va a amamantarse y lo chupa. Lo hace con fuerza, succionando como si quisiera sorberme.

—¿Quieres que te folle?

Silencio.

—¿Quieres que te folle?

De nuevo, silencio.

—¡Joder! ¡Dime! ¿Te follo? ¿Te la meto hasta dentro?

La tensión me impide hablar. No es él, no lo reconozco; su tono es violento, casi desafiante. Continúo callada, escuchando, intentando fingir que mantengo la calma. Lo logro por unos segundos en los que soy capaz de contener las lágrimas. Segundos largos, dolorosamente eternos. Respiro, pienso… Finalmente, me resulta imposible. Tiemblo. Sujeta mis manos, es inútil, campanillean. Y las piernas. Y la cara. Y los ojos, que se mueven como péndulos acelerados en el negro de la tela. Àlvar insiste.

—¡Me pones tanto! —Su voz es lasciva, casi agresiva—. ¿Estás asustada? Mi Remensa, mi bella Remensa, no tiembles y responde. —Esto último lo dice más calmado, en un tono suave y comprensivo.

Interpreto que se ha serenado, y pretendo explicarme.

—Es que…

—No me cuentes rollos. ¿Quieres que te la meta? —En él hay dos hombres: el dulce y el agresivo. El bueno y el malo. Dos en uno. Dos. No sé cuál es de verdad. Me desconcierta. Baja el tono, casi no le oigo —. ¿Te gusta? —Jadea, noto que se excita hablándome de esa forma —. Sí que te gusta, ¿verdad? A todas os gusta. —No tengo fuerzas para decir «no» y asiento. Entonces, se detiene—. No hay más. Si quieres que te la meta, vas a tener que hacer méritos. Tira de la tela que tapaba mis ojos y de nuevo veo.

—¿Méritos? —pregunto con una sonrisa ingenua. Supongo que está bromeando, que es una especie de juego absurdo para que le suplique y él se ría de mí durante un rato. Pero no. Me he equivocado.

—Sí. ¿A qué esperas? Lo digo en serio —lo afirma con tanta hostilidad que me doy cuenta de que habla lo más de verdad que se puede.

»Por ejemplo, podrías ir a la nevera y traer la leche.

—¿Para qué?

No contesta, basta con su mirada. Me fulmina.

Atravieso el pasillo a toda prisa. Regreso con el tetrabrik y un tazón con la estatua de la libertad en el que se ve la desembocadura del Hudson. Se levanta, agarra el cartón de leche y emprende paso acelerado hacia la habitación. Manhattan se queda en la mesa de madera roja con aire chino. Va hasta el *jacuzzi*, no sé cómo lo ha hecho, pero está lleno y arde, aunque sin burbujas.

—Quítate la ropa y métete.

Lo hago, sensual, como él espera. La blusa, un botón, otro, otro, otro… el último, el cuello, me acaricio, bajo hasta el ombligo, se desliza, sale por mis manos; el pantalón, el botón, la cremallera, un juego y al suelo; el sujetador, otro juego, parece que sí, es que no, es que sí, finalmente sí; las braguitas, abajo, arriba, se enganchan, meneo las piernas, subo los brazos, me cojo el pelo, caen.

—Ahora… Dentro. ¡Vamos!

Sale vaho. Presiento que me voy a quemar.

—¡Vamos! No te lo pienses tanto. ¡Adentro!

Me meto. A mi alrededor brotan pequeñas ondas que se expanden, circunferencias concéntricas que chocan con los bordes.

Él, sereno, no se inmuta, apenas pestañea. Deja la caja de leche en el borde y se va. Su sombra se desvanece, como su imagen.

No sé lo que siento. Es una mezcla de atracción, amor, desprecio, abandono e intriga, acompañada de miedo.

Miedo. Es la tercera vez que siento miedo.

Regresa con un tarro de mermelada y un cuchillo de mantequilla. Una vertiginosa sensación de pánico baja por mi espina dorsal. Imagino qué pretende hacer. Resuello. Me rocía con la leche y, como si mi cuerpo fuese una tostada, me unta la mermelada; primero los pezones, después el ombligo, las clavículas, el cuello, las axilas. Él emplasta y yo miro. Contempla cómo mi cuerpo se pringa a su antojo sin aparente sentido.

—¿Qué haces? —Me veo a mí misma como a Kim Basinger, frente al frigorífico de *Nueve semanas y media*, con Mickey Rourke echándome leche y champán por encima. Me gustaría ser Kim y él Àlvar. Si fuera Kim, Àlvar me adoraría, tan guapa, tan atractiva… Jamás vería a otra. ¿Quién puede desear a otra teniendo a Kim?

—Sssssssssssss. —Sube los párpados y me mira con una expresión indescifrable, entre la excitación, el misterio, la diversión y la maldad. Me recuerda a mis hermanos cuando de pequeños pretendían hacerme una trastada de las que han hecho historia en la familia y que, en su

día, les valieron una somanta de azotes con el cinturón de cuero que mi padre guardaba con celo para tal menester (cómo gritaban, pero no aprendían, a los dos días estaban de nuevo con sus trastadas).

—No entiendo…

—Sssssssssssssss —repite el gesto.

Ahora lo comprendo. Se sienta en el borde del *jacuzzi*, va al pubis con el cuchillo vacío. Me toca, es hielo; hace el amago de meterlo. Mi cuerpo se sume en un enorme marasmo.

—No te muevas, es un juego.

No me muevo, ni un poro se dilata, casi prescindo de respirar. Solo mis ojos se atreven a vivir. Cae una gota, es una lágrima. El cuchillo entra. Es la punta, redonda, fría, unos milímetros. Yo… Un retrato de mí, como el de Nora Maar.

—¿Estás llorando? —lo pregunta entusiasmado, con la satisfacción del éxito alcanzado—. ¿Estás llorando? —repite. Creo que quiere escuchar que sí.

No puedo hablar. La angustia me ha dejado sin sentidos más allá del terror. Veo negro y lo único que distingo es el filo grueso del cuchillo para la mantequilla. Me sacuden escalofríos. Son fuertes, como latigazos que batanean mi cuerpo. Jamás uno de mis novios, aventuras o «conatos de» me ha hecho algo así, nunca he experimentado nada semejante. Ni siquiera aquel macarra con el que me acosté borracha de tequilas la misma noche que lo conocí. Quiero gritar, chillar, correr y que sea él quien venga a mi salvación, me abrace y me aleje corriendo a un lugar en el que me bese y me proteja.

Nada de eso ocurre.

Mira mis genitales, aparta el cuchillo, rebaña el dedo en la mermelada, la pega a mi sexo y lame.

—Tócate —dice mientras me entrega el cuchillo. Se agacha, coge la cinta negra, con ella me rodea otra vez los ojos. No veo.

Menguo. Esa palabra me sonroja. El miedo se transforma en pudor. Quiero y, al mismo tiempo, me lo prohíbo. El siguiente fotograma soy yo acercando mi mano sin saber muy bien qué hacer para que parezca que me toco sin que resulte obvio que me avergüenzo. Me siento una fulana calenturienta.

Una idea parece irrumpir en su mente.

—Dime, ¿te tocas cuando estás sola? ¿Te metes los dedos pensando en mí? —me pregunta tirando de la cinta negra. De pronto siento que tiene el miembro fuera. Está enorme.

—No —respondo forzando la voz para que no note que miento.

Abro la mano y el cuchillo para la mantequilla produce un sonido metálico al caer al suelo.

—¿Nunca?

—Nunca. —De nuevo, esquivo la mirada.

—¡Mírame! —Es una orden.

Obedezco. Deslizo la cinta para poder verlo. Mis ojos relatan aquella noche húmeda después de hablar con él por primera vez. Mis dedos fueron su pene y mi cabeza hizo el resto. Tanto fantaseé que el ensueño se convirtió en real.

No volveré a desear.

—Ni siquiera te lo imaginas. ¿No te gustaría que fuera a tu casa por la noche y te lo hiciera mientras tus padres duermen? —Está sorprendido. Baja las cejas y frunce el ceño. Tengo la impresión de que no se lo cree.

—No.

—¿Me hablas en serio? —Su tono es apagado, lo susurra al mismo tiempo que pasa su dedo índice derecho por mi sexo y coge el cuchillo del suelo con la mano izquierda.

Guardo silencio. No sé qué contestar, no quiero contestar. Estas preguntas no me gustan.

—Dime, ¿no te excitaría que me metiera en tu cama y te lo hiciera mientras tus padres duermen? —lo pregunta con la vista en mi pubis. Acerca el cuchillo y lo pasa como si lo estuviese afilando.

—No. ¿A ti sí?

—¡Claro! ¿De verdad no te gustaría? ¿Ni siquiera un poco? —Sigue pasando el cuchillo, lento, muy lento.

—Sí —lo digo para que se calle.

—Sí, ¿qué?

—Que me gustaría un poco…

—Repítelo —me susurra. El cuchillo me penetra unos milímetros.

—Me gustaría que vinieras a mi casa cuando mis padres duermen y me hicieras el amor —tintineo. Por favor, quiero que se acabe, lo único que quiero es que se acabe.

—¿En serio te gustaría que te follase?

Asiento y cierro los ojos para contener las lágrimas de miedo. Saca el cuchillo, alza la vista y me ordena en tono militar:

—Agáchate y chúpamela, Remensa.

Esto me resulta grotesco. No es amor, ni atracción, tan solo sexo, dominio, sumisión. O no… A lo mejor es normal, a lo mejor lo hacen todos los hombres cuando son más mayores porque necesitan alicientes, a fin de cuentas, siempre lo mismo puede llegar a cansar. Estoy desconcertada, no sé qué pensar ni cómo reaccionar.

—Vamos, nena, chúpamela como tú sabes.

Es asqueroso, me gustaría gritarle que es un cerdo, que no es mi dueño y que se la chupo a quien quiero cuando quiero, pero no puedo. Me atrae, lo admiro y me va a llevar a Harvard con él (punto éste que reconozco que me aleja de las reflexiones anteriores y, de nuevo, me

convence de que quizá me quiera un poco, aunque solo sea un poco muy poco). Me requiere. ¿Por qué iba si no a llevarme a Harvard?

Voy a continuar. ¿A quién pretendo engañar?

Me agacho, se la chupo, le agarro los testículos, estiro, se los beso, soporto sus preguntas eróticas y, entonces…

—Me voy a correr. Estoy a punto. Quiero que te quedes así, con la polla dentro de la boca, y que te tragues mi semen. ¿Oyes? Trágatelo.

Bajo el ritmo y asiento con la cabeza. Me pregunto cuándo me toca a mí.

—No pares. Rápido, muy rápido. Quiero que me la aprisiones y te lo tragues todo.

Unas lágrimas empañan mis ojos, los cierro, no quiero ver. Estoy sometida.

—Levanta la vista. Mírame. —Tiene los brazos detrás de la cabeza, como quien toma el sol. De repente, los estira, agarra mi pelo, empuja mi cabeza, me aprisiona, me asfixio, no puedo respirar, su pene me ahoga. Me siento sucia, violada, humillada. Quiero huir.

—¡Mírame! —Me ordena de nuevo empujando más mi cabeza. Siento su pene en mi garganta. ¿Qué es esto?

Resuello.

—¡Que me mires! —repite gritando.

Ya no le oigo. No puedo. Solo siento que me ahogo, que mi vida no tiene sentido. Clavo mis pupilas en él, me caen lágrimas, está tenso, jadeando; y sus manos me presionan. No puedo escaparme de aquí. Estoy en una cárcel. Es tan horrible…

—Nena, nena, ¡me corro!

Mueve la cadera con unos impulsos incontrolados. Yo engullo el líquido viscoso y continúo ahí, con el pene dentro sin que él me deje ir. Da por sobreentendido que la faena ha terminado. Se tumba panza arriba como un león en la sabana cuando ha saciado sus instintos, suspira de placer y sacude la cabeza. Lanza otro suspiro semejante a un bufido y clava los ojos en el techo, pensando en su mundo, del que por más que lo deseo resulta evidente que yo no constituyo una parte importante. No. No lo soy. Lo sé, y no lo asumo. Para engañarme olvido el semen y regreso a Harvard. ¿Hará eso con un rollo cualquiera?

X

Es lunes. No menciona los billetes.

Martes. Tampoco.

No me llama ni me mensajea, así que soy yo quien coge el teléfono. Lo miro. Lo remiro. Marco, llamo, suena, no contesta. A lo mejor ha decidido no hablar conmigo. Quizá después de verme tragar ya no tiene ganas de más, a mí me ha quedado una huella sanguinolenta en el corazón y un reguero de turbaciones en el cerebro. Lloro. Lo hago por mí, por él y por nuestras veladas; por lo que me obliga a hacer; en definitiva, por lo que está siendo de mí. Me ensombrezco; mi alma se encoge, me veo sometida, lamiendo su pene y engullendo el fruto viscoso de su pasión. No sé nada de él desde ayer por la tarde, estuvo muy distante, me recordó a mi padre cuando alguien le cae mal (se queda callado y ni con la mayor de las simpatías le sacas más de un monosílabo). A veces me río imaginando a algún cliente que se le cruce en esa cabezota. Si se le mete entre ceja y ceja que es un prepotente, ya puede darle la propina más copiosa que ni con ésas. Don Manuel fruncirá el ceño. Así estuvo Àlvar. Y me preocupa.

Pasa el rato, media hora, sigue sin llamar. Cuarenta y cinco minutos, cincuenta… Mis pupilas reflejan el destello de la pantalla del móvil. Enciendo el ordenador, me conecto a Internet, abro las páginas con información sobre Boston y las repaso. Me fascinan sus rascacielos, sobre todo el John Hancock Tower, quizá porque es el más alto —doscientos cuarenta y un metros dicen—, recto, estilizado y partido en dos como mi corazón. Los usuarios comentan que la ciudad es impresionante, algunos afirman que la prefieren a Nueva York. Hace dos días leía entusiasmada estas mismas páginas, ahora me empaña una nube de tristeza y el río Charles amenaza con desbordarse y arrojar su caudal por mis ojos. Brota una lágrima, otra, otra más, y más. Caen por mis mejillas, ¿qué hago mirando esto? Ya ha pasado una hora. Más. Setenta y tres minutos. Enrique Iglesias. Por fin.

—Hola, Remensa.

—¿Estás bien? —se lo pregunto con voz triste y temblorosa.

—Claro. Muy liado. ¿Y tú, Remensa?

No parece que le haya ocurrido algo grave, ni siquiera leve. Tal vez insignificante. Su voz es firme, segura, algo pasota.

—Bien. Echándote de menos.

Lo he dicho. Sé que no tendría que haberlo hecho. Es demasiado sincero por mi parte, pero… ¿A quién le importa? Es lo que siento y necesitaba soltarlo porque la angustia me estaba oprimiendo el pecho.

—¡Qué mona!

¡Ay! Le ha gustado. Le enternece que sea cariñosa. Voy a recalcarlo. Quizás funcione y me corresponda…

—Mucho. Te echo mucho de menos.

—Perdóname, pero ahora no te puedo atender, tengo que reunirme con un cliente.

Oscuridad. Me apago. Como tantas veces, ha sido seco, sin miramientos, ha hablado con la aspereza del desprecio y, yo, que me vuelvo a ver volando, cogida de la mano, siento que al avión le fallan los motores y entra en caída libre. Increíbles sus cambios de humor, esos giros del mucho a la nada. Intento entenderlos, pero no lo consigo y entristezco.

—Vale —contesto tenue.

Él lo nota y actúa. Un movimiento más dentro de su juego que tan perdida me tiene.

—¿Vendrás esta tarde a verme al despacho?

—Sí —asiento. Intento parecer ilusionada cuando en realidad estoy decepcionada porque llevo un día y medio esperando una señal suya que me diga que vive y que ya tiene los billetes para ir a Boston. Por suerte, Àlvar no está capacitado para leer mis pensamientos; aunque lo parece.

—Ponte la faldita de tablas. Un beso, preciosa.

Eso basta. Al oírle decir «preciosa», mi corazón se acelera, potente, intenso, rebosante de ilusión. Los latidos suenan fuertes, como martillazos rápidos. Soy preciosa, su preciosa. Y me voy a Harvard con él. ¿Qué más puedo desear?

Que sea verdad.

XI

Miércoles. 10:30.

—¿Dónde estás, Mariela?

No contesto. Estoy hablando con Roser y cuatro compañeras más, sentada en un taburete viejo de hierro, con el escay descorchado, en el bar de la entrada a la Facultad. Me las he encontrado cuando llegaba y prácticamente me han forzado a sentarme con ellas. Odio este tipo de situaciones. Escuchar sin querer escuchar, hablar sin ganas, fingir. Y aquí estoy, en ello. No hay nada que desee más que ir corriendo al despacho de Àlvar, pero no tengo forma de deshacerme de ellas. El escay da asco. Fue negro, ahora está pelado y es más blanco que negro. Se ve la esponja de debajo. Está marrón, hay mugre por doquier. Juraría que eso es un chicle. ¡Dios!, cómo es la gente. ¿Dónde la habrán educado? Empiezo a parecerme a mi madre… Me levanto y busco otro taburete. Todos dan asco. Extiendo la vista. Mejor esta silla de acero inoxidable, al menos no habrá piojos ni chicles.

—¡Mariela! —Suena enojado. No me ve y no entiende que estoy haciendo malabarismos para sujetar el móvil con el hombro mientras cambio de aposento… Se me va a caer el teléfono y, lo peor, me va a dar una tortícolis.

—Estoy tomando algo. Le llamo después de clase…

—¡¿Cómo?! Será una broma… ¿Dónde estás tomando algo?

—Luego mejor… —¿Por qué tiene que ser tan insistente? Está claro que le hablo en clave porque estoy con mis compañeras.

—¡¿Qué?! ¿Con quién estás? —¿Me lo parece a mí o está celoso? Lo está. Por primera vez, lo he notado inseguro y cierta alegría me revolotea. Quizá no sea tan duro…

—Ahora no puedo. ¡Adiós!

—No s…

Cuelgo. Lo dejo con la palabra en la boca. Iba a decir algo. ¡Madre mía! Espero que no se haya cabreado. Estoy nerviosa. Le he colgado. No tenía que haberlo hecho. Soy idiota. Quiero hablar con él y, en vez de hacerlo, me lo he quitado de encima con tres palabras. Ni siquiera sé lo que le he dicho.

»Pi-pi, pi-pi». ¡Mensaje! «Álvaro Conde». Es Àlvar, lo guardé con ese sobrenombre para que nadie pudiese sospechar que se trataba de él. Se me ocurrió cuando me confesó que era descendiente del ilustre conde de Barcelona. Abro: «No vuelvas a hacerlo. Ni se te ocurra». Voy a cerrar la pantalla y suena Enrique Iglesias cantando *Cuando me enamoro*. Es mi melodía. Un número infinito. Àlvar. ¡Qué mono! Querrá oírme de nuevo.

—Nunca, escucha bien: nunca en tu vida, da igual lo corta o larga que sea, jamás lo vuelvas a hacer.

Cuelga. Me quedo ausente, desconcertada.

—¿Quién era? —me pregunta Minerva. Roser no lo hace, supongo que se lo imagina.

—Nadie.

—¿Nadie? Pues se te ha quedado cara de haba —insiste Minerva, bastante inoportuna. Apenas cruzamos un escueto «Hola» a diario y justo tiene que ahondar ahora.

—Una de esas llamadas de compañías que te quieren vender no sé qué.

—A mí también me crispan las llamadas para venderte algo o hacerte encuestas. Me dan ganas de regalarles alguna grosería en respuesta a su falta de consideración haciéndome perder el tiempo sin que yo les haya dado mi número. Además, suele coincidir que llaman cuando estoy durmiendo, comiendo o esperando a que me marque alguien importante —dice Roser para echarme un capote de torero que ni José Tomás.

Estoy sudando. Extrañada por la reacción disparatada de Àlvar. Lo peor es que me lo podría haber esperado. Siento miedo. Ha sido vehemente, sin cariño ni comprensión. Solo se interesa por sí mismo, y yo lo aguanto porque ese sentimiento extraño que mueve el mundo llamado amor me lleva a recordar de él su sonrisa, sus besos y sus caricias. A veces es tan dulce… Tan tierno… Tan cariñoso… A veces, solo a veces.

Suena de nuevo el teléfono. Es mi madre. No lo cojo.

—Pues para ser nadie, insiste bastante y te influye más que mucho, porque se te ha quedado cara de haber visto a un fantasma —dice una tercera con sarcasmo.

Se llama Patricia y siempre es así. Irónica cuando resulta obvio que no hay broma alguna. A veces pienso que lo hace adrede y otras que, simplemente, es tonta.

—¿Ha pasado algo, Mariela? —Es Martina, la más lúcida de las cuatro que me acompañan. Su padre es psiquiatra y dice que la mente no tiene solución. Yo también lo creo.

—¡Nena, estás pálida! —añade Luisa Serret con un pito de gallina que me saca de quicio. Luisa tiene la gran manía de disertar y

discursear, lo tengo comprobado. Lo poco que llevamos de curso me ha servido para aseverarlo. Lo suyo es la digresión; decir no cuando todos pensamos que sí. Eso… y contar lo que no debe. No se habla con su prima porque le soltó que su hermana, es decir, su otra prima, es puta. Lo argumentó con base en que luce bolsos muy caros y hace viajes de lo más exótico, casi siempre a países orientales, que nadie entiende cómo los paga. El último a Dubái, después de cinco días en Marrakech—. Uff, eres un cadáver —recalca con énfasis.

—No sé qué narices te pasa, pero cambia el rictus. Pareces Calimero —dice Roser con tono despectivo.

Es agria. Me fatiga. En ocasiones puede ser desagradable.

—No está mal. He pasado de ser un cadáver a tener un aire a un pollo negro con ojos azules que no deja de lamentarse —digo irónica.

Me estoy cabreando. Se tiene que estar dando cuenta. No se da… Me mira como si nada y añade:

—Tienes cara de amargada… Mira qué morro estás poniendo.

—Déjala, ¡que ponga el morro, la nariz o lo que sea como quiera! Sus motivos tendrá —le rebate Luisa. Lo dicho, siempre en dirección contraria.

—Quizás te ayude contarlo —sugiere Martina. Me mira y parece cambiar de idea—: Bueno, vamos a hablar de otro tema. ¿Sabéis que me ha llamado el chico del otro día? —Habla de uno que le pidió el teléfono el sábado cuando se iba de la discoteca. Dice que es impresionante, poco menos que un Apolo o el David de Miguel Ángel, simpático y con buena pinta. Habrá que verlo… Martina no es muy mona, lo más mono que tiene es el nombre. Está rechoncha, tiene la nariz redonda como un champiñón y siempre lleva el pelo encrespado como una escarola, lo que pasa es que es muy dulce, educada y divertida.

Enrique Iglesias de nuevo. Es Oriol. Obelisco. Rapidez. Instinto. Opio. Y luz. Luz a mis sombras. No sé si esta vez podrá alumbrar todas. Ver su nombre en la pantalla del móvil me inunda con una ola de felicidad. Es el único que me puede ayudar. Impresionante moreno de hoyuelos, mi moreno de hoyuelos, mis hoyuelos. No es mío, pero me pertenece, y yo a él porque nos queremos. ¿Hay mayor posesión que la de saber que alguien a quien quieres está para ti? Oriol fue mi primer novio. Y yo su primera novia (en realidad, ya se había cogido de la mano con una chica del barrio y, en ese momento, andaba de tonteo con otra, pero nada serio. Por lo menos eso es lo que siempre me ha contado). Nos gustamos como se gustan los primeros novios, inexpertos, con desenfreno, locura, pasión, ingenuidad. Era tan *sexy*, y rebelde, pero a mí se me pasó y a él no. Él sigue detrás. Lo sé porque alguna vez me lo ha insinuado de la forma más sutil posible. «Tú fuiste especial y lo vas a ser siempre». Es su frase. La dice con una

sonrisa o taciturno (depende del día). A mí me gusta oírla. Me da seguridad. Sé que está ahí, presto, dispuesto a apoyarme. Un cohete tardaría más en llegar. Creo que soy algo platónico, por eso siempre aparece cuando lo necesito. Es positivo, alegre, cariñoso, sincero y un poco bruto si cree que le atacan a él o a alguien de su entorno. Endurecido por las condiciones de la vida. Su familia es catalana de infinita generación, campesinos de tradición. Con la revolución industrial, abandonaron el campo y se vinieron a la ciudad en busca de fortuna que no hallaron. Hicieron mudanza al suburbio de detrás de mi zona y, ahora, tienen una casa de tres plantas que heredaron de los bisabuelos y juntan dos nóminas que les dan para vivir holgadamente. Su padre, Joan Oriol Rossell (por desgracia no tiene nada que ver con el Oriol Rossell de las bodegas, ¡qué más quisiera él!; aunque me da que lo de Oriol es para darse cierto abolengo medieval y confundir la estirpe con la de los vinos y cavas. Intento fútil porque, viéndole, no hay quien piense semejante disparate), trabaja en una papelera que se rumorea que, con esto de la crisis y los conflictos del independentismo, igual cierra, y su madre, Adela, de limpieza en el Centro de Salud que está pegado a mi casa. Lo que más vale es la casa. Mi padre dice que no se lo han sabido montar bien porque si la vendieran sacarían un buen montón de dinero, tanto como para no trabajar más porque en ese solar podrían haber levantado una torre de pisos (de hecho, parece que los tantearon, pero Joan Oriol Rossell no quiso ni escuchar). Ellos no se lo plantean. Viven en su casa y se mantienen. Por lo menos, le pueden pagar los estudios a Oriol. De momento.

—¡Hola! —le digo entusiasta.

—¿Qué pasa, Mariela? ¿Qué tal estás?

—Bien. ¿Y tú? Perdonad —interrumpo para escaparme. Me levanto y los ocho ojos me miran con atención inquisidora. Solo los de Martina transpiran condescendencia.

Me escondo, yendo hacia la izquierda, en un recoveco que hace la fachada del edificio, un poco más allá de los setos que hay tras las sillas y que me permite apartarme de semejante control.

—Bien. ¿Dónde estás? Si quieres hablamos más tarde.

—No, me has servido para levantarme de una mesa de arpías.

—¡Qué bueno! Si es que soy la solución a cualquier problema… Tienes un amigo chollo. Haberme avisado y te habría llamado antes. Claro que esto tiene un coste… —bromea con una risa que me hace sonreír.

—¿Quedamos?

Me muero de ganas de quedar con alguien ante quien me pueda sincerar y que me pueda aconsejar. Roser me ha dado una opinión simple. Normal, le faltan datos. No quiero que los conozca. Tiene

demasiado peligro. Oriol es perfecto. Me quiere, es discreto y, además y muy importante, chico (así que sabrá entender los vaivenes de mi profesor y explicarme por qué actúa como actúa y qué sentimientos tiene hacia mí).

—Cuando quieras. ¿Este fin de semana?

—A lo mejor estoy fuera.

—¿Y eso?

—Ya te contaré…

—¿Quieres hoy?

—Te llamo al salir de clase. Será tarde.

—Tú mandas.

Me gusta oírlo, aunque no estoy segura de que sirva de algo útil gobernar en mis meriendas con Oriol más allá de subir mi autoestima. Ojalá me gustara…

XII

Àlvar no coge el teléfono. Tampoco abre la puerta.

Estoy perdida, vagabundeando entre los sentimientos que sin razón le profeso, tratando de hendir mi presente. ¿Por qué la felicidad parece huir de mí? ¿Qué hago aquí?

Emprendo paso fúnebre hacia clase como si el *Réquiem* de Mozart marcase mi ritmo con su nefasto presagio. Cada pie parece amarrar al que avanza; tiro, arrastro y, finalmente, un nuevo paso. Uno más. Voy a por otro. Me cuesta. Continúo. Estoy en el aula Josep Tarradellas i Joan (en honor al presidente de la Generalitat de Cataluña en el exilio. Todo un héroe en los pasillos porque también fue presidente de la Generalitat provisional. Me lo he aprendido porque cada día nos lo recuerda una placa enorme en latón al lado de la puerta). La mía, Lluis Companys i Jover (otro presidente, aquí todo son presidentes) se ha quedado atrás. Eso ha debido de ser hace un buen rato mientras vagaba con el rostro serio de Àlvar en mis pensamientos. Me besaba y, de repente, me miraba serio y gritaba que le dejara. Es tan descorazonador. Siento que la vida muere dentro de mí. El estómago se ha encogido, las entrañas con él. No llega el aire. Asfixia. Dolor. Llanto. Me encierro en el baño y dejo salir todas las lágrimas que me inundan. No evito pensar en él. No quiero hacerlo. Deseo tenerlo en mi mente, conmigo.

El teléfono continúa sin sonar.

La tarde se antoja eterna. Segundos que preceden a segundos que les siguen para conformar minutos y horas. Horas y más horas.

Una angustia punzante lacera mi interior.

El profesor de Derecho se ha ido sin que me dé cuenta. Estaba con la cabeza agachada pensando en lo mal que lo he hecho para que Àlvar me desdeñe de semejante modo y, casi instintivamente, la mano se movía con brío, agitando el fluorescente fucsia que pinta corazones revueltos que se confunden con un infierno. Mi infierno.

Cuento los segundos de los minutos que con más minutos suman

horas que me matan. Es tarde. Son las ocho. Vuelvo a su despacho, no abre. Llamo a su teléfono, no lo coge. Me rompo. Lloro. Debajo de mi brazo llevo un libro de la expansión por el Mediterráneo sobre la que quería preguntarle algunas dudas. No entiendo por qué se la adjudica a Cataluña cuando en realidad fue la Corona de Aragón quien la consiguió. Ya no importa. Las preguntas se han difuminado con la angustia.

Cojo el autobús, valido el abono, miro por los cristales, tras ellos un mundo estático que se queda atrás, rostros anónimos que pasean sin rumbo, luces que alumbran la oscuridad. Los neumáticos chirrían sin cesar, es un sonido estridente que empaña mis pensamientos. El teléfono suena.

—Mariela.

—Àlvar, te he llamado y te he ido a ver —le digo casi sollozando.

—He estado ocupado.

—No he dejado de pensar en ti.

—Yo también he pensado. Tenemos que dar una vuelta a esto. No tiene mucho sentido.

—¿Por qué dices eso? —me siento débil, tengo la sensación de que mi cuerpo se desvanece.

—Tú eres muy joven, demasiado, yo tu profesor —me voy a caer. No puedo respirar. Necesito agarrarme a algo. Estiro la mano hasta la barra que cruza el autobús y me aferro a la poca esperanza que me queda.

—Me da igual. —¿Qué tontería es ésta? No sé a qué viene. Muchas parejas tienen diferencia de edad y funcionan. Aparento estar entera para intentar convencerlo sin escenas melodramáticas, en realidad me estoy conteniendo porque si pudiera entrar en mí y curiosear por mi cerebro y mis entrañas vería que lo único que tengo son ganas de abrazarme a su cuello y suplicarle que no diga tonterías.

—A mí, no —suelta con aplomo y cierto desprecio.

Me derrumbo. Me digo: Mariela, ya no te quiere. Te está dejando.

—¿Ya no te gusto?

—Mañana me voy a Boston. Hablamos a la vuelta. Cuídate.

—Me habías dicho que iba a ir contigo —le digo llorando, casi berreando.

Todo el autobús me mira. Hasta el conductor cotillea por el retrovisor con el rabillo del ojo con el afán de verme, y me ve. Me ve llorando, desahuciada en busca de un algo que reconstruya la esperanza machacada de forma implacable.

—Eso fue antes de esta tarde. Antes de que me colgases como si yo fuera uno más de los novatos idiotas que te pretenden. Yo no soy eso ni voy a estar detrás de ti esperando a que me cojas el teléfono como un tonto enamorado. Iba en serio contigo y tú has jugado con

estúpidas tiranteces durante todo el tiempo. No quiero caprichos de niñas. Quiero una mujer serena.

—Eso no es así. Yo también voy en serio. Nunca lo he ido tanto. No soy una niña. Por favor, no me hagas esto. Te quiero. Déjame ir contigo.

—Lo siento, te voy a colgar. No es bueno continuar con esta conversación. —Y cuelga. Pi pi pi pi pi pi…

Lloro más. Mucho más. La señora de al lado me consuela y el hombre sentado en el asiento de enfrente se incorpora y me cede el sitio. Caigo en él desvaída. Las calles pasan, el llanto no. Son sus palabras ácidas que amargan en la lengua y agrietan el corazón. ¿Puede ser tan frío? ¿No tiene bondad? Es obvio que no. Me quería y, de repente, ya no. Es imposible. Imposible. Voy restando paradas con esta zozobra hasta que llego a la de mi transbordo. Cambio de autobús, me siento, agacho la cabeza y lloro el desamor. Lo escupo, pero no mengua, muy al contrario parece afianzarse. Repaso los detalles. La llamada. Las palabras. Los silencios. Intento desentrañar sus reacciones con una razón que argumente su decisión y me demuestre que no es un loco o un demonio que me ha utilizado para retozar y que con diez orgasmos a cuestas me deja penduleando en la barandilla del autobús. Voy atrás, rebobino. El domingo me hablaba de Boston y el lunes desapareció. El martes tampoco dijo nada, hoy se cabrea y mañana se va. ¿Cuándo ha sacado los billetes? No ha tenido tiempo.

Ahora lo entiendo. Ya lo iba a hacer.

Tenue. Viscoso. No veo. Ni pienso. Ni siento. Estoy ciega. Ciega. Absolutamente ciega. Mi tristeza me ha cegado. Resoplo intentando encontrar oxígeno en los escupitajos con los que me ha ahogado.

La frase se repite: «YA LO IBA A HACER». De igual modo, lo iba a hacer. Lo tenía decidido y yo se lo he facilitado con mi absurda reacción un tanto pueril. ¿Por qué le he dicho que no podía hablar con él? Claro que sí. Podía y me he comportado como una idiota. Pero… ¿Por qué cambió de opinión? Pasan los minutos. Transcurren lentos. A medida que lo hacen el corazón y los pulmones se llenan de una masa corrosiva que los destroza y me impide respirar y caminar. Incluso pensar. Las palabras de Àlvar han colapsado mi cerebro, mis ojos solo ven su rostro impertérrito.

De repente Oriol se presenta en mi cabeza. ¡No! He olvidado llamarlo. Debe de estar esperando, arreglado. Siempre lo hace. Aunque pasota de la vida en general, si quedamos, es formal al extremo. Concierto, picoteo o café con él, da igual, siempre está diez minutos antes esperando con una naranjada en la barra y una sonrisa en la cara, detalle que le agradezco porque también soy así y cada vez llevo peor lo de ser la primera. Seguro que está pendiente. Le he dicho

que terminaría tarde. Cojo el móvil. Tres llamadas perdidas que me reclamaban mientras lloraba.

—¿Qué tal, empollona?

—Perdóname, Oriol —le digo atropelladamente con la voz rota.

—¿Qué te pasa?

—Te lo contaré cuando te vea.

—¿Dónde estás?

—En la plaza, acabo de llegar con el autobús.

Sabe que me refiero a la plaza de casa, para nosotros no necesita adjetivos. «La plaza», es la nuestra, la de casa, la de siempre (en la que hemos jugado, corrido, nos hemos caído, ligado y hasta besado a hurtadillas y con desenfreno. Algunos incluso han llegado al revolcón. Estoy pensando en Peré, el hijo de Carmina, la vecina de abajo. Un día de invierno, a mitad de la tarde, sentó encima a la muchacha de la pescadera y, allí, los dos, en el banco, dieron el espectáculo. Lo supimos porque el portero hizo un comunicado llamando a todos los timbres y a mi madre aún le dio tiempo de asomarse). Pues, aquí, en nuestra plaza, sin beso ni revolcón.

—Estoy en cinco minutos. ¿Quieres venir a mi encuentro por tu acera?

Camino por ella, deshecha, lenta, con el mismo compás fúnebre utilizado por la mañana en la Facultad. Mi corazón, destrozado, se acelera ante la amarga resignación del abandono y mis piernas frenan incapaces de soportar ese pesado abrojo. No puedo. ¿Qué ha ocurrido para llegar a esta situación? Cataclismo. Fisura. Dolor.

Encuentro los pies de Oriol. Parejos. Alegres. Calzados con zapatillas con tres rayas de colores que se han puesto de moda, pero que no sirven para correr ni ningún otro sacrificio deportivo. Al frente, los míos con unos mocasines acordonados con una plataforma de cuatro centímetros. Él choca con mi rostro macilento. De no ser por la altura, podría alinearme con las farolas. Tan taciturna como ellas. No parezco la misma, mis ojos no brillan con la chispa que los ha caracterizado (según Oriol y Manel, eran los más hermosos que habían visto. Ahora son dos pupilas mustias), sino por las lágrimas que los empañan, gracias a las cuales veo a Àlvar borroso. Sin saber por qué, recuerdo los ojos verdes de aquel tenista tan atractivo que acompaña a Àlvar en su dormitorio. Siempre que entro en la habitación lo miro. Es algo instintivo. Atrapa mi retina sin quererlo. Es tan erótico… Me gustaría saber qué ha sido de él. Quizá no viva, o tal vez sí y sea un señor elegante y atractivo. Si vive lo será, seguro.

—Niña, ¡que te vas a comer a algún vecino! —grita jovial, y me abraza con fuerza. No hablo. Dejo caer mi peso sobre él como si me deshiciese de parte de mi carga. Ahora solo soy un alma compungida.

»¿Qué te ocurre, pequeñaja?

Esa palabra me reconforta porque, de alguna forma misteriosa, me transporta al pasado. Al oírla me siento arropada, me recuerda a mí misma aquella tarde de septiembre en la que Oriol me llevó a la Barceloneta y me dio el primer beso. Estaba nerviosa, él fue tierno. Pasó su mano por mi mejilla y, antes de retirarla, me dijo: «Pequeñaja. Eres preciosa». Desde aquel día, para él pasé a ser «pequeñaja». Hacía mucho que no la oía.

—Espera, no me cuentes todavía. ¿Te apetece ir…? —Chasquea los dedos como si se le hubiese ocurrido un lugar mágico. Quiere añadirle intriga, pero es absurdo. Àlvar me ha dejado y lo mismo me da un bar que otro, que un banco o la acera, el bordillo o el mismísimo pavimento. Todos los sitios son iguales.

—¿Dónde? No hace falta que nos movamos, aquí estoy bien.

—Sssssssssssssssss —susurra misterioso con el dedo índice derecho en los labios—. ¿Te fías de mí? —Me parece violento soltarle un no, pero la realidad es que ya no me fío de nadie (ni de él y, menos ahora, me acaba de recordar a Àlvar con el miembro grueso, apuntándome con el cuchillo y la mermelada).

Caminamos quince minutos hasta unas callejuelas escondidas por las que nos perdimos en uno de nuestros primeros paseos, aunque no recuerdo, en concreto, si pasamos por éstas. El barrio tiene casas antiguas con fachadas de colores (algunos un tanto chillones y la mayoría descorchados. Necesitan una o dos manos con el rodillo). Nos adentramos en él, pero no tiene nada que ver con las calles repletas de ancianos desdentados que cotorreaban despellejando a cuantos pasaban, mientras ellos los contemplaban sentados en unas sillas bajas de soga a la fresca. Lo único que permanece igual somos nosotros. Y tampoco. Ahora hay miseria. Ya no hay viejos con empastes de oro que relucían al abrir la boca por una carcajada de adentro. Ya no hay carcajadas, ni de adentro ni de fuera. Ahora mal hablan sin palas ni muelas, están secos, la gente hurga en las bolsas de basura y los niños llevan los pantalones roídos. Aquella Badalona de bonanza ha muerto y, casi de manera irremediable, ha vuelto aquella otra de veredas, huertos y porquerizas que en el Medievo fue azotada por plagas, pestes y ataques de los piratas berberiscos. Camino ansiosa por llegar a no sé dónde.

—¿Te gusta este sitio? —me pregunta Oriol cargado de ilusión; la desprende.

Es bonito. Es un pequeño parque con trece olivos, dos bancos de madera oscurecida y flores blancas, rosas y amarillas que no reconozco porque no entiendo mucho de flores. Lo rodea una valla de hierro pintada en negro. Muy *british*, tipo Downing Street. No sabía que existiese este sitio en Badalona. No le pega.

—Me encanta —digo mirando a todos lados.

A Oriol se le iluminan los ojos de satisfacción.

—Te dije que te fiaras de mí. Ahora sí, cuéntame.

—Es tan complicado… —Es todo cuanto me ha salido, me cuesta arrancar.

—¿El qué?

—Mi historia.

—Vamos, no seas tonta.

—No sé por dónde empezar. Hay tanto que contar. Ni siquiera sé si voy a ser capaz de explicártelo bien.

—Seguro que sí.

Se equivoca. Me pongo a ello y lo hago realmente mal. Saltos con vueltas para recuperar detalles olvidados que se enredan con anécdotas intrascendentes. A mitad de la monserga pone cara de «no entiendo nada». Mezclo mi relación con Àlvar con la historia de Cataluña. Creo que se ha perdido.

—Tranquila. No te preocupes, no pasa nada. Tú eres maravillosa y quizá él no es el hombre preparado para valorarlo, pero hay muchos, muchísimos que lo harán —dice poniendo calma en mi desasosiego.

No es eso lo que quiero oír. Yo necesito un «te quiere», una explicación coherente de por qué me trata así y algún consejo de cómo hacerle caer rendido a mis encantos y conseguir que no se imagine la vida sin mí.

Intento comenzar por el principio. Le describo aquella primera visita a su casa. Él me interrumpe:

—¿Tú sabes lo que me estás diciendo? —me lo pregunta con asombro. No respondo—. Ese tío es un maltratador. Un auténtico hijo de puta. Te trata como si fueses de una raza inferior a la suya, como si el ser hijo de un millonario le hiciese mejor persona —alega con furia. Destila rabia—. ¿Qué haces quedando con él? —Arranco a llorar—. No me puedo creer que llores por ese tipo. De hecho, me enfurece que llores por él. No lo merece. Está jugando contigo y continuará haciéndolo mientras tú no se lo impidas. Nadie te va a respetar si no lo haces tú misma.

Me pongo blanca. Esperaba un consejo para solucionarlo, no este golpe con la realidad.

—Es un imbécil, además de un racista. ¿Cómo puede hablarte así de Cataluña? Solo es un niño de papá colocado por ser quien es y que hace lo que puede para subsistir.

—No es un racista, defiende su idea de Cataluña —le digo.

—¿Le vas a defender? Mariela, tienes síndrome de Estocolmo.

Me ha dicho Mariela. Esto va en serio. Me siento incómoda, solo quería su apoyo, no una reprimenda. Me quiero ir.

—No le defiendo, es que tú eres muy injusto. Estás juzgando por encima y no le conoces.

—Ni ganas de conocerlo. Ya tengo bastante con lo que me has contado. No sabe historia y se la está inventando para salir del paso; eso o lo hace adrede, y las dos opciones me parecen terribles, aunque admito que preferiría que fuera la primera. No dejaría de ser un niño de papá colocado por ser quien es y que hace lo que puede por subsistir. La segunda implica maldad, la de manipularos.

—Hay libros al respecto, y algunos políticos, como Rovira, lo corroboran en mítines y conferencias.

—Rovira —que por cierto no es catalán— y tu profesor pueden decir lo que les venga en gana. Como si mañana quieren proclamar que Alejandro Magno era de Granollers; pero la realidad es que, aunque algunos han imaginado un inexistente «reino de Cataluña», el único reino que ha habido es el de Aragón. La conmemoración del Milenario de Cataluña en 1988 requirió más imaginación que la saga completa de *La Guerra de las Galaxias*.

—Estás desvariando, Oriol.

—Mariela… —me dice en un tono casi implorante.

—¿Y por qué sabes todo esto? A lo mejor también te lo estás inventando tú —le digo incorporándome y moviéndome de un lado a otro.

—Dios, qué testaruda eres.

Me detengo y dejo caer mi cuerpo en el pretil de hierro que protege el césped.

—Me voy. No me apetece seguir discutiendo de esto.

—Haz lo que quieras, como siempre; pero sé de lo que hablo. He estudiado bien ese asunto. El marido de la hermana de mi madre es catedrático de Historia Medieval. Me ha contado todo al detalle desde que era niño; si quieres quedamos un día con él y que te cuente la verdadera historia, sin manipulaciones.

Ahora sí que me he quedado sin saber qué decir.

—Nunca me lo habías dicho.

—No creo que fuera nada para contar, salvo que salga el tema.

—Ya, pero nunca has hablado del tema, ni siquiera has mencionado que te interesase o que te indignase lo que se publicaba.

—Porque me da tanto asco que creo que la manera más eficaz de no darles lo que quieren es ni referirse a ellos.

—Pues yo pienso que si alguien miente a sabiendas, lo correcto es desenmascararle.

—¿Nunca te has molestado en contrastar todo lo que dicen? ¿No te choca?

—A ver, el milenio fue algo admitido a nivel nacional. No lo organizó un desgraciado con tres amigos. Fue el presidente de la Generalitat, en el Palacio de la Generalitat y, si no recuerdo mal —por lo que he estudiado en el colegio, igual que tú—, hasta fueron los

reyes de España.

—Sí, pero el presidente era nacionalista —resulta pedante.

—Sí. ¿Y?

—¿Sabes cuál fue el pretexto que utilizaron para celebrar el milenio?

—Que era el milenio… —lo digo en tono burlón, intentando callarle, pero no funciona.

—Que en 988 el conde de Barcelona Borrell II había dejado sin respuesta una carta del rey de Francia Hugo Capeto en la que el rey pedía al conde que acudiese a su presencia, cosa que Borrell no hizo. Suena a chiste porque ni el propio rey fue y en el año 988 todavía no se había oído hablar de Cataluña —le escucho petrificada. Sigo sin comprender de dónde ha sacado tanto conocimiento—. Lo de la bandera me da la risa. Hasta en Internet dicen que es una fantasía eso de que la creó Wifredo cuando, en el lecho de muerte, marcó sus cuatro dedos ensangrentados en el escudo. —Por un instante, creo que estoy oyendo a mi padre aquel día de principios de curso en el que llegué con el libro de Wifredo—. El propio Artur Mas lo reconoció a los medios. El origen de la bandera cuatribanda es aragonés porque el primero en usarla fue el rey aragonés Alfonso XII. Ni más ni menos. Si es que todo esto suena a puto chiste.

—¿De dónde te has sacado eso? ¿Estás seguro? —pregunto pasmada, abriendo los ojos como el telón de un teatro. Es un acto reflejo imposible de controlar; lo hago de forma natural siempre que veo o escucho algo a lo que no doy crédito, y a esto me cuesta mucho dárselo.

—Totalmente. Son datos históricos contrastados. Soy catalán, pero por encima de todo soy español. Y, como yo, mi familia, tú, la tuya, nuestros amigos y muchos otros catalanes. Me fastidia que en el resto de España nos consideren a todos unos locos xenófobos, obsesionados con la independencia. La mayoría no tenemos nada que ver con esos fanáticos independentistas que se inventan datos que no han ocurrido. En este momento tenemos problemas más serios que declarar la independencia como, por ejemplo, el paro. A mi padre lo van a echar, a mi madre está por ver, los hospitales tienen plantas cerradas, algunos funcionarios no cobran… ¿De qué hablamos? Si quieres, te dejaré libros. En Zaragoza, la Diputación Provincial tiene una biblioteca en un palacio renacentista impresionante que desmantela toda la patraña que cuentan. —Levanta la mirada mientras hace una pausa buscando algún dato perdido en su cabeza—. Sástago, creo que se llama… —dice, al fin.

—Pero… ¿por qué va a mentir? ¿Cómo va a hacerlo?

—Por profetizar, como lo hacen los integristas islámicos. —Intento componer la cara para que no se note la estupefacción que acaba de

provocar semejante comentario en mí—. Su táctica es inculcarlo a la sociedad, en especial a las nuevas generaciones, igual que los islamistas se introducen poco a poco y van hechizando a occidentales. En España hay muchas cédulas. Hace unos días salió en el periódico que la Policía Nacional está elaborando un censo de negocios regentados por musulmanes en Cataluña, sobre todo en Tarrasa y Reus, con el objetivo de investigar si pueden estar captando fondos para financiar el terrorismo islámico.

—Eso ya salió hace unos años.

—Ya, pero sigue. Ésa es la recaudación de dinero, la de personas va por la vía del camelo. La mayoría de las mujeres caen porque ellos las embaucan, se enamoran y ya no ven más. ¿Sabes en qué se refugian ellos? En el Corán. Los absuelve por adelantado si matan «en nombre de Alá», por eso los musulmanes nunca tienen sentimientos de culpa tras las matanzas de infieles, igual que tu profesor no tiene remordimientos por contaros patrañas.

—¿Estás comparando a Àlvar con un fundamentalista? —Me da que desvaría…

—No saques las cosas de quicio.

—¿Cómo que no saque las cosas de quicio? Lo has dicho. ¡Te acabo de oír! —le digo alucinada. Definitivamente, está loco.

—Lo que te digo es que intenta meter algo en vuestra cabeza con el fin de que os lo creáis, lo somaticéis y lo divulguéis, y lo hace con la calma que le confiere saber que contribuye al enaltecimiento de Cataluña y a su independencia. Eso o que piensa que la historia sin un condimento de invención no merece ser recordada.

—No tiene gracia.

—Me provocas tú con tus preguntas. ¿Qué va a ser? Cuenta cosas que hasta los propios nacionalistas han negado en ocasiones. —Hace una pausa para analizarme, supongo que se nota que no me gustan sus sentencias, sonríe y suelta—: ¿Por qué me miras así?

—Porque estoy alucinando. ¿Cómo puedes establecer esos paralelismos? Estás enfermo —se lo digo con cierto desprecio.

—¡Y dale! Ha sido para que me entendieras porque no quieres comprender nada. La historia es la que fue, no la que nos gustaría que fuera. Cataluña no ha existido como tal hasta hace cuatro días. Cuando Petronila de Aragón se casó con Ramón Berenguer IV, todo esto no eran más que condados.

—¿Me quieres decir que tu tío te ha contado todo esto y tú te lo has aprendido? —Me olvido de los islamistas porque estoy perpleja con los datos que maneja, no puede ser que tenga todo esto en la cabeza; a Oriol siempre lo he tenido por un pasota asilvestrado y ahora resulta que es un erudito de la historia del nacionalismo.

—Claro —lo dice como si fuese algo obvio.

—Pero si tú siempre has sido un zoquete que suspende las recuperaciones.

—Tampoco te pases. —Se ha ofendido—. Apruebo, y en historia podría sacar una matrícula de honor (fuera de Cataluña, claro), gracias a mi tío y a un profesor del instituto. José Pariente Becerra. Es catalán de padres aragoneses y nos lo explicó todo con fotocopias de documentos originales. Las tengo en casa. Alucinarías. Si quieres, una tarde los leemos. No vas a dar crédito —lo dice excitado, con un halo de misterio, como si celara una conjura internacional.

—¿Qué pone?

—Lo que te estoy contando. El profesor organizó una excursión a Zaragoza y nos llevó a la biblioteca en el Palacio de Sástago o como se llame. Nos contaron que fue cuartel general en la guerra de los Sitios y residencia del general Palafox. Bueno, pues el viajecito cultural casi le costó el trabajo al pobre José, porque le abrieron un expediente. El tío, con dos huevos, rectificaba cuando le llamaban Josep. Muy cachondo decía: José, me llamo José. Mi nombre en este país se pronuncia José.

—¿En serio?

—Y tanto. Es cojonudo. Fueron sus propios compañeros y algunos padres. Aquí hay mucho acomplejado. En mi casa no hay nadie con media raíz fuera de la frontera de Cataluña y nunca hemos hablado mal de los que venís de fuera, ni os hemos llamado «charnegos». Sois catalanes. Barcelona no es menos por pertenecer a España.

Lo está llevando al tema nacionalista y, aunque me viene bien corroborar datos que mi credulidad ciega me impedía contrastar, no es lo que quiero.

—¿Por qué crees que ha actuado así Àlvar? Al principio quería llevarme con él…

—No quería. Tienes que aprender a distinguir las promesas reales de las que solo se formulan para conseguir lo que queremos.

Sus palabras me atragantan. Pongo cara de que no me gusta lo que me dice. No es solo lo que dice, sino cómo lo hace, ese tono resabido que me aminora.

—¿Y eso cómo lo sé?

—Prestando atención a los hechos. Tienen más voz que las palabras. ¿De qué te sirve que te diga que te quiero si no me ocupo de ti y desaparezco cuando me necesitas? Actos, actos. Ellos son lo que cuentan.

»Mariela, a mí ese hombre me es indiferente. Me preocupas tú. Eres mi amiga y quiero que estés bien.

Por un momento me relajo. Se ha puesto tierno. Quizá hasta me comprenda…

No, no lo hace.

—Es un mareador y te está mareando. Mareitos —Hace una pausa y vuelve con esa maldita palabra que me deja en la postura en la que quedaría una medio lela a la que le toman el pelo y no se entera—. Mareitos de un adulto a una adolescente a la que le da veinte vueltas porque ella está embobada. Un ciego lo vería desde un avión. Pero la culpa es tuya. ¿Cómo le toleras que te deje en la calle el primer día y te haga subir por la escalera de servicio? Un hombre que te hace eso no te respeta. —Amenazo con llorar. Mis ojos son dos charcos a punto de desbordarse. Tiene razón, he sido una idiota. Ese simple detalle me tendría que haber bastado para no continuar y, sin embargo, subí al ático y aun lo admiré más—. Mariela… tú eres maravillosa, una tía increíble. Guapa, simpática, inteligente y ¡pequeñaja! —Sonríe. Yo también—. Puedes tener a quien quieras, lo único que debes hacer es elegir bien.

La frase me penetra como las agujas de costura de mi madre en la tela. Incisiva.

—Pero él es muy cariñoso —lo digo bajo. No es más que un susurro alegando su defensa mientras me trago las lágrimas.

—A veces. Otros ratos te ignora o te echa de su casa o te ningunea. ¿No lo ves?

Lo veo, y no lo quiero ver. Lo escucho y no lo quiero escuchar. Tiene razón, la culpa es mía por no respetarme; pero no basta saberlo, tengo que reaccionar. ¡Ay!, cuesta sentirse desgraciada sabiéndose culpable. Lo sé; pero soy ingenua, cabezota, estoy obcecada en mi enamoramiento y soy presa de una extraña fuerza que me arrastra a él. ¿Cómo apartarme de quien quiero?

XIII

Cerca de tres horas hemos conversado en el parque. Oriol me ha ilustrado. Un cuarto de filosofía del amor aderezada con psiquiatría del desamor, tres cuartos de política del nacionalismo catalán; y, en resumen, no he mejorado nada. En absoluto. Eso sí, tengo un vasto conocimiento acerca de los condados catalanes y del origen de las cuatro franjas de la bandera que me ha dejado descolocada. Àlvar es profesor de Universidad y de familia noble. ¿Cómo va a falsear datos? La libertad de cátedra no incluye mentir. Es amoral, e imagino que podrían sancionarle.

23:30. Abro la puerta y seguido suena un estruendoso catafalco en toda la casa acompañado del pito de mi madre:

—¡Hija, mía! ¿Dónde estabas? —resuena el cataclack.

—Hablando con Oriol. ¿Qué ha pasado?

—Me has asustado y se me ha caído la jarra a la poza —lo dice mientras se incorpora del suelo con una bandeja pintada de flores rojas.

—Ha sonado como si se derrumbase el edificio.

—Es que, al ir a coger la jarra, le he dado a la fuente de los cafés que es de metal y también se ha caído. Pero no se ha roto nada. Anda, siéntate y tómate las pechugas. —Son tres. Están empanadas, esperándome con un tomate cortado en rodajas con una hoja de perejil por encima, en una presentación de lo más estilosa. Toma ejemplo del cocinero de la uno y no se le da mal, aunque a nosotros nos es indiferente. En concreto, apostaría algo a que mi padre y mis hermanos no se habrían enterado de no ser porque ella nos lo repite pavoneando de lo más orgullosa cada vez que coloca el plato en la mesa.

—No tengo apetito. Me voy a dormir.

—Antes cenas.

—Ya he comido con Oriol.

—¿¡Qué habréis tomado!? Seguro que guarradas.

—No. Ha estado muy bien.

Pero no, mi madre tiene razón. Apenas han sido cuatro cacahuetes rancios de un aperitivo de avión que llevaba en el bolso desde ni sé cuándo; no obstante, es lo mejor que puedo decirle si quiero evitar que me abrase. Es tan pesada…

En la cama me veo siguiéndolo a través del pasillo. Su espalda, sus glúteos, sus pasos. Recta, firmes, seguros. Serio y *sexy*. El que todas contemplamos boquiabiertas mientras habla. Extiendo el brazo y, cuando la mano lo va a alcanzar, se desdibuja y me quedo desolada ante la imagen de las puertas. Me caen lágrimas incontroladas. No siento que salen, solo que se deslizan y que alguna se mete en mi oído, hasta el tímpano.

Las dos de la mañana. No duermo. Las palabras de Oriol me han dejado tocada. He tenido tres intentos de sueño, falsos amagos que espabilan con la angustia. Escucho a Oriol: «Mareitos. Mareitos de un adulto a una adolescente a la que le da veinte vueltas porque ella está embobada. Un ciego lo vería desde un avión». Y me repite: «Mareitos. Mareitos». Todo me da vueltas. La palabra me está mareando. ¿Cómo lo puede decir tan seguro? Él no ha estado en casa con nosotros; él no lo ha visto besándome, acariciándome, enseñándome.

Las cuatro de la mañana. Han pasado dos horas y continúo despierta, angustiada y descompuesta con las conclusiones lúgubres del parque. Debo de tener unas ojeras horribles (cuando he llegado a casa me las he visto y daban terror. Ya habría querido Lily Munster). Cojo el teléfono. No ha sonado, pero, aun así, lo miro y lo remiro. Entro en el WhatsApp. La última conexión fue ayer. Lo utiliza poco en general y nada conmigo, no sé si es otra señal que evidencia que no siente lo que tendría que sentir.

Ocho en punto. He visto todas las horas y revisado el correo y los wasaps cada quince minutos. Necesito dormir o ir al aeropuerto y esperarle allí, en la facturación de Iberia, con una pancarta que grite sin voz lo mucho que lo quiero.

Recibo un mensaje. Es Oriol:

¡Buenos días, pequeñaja!
«No te rindas, aún estás a tiempo
de alcanzar y comenzar de nuevo,
aceptar tus sombras, enterrar tus miedos,
liberar el lastre, retomar el vuelo.
No te rindas que la vida es eso,
continuar el viaje,
perseguir tus sueños,
destrabar el tiempo,
correr los escombros y destapar el cielo».

No te rindas, Mariela. Te lo dice Mario Benedetti.

Otro día te escucharé a la sombra de los eucaliptos, los pinos, los margallones y las plataneras del jardín Ca l'Arnús.

Tu Oriol.

Oriol me está sorprendiendo. Culto, maduro y… ¡sensible! Recuerdo sus palabras indelebles de ayer por la noche. Voy a repasar los apuntes. Necesito leer las fotocopias de la biblioteca de Zaragoza y encontrar algún sentido a tanta incoherencia. Entretanto le envío un mensaje con un parco «gracias» y escribo uno más esmerado para Àlvar:

«Buenos días. Ten buen viaje. Estoy triste porque me gustaría acompañarte. A esto y a todo lo que hagas. Siento mucho haber metido la pata. Tu Remensa».

Me quedo pegada al móvil, con los brazos en alto mirando la pantalla. Estoy tumbada, con las piernas flexionadas. Las estoy agitando (me pregunto si eso se considerará deporte. Desde luego tiene que quemar calorías, porque voy a una velocidad supersónica). ¡Ya! Lo ha recibido. Continúo mirando. Parezco idiota. Escribe. Para. Escribe. Esto del WhatsApp es lo más cotilla que hay y, a la vez, estresante, con esa agonía de ver que el otro abre el mensaje y no contesta. Ya no vale aquello de decir «no lo he recibido» o «no lo he visto». Lo mismo al contrario. También delata al que envía y se queda conectado pendiente del otro. Aquí estoy yo.

Buenos días, Remensa. También me habría gustado que vinieras, pero no es el momento. Pasa un buen fin de semana. Te llamo cuando esté de vuelta.

Siento un arrebato de alegría. Paso así unos minutos hasta que la euforia se confunde con la incertidumbre y me conduce al Wifredo de Ramón d'Abadal. Según él, la Casa Condal de Barcelona desciende por vía masculina del linaje condal de Carcasona. Wifredo la fundó. Cada dato que leo choca frontalmente con las teorías de Oriol. Y mis neuronas entran en colapso. No puede ser. Es imposible que Àlvar esté construyendo una historia de este calibre. Oriol se enteró mal. Seguro. Casi me jugaría una pierna. A fin de cuentas, siempre ha sido un poco despistado y muy visceral ante lo que considera suyo. Estaría bien comentar esto con él. Mejor no. ¿Para qué?

Sí, no. No, sí.

Mejor le llamo.

—No comprendo nada —le digo azorada, sin preámbulos.

—¿De qué?

—Son libros escritos por historiadores y publicados por editoriales. ¿Cómo van a mentir?

—Nacionalistas. ¡Vamos, Mariela! No creo que haga falta que te lo

diga yo. Dentro de media hora estoy en tu casa con algunos escritos de la época y comprenderás lo que ocurrió y la manipulación que comete ese imbécil. Es muy grave.

—Pero… —me quedo con el pero en la boca. Habría estado bien avisarle de que esta mañana la única que pulula por la casa es mi madre, que es peor que si estuviera toda la familia porque mi padre, para un día que libra, se ha ido con mi hermano pequeño al Lamborghini Blancpain Super Trofeo que se disputa este fin de semana en el Circuito de Cataluña (después, si les da tiempo [cosa que dudo], irán al futbito para animar a Sistrells, como cuando creía que sus dos criaturas eran promesas del balompié), y el mayor todavía no ha asomado la nariz por casa (a mi madre le cuenta que se queda en la Barceloneta con unos amigos para aprovechar el domingo, pero me da que lo que en realidad ocurre es que está enganchado a una polaca del Erasmus con la que me lo he encontrado un par de veces. Mi padre lo sabe y le suelta dinero a escondidas para que duerma con ella en algún hotel en el centro de Barcelona). El caso es que, al andar sola por casa, verterá implacable su monotonía sobre nosotros.

Antes de que me dé tiempo a ducharme y a desayunar mi montaña de cereales con galletas de chocolate, lo tengo en casa; al menos, he podido señalar varias páginas con pósits y delirar acerca del mensaje de Àlvar. No creo que le hable de él a Oriol. Es inútil hacerlo cuando ya sé su respuesta: «Mareitos». Es su palabra favorita. Puede que tenga razón, pero no me apetece oírle porque me duele, me siento idiota y, aunque soy consciente de que, en parte, lo soy, me martirizo y sufro, ¿para qué? Oriol no es ningún oráculo ni tiene ciencia infusa; lo suyo es una simple opinión, sin más. Y, además, una opinión condicionada por sentimientos, por lo que es más que probable que no sea así.

Din don. Entra con paso saltarín e impulsa una agradable brisa, mezcla de manzana con pera, que me penetra por la nariz. Es la misma que compraba mi madre hasta hace un par de meses (me encantaba, original y sugerente. Convertía en un placer abrir la puerta y respirar, pero, de repente, un día la cambió por una de rosas un tanto empalagosa). Carga una mochila repleta de carpetas que sobresalen por las esquinas. Me pregunto si pretende que leamos una décima parte. Está loco. Como mínimo, tirando por lo bajo, necesitaríamos el fin de semana. Si somos más razonables y queremos retener lo leído: una semana. Sujeta la mochila con las dos manos, la mira y me pregunta:

—¿Dónde la coloco? Pesa más de seis kilos, puede que ocho.

Y también diez. Me recuerda a mí cuando era pequeña, siempre a cuestas con una rosa repipi de cenicienta y estrellitas plateadas que, después del segundo día de preescolar, me pasé el resto de los días de todos los cursos intentando endosársela a cualquiera porque me

machacaba la espalda. A veces les suplicaba a mis hermanos que me la llevaran, pero siempre fue misión imposible porque jamás claudicaron ante el rosa pastel de mi princesa de Disney. «Eso es de chica. Yo no te la llevo. Habértela comprado azul o roja como la nuestra de Bola de Drac, en vez del rosa empalagoso de Blancanieves». «¡Es cenicienta!». «¡De lo que sea! Cenicienta sigue siendo rosa». Así me pasé los años del colegio: intentando colocar la mochila sin éxito.

—Oriol, hijo, qué alegría. ¿Qué tal estás? ¿Y tus padres?

—Bien, gracias. Por casa andan. Mi madre cocinando y mi padre arreglando el grifo del baño que se ha estropeado y sale el agua disparada hacia el techo.

—¿Les está afectando la crisis?

Pregunta directa, sin rodeos ni remilgos. Ahí va. Si están bien fenomenal y, si no lo están, pues también. Mi madre es así, ha lanzado su perlita apoyándose en el marco del salón con los brazos en cruz y los ojos clavados en él.

—Bueno, lo normal.

Carmela continúa estática, como una esfinge, con la neta intención de no moverse. Oriol se violenta, ella como si nada.

—Menudas horas que os dieron ayer. ¿Qué cenasteis? ¡Seguro que porquerías! Hay que llevar un orden, que ya tenéis una edad. No sois niños de teta para que tengamos que andar las madres detrás.

—Por favor, mamá. Lo estás bombardeando. Déjanos, que queremos estudiar.

—¡Qué mal carácter tienes, hija! —Pone cara de enfurecida y me regala un desatinado—: Así no te has de echar novio en la vida. Vestirás santos como tu tía abuela María Luisa, que soltaba unas contestaciones que no había quien aguantara a su lado y, ¡claro!, así le ha ido.

—Tampoco tiene que soportar impertinencias. Bien feliz que es —le suelto.

—Oriol, búscate una más dócil porque esta cría es un sargento.

Gggggggggg. No puedo con sus comentarios. Se gira y Oriol se ríe.

—Tienes contenta a tu madre…

—Y ella a mí. No calla. Siéntate si quieres.

Se acomoda en el sofá, despliega siete carpetas azules (cuatro medio vacías y tres a punto de reventar) con rótulos subrayados con fluorescente amarillo. Cojo las gruesas. En una se lee «Grandes mentiras», en otra «Reino de Aragón» y en otra «Condado de Barcelona». Las abro y curioseo sin enterarme muy bien de lo que pone porque tengo la cabeza en el terrible pensamiento de si podrá ser verdad que Àlvar falsea datos. No hago otra cosa que preguntarme si allí lejos, en Boston, me deseará y fantaseará con que suba por su pierna y le acaricie hasta que su miembro se hinche

inconmensurablemente y explote. Le extraño y, al mismo tiempo, le odio con toda mi alma. Por irse y dejarme aquí, por llamarme inmigrante, por hablarme de castas, por creerse superior y echarme de su casa. Le odio.

Me despierta de mis pensamientos; es la voz de Oriol.

—Estoy indignado con ese tipo. Os está manipulando en clase, y a ti especialmente. Los catalanes somos españoles ¡y a mucha honra! Es un independentista farsante. A saber lo que estará maquinando para ti. Lo vamos a descubrir. —Pongo cara de estupefacción. Me cuesta asimilar sus sentencias sobre Àlvar y, casi más, su antinacionalismo—. No me mires así.

—Es que me choca lo que dices; eres catalán de tatarabuelos.

—¿Y? —Levanta los hombros—. Te lo dije ayer y te lo repito, ese tío es un fanático. Y, precisamente, son todos los locos como él los que están hundiendo la industria catalana. Ya te conté que el jefe de mi padre está pensando en cerrar aquí y llevarse la fábrica fuera. Y con el turismo… Tres cuartos de lo mismo. Cada vez vienen menos de otras partes de España.

—¿Para mí? —Me había quedado en eso de que tiene algo reservado para mí.

—¿Para ti, qué?

No me ha seguido. Está en las empresas que tendrán que migrar.

—Que me tiene algo preparado. Me parece un poco enrevesado. No me lo imagino urdiendo un plan.

—Sí. Te tiene sometida, juega contigo; experimenta, e irá a más.

—¿Con qué experimenta?

—Hasta dónde puede llevar su manipulación —afirma con un brillo rabioso que le delata. La postura, la actitud, los gestos contribuyen a reforzar la duda sobre si esa vehemencia es fruto de la sospecha que se cierne sobre Àlvar o de sus ganas de consolidar nuestra amistad.

En parte pienso que tiene razón, pero ya me decía mi abuela aquello de que no hay mayor ciego que el que no quiere ver. Yo no quiero. Igual estoy genéticamente configurada para no hacerlo.

—Tiene dinero y, según tú, es guapo, así que está seguro de sí mismo. Ese tipo de hombres se quieren mucho y es difícil que se enamoren de otra por muy guapa, divertida o encantadora que sea, como es tu caso, porque ya lo están de sí mismos y todas son poco para ellos.

»¿Te acuerdas de lo que comentábamos ayer de la bandera cuatribanda? —me dice abriendo la carpeta de «Grandes Mentiras». Rebusca entre varias fotocopias y saca una.

—Claro.

—Pues escucha lo que decía el profesor Pere Anguera, de la Universitat Rovira i Virgili de Tarragona, en su trabajo *Las cuatro*

barras: de bandera a señera. —Hace una leve pausa en la que aprovecha para dirigir el dedo índice al texto a modo de indicador del punto de lectura y comienza a leer—: «La creación de los símbolos catalanes y el rechazo a los españoles fue el resultado de un proceso, más bien corto en el tiempo, aunque intenso y exitoso. El catalanismo, desde su fase regionalista, supo unas veces recuperar y otras inventar una tradición y hacerla asumir por amplios sectores de la sociedad, consiguiendo así hacer creer, en una maniobra semejante a la de los estados, pero sin contar con el poder coercitivo del que éstos disponen (el ejército y la policía con el palo siempre preparado en la mano y los juzgados aplicando una legislación penalizadora) o con el sistema educativo alienador a su servicio (la escuela y los medios de comunicación con fines instrumentalizadores), que sus símbolos eran eternos, al menos, en la primera parte de la premisa, esto es, que no tenían origen o que éste se perdía en la noche de los tiempos».

—Es muy fuerte.

Es lo único que se me ocurre.

—Una gran verdad. Con la educación nos manejan como quieren. Espera, que esto es muy interesante —dice con gran entusiasmo, pasa dos páginas y, de nuevo, retoma la lectura—: «El origen de la bandera catalana se pierde en las nieblas del tiempo, lo que permite tejer todo tipo de leyendas en torno a él. Fue en sus orígenes el estandarte familiar de la casa condal de Barcelona. El primer conde que utilizó su diseño actual, “oro con cuatro palos de gules”, fue Ramón Berenguer IV en 1150, casado ya entonces con Petronila de Aragón; no obstante, existen sólidos indicios que llevan a suponer que “el linaje condal de Barcelona tenía como emblema palos rojos sobre un fondo dorado antes de que apareciese la heráldica en Europa y antes de la unión condal con el reino de Aragón”, en realidad “quizá desde el siglo XI”».

—¿En serio fue Ramón Berenguer IV el primer conde en utilizar la bandera?

—Con su diseño actual, sí.

Estoy un tanto desconcertada.

—Si te das cuenta, Mariela, en todo momento habla del conde de Barcelona, no del reino de Cataluña.

Me doy cuenta. Él pasa folios, ojea, lee, señala, avanza, retrocede, busca algo.

—¡Mira! Quería enseñarte esto —dice tendiéndome una página fotocopiada de algún libro. Contiene dos textos.

—¿Qué es?

—El Tratado de Corbeil, de 1258. Esto de arriba —dice poniendo los dedos encima— es el escrito original en latín y, lo de abajo, su traducción. Lee —me anima.

Arranco en voz alta.

—«Es universalmente conocido que existen desavenencias entre el señor rey de Francia y el señor rey de Aragón, de las Mallorcas, y de Valencia, conde de Barcelona y Urgel, señor de Montpellier; por lo que el señor rey de Francia dice que los condados de Barcelona, Besalú y Urgel son feudos suyos; y el señor rey de Aragón dice que tiene derechos en Carcasona, Tolosa y Narbona».

—¿Te das cuenta? Cataluña no existía en el siglo XIII. Es más, se deduce que los condados de la parte española estaban mejor relacionados con Aragón y que los del sur de Francia lo estaban con el rey francés. El rey francés, Luis IX, cedió a Jaime I de Aragón los ocho condados de la parte española y, a su vez, Jaime I cedió a Luis IX sus derechos en la parte francesa, así que es radicalmente imposible que existiera la corona catalano-aragonesa. Por mucho que nos pese, Cataluña no existía entonces.

Busca más, desenfrenado, como si hubiese caído en algo imprescindible, agarra un folio, lo lee moviendo la cabeza, excitado y grita:

—¡Otra, otra prueba irrefutable! —Baja la vista y lee—: «En el nombre de Dios. Yo Ramiro, por la gracia de Dios, rey de los Aragoneses, doy a ti, Ramón Berenguer, conde y marqués, mi hija como esposa, con todo el reino de los aragoneses, íntegramente, como mi padre el rey Sancho o mis hermanos Pedro y Alfonso mejor en algo poseyeron y tuvieron. Esto te doy y concedo a los hijos de los hijos tuyos que fuesen de generación de mi hija, en los siglos de los siglos. También sobre dichas cosas, yo, Ramiro, rey de los aragoneses, doy y firmemente laudo a dicho Ramón, conde barcelonés, para que estas cosas que firmemente le doy y todas las que tenía, siempre las tenga a mi servicio y fidelidad en todo tiempo. Aunque te entregue el reino, sin embargo, no renuncio a mi dignidad.

Lo que es hecho en El Castellar de Zaragoza, el 13 de noviembre de 1137, en presencia de muchos nobles hombres del reino de los aragoneses».

Para, respira y prosigue:

—Es la traducción del documento redactado y firmado por el rey de Aragón, Ramiro II, el Monje, con los pactos para el matrimonio de la futura reina aragonesa, Petronila, con el Conde de Barcelona. Por lo tanto, y por mucho que algunos hayan querido interpretar lo contrario, obviando la última indicación donde no renuncia a su dignidad, en ningún momento el rey le otorgó al conde la dignidad de rey. Ramón Berenguer fue únicamente conde «consorte» de la princesa Petronila, nunca rey ni príncipe.

Estoy sin palabras.

—Pero dice claramente que le entrega el reino… —anoto releyendo el fragmento.

—No. Lee bien. —Pone el dedo debajo de la línea y con suma lentitud repasa—: «Aunque te entregue el reino, sin embargo, no renuncio a mi dignidad».

—Bueno, reconoce que se presta a confusión.

—Solo si eres malintencionado y quieres mentir.

Continuamos leyendo y comentando folios, desnudando el sinsentido de mentiras que avivan mis angustias y sinsabores. Y entonces, cuando las lágrimas se desbordan pensando en Àlvar, Oriol se acerca con los ojos luminosos, clava sus pupilas fijamente en las mías y, sin saber cómo, me roza los labios y me besa. Permanezco quieta, sin devolverle el beso. Se aleja un par de centímetros para mirarme, de nuevo me impresiona con su profunda mirada y me besa. Suave. Me está besando. Sus labios recorren los míos, tiene un brazo en mi cuello, me rodea, y la otra mano acariciándome la mejilla con suma delicadeza. Se me eriza el vello. Es conmovedor en su pureza. Tan auténtico, tan de verdad. Me gusta porque me protege. Me quiere. Se preocupa y me cuida, pero no sé si deseo que lo haga, me siento enredada.

Quizá es lo que necesito… Huir de Àlvar y resguardarme en Oriol.

—No soporto que no te respeten como te mereces. Tú eres especial, tienes ángel, has nacido con él. Cada vez que alguien está a tu lado siente un calor especial, y eso es una suerte porque hay pocos elegidos para ello. ¿Lo sabes? —refunfuña Oriol indignado mientras prosigue con sus mimos. Me toca la ceja, y la sien, y yo me siento en vilo, entre la satisfacción y el llanto.

—Te agradezco tus ánimos, pero los dos sabemos que no es así. ¡Mírame! Soy una chica baja del montón que lo más digno de mención que ha hecho en su vida es dejarse enrollar por el profesor guaperas de la Facultad —murmuro desmoronada.

—No digas eso —me implora con una mirada lánguida. Tiene un aire ingenuo.

Aquí, frente a las notas y fotocopias, con sus labios a unos milímetros de los míos, comienzo a descubrir cuánto de verdad está Oriol a mi lado. Gracias a su abrigo, las palabras empiezan a rentarle algo. Mi cariño. Y duda.

—¿Por qué? Es la verdad —le pregunto desanimada. Soy consciente de que no valgo nada, al menos para Àlvar, que es quien para mí cuenta.

—No estás en ningún montón. Tú eres una princesa. Mi princesa.

Eso mismo me dijo Àlvar la primera noche que nos entregamos. Fue en la alfombra de su impresionante sala, con Dora Maar de testigo. Ahí sí que hubo sexo, y del bueno. Nos lamimos y chupamos cada poro hasta perder el sentido. Recuerdo su lengua penetrando en mí y la mía surcando por él. Me dio una matrícula, y yo a él otra. Cuánto

disfrutamos. Me habría quedado así, perdida en aquel salón sin tiempo, abrazada a mi profesor.

Oriol solo me está besando como lo haría un niño, yo me dejo llevar. Ya hay poco en lo que sea capaz de tomar la iniciativa. Él persiste hasta que siente que se le mojan las mejillas y frena.

—Estás llorando. ¿Por qué? No merece la pena. Deberías cambiarte de profesor. Y… —Sonríe. No sé qué va a decir, pero le satisface—. Me tienes a mí que te adoro, y lo sabes.

Lo miro y callo. Me gustaría explicarle lo que siento, pero no puedo.

XIV

21:00. La conversación con Oriol me ha sacudido. Y el beso.

Ahora mismo, a esta hora de la tarde, me siento aturdida. Una sombra se desvanece en mi habitación, la luz del flexo enciende los sufrimientos que me asedian.

La temperatura ha bajado drásticamente. Incluso han caído unas gotas. Por fortuna para mi padre, mi hermano y, sobre todo, los pilotos del Lamborghini Blancpain, no ha comenzado a llover hasta las seis de la tarde. Ha sido una mañana eterna. A todos los efectos, en mi cabeza ha durado un milenio entero durante el que me he ido de expedición a Tortosa, Lérida, Urgel, el reino de Aragón y al-Ándalus. Empezaba a tener todo claro cuando he recibido un nuevo mensaje de Àlvar que me ha devuelto al barullo en el que me encontraba:

Buenos días, Remensa. Me acabo de despertar. Aquí son solo las 6 a. m. Boston está muy bonito. Te gustaría… Pórtate bien por ahí.

Al leerlo, Oriol ha enloquecido.

—¿Éste es el tío que el jueves te decía que no podíais estar juntos? Es un prepotente y un hijo de puta. Primero te manda a paseo y después mensajitos para que no le olvides. ¿Ves cómo te marea? ¿Lo ves? ¿Te das cuenta?

—No necesito que me lo repitas tres veces. Lo he pillado a la primera.

—Si le dejas volver, te hará una desgraciada.

—No quiero hablar más, empieza a dolerme la cabeza. —Ha sido mi respuesta y el final del repaso histórico desde el Imperio carolingio a lo que ahora es Cataluña. Aleccionador y devastador.

He pasado la tarde estudiando los apuntes de Derecho hasta que la cabeza se me ha saturado y me ha resultado imposible asimilar un dato más. Necesitaba desconectar de Àlvar y el brillo chispeante de sus ojos, aunque ha sido un intento frustrado porque cada diez minutos regresaba a mi desvarío amoroso. He repasado cerca de sesenta folios y, no sé si por culpa de este ánimo decaído o por la

cantidad de latinajos que voy a tener que memorizar si pretendo hacer un examen digno, he entrado en letargo. Me he dado cuenta de que Civil me aburre hasta la muerte (no sé si voy a ser capaz de aprobarlo. Me da que me va a tocar hincar codos hasta que me salgan callos y no soy muy de eso). Mercantil es otra cosa, al menos suena más interesante con sus fusiones y escisiones. Es la vida: crear con ilusión lo que se destrozará tiempo después. ¡Qué pocas cosas permanecen indivisibles!

En este instante ando releyendo los mensajes de Àlvar y, de paso, comprobando su última conexión. Ha sido hace diez minutos. Vuelve, «conectado», debe de estar escribiendo porque continúa. ¿Con quién chateará? Tiene que ser importante porque está a punto de entrar en el concierto… Pero ¿algo trascendental se comenta por WhatsApp? Bueno, puede que sí, allí no creo que pueda hablar… No sé para qué me hago tantas preguntas, en el fondo, me da igual (probablemente sea con su hermano), lo importante es estar con él. Solo puedo pensar en cuánto lo deseo.

Estoy sola, en penumbra. El reflejo de una vela me permite imaginar su rostro. Está guapo. Muy guapo. Andamos solos en algún lugar que no consigo identificar, no hay muebles, referencias ni colores, solo él, cansado, en silencio, sonríe con una mueca maliciosa, en los rabillos de los ojos se le forman unas leves arrugas de hombre maduro que le hacen más interesante, me empuja contra la pared, lento, cuando topo con ella se deja caer sobre mí, flexiona las piernas hasta que su pene encaja en mi entrepierna, suda, respira, nuestros ojos se analizan, me muero porque me bese, hazlo, bésame. ¡Dios, cuánto me gusta! Siento una atracción desbocada, tengo sed, sed de él, mis labios se abren levemente, saco la lengua y le lamo alrededor de la boca, me detengo en las comisuras y, poco a poco, penetro en su cálida gruta, siento su lengua en mí, ardiente, y su mano toca mi pubis. Me separo un instante para recobrar el aliento, lo contemplo un instante (son dos décimas de segundo), su dedo sigue en mí, el otro brazo me envuelve, arde, rozo su miembro, comienzo sutil como un raso que acaricia sedosamente y poco a poco cobro más intensidad, cada vez está más grande y yo froto más fuerte. Crece. Suspiros. Me mojo al sentir sus latidos, aumenta con cada uno y realiza una mínima convulsión que me da una idea de lo excitado que está; su mano aparta mis braguitas, me acaricia, toca más y más, acerca el pene hinchado, me roza, me enciende y, por fin, me penetra. Jadeo embriagada, él me susurra: «Sé buena». ¿Qué querrá decir eso? Seguro que en psicología tiene un significado. Está claro que, de mi parte, el miedo y la duda denotan inseguridad por no estar a la altura y que me abandone (es culpa de sus cambios y de Arantxa, la pobre prima de Mireia, que anda de psiquiatras porque el novio diplomático que tenía

en París y con el que, fruto de las mil insistencias de él, planeaban boda y andaba buscando vestido y comentando que de aquí a un par de meses dejaba el trabajo para formar una familia con él, la ha abandonado de la noche a la mañana sin señal alguna que hiciese prever el desplante. Lo peor es que fue el día del primer aniversario, en el aeropuerto, con la maleta facturada, esperando para embarcar en el avión que la llevase a darle el iPad que le había comprado. Terrible. Recibió un mensaje avisándola de que tenía una complicación que le hacía imposible verla: «no vengas, me ha surgido un problema muy grave. Te llamo en un rato»; la tarde pasó, y la noche, y la mañana siguiente, y el día entero, y la semana, y semanas y semanas que juntaron meses. Nunca más ha recibido una señal que le permita adivinar qué es lo que ocurrió, más allá de la llamada de un amigo en respuesta a una suya, en la que, con un «lo siento» muy sentido le confirmó que estaba vivo y sano, suponemos que con otra). ¿Puede hacerme algo semejante Àlvar?

Me pregunto si alguna vez habrá imaginado que sueño con él, así. Pienso que se volvería loco y se tocaría; entonces yo me excitaría más y alcanzaría un prolongado orgasmo en el que sentiría cómo me lame. Estoy tan excitada… Me gustaría llamarle y contárselo, que pasase la primera parte del concierto erecto, fantaseando mis movimientos con un punto agónico por necesitar correrse y tener que mantener la compostura, sugestionado por si alguien le mira el pantalón y le nota el bulto; que en el intermedio se escapase a los baños, se encerrase y, jadeando para mí por el teléfono, se tocase hasta correrse. Sí, eso me gustaría.

Domingo 30 de octubre. 11:30.

El día se auspicia sin rumbo. Ha sido una noche de pesadilla repleta de escenas lúbricas: yo entraba en el despacho de Àlvar y lo pillaba haciéndome el amor sobre el escritorio. Era yo, me veía, estaba ahí, panza arriba, gimiendo, convulsionando las caderas y estirando los brazos hacia atrás; él me giraba con desprecio, me embestía fuerte, como un animal en celo, y de una forma extraña, yo penetraba en su cerebro, buceaba entre sus neuronas y descubría que no me amaba. Su afán era utilizarme para profetizar el antiguo Reino de Cataluña y atentar en favor de la independencia. Como las integristas islámicas, arrebujada dentro de una túnica sin forma que me cubría el cuerpo entero del cuello a los pies, portaba un cinturón de explosivos que me obligaba a caminar arrastrando mis piernas con dificultad hasta El Corte Inglés de la plaza de Cataluña, donde había congregada una manifestación de los españoles contrarios a la independencia. Observaba el trasiego. Parejas de negocios o de amores transcurrían a

mi lado, me rozaban y continuaban con su charla en dirección a algún sitio. Gritos. Pancartas. Cientos de cuerpos entrando y saliendo de esa mole de cemento consagrada al consumo. Cientos de bolsas balanceándose cargadas con cachivaches innecesarios. Cientos de pies, de bocas, de almas que se confundían con los manifestantes. Los miraba, comprobaba el reloj y, cuando marcaba las doce en punto, detonaba mi regalo en la puerta. Miles de personas morían e, inexplicablemente, yo salía indemne y huía a un piso en el Born, una ratonera interior en la calle Montcada, justo antes de llegar al museo Picasso, encima de El Xampanyet (templo del cava en la ciudad, donde Àlvar tiene la costumbre de escaparse los domingos con sus padres para brindar). Era lúgubre y mugriento, con apenas un ventanuco, me quitaba el hiyab y Àlvar, con una media sonrisa, me colocaba otro cinturón algo más liviano. Con él me dirigía a mi siguiente objetivo: el Café Español, en el bajo del hotel Auto Hogar, en la avenida del Paralelo, casi tocando con el barrio gótico. La idea era hacer saltar todo por los aires en unos segundos y dejar claro que Cataluña o sería libre o destruida. El cinturón colgaba de las trabillas de mi vaquero a la vista de cualquiera, pero nadie reparaba en él, ni siquiera en mí. Había confusión. Los transeúntes corrían y se empujaban gritando desaforados por las callejuelas enrevesadas. Familias asomaban los cuerpos por las ventanas y braceaban enloquecidas, habían oído la explosión de la plaza Cataluña, algunos lloraban desconcertados y se escuchan alaridos ensordecedores. «Muertos, hay muertos», «ETA, hijos de puta. Son ellos, seguro», «Islamistas. Islamistas. Han visto a una con burka», comentarios y afirmaciones desesperadas, ante las que no me inmutaba. Nada despertaba en mí pena o remordimiento. Continuaba, entraba en el local e invisible como el hombre de Ralph Ellison, apretaba el botón y todo reventaba a mi alrededor. Al alzar la mirada, cientos de cuerpos volaban entre pedazos de sillas, mesas, ruedas, chapas y hormigón. El hotel no existía, ni los edificios colindantes. De nuevo salía ilesa, regresaba a Montcada y allí, casi a oscuras, Àlvar me colocaba un tercer cinturón, un chaleco y dos muñequeras que tiraban de mis manos hasta el suelo. Su destino: el barrio andaluz. No debía quedar nada español.

* * *

Din don. Oriol vuelve, pero no le abro. Cojo el telefonillo y muy escueta le confieso que prefiero no verlo. Siento un gran alivio al hacerlo, similar al de escaparme el otro día de aquel tercer grado de arpías al que estaba sometida en la terraza.

—¿Estás segura? —me pregunta inquieto.

—Sí. Ando desanimada. Mejor dentro de unos días. Yo te llamo. —

No pienso hacerlo. Ayer llenó mis horas de angustia, sin embargo, a pesar de sus encomiables lecciones, sobrepasó la barrera del no retorno. Ya no lo puedo ver igual. Mi gran amigo se ha transformado en algo similar a un león hambriento que se aprovecha de la flaqueza de su presa. Yo soy la gacela herida.

—¿No tendrá que ver con tu profesor?

—En parte —le digo medio triste medio encrespada. ¿Qué tipo de pregunta es ésa? ¿Por qué va a ser si no?

—Independientemente de nosotros, no olvides que, si le dieras otra oportunidad, este tío te haría una desgraciada.

¿Independientemente de nosotros? No hago caso a sus palabras ni me afecta ese nosotros categórico que ha afirmado con rotunda seguridad. Casi no le atiendo. Él tampoco percibe mi rechazo, así que no le duele. Debe de creer que ya nos hemos hecho novios o que estamos cerca de serlo. Delira. Le miro. Ante dudas, respuestas claras:

—Necesito estar tranquila, sin compromisos. Menos mal que tengo tu amistad.

Se hace un silencio incómodo que no pienso ser yo quien lo rompa, traga saliva, dura segundos, uno, dos, tres, cuatro… Los que le cuesta reponerse a esa palabra tan hermosa y, sin embargo, cruel cuando el sentimiento aspira a llegar más allá. A él le ha dolido. Respira y vuelve a preguntar como si nada.

—¿Has tenido alguna novedad?

—No. Necesito descansar.

Aunque es él el causante, con sus peroratas de células islamistas, no me atrevo a contarle mi sueño terrorista. Pensaría que soy una psicópata, quizá lo soy, quizá he entrado en un delirio que corre desbocado por mi subconsciente. Regreso a la cama con la intención de conciliar el sueño que las bombas me han dinamitado. Estoy agotada. Oigo ruidos imaginarios más allá de los trasiegos domésticos de los vecinos de arriba y abajo. Las paredes crujen, suenan pasos y hasta creo escuchar el susurro de Àlvar que me reclama. Me levanto de puntillas y compruebo que es una alucinación de mi subconsciente, porque lo único que danza por el piso es mi madre con las cazuelas y el delantal que le regalaron con el libro de recetas de Ferran Adrià; la miro de reojo mientras me giro para regresar a la cama. No se ha dado cuenta, continúa cortando patata y cebolla para el cocido. Por primera vez en toda una vida presto atención a mi salud mental y recuerdo una entrevista que un día escuché a un tal doctor Rojas Marcos en la que hablaba de la diferencia entre angustia, ansiedad y depresión. Quizá estoy padeciendo un ataque de ansiedad. Mi viejo mundo de admiración al poderoso Àlvar, que todo lo sabe, se ha convertido en un enjambre de dudas y miedos que se entrecruzan.

¿Cómo he podido soñar semejante brutalidad? ¿Cómo mi mente ha

sido capaz de urdir tal maldad? Y peor todavía: de mantener la calma y no sentir remordimientos. Ha sido la charla del jueves con Oriol. Él y sus comparaciones islamistas. No sé si debo preocuparme, pero lo hago. Siento furia contra Oriol por haberme descubierto ciertas cosas, por haber ensuciado la imagen de mi profesor, por convertirme en una terrorista imaginaria, por haberme besado. Y aparece Oriol, es un correo.

De: Oriol
Para: Mariela Sánchez Baena
Asunto: Más documentos interesantes que desmantelan las invenciones de tu profesor
30 de octubre de 2014
Te adjunto una página del PDF del Ministerio de Cultura sobre el Archivo de la Corona de Aragón.
¡Tengo ganas de verte!
Un beso.
Oriol.

Historia del Archivo de la Corona de Aragón

Fue creado como decisión soberana de Jaime II de Aragón, en 1318. Tuvo durante siglos la consideración de Archivo Real, propiedad estricta del monarca, y hasta 1770 estuvo alojado en el Palacio Real de Barcelona. Junto con las escrituras referentes al Patrimonio Real se custodiaron allí los documentos de gobierno y justicia, y entre ellos las series de registros de la Cancillería. Pronto creció la complejidad de la oficina: en 1346 el Rey nombraba su primer archivero, con este preciso nombre, y en 1384 le daba normas prácticas sobre la incumbencia de su cargo.

Los armarios destinados a guardar las escrituras consideradas útiles llegaron a ser 32 y cuatro las estancias destinadas a depósito documental. El protonotario velaba para que los registros, procesos de Cortes, etc., según estaba dispuesto, ingresaran periódicamente en el Archivo. Aparte, también ingresaron —siempre por real orden — los fondos de algunas casas de la suprimida Orden del Temple, archivos confiscados a nobles rebeldes, y archivos de patrimonios adquiridos por la Corona. Para solventar neutralmente cierto pleito, a principios del siglo XVII se depositó una gran parte del archivo de las abadías de Sant Joan de les Abadesses y de Santa Maria de L'Estany (diócesis de Vic).

Los funcionarios de la Ilustración pusieron los ojos en el Archivo Real de Barcelona. La monarquía borbónica le dio una nueva planta (1738) y un puntual reglamento interno (1754)…

Me rindo, incapaz de pensar.

No puedo cuestionar más.

El intenso aroma de las velas de Àlvar, mezcla de nardo y cedro, invade de pronto la oscuridad de la habitación. Me embriaga, empiezo a soñar. Quiero que sea martes. Con estos pensamientos, me acurruco y caigo rendida.

Despierto viva, entusiasmada con la idea de que es lunes y apenas falta un día para que aterrice Àlvar. Enciendo el móvil, pero no hay novedades más allá de dos correos de reenvío múltiple que borro directamente (si quien los envía supiera lo que me desquician estoy convencida de que me eliminaría de la lista). La alegría se va apagando. Desayuno, me visto y emprendo rumbo a la Facultad. Al ir a entrar en la biblioteca, me encuentro a Carmina y Fátima saliendo para tomar un refresco en la cafetería —al parecer están secas y las bebidas de la máquina no quitan la sed—. Dedico la mañana a estudiar y la tarde a tomar apuntes, aunque reconozco que, entretanto, no aparto ni un instante a Àlvar de mi cabeza, por más que lo intento. Siento su voz en el oído, me recorre el cuerpo. Es un escalofrío intenso que me recuerda la irresistible ilusión que me provoca y me conciencia de lo difícil que es que me deje de gustar. Ni con desplantes ni decepciones ni integrismos; bien es cierto que es listo y los contrarresta con piropos o mensajes como el que me acaba de enviar recordándome que llegará mañana (detalle absolutamente innecesario porque no hay nada que tenga más presente en este momento).

Mientras cuento los segundos que restan, cual enferma, decido saltarme la última clase para comprarle unos bombones en Foix, la bombonería a la que está enganchado desde niño porque su abuelo, que ya era cliente desde su apertura en 1886, lo llevaba los domingos a comprar un par de piedras de almendra, como había hecho su padre con él. Me contaba que, de paso, a veces, se llevaban de regalo un poema recitado por su dueño, el poeta y ensayista Josep Vicenç Foix i Mas
—del que pretendo leer algo para impresionarle—. En esta época no hay poeta, pero sí treinta variedades de bombones. Salivo contemplándolos (hay tantos y tan apetecibles). He cogido una docena, qué menos, y me voy con la sensación de que he roto algo sin saberlo y que me lo han cargado en la cuenta, porque treinta y seis euros me parece un poco exagerado aun para el bolsillo de un rico.

XV

1 de noviembre. 8:00.

Àlvar ha debido de aterrizar.

Andará por la terminal, recogiendo la maleta. Me lo imagino buscando esos caramelos de ginseng con fresa mentolada que solo venden en la farmacia del aeropuerto, o quizá ya esté montado en su coche contemplando el mundo por la ventanilla mientras le pregunta al chófer sobre las novedades transcurridas en su ausencia.

Estoy feliz. Un grupo de mariposas revolotean por todo mi cuerpo, siento cosquilleos hasta en el dedo meñique (aunque creo que por la noche han acampado en el estómago). Me levanto de la cama y me siento en el taburete de la cocina. Mi madre está viendo las noticias. Han pillado a una modelo brasileña en bolas. Es una de esas *top models* cuya existencia nos complica la del resto. No se sabe todavía cómo ha ocurrido semejante infortunio, pero el caso es que se han publicado en la red unos desnudos nada favorecedores de hace algún tiempo, posando para su entonces marido, el famoso abogado de una de las series de mayor sensación en Estados Unidos. ¡Y que esto sea noticia del telediario! A qué estamos llegando… Un chascarrillo de Hollywood al nivel de los setecientos sesenta millones de euros que la Unión Europea le adelanta a Ucrania para que abone sus deudas energéticas con el propósito de zanjar la guerra del gas entre Rusia y Ucrania. Unto mantequilla en las galletas. Salvo por la jugarreta a la brasileña, es un día perfecto de otoño. No llueve y el hombre del tiempo vaticina veinte grados sin humedad, aunque no me fío mucho de su pronóstico porque ahora mismo hay unas nubes mortuorias amenazando sobre la plaza. No sé qué ponerme, paso agónicamente más de una hora combinando camisetas con faldas, vaqueros, zapatos, botas… No puede parecer que me arreglo demasiado ni tampoco que me es indiferente. Àlvar tiene que encontrarme pletórica. Al final, me decido por una blusa amarilla muy vaporosa (voy a necesitar una camiseta debajo si no quiero hacerme tan famosa como la *top model*), los vaqueros azules hiperceñidos, algo desgastados, unos botines de ante marrón con un taconazo de doce centímetros que me hacen

parecer menos baja y un poco de maquillaje (en realidad, solo polvos bronceadores efecto caribe y dos toques de rímel que me dejan estupenda sin que parezca que he hecho algo más allá de lavarme la cara).

Transcurre el día y no sé nada de él. Lo aguardo en clase. Llega doce minutos tarde (parece que los cronometra porque siempre tarda exactamente doce, ni once ni trece, doce). Y reconozco que han sido angustiosos ante la incertidumbre de que no viniera. Necesitaba verlo. Lo contemplo absorta. Está tan guapo, serio e inexpresivo como siempre. Deseo que me desee. Deseos. Me paso la clase agachando y levantando la cabeza mientras le doy vueltas a los apuntes de Àlvar y a los comentarios de Oriol. Oigo críticas. Los chicos que se sientan delante no lo soportan. Incomoda su actitud altiva y distante, mirando a ninguna parte y, sobre todo, a nadie, como si por haber nacido en una familia rica fuese diferente a los demás. En realidad, lo es; por eso no me extraña cuando escucho «este fulano es imbécil». Parece que coinciden con Oriol. Para cuando termina con la explicación me ha dado tiempo a recordar todas las contradicciones entre ambos, e incluso algunos de los feos más memorables que Àlvar me ha dedicado, tales como echarme de su casa o hacerme subir por la escalera de servicio y entrar por el postigo. He repasado tantas veces estos desplantes que los detalles carecen de significado.

Suena el teléfono. Es un mensaje:

Remensa, estoy reventado. Me voy a dormir. Mañana hablamos.

Un nuevo mazazo me sacude. Me siento el ser más ridículo de la tierra. Media mañana cavilando el conjunto con el que iba a hacer mi aparición estelar para resultarle irresistible y me despacha con un «estoy reventado», ni siquiera presencial. Aquello de «nadie te respetará si no te respetas tú» viene a mi cabeza. Después de todo, quizá Oriol tenga razón…

Son las 23:45. Hemos cenado. Estamos viendo un programa de política con varios invitados de los que salen en todas las cadenas debatiendo Podemos sí, Podemos no. Su voracidad contrasta con el mutismo de los políticos. Hablan de las próximas elecciones autonómicas y municipales. Podemos ha provocado un seísmo sin precedentes en la política española irrumpiendo como la cuarta fuerza más votada en Europa con sus cinco escaños de eurodiputado. El 26 de mayo está por todos lados. Todos lo recuerdan, unos cuantos para asustarse y muchos otros para ilusionarse. Uno de los contertulios ataca a su líder, Pablo Iglesias, y defiende la trayectoria del presidente del Gobierno. Otro, con un bigote blanco largo faldón de mesa que le tapa media cara, le discute que, si tan bueno fuera, habría conducido mejor España y no habría perdido tantos votos: «La gente está descontenta y eso es por algo». «Está haciendo reformas necesarias

que no gustan porque son duras, pero si las hace es porque Zapatero nos dejó en una situación terrible. Nos ha salvado del rescate». «Ya estamos con él *y tú más*. ¿Qué tiene que ver Zapatero en esta salsa? Se necesita savia fresca», le replica el del bigote blanco. «Pero que no sea tan fresca. Y esta salsa se compone de muchos ingredientes del pasado y, entre otros, está el tomate que nos dejó Zapatero a todos los españoles. Por cierto, que el tomate mancha, y mucho, así que España se quedó para ir a la tintorería», responde un tercero con un sarcasmo asesino. Tienen un ingenio prodigioso, me fascina su locuacidad. Siempre tienen una respuesta que aplasta la de su contrincante. Supongo que es algo innato, que tendrán cerebros que van más rápidos que los de la media, como Àlvar, mi Àlvar. ¿Qué hará? Seguro que está relajado y ni se acuerda de mí. Y yo aquí, oyendo voces de pito que se enzarzan. No consigo entender cómo no se aturden con tanto chillido, lo estoy haciendo yo. Me pregunto si de verdad les importa tanto o es una pose. Coge la palabra uno más joven al que todavía le falta experiencia en el arte de robar el turno y hacerse con la voz más sonante: «Dejemos el pasado, señores, y construyamos con el presente. Lo que no se puede es jugar con las emociones del pueblo. El señor Iglesias está haciendo eso tan antiguo de prometer lo que la gente necesita oír, pero ¿cómo lo va a cumplir? ¿Qué estupidez es esa de una pensión para todos los ciudadanos sin trabajo por el hecho de serlo? ¿Qué hacemos, dejamos de trabajar todos y que nos mantengan los que trabajan? ¡Anda!, que si no trabaja nadie, no hay dinero con el que dar prestaciones. Seamos serios». Yo no entiendo qué hacen discutiendo todos los días de lo mismo, a alguno le va a dar un infarto un día a causa de los gritos y la sobreexcitación a la que llegan. Me parece un milagro que no lleguen a las manos. A mí la verdad es que me parece bueno que se estén moviendo los viejos tronos, pero estoy de acuerdo con el periodista en que no debemos creer todo lo que oímos.

En éstas suena el timbre de la calle, miro el reloj: las once y cuarenta y tres minutos. Manuel, que está saliendo del baño, coge el telefonillo. Se acerca al sofá con pausa y me dice:

—Para ti.

—¿Para mí? ¿Quién es? —Estoy sorprendida. No espero a nadie. Confío en que Oriol no haya tenido la mala idea de venir a incordiar.

—¡Yo qué sé! No se ve.

—Menudas horitas, hija —refunfuña mi madre.

—Dile a tus amiguitos que las doce de la noche de un martes la gente no es hora de visitar a nadie.

Le ignoro. Me dirijo al microfonillo. En la pantalla se distingue un perfil borroso. No puede ser. Es. Es Àlvar. Grito para dentro, salto, me visto, colorete, remuevo el pelo, bajo saltando las escaleras de dos en

dos y me da un beso con sabor a primer beso, un beso de pasión con el que me tiemblan los tobillos y las rodillas. Dios, ¡cuánto me gusta! No contaba con esta visita. Antes, tres segundos antes de escuchar su voz por el telefonillo, aún estaba absorta ante el discurrir ordinario de sus borderías, pensaba que mejor olvidarlo, pero eso ya pasó. No puedo.

—¿Qué hace aquí? —le pregunto en cuanto recupero la respiración.

—No podía dormir. El *jet lag* —reconoce dirigiendo la mirada a mis labios. Se muerde el suyo de abajo y deja clavado el diente hasta que poco a poco lo suelta. Es tan *sexy*…—, y, en parte, las ganas de verte —añade—. Me moría por besar estos labios rosas de chiquilla revoltosa. —Vuelve a detenerse para mirar—. Me vas a matar a disgustos, ¿lo sabes? Si no me gustaras tanto…

Me clava sus ojos con una mirada penetrante que podría atravesar paredes y vuelve a besarme. Quiero saber lo que pasaría si no le gustara tanto y cuánto es tanto. De repente, su mano se mete en la mía con algo y me entrega una bolsa.

—Es un recuerdo de Boston. Quiero verte solo con él, sin braguitas ni nada.

Es increíble su capacidad erótica sobre mí. Me habla y ya me excito. Tiemblo. Me gustaría desnudarme aquí, para él, y que me penetrara entre jadeos delirantes hasta quedar extenuados.

Saco el regalo de la bolsa. Una camiseta blanca con un primer plano del puente Zakim iluminado en tonos púrpuras y rosáceos con los rascacielos de la ciudad al fondo. No me resisto y le toco la entrepierna, está duro. Tiro de él hacia mí buscando el hueco de la escalera. Bajo sus vaqueros y su calzoncillo, y mis vaqueros y mis braguitas; me giro, cojo el pene duro y grueso, y lo llevo a mí, buscando mi guarida. Está mojada, siento mi flujo; lo quiero dentro; se mete, gimo y, entonces, él busca mi ano y, sin preguntar ni dar aviso, me introduce el dedo anular de la mano izquierda. «No, Àlvar, no». Intento evitarlo, pero continúa penetrándome y hurgando a un mismo tiempo, con una mezcla de placer y dolor. Ruido. Una puerta.

—¡Hija!

Mierda, es mi padre. Hago un esfuerzo por frenar, pero no puedo detenerme. Él continúa y yo necesito gritar, lo necesito.

—¡Hija!

La puerta se cierra.

—Aaaaaaahhhhhhhh, no puedo más, nena. Me voy a correr, me queda muy poco, tengo que salir.

—Espera… espera… espera… —Este último «espera» lo ronroneo mientras me corro; siento su dedo jugando, lo aprieto sin querer con convulsiones involuntarias. Sale de un salto hacia atrás y me moja los glúteos.

—Oh, oh… Ha caído al pantalón —me dice en tono cantarín con su

sonrisa pícara.

—Tendré que entrar disparada a la habitación. —Mi sonrisa es extraña.

Ha sido increíble, tan increíble… Subo con el presentimiento de que ese maldito viaje a Boston ha sido el punto de inflexión que hará que la buena fortuna me visite y con la certeza de que esta noche descansaré en una suerte de limbo. Sin duda, es el comienzo de algo.

XVI

Los dos meses siguientes hasta Navidad son, como el sexo, mezcla disparatada de placer y dolor. Lo veo a días, pasamos fines de semana encerrados en su casa (yo desnuda y él vestido), previa subida por la escalera de servicio (lo bueno de esa escalera es que a veces me cruzo con don Ramón, el señor mayor del primero, y me cuenta alguna anécdota graciosa de la comunidad. Creo que está pendiente y cuando oye mis pasos sale a distraerse porque, por lo que me ha contado, enviudó hace un año y medio y no pudo con el palacio de dos calles más arriba, «era una cueva de recuerdos imposibles de sobrellevar y demasiado grande para un viejo como yo», me ha confesado en un par de ocasiones, siempre con la misma sonrisa triste, culpa de que, de alguna forma, afloren los años de amor con Rosalía Balaguer, la mañica, como él la llama [una zaragozana hermosa, morenaza, de enormes ojos negros y, por lo que he intuido, más temperamento que Agustina de Aragón]. Me ha enseñado fotos y era realmente guapa, con un halo de estrella del Hollywood de la época; le encuentro un aire a Ava Gardner, la musa de mi padre. Ramón llora a su mañica cada mañana. «Esa mujer era mi motor y lo más gracioso es que yo quería quedarme soltero y fue ella quien me tuvo que pedir matrimonio, de hecho, me amenazó y no me quedó otra», dice con una sonrisa transportándose a un pasado lejano en el que me atrevería a asegurar que está poniéndole el anillo de bodas y dándole el «sí, quiero». Su mirada es melancólica, un tanto perdida, como él sin ella. Intenta animarse, a mí me cuenta historias interesantes [a veces me da pena no tener más tiempo para sentarme con él y escuchar alguno de esos cuentos con los que me adereza la subida, como el del día que fueron a visitar al Papa al Vaticano]. Pero estas anécdotas no cambian nada; a fin de cuentas son memorias que le recuerdan que la mañica ya no está, que con ella fallecieron sus ilusiones.

No le gusta frecuentar la entrada principal, o de los señores [como la llama él], porque se cruza con demasiada gente estirada a causa de sus abultadas cuentas corrientes que en nada se corresponden con la educación ni con la clase ni con la bondad de sus almas. «No te

pierdas por aquí muchachita, poca cosa hallarás», me dijo la última tarde. Sus palabras me pusieron en guardia, no sé si lo soltó en general o como indirecta a algo en particular relacionado con Àlvar. El caso es que me quedé pensando y, de rato en rato, aún le doy alguna vuelta).

Con Àlvar tenemos días desconectados por el trajín de las clases y de las próximas elecciones (aquí ando un poco perdida porque no es político, pero me cuenta que le dan mucho trabajo y a veces recibe misteriosas llamadas por las que se encierra en el despacho y susurra exaltado). Hace unos días, subió el tono y le entendí que, a partir de enero, tocará fastidiar al Gobierno (en realidad dijo «dar por el culo»), presionarlo con el objetivo de «batallar por el referéndum que nos otorgue la independencia y, si no nos lo permiten, entonces, luchar. Eso «nos hará ganar las elecciones» (creo que por un instante se olvidó de que yo estaba deambulando por su casa), dijo iracundo; después, añadió con sorna: «es la ventaja de tener aleccionadas a las tres últimas generaciones».

Lo dijo con el corazón. Me miró orgulloso sin ser consciente de que se sepultaba en su propia soberbia.

—Se han creído lo que ocurrió y lo que no. Bendita transferencia de educación, nuestro año de independencia comenzó en el 79, es lo mejor que nos pudieron dar estos necios del Estado Central. —Recuerdo que soltó una carcajada y regresó a un susurro difícil de comprender que tampoco quise escuchar.

Descorazonada, me refugié en la habitación, enchufé la música de mi teléfono y tarareé el repertorio completo de mi selección de canciones románticas para llorar. Lloré. Oriol tenía razón: nos manipula. Todos aquellos papeles eran ciertos, sus correos electrónicos, ésos que me había ido enviando y que no había querido leer. Abrí el último; era de dos días atrás:

De: Oriol
Para: Mariela Sánchez Baena
Asunto: Otra prueba más de las trolas de tu profesor
3 de noviembre de 2014

Mariela, sé q no te ape hablar, espero q cambies de idea pronto y, sobre todo, q abras los ojos y salgas de las garras de ese farsante.

Te envío una prueba más de que Cataluña no existió como tal hasta el s. XV.

Son las Crónicas del rey don Jaime. La fórmula utilizada en sus documentos desde el 28 de septiembre de 1238 fue:

«Nos, Jaime, por la gracia de Dios, rey de Aragón, de Valencia a Mallorca, conde de Barcelona y señor de Montpellier».

Oriol.

Lo cerré llorando, cuestionando mi inteligencia, mi ser, busqué otro:

De: Oriol
Para: Mariela Sánchez Baena
Asunto: Más mentiras de tu profesor q no me dejaste q te demostrara
2 de noviembre de 2014
Mira lo que dijo el historiador catalán Jaume Vicens i Vives:

«En més de 3000 documents inedits que portem recollits, no hem trobat ni un de sol que ens parlés d'una emoció colectiva catalanesca, que ens revelés un estat de consciencia nacional: ho sentim com a catalans» (La Publicitat, Barcelona, 1935).

Por favor, llámame. Espero que no sigas quedando con él. Te dejo también lo que dice la Biblioteca Nacional de España de él.

Oriol.

Jaume Vicens Vives (Gerona 1910-Lyon 1960)

Historiador, escritor y editor, su mayor logro es haber construido una ciencia histórica española y catalana homologable a nivel internacional. De gran independencia intelectual, sus iniciativas institucionales y editoriales, siempre innovadoras, tuvieron que superar importantes escollos académicos y políticos. La creación del Centro de Estudios Históricos Internacionales, la implantación de la docencia de Historia Económica de España en la nueva Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Barcelona, inaugurada en el curso 1954-55 o la fundación de la revista Estudios de Historia Moderna (1951) y del Índice Histórico Español (1953) serían algunas de las más destacables. Contó con un grupo de discípulos de la Universidad de Barcelona que renovaron la historiografía española influyendo en la vida académica, cultural y política del momento. Joan Reglá, Josep Fontana, Jordi Nadal, Emili Giralt, Pedro Voltes, Manuel Riu, Joan Mercader, Jordi Rubió Lois o Jorge Pérez Ballestar, son algunos de los más destacables.

Su vocación por la historia le llevará a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, donde se licenciará en 1930. Alumno de Pedro Bosch Gimpera y de Antonio de la Torre, de este último heredará Vicens el método riguroso de investigación, que será la raíz del Índice Histórico. De 1931 a 1936 la revista Estudis Universitaris Catalans recoge sus primeros trabajos históricos, antecedentes de su tesis doctoral sobre Ferrán II y Barcelona, cuya edición en 1935, coincidirá con la ocupación de la Cátedra de Geografía e Historia del Instituto de enseñanza media de Zafra. En 1936 funda, junto a Ferrán Soldevila y Enric Bagué, el Semanari d'Historia de Catalunya y en 1942 funda la editorial Teide, dedicada a las obras didácticas y de divulgación científica.

Tras la guerra civil española, inhabilitado durante dos años para la docencia y trasladado forzosamente al Instituto de Baeza en 1942, se gana la vida escribiendo artículos de política internacional en el semanario Destino bajo el seudónimo de Lorenzo Guillén. Compaginará su labor docente en las cátedras de Historia Universal Moderna y Contemporánea de Zaragoza y después en la de Barcelona con colaboraciones con el Instituto Jerónimo Zurita del CSIC y su revista Hispania.

Fui a otro.
De: Oriol
Para: Mariela Sánchez Baena
Asunto: Abdicación
1 de noviembre de 2014
Te he escaneado la abdicación de Petronila en su hijo.

Dice que Petronila, «aragonensis regina et barchinonensis comitissa» (reina de

Aragón y condesa de Barcelona), abdica en su hijo Alfonso «regi aragonensi et comiti barchinonensi» (el Reino de Aragón y el Condado de Barcelona), en Barcelona, con fecha de 18 de julio de 1164.

Mariela, dime si te cansas de recibir textos.

Tu Oriol :)

No me importó.

Me afectó, pero no cambió ningún sentimiento en mí. Da igual cuántos textos lea, cuánto me digan o vea. Sin remedio, y de forma inexplicable, le quiero, y le excuso. No puede ser, tal vez era todo una broma, me digo y me repito, pero sé que no.

Más allá de eso, su adoctrinamiento continúa. Las clases son similares —ahora anda con el conde de Barcelona Ramón Berenguer III el Grande, el cogobierno con su tío Ramón Berenguer II el Fratricida y su enlace con Dulce I de Provenza— y a mí me alecciona sobre el poder catalán respecto al resto del territorio peninsular, descalificando nuestra «naturaleza vivaracha». Me incluyo porque me incluye. En esos momentos me considero nadie, e incluso siento miedo de un otro ambiguo que habita en su interior. En ocasiones pienso que son dos. Después, cuando bien le viene, me quiere y yo postergo mis temores. Me sorprende mi capacidad de olvido y la suya de cambio.

El sexo no varía, ardiente y fogoso. Aunque extrañamente se ha sosegado en excentricidades y no ha vuelto a requerir de utensilios ni ungüentos, sí que ha reincidido en cambio con el dedo, y yo he perdido la vergüenza y me he adentrado en la técnica con más pericia. Ayer por la mañana, en vez de ir a la Facultad, me escapé a su casa. Llegué temblando, empapada por la lluvia. Me esperaba con esos vaqueros que me vuelven loca y con la camiseta que me dejó el primer día. Le quedan tan bien… Abrió y apenas pasamos de la puerta. En el mismo recibidor me metió la lengua entera en la boca, me subió el vestido mojado, tiró de los leotardos, también empapados, se bajó la cremallera y me penetró con fuerza, pero salí de ahí llevando su mano hacia el pasillo, en lo que parecía una lucha sexual. Lo conduje hasta la habitación, lo empujé sobre la cama, bajé las persianas hasta que nos vimos como dos sombras y muy lentamente me saqué el vestido y me liberé de los leotardos. Fue un estriptis pausado, disfrutando, consciente de que cada movimiento provocaba placer en él.

—¿Quieres que me toque? —me preguntó jadeante.

—No… espera. Va a ser mejor.

Tenía el tanga mal colocado, y aún se quedó peor porque me toqué. Lo hice para él, para que cuando sueñe lo haga con el recuerdo. Me tumbé a sus pies y, reptando, subí hasta la altura de su pene. Estaba grande y los testículos hinchados. Lo apreté con las manos, fuerte, y pareció hincharse aún más. Esperé a que se entumeciera, saqué la lengua salivada, la pasé por ese tronco grueso que permanecía tieso,

algo amoratado; después abrí la boca y lento, muy lento, lo metí dentro. Lo saqué y lo metí exhalando aliento caliente y, entonces, como él, dirigí mi dedo anular izquierdo a su agujero. Metía y sacaba mientras subía y bajaba, metía y sacaba, mientras le lamía, metía y sacaba, subía y bajaba. Àlvar gritaba:

—Dios, ¿qué me haces? Me gusta mucho, Remensa. ¡Me voy a correr! Ponte encima.

Pero yo le ignoré y continué con mis movimientos rítmicos. Retiré la boca y me coloqué enfrente, con mi pezón rozando su pene y el dedo dentro.

—¡¡¡Dios!!! —Fue su último alarido antes de esparcir el semen.

Lo miró, clavó sus pupilas en mí, e impertérrito me ordenó:

—Ahora trágatelo.

XVII

Tengo mensajes de Oriol, me ha llamado varias veces. No le he contestado porque me angustia. De alguna forma, hablar con él supone levantar el polvo de la duda y desenterrar realidades que soporto sin explicación más sensata que la incongruencia del amor.

Hoy, cena romántica. El lunes me pidió que el viernes por la noche le cocinara algo ¡y aquí estoy! Le voy a sorprender, para eso llevo tres días pegada a mi madre como una sombra, observando cómo corta la cebolla y aliña el pollo con tomillo, romero, orégano, sal y pimienta. Le pregunté por la receta del rodaballo al horno y la mujer ha puesto toda su voluntad en enseñarme como mi abuela lo hizo con ella, pero yo no tengo la misma madera de aprendiz de ayudante de cocina.

«Muy importante: pon la patata laminada muy fina en el horno con el rodaballo y la cebolla aparte. Sofríela en una sartén a fuego muy lento; cuando esté dorada, echa piñones y pasas. Déjala reposar y la sirves cuando saques el rodaballo. Os chuparéis los dedos», me decía encantada como si fuese Ferran Adrià en aquel mítico Bulli después de descubrir la nueva esencia de nitrógeno líquido que revolucionó el mundo gastronómico, y yo uno de sus sofisticadísimos cocineros al que le acabara de confesar la fórmula. Veremos. Fallan las porciones porque pensaba que cocinaba para las amigas de la Facultad y me ha dado unas exageradas que, naturalmente, voy a reducir si quiero evitar que haya «rodaballo a la Carmela» para un mes.

Tengo frío —creo que estoy incubando algo— y le he pedido permiso para estar vestida. Ha retorcido el morro en forma de carretera con curvas, «ya sabes que me gusta que vayas sin nada o, al menos, sin lencería», me ha refunfuñado, aunque lo ha comprendido (a medias). Cojo la ropa de mi bolso. Llevo los pantalones elásticos que simulan tejido vaquero y una camiseta roja ajustada muy favorecedora por la que me han preguntado todas las amigas de la Facultad (fue una ganga del mercadillo de Badalona, una de ésas que mi madre encuentra por tres euros cada vez que va porque están de liquidación de la liquidación). Debajo: nada. Ha sido su condición.

—Delicioso. Podrías dedicarte a esto de los fogones, Remensita. ¿Se

puede saber por qué no lo habías hecho antes?

Me ruborizo, halagada.

—No me lo había pedido —le digo sumisa y complaciente (yo nunca he sido así, más bien rebelde, una especie de gacela libre que luchaba contra su cautiverio como si comprometerse fuera comparable a ser engullida por un guepardo. ¡Lo que en este instante daría por ser merienda!).

—Es que no tengo que hacerlo. A partir de ahora te queda asignada la cena de los viernes. —Se ríe, pero habla en serio.

Hago un esfuerzo por parecer contenta cuando en realidad estoy horrorizada; no por cocinar, que me gusta y mucho, más aún a él, sino porque es la obligación que espera de mí. Hago una mueca indefinida y permanezco ausente por un tiempo que no sabría precisar (quizá veinte segundos en los que él habla y yo sobrevuelo mi nube mágica, en la que paso de la indignación a la ilusión de imaginarme lo más similar a una esposa). Me despierta su voz:

—¿Me oyes?

—Claro.

Mentira. Estaba troceando un entrecot para él y nuestros niños, monísimos —morenazos de ojos verdes como el tenista de la foto, con su misma sonrisa, melena y flequillo, movidos y con cara de traviesos —.

—Pues eso, que tú eliges la receta. Del postre me encargo yo. —Sonríe. Conozco bien esa mirada—. ¿Tienes repertorio?

—No mucho… —Por no decir que todo el abanico de mi carta se reduce a esta receta, con las variantes del pescado que el convidado elija —en vez de rodaballo puedo arriesgarme a poner lenguado, dorada o lubina—. En cualquier caso, el «no mucho» se ajusta bastante a la verdad. Prefiero ser sincera y que nadie se llame a engaño.

—Todo tiene solución. Vamos a la biblioteca. Ahí tengo un par de libros de recetas. Te los voy a regalar —dice guiñando un ojo.

La estantería es inmensa. Libros sobre libros tapados por más libros. O tiene claro dónde los colocó o nos podemos pasar un par de semanas a lo Colombo.

—Deben de andar por la parte alta, que es donde pongo los que no son de Derecho. Creo que están por allí —dice señalando el extremo izquierdo de la balda más alta—. Los di por inservibles y ¡mira qué sorpresa! Van a ser de utilidad…

Me arrima una escalera de siete peldaños. Subo y rebusco. Primo Levi, Johann Wolfgang Goethe, William Faulkner, Hugo von Hofmannsthal, Fernando Pessoa…

—Estás demasiado vestida. Quítate esos pantalones y bájate las bragas hasta las rodillas, me apetece verte.

Lo hago y continúo, algo ruborizada: John Stuart Mill, *El*

sometimiento de la mujer. Ésa soy yo, sometida. Siento su boca en la parte interior de mi muslo. Intento seguir… Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia,* qué título tan desagradable, Jean Braudillard (de éste tiene prácticamente toda su bibliografía), *La transparencia del mal*, *De la seducción, La ilusión del fin, El crimen perfecto*. Vladimir Nabokov, *Lolita*, también yo. Su lengua sube hasta mis labios inferiores, mordisquea y lame con tal frenesí que se me hace imposible continuar.

—No lo veo —le digo entrecortada, asiéndome como puedo a las columnas trasversales mientras siento un escalofrío de placer que me recorre entera. Se me nubla la vista. ¿Cómo puede ser tan bueno? Es la versión contemporánea de las sesenta y cuatro artes del Kama Sutra. Si hay un máster de sexo oral, lo ha hecho, tiene diploma y, sin duda, fue el mejor de su promoción. Es realmente bueno, diría que magistral.

—Me faltaba mi postre… Tú sigue a lo tuyo: busca… —susurra mientras me palpa.

¿Será una broma? ¿Cómo pretende que encuentre dos libros que ni sabemos cómo se llaman mientras me besa el sexo? Si viera las estrellas que me ciegan no se plantearía nada semejante.

—Quiero oírte gritar —me confiesa—. Me gusta tu coño, morderte, succionarte. ¡Grita! —me ordena con un jadeo.

No necesita pedirlo, lo voy a hacer. Sigo mirando libros, buscando algo relacionado con guisos caseros, el problema es que hay tantos que sería una auténtica lotería dar con ellos, máxime sintiendo estos temblores. Bastante tengo con mantenerme en equilibrio. ¿Y este libro? *Historia del ojo*, Georges Bataille, ¿qué ojo? Varios papeles sobresalen, lo abro y descubro una foto. Es una chica con falda plisada, despatarrada, con las manos en las rodillas, sin bragas. Tiene cara de colegiala, quince o dieciséis, como mucho mi edad, melena azabache hasta el ombligo, separada por una raya en el centro que lanza los mechones a las dos mejillas cubriéndole parte de los rasgos de aire sudamericano, estilo a la Pocahontas de Disney, escote generoso, un tanto pornochacha, se muerde el labio, se le ven las palas. Detrás hay algo escrito, no me da tiempo a leerlo; cierro de golpe y meto el libro sin que se note que lo he visto. Àlvar continúa. Yo emito un jadeo para disimular. Otro. Otro. De pronto, ya no siento placer; sin quererlo, estoy concentrada en la adolescente del retrato, en su melena, en sus ojos, en su falda, en sus piernas y en su sexo, sin lencería, al aire. ¿Quién será?

—Baja —lo ordena con morbo. Está pensando algo… Me gustaría saber lo que es, meterme en su cabeza y descubrir lo que piensa, más allá, lo que persigue.

Desciendo la escalera con la mente en la dominicana, colombiana,

venezolana o lo que quiera que sea.

—No te subas las bragas —dice mientras dirige su boca a mi escote. La abre, tira de la camiseta hacia bajo hasta que consigue sacar la mitad del pecho derecho y mordisquea acercándose al pezón. Lo chupa y tira de él como un animal que se amamanta. Me hace daño.

Estoy parada con las bragas a mitad de las piernas, sintiendo cómo me arranca la mama, las engancho, ¡no!, está negando con la cabeza y frenando mi mano. No sé cómo me ve.

—Que no te las subas —repite con un susurro inaudible, medio morboso medio amenazante, dándome a entender que le excita así y que tiene pensado algo que no estoy muy segura de que me vaya a gustar.

—Pero no voy a poder andar.

—Podrás.

Intento hacerlo sin que las minúsculas braguitas blancas de algodón se caigan hasta mis tobillos. Todo mi afán es evitar parecer una *geisha* y tropezar. Con cada paso saco las piernas hacia fuera, no quiero ni imaginarme, debo de estar resultando de lo menos atractiva. Él se ríe. En la habitación se detiene enfrente de la cama, coge un fular de hilo del primer cajón de la cómoda y me lo ajusta tapando los ojos. Raspa.

—Te tienes que relajar, Remensa. Únicamente te has de dejar llevar, yo guiaré cada movimiento. Confía en mí.

Asiento con la cabeza en la más absoluta oscuridad. Oírle me calma. Será uno más de sus juegos sorprendentes como aquel día en el que me untó con el cuchillo y yo sentí un miedo aberrante y, al mismo tiempo, un placer inmenso. Me pregunto cómo pude encontrar tan gozoso el terror, tan erótico. Da la vuelta. Ahora está delante de mí, me echa el aliento en la boca, huele a sus caramelos de ginseng con fresa mentolada (no sé cuándo se lo ha tomado), penetra entre los labios y llega al comienzo de la garganta; está caliente como una llamarada de fuego y se mueve hasta el oído. «Te voy a follar» dice con una dilación cadente entre palabras. «Te voy a follar», repite. La dilación se espacia de forma más exagerada. Me pregunto si le haría esto mismo a la chica de la foto. Se acerca al cuello, muerde la camiseta y la raja, el resto lo hace con las manos. Acaricia la punta de mis pechos, me empuja hacia delante, coge mis muñecas, las une tirando de ellas hacia él, formo un ángulo de noventa grados, suena metal, me toca, «clack», ¡mierda, unas esposas!, ¡me ha esposado! Soy idiota. Estira mis brazos y el resto del cuerpo va detrás, topo con la cama, me pide que suba, subo, me quedo a tres patas (los brazos ya solo cuentan como una), oigo una cadena, ¡ay!, la que colgaba al lado del cuadro, ignorante de mí pensaba que era decorativa. Otro clack, pendo de un hierro que cuelga del techo, ¡bravo, Mariela!, esta vez sí que estás sometida. Las braguitas continúan incordiando, están por los

tobillos, las quita (creo que con un mordisco), me pega un azote en el glúteo derecho con la palma de la mano totalmente extendida, me sobresalto, la cadena tintinea, siento golpes, es algo blando, medio terso, tiene cuerpo, pero no hace daño; es su pene. ¡Ahhhhhhhh! No, no por favor. Ahora ha sido algo fino y fuerte, un látigo quizá o un palo (no sé distinguirlo). Me escuece. Ayyyy. Sopla. Pica. Pica mucho. Me besa donde me ha dado, dulce. Tengo miedo, peor, pánico; pero me gusta. Mi cuerpo arde. Estoy aturdida, me ase un hombro, su mano baja, delicada, me acaricia el glúteo, la otra mano al otro glúteo y yo de rodillas, en postura de oración, como si fuera a rezar un padrenuestro (lo voy a rezar. Sácame de aquí, Señor), su aliento en mi nuca, jadeos, blasfemias, tira de cada lado hacia el exterior y su miembro me roza, enorme; una pequeña embestida, otra, y ahora, ¡sí! atina la aproximación y, como un tiro fulminante, me penetra por detrás en mi agujero sagrado, ése que consideraba vetado. Un dolor punzante me recorre la columna hasta las sienes. Me vienen arcadas y siento que me desmayo.

—¡Noooooooooooooooooooooooooooooooooooo! —Es un alarido agudo de las entrañas. Don Ramón lo tiene que haber escuchado y probablemente en Foix si algún cliente anda fino del oído.

Las rodillas se quiebran y caigo ladeada con los brazos en alto, sujetos por la cadena que suena. Rompo a llorar, a gritar, entrecortada; sollozos ahogados por el dolor y la humillación. No me puedo sostener. El latigazo me ha recorrido el cuerpo entero, continúa, es un dolor indescriptible que me destroza. Nunca había padecido tanto, ni nadie me había metido ahí su pene, ni había sufrido un vejamen de estos (ni siquiera lo podía concebir). Nunca. Empenta, entra y sale acelerado, emito gemidos irreprimibles que no son sino llantos, sonidos inarticulados, entra y sale con furia, fuerte, muy fuerte, cada vez más fuerte, y se prolonga con una intensidad creciente. Esto no cabía en mis fantasías ni en mis pesadillas. Esto, simplemente, no existía.

—Por favor —le digo balbuceando entre sollozos—, no puedo soportar el dolor. —Es cierto, no puedo. Nunca antes he sentido algo similar, tan punzante, intenso y agudo.

—Vamos, aguanta. —Jadea embistiendo cada vez con más fuerza como un animal enfurecido.

—Por favor —le suplico a punto de perder la consciencia. Quiero gritarle cabrón, hijo de puta, malparido y cuantos improperios más se me ocurran, pero no me salen las palabras, he perdido el habla y solo berreo como un niño sin consuelo.

—Me gusta. No sabes lo excitado que estoy. Sí, sí, sí.

Y continúa sin importarle mi sufrimiento. Empenta una vez detrás

de otra, rápido, con fuerza. Yo lloro y él solo gime y grita «síííííííííííí», un sí verriondo y eterno. No soporto el dolor, punzones delirantes, únicamente pienso en que se termine, en que se corra, me abandone, llegue al fin, y sea el fin.

De repente, sus manos rodean mi cuello, sus dedos me circundan como una soga gruesa, aprieta con fuerza, me falta el aire, no puedo respirar, me ahogo, imploro, emito un «Aggggggggg» que evidencia que no me llega oxígeno, sigue, me mareo, oigo ecos, son sus gemidos, por Dios, «Aggggggggg».

—Sigue, nena. Ahora te voy a soltar y vas a sentir mi polla en tu culo, mi polla entrando y saliendo. Y me vas a decir que te gusta que te folle así, como los animales —dice lascivo.

Mientras habla, siento que muero, me desplomo con las manos en alto, mi cuerpo pende de ellas, «Agggggg» y me suelta. Sus manos han desaparecido. Respiro, fuerte, con ansia, y lloro. No puede ser, esto no puede estar ocurriendo. Me sujeta por los hombros, pánico, terror, de nuevo embiste con fuerza, desenfrenadamente. Parece poseído. Ya no ruego. Solo lloro. Tenía razón, lo único presente es su pene desgarrando mi ano.

La predicción de Oriol era exacta.

Me despierto dolorida. Tengo un cansancio infinito, el cuerpo me pesa y me duele. Miro el reloj de la radio, son las siete, estoy herida, con la mano de Àlvar sobre mi hombro, resopla con unas respiraciones sonoras que no llegan a ronquidos, pero que se quedan en molesto sucedáneo. Levanto la vista y veo la cadena oxidada, fría, ya no me parece decorativa, ahora me produce terror, evoca dolor y me despierta un pánico incontrolado que desvela a mi razón. Sin quererlo, recuerdo la lista de amigos medio novios que me han pretendido, ellos no me habrían esposado a esos eslabones, ellos no me habrían penetrado por el ano ni me habrían asfixiado, ellos solo me habrían mimado como a una niña delicada (no princesa, ni condesa, ni dama ilustre, simplemente plebeya charnega, pero dulce y de buen corazón). También recuerdo a Oriol y sus palabras: «Te hará sufrir».

Permanezco un buen rato mirando el techo y preguntándome cuántas más habrá habido, cuántas más habrán pendido de esa cadena sin quererlo; de repente, se presenta en mi cabeza la fotografía porno de la chica ataviada con falda de colegiala, doy un bote lo más sigilosamente que puedo y me dirijo a la librería. Subo los peldaños y estiro la mano directa, *La historia de O*. ¿O?, ¿quién es O? Mierda, no era éste. ¡Ah! Es ése otro. *Historia del ojo*, de Georges Bataille, lo cojo, sí, es éste. Dentro, notas escritas a mano con una caligrafía ininteligible, la chica sigue aquí, tiene los labios entreabiertos y la mano izquierda tocándose el pecho, detrás pone bien claro: «A mi

profesor, tu Remensa. Olivia. Te quiero». El nombre lo rodea un corazón rosa remarcado tres o cuatro veces y el «Te quiero» con otro rojo remarcado otras tres o cuatro veces que se entrecruza con el rosa.

El mundo se me desmorona. El amor, la ilusión, la verdad, la autenticidad, la sinceridad… Todo cae. Siento que, como la mujer de Lot al huir de Sodoma y Gomorra, Àlvar y todo cuanto lo rodea y supone, se convierten en sal y caen al suelo. Hay más Remensas… Más.

—Remensa, ¿dónde te has metido? —Es su voz desde la habitación, me reclama.

No me apetece contestar. Maldito cerdo. ¿Cuántas Remensas habrá? A lo mejor soy la segunda, como Isabel II de Inglaterra, o la decimosexta como Su Santidad el anterior papa, Benedicto XVI.

—¡¡Remensa!!

—Voy… —le contesto mientras desciendo los siete peldaños.

—¡¡Remensa!! —repite. Yo avanzo por el pasillo—. ¿Dónde estás?

—Buscando los libros de cocina. No aparecen —le digo a pequeños voceríos similares a los de la verdulera cuando cambia el turno. Intento aparentar preocupación por esos volúmenes.

—A saber por dónde andarán, mejor te compro uno nuevo con las recetas actualizadas para que seas una cocinera a la última y compitas con Aduriz o Adrià. ¿Sabes que me noto un tirón en el trapecio? Lo tengo muy cargado —dice tocándoselo—. Anda, ven aquí, dame un masaje antes de irte.

Tengo que contenerme para no reventar a llorar y gritar como una histérica. Me duele todo el cuerpo, soy yo quien tendría que relajar sus músculos aceptando que Remensa no es algo único, que ha habido más (quién sabe cuántas más), y que, de nuevo, otra vez más, me está echando.

—Es mejor que llame a un fisio, yo no sé —le digo aséptica, como siempre, de usted (porque sigo sin ser digna de tutearle).

—No hace falta ninguno. Yo te indico, seguro que tú lo haces muy bien con esas manitas de seda tan habilidosas que tienes. —Se gira dando por hecho que voy a presionar, señala el punto en cuestión y yo froto—. Otro día iremos los dos a Cristian y verás cómo nos deja. Tiene una técnica increíble.

Es la primera vez que oigo ese nombre, aunque la incógnita no parece demasiado complicada. Doy por hecho que es su masajista. Independientemente, le pregunto:

—¿Quién es? No lo conozco.

Tiene que darse cuenta de esa manía tan suya de hablarme como si fuera amiga de sus conocidos, cuando no tengo nunca ni una remota idea de quién se trata, entre otras cosas porque su posición económica y social (por consecuente, su círculo y sus caprichos) están en órbitas

diferentes a las mías.

—Mi terapeuta. Viene tres veces entre semana. Lunes, miércoles y viernes. Ahí, sube, a la izquierda, justo ahí, ¡oh, sí! —me dice dirigiendo mis movimientos.

Me callo; me ausento. Cavilando. ¿Ejercería también Olivia de fisioterapeuta? ¿Fue ella tan complaciente como yo? No puedo apartármela de la cabeza ni dejar de preguntarme de cuándo será esa historia, si cada año conquista a una estudiante nueva, se enrolla con ella y la llama Remensa.

Ni un sonido. Ni una señal de que esté vivo. Creo que está dormido. Siente que termino, suspira, abre los ojos y estira los brazos como un gato cuando se despereza.

—Es de los mejores que me han dado. Me falta un beso apasionado con el que me demuestres todo lo que me quieres —dice sonriendo en silencio con esa mirada fulgurante tan suya que me intimida.

Me veo frente a frente con la vida consciente de que me juego mi equilibrio y me entristece darme cuenta de que necesito a quien requiere de mí lo que no le puedo dar y que me da lo que no quiero. Busco las palabras para decírselo, para expresarlo:

—Me ha hecho daño —le digo temblorosa, sudando por la nuca.

Tuerce el morro con una expresión de «¡ya estamos con quejas!», me mira con calma, como buscando las palabras, sin alterarse, siempre tan sosegado, salvo alguna vez cuando se encierra en el despacho y planea la independencia. Mi declaración no le ha impactado. Vuelve a dejar el rostro sin expresión. Compruebo con horror cómo su mirada continúa impasible con el mismo brillo argénteo. Su rictus no se altera un ápice y, sin inmutarse, me dice:

—Lo siento, Remensa. Quizá sea un poco animal, pero es lo que hay porque es lo que me gusta.

Lo miro triste, decepcionada, con los párpados muy abiertos, los ojos brillan, pero no de fuerza, sino de dolor, y él intenta justificar la tortura que ejerce sobre mí de una forma vaga que aún lo deja peor.

—No me puedo controlar, aunque quiera.

Miro, solo miro. Alza su mano y la pasa por mi hombro a modo de consuelo. ¿Creerá que con esta pseudopalmada sus burradas suenan mejor?

—Me atraes muchísimo —continúa—, rebosas encantos y tu ardor vital me enciende apasionadamente. Me excita poseerte, sentir que te someto y que sufres con mi poder. Me gusta que sufras.

Me impresiona su sinceridad. Esperaba un mínimo gesto de cariño por su parte, pero no, no ha sido así; ha sido aplastante. Es lo que necesita y lo quiere. ¿Hago yo también lo que necesito o me dejo arrastrar por los deseos?

XVIII

Pasan varios días sin noticias suyas. La agonía me consume y, en alguna medida, la capacidad de sufrimiento se agota. Ahora mismo me encuentro sobre la colcha de la cama, releyendo los tres únicos mensajes suyos que tengo en el móvil. Se ha conectado hace dos horas, pero no ha sido para decirme nada a mí. Estará con otra ingenua a la que llame Remensa, o él solo, en el sofá, en su despacho, en el tenis o en el cine. ¡Quién sabe! ¿Qué más da? Hay algunas gotas en mis ojos, todavía no han caído.

Viernes, 11 de noviembre. 13:12.

Mensaje. Estiro el brazo hasta la encimera en la que he dejado el móvil y miro. Todavía tengo la esperanza de que sea Àlvar. Es. Me río. Le gusta el doce.

¿Qué haces hoy, Remensa?

Lo mandaría a paseo. Sé que lo mejor es no contestar, pero no puedo hacer eso, me siento incapaz. Una fuerza superior a mi razón me empuja a necesitarlo, a olerlo, a besarlo.

—¿Quieres dejar el aparatejo ése, Mariela? Te lo he dicho mil veces. Prohibido hablar mientras estamos en la mesa —exige mi madre.

—Estás enganchada —dice mi hermano Manuel añadiendo fuego a los humos de mi madre.

—Esto lo arreglo yo en un momento. Le voy a dar de baja la línea y vas a ver qué pronto deja de estar pendiente. Nunca tuvimos teléfono nosotros, ¡ni móvil ni fijo!, y aquí estamos —añade mi padre refunfuñando.

—Papaaaá.

Es mi forma de decirle que parece antediluviano.

—¡Qué arcaico que eres, papá! También en el Paleolítico cazaban con piedras y con palos afilados. Los tiempos han cambiado. —Se ríe mi hermano mayor.

—¡Arcaico te voy a dar yo a ti! No sabéis lo que tenéis, y lo peor es

que lo vais a aprender a la fuerza porque esto se ha acabado, chavales. No hay trabajo. Se van a terminar los bocadillos de ibérico, las motos, el cambiar de modelito de abrigo cada temporada y la calefacción a veintitrés grados. Ahora va a tocar pasar frío y joderse, joderse un buen rato, como en el Paleolítico —refunfuña mi padre, en parte satisfecho de que vayamos a tener que bregar con la crisis como su padre y él lo hicieron en su día.

Anda en este soliloquio, cuando: pi pi. Mensaje nuevo:

Me gustaría verte.

Una vez más, subo la escalera de servicio. No siento que me equivoco, lo hice ya hace tiempo, mucho, aquella primera vez. Y sigo aquí. Estoy arriba, esperando, pienso en don Pablo, no ha salido (dondequiera que esté, llevará sus tirantes verdes y las lentes de pasta marrón oscuro a conjunto con sus mocasines encerados. Pocos hombres tan pulcros como él. Y sabios). Se abre la puerta y, como aquella primera vez, siento una mezcla de ilusión y miedo. Me desasosiega.

—Has llegado pronto —dice dejando un ángulo de treinta grados por el que paso a duras penas.

No hay beso, escasamente una mueca de resignación como si fuese la típica visita inoportuna. Dejo de sonreír y me limito a afirmar con una bajada de ojos, consciente de que no le ha gustado mi pequeño adelanto.

—Vamos, ¡pasa! —Marca sus hoyuelos.

No sé distinguir si está cabreado o, simplemente, le divierte incomodarme.

—Lo siento —le digo. Cómo me gustaría ir atrás en el tiempo y esperar hasta las ocho y treinta en punto.

—No te preocupes. ¿Qué tal estás, Remensa? ¿Eres feliz? —Está tranquilo, habla despacio, queriendo aparentar preocupación por mí.

¿Qué tipo de pregunta es ésta? ¿Espera que le diga la verdad? Sería demasiado dura. Sí, claro, cuando tú no me dejas en vilo, que es casi nunca.

—Sabes que me importas mucho. Deseo que seas feliz. ¿Me dirás cualquier cosa que necesites? —añade con sumo encanto.

Asiento.

—¿Me llamarás con cualquier problema? No quiero que te ocurra nada y que te encuentres indefensa. Yo voy a estar siempre. Siempre —recalca.

No sé si creerle, pero me emociono. Voy a llorar. Es tan bonito lo que me está diciendo, me siento protegida y deseo besarlo, ojalá se acerque y me bese con uno de esos besos suyos, cargados de pasión; veo borroso, la emoción me ha empañado los ojos.

—¿Estás bien, Remensa?

Afirmo venciendo la cabeza sobre el pecho.

Aún deseo más besarlo, pero, de repente, al masticar sus palabras, cuando apenas están pasando por la garganta, me entra miedo, casi pánico y siento que se atascan y me atraganto. No sé si es una despedida y pretende hacerla tierna, o si me quiere tanto como dice y me estoy volviendo una neurótica que saca todo de quicio. Estoy de pie, él, enfrente, con sus vaqueros desgastados y un polo azul marino, lo observo, da tres pasos confusos, se sienta despatarrado en el sofá con la mano derecha sobre el mismo muslo (es su postura previa a algo, el problema es que no sé qué es ese algo), con la otra mano saca la BlackBerry del bolsillo izquierdo, la coloca sobre el cojín y me mira fijamente.

—Dime, ¿estás contenta?

—Claro.

—Eres especial —dice sonriendo complaciente, entorna los ojos, se le marcan las arrugas de los ojos, son pequeñas y *sexys* (siempre he pensado que le hacen más atractivo). Alarga la sonrisa. Parece ilusionado.

Yo cavilo. Soy especial. Especial significa diferente de lo común, luego… No soy una del montón, una más de su lista. Me estoy emocionando. ¿Eso quiere decir que no hay ninguna otra que le haya hecho sentir lo mismo que yo?

Lo noto inquieto. Mira el reloj varias veces, coge el teléfono y, sin más explicación, se va a la biblioteca. Oigo el pestillo. Se ha encerrado. Me derrumbo. ¿A qué viene tanta pregunta sobre cómo estoy? De fondo distingo su voz similar al ronroneo que se les canta a los niños para dormirlos en la cuna. Intento aguzar el oído. Da la impresión de que habla solo, un soliloquio del que apenas descifro tres «independencia ya», un «es nuestra oportunidad» y un «a los putos vascos hay que utilizarlos». Siento que un asunto importante se está incubando, doy rienda suelta a mi imaginación. Quizá lo pueda descifrar. Miro a mi alrededor, busco alguna pista de un algo, por minúsculo que sea, que me descubra no sé qué, pero resulta difícil porque todo está ordenado, ni un lápiz fuera de su sitio. Es tan pulcro…

Continúa el ronroneo. Voy a su habitación, nada que me llame la atención más allá de los ojos del tenista, esos ojos de triunfador que me atrapan. Ese hombre debió de ser especial, tanto como Àlvar. Miro la dedicatoria. Una vez más, la intento leer, pero es imposible descodificarla, ni un médico. Quizá sea ruso. Vuelvo a la habitación. Todo está impoluto, nada que desordene el orden, ni una mota de polvo. Lo único nuevo es un libro sobre la mesa de cristal, *El arte de la guerra*; de él sobresale un papel en el que pone «EIndep», tres

asteriscos y un número de teléfono. Lo apunto sin saber muy bien para qué (podría ser un amigo o hasta la referencia de una tele o cualquier otro producto que le gustó) y vuelvo al sofá del salón. Saco mi móvil, llamo y escucho una voz familiar que dice en catalán: «Déjame tu mensaje». Esto es ridículo, no sé a qué me conduce. Vuelvo a llamar de manera autómata y, de nuevo, oigo la voz. Cuelgo intentando recordar el timbre, sé que lo conozco.

Àlvar rompe mi cavilación.

—¿Qué piensas?

—Nada en particular.

Espera, ahora caigo. ¡Claro! Es alguien del independentismo. «EIndep» será Estatuto de independencia o algo así, de manera que el número debe de pertenecer a alguien relacionado con su redacción, pero ¿por qué lo apunta en un libro? Él siempre lleva el teléfono. Si es eso, es lo suficientemente importante como para guardarlo en la memoria del móvil. La voz, esa voz. Me suena. No consigo ponerle cara. Tal vez sea un profesor de la Universidad o quizá un político.

Se sienta en el mismo sitio con idéntica postura a la de antes, a cualquiera le haría pensar que la tiene ensayada, y me mira de una forma extraña, especialmente dulce, como si, al igual que yo en mi pesadilla, poseyera una bomba a punto de explotar y quisiera evitarme el mayor dolor posible.

—El último día fui muy bruto. Quiero que sepas que es porque me encantas —lo dice cabizbajo—. Lo siento, Remensa. Te quiero y lo último que puedo pretender es herirte.

Te quiero, ha dicho «te quiero». Siento un arrebato de felicidad y un fuerte hormigueo me cosquillea cada uno de los nervios del cuerpo hasta llegar a su final con un ligero pinchazo. Apenas me atrevo a suspirar, disfruto al escuchar semejante declaración, tanto sufrir y resulta que me quiere, hago el esfuerzo de retener de manera literal cada una de sus palabras, de retenerlo a él, en esa postura, con esos pantalones, con ese polo; retenerlo y absorberlo. En suma, grabarlo en mi memoria para cuando lo extrañe o me diga algo que suene raro; para no llorar; para disfrutar.

Mi sufrimiento ha tenido un sentido, el de que me quiera.

Si pudiera explicar lo feliz que soy ahora mismo… Pero nunca hay felicidad completa, al menos con Àlvar.

—Tienes que irte. Me ha surgido una reunión.

—¿A estas horas? ¿De la Facultad?

—No, nada que ver. Temas políticos demasiado complejos para una adolescente como tú.

—Me gusta la política. Quiero saber e involucrarme. —Mentira. No me interesa, no como está planteada. Me aburre, hay veces que me voy a dormir por el solo hecho de evitar tragarme uno de esos debates

de la derecha contra la izquierda. Parece que en este país nuestro no se puede gobernar con el sentido común. Yo eliminaría los sesgos y me centraría en medidas que hagan cumplir objetivos.

—Las elecciones se presentan calientes.

—¿Por?

—¿Te parece poco el panorama? Lee los periódicos.

—Ya los leo. Cataluña está trágicamente dividida.

—Sí, pero la mayoría ven el abuso del Estado español y quieren rebelarse contra él. Ha llegado el momento de que Cataluña se plante, deje de regalar al Estado el dinero de su trabajo y recupere su independencia.

—¿Cómo?

—Por la vía legal. Todo a su debido momento.

—Quiero ir a uno de los mítines de la izquierda independentista —afirmo en un intento de sonsacarle algo que me aclare qué relación tiene y qué pretenden exactamente.

—Vamos, Remensa. Muévete —me ordena con su típica sonrisa pícara mientras yo remoloneo poniendo cara de niña buena como si eso fuera a funcionar, pese a saber que es empresa inútil. Se quiere ir y se va a ir—. No seas pelma. Te llevaré hasta la parada. Llegarás a tiempo de cenar con tus padres. Avísalos si quieres.

Arquea una ceja y me hace una señal que sé que significa que baje por donde me corresponde y que lo espere en la calle dos portales más abajo del suyo, justo en la puerta de Foix, donde nadie imagine que espero otra cosa que no sea mi turno para comprar un bombón.

Cuando salgo por la puerta, me llama Roser. Tenía siete llamadas perdidas. Bajo las escaleras oyendo sus lamentos. Está hecha polvo por culpa del idiota de su ex. La quiero escuchar, pero no puedo porque en dos minutos estaré con Àlvar.

—Te llamo luego, ahora no puedo.

—¿Dónde estás?

—Voy a entrar en el coche del profesor —le digo medio susurrando, pero creo que no me ha escuchado porque no atiende.

—Escúchame, por favor. Vas a alucinar —me suplica con voz llorosa. No creo que me parezca más sorprendente que mi propia historia. A veces me pregunto si la gente se conciencia de algún problema que gravite unos centímetros más allá de su propio ombligo. Roser, no.

Estoy enfrente del coche, Àlvar me mira, levanta las palmas y resopla.

—Lo siento mucho, ahora no puedo. Te llamo luego.

—Espera…

—Un beso —le digo mientras abro la puerta y me meto dentro del Porsche Carrera.

Cuelgo y, pese a que no pierdo de perspectiva el hecho de que ella frivoliza sobre mis asuntos, un muro de culpabilidad recae sobre mí pensando que la he dejado con el sollozo a medias. Àlvar me lo aparta de la cabeza:

—No hables en la escalera. No me gusta que lo hagas. Y odio que me hagas esperar porque estás cotorreando con tus amigas o quien narices sea —me dice absolutamente serio en cuanto me meto en su deportivo.

Me siento bien. ¿Serán celos? Tiene toda la pinta de ser una de esas inseguridades de pareja por miedo a que la otra persona tenga pretendientes. Le están brillando las pupilas.

—Era con Roser —le aclaro con una leve sonrisa—. Está mal, la pobre anda… —me corta sin miramientos.

—Me da igual. No puedes subir y bajar chafardeando como si la finca fuese tuya y vivieses tú sola en ella. Hay vecinos y no quiero que sepan de ti. Tienes que ser discreta o no volverás.

Empequeñezco de golpe. Soy diminuta y me cambia la cara. Una nueva losa se derrumba sobre mi cuerpo herido. No eran celos; tan simple como que nadie puede saber de mí. Me siento tonta, absolutamente ridícula; una necia que habla sin ton ni son. Tengo que aprender y callar, cerrar la boca como dice mi padre; así no entran moscas ni salen imprudencias.

Quizá no estoy hecha para él. No lo sé… Soy poco, inoportuna, sin linaje, de Badalona.

Se enciende la pantalla del ordenador del coche. Mensaje. Miro y acierto a leer «Casals i Mendieta». No estoy segura, pero creo que uno de los mejores despachos de abogados de Barcelona se llama así. Se lo oí nombrar hace poco a Agnes porque su primo estaba haciendo unas pruebas para entrar en él. Vuelvo con atención a la pantalla y leo: «¿Viene? Llámeme. La cosa se complica». ¿Qué ocurrirá? ¿Tendrá que ver con la campaña? Tal vez no, tal vez no haya problema con las elecciones, ni con los nacionalistas; tal vez sea otro asunto el que lo encierra en el despacho.

Él gira los ojos —no sé si es consciente de que lo he visto—, lo elimina como si no tuviera importancia y acerca su boca a mi oreja, colocando su mano en mi sexo. Lo hace al mismo tiempo que me susurra «ven mañana por la mañana a las 11 y nos tomamos el aperitivo». Como acto instintivo cierro las piernas; me fuerza la de la izquierda hacia fuera, ¿para qué resistirme? Las abro, mete la mano abarcando todo mi pubis y me acaricia con suavidad, siento un

cosquilleo. ¡Ayyyy! Mi vello se eriza. Ahora frota con furia. Las braguitas se mueven, estoy húmeda; me estoy mojando y, de repente, sus dedos buscan los míos y los conduce a su pene abultado. Lo toco y se hincha más. Me siento avergonzada (una cosa es en el despacho de la Facultad o en su casa y otra en medio de la calle, a la vista de cualquiera que relaje su mirada en nosotros) y, sin embargo, quiero que vuelva a frotarme. Debo de estar rosa, o roja, muy roja. Veo acercarse a una pareja, está a unos ochenta metros. Es un matrimonio con clase, de mediana edad, elegantes, bien vestidos, con dinero, sin preocupación por la crisis o las estrecheces ajenas, al menos eso parece. Ya quisiera mi madre poder comprarse un abrigo como ése. El marido, delgado y bien parecido, la coge por el hombro arrugando la hombrera. Ella marca el paso con unos botines de ante marrón y él la sigue. Vienen tranquilos. Los miro y, de reojo, echo la vista a Àlvar. Está suspirando. Su mano, escoltada por la mía, baja la cremallera, me empuja dentro, a su pene, pero casi no cabe. Su miembro inflamado no me deja hueco y los piñones de la cremallera me arañan la piel. Me defiendo como puedo, está caliente, yo me limito a apretar y extender la palma de forma continuada. Siento su excitación.

—Sigue —me ordena sin moverse. Parece el retrato de un faraón—. Sigue —repite dictatorial.

Lo hago, aunque me estoy agobiando. El matrimonio se acerca.

—¿Quieres que me corra aquí?

No sé qué decirle, me muero de la vergüenza; si ahora mismo pudiera esconderme acurrucada en la parte de atrás como los niños, lo haría. El caso es que sí. Quiero. ¿Me estaré pervirtiendo? ¿Seré una salida de esas que tienen complejos y terminan postulando lo contrario de lo que desean?

Pienso en mi madre. Debe de creer que continúo en la Universidad, repasando apuntes. Si me viera aquí, en un cochazo, en la calle, medio encogida, luchando contra un pantalón de algodón para agitar con brío el miembro del profesor de Historia Contemporánea de Cataluña, se moriría del disgusto, deshonrada por su hija, sin pudor ni decencia.

—Remensa, eres la mejor; nadie pajillea como tú, tienes un don. ¿Con cuántos has practicado?, ¿con muchos? ¿Has hecho esto mismo muchas veces antes? ¿Cuántas, dime? ¡Vamos! —exclama lascivo.

—Con ninguno.

—No me gusta eso. Quiero que hayas sido una guarra. Has tenido que serlo para saber tanto y hacerlo tan bien.

No, no es verdad, no tiene razón. No lo he hecho antes y no soy una guarra, solo una pobre enamorada que se ha convertido en un monigote que él maneja a su antojo.

—¡Cómo me gustas, mi putita!

Y se corre; derrama unas gotas de semen, blanco, viscoso. Mis

dedos se emplastan, están pegajosos y, a la vez, aceitosos; ahora su pene, todavía hinchado, se desliza mejor. Continúo batiendo la mano, entre excitada y avergonzada. Él me besa y arranca el coche con un rugido que hace que la pareja de clase alta nos mire horrorizada. Tanto como lo estoy yo, pensando que soy una pajillera.

—Agáchate y bésame —me dice mientras cambia de marcha y maniobra con el volante—. Vamos nena, chúpamela.

Bajo la cabeza, me pego a su pene. El glande está hinchado, tiro hacia abajo con la mano, apoyo los labios, exhalo sobre él, lo caliento, lo beso, me separo, saco la punta de la lengua y la dejo resbalar por la cabeza de su falo lamiendo el semen.

Recuerdo aquella primera vez que me lo hizo tragar.

—Sí, nena, sí —gime.

Ya no hay placer. Siento asco, rabia, amargura, me dan ganas de mordérsela; un mordisco fuerte, seco y… ¡zas! Dios, ¡qué estoy pensando! Con semejantes ideas he sacado más la lengua, lo he hecho de manera inconsciente. Él me sujeta por la sien con la palma extendida para que no me venza sobre el volante. Oigo cómo jadea, quiero terminar, por favor, por favor.

—Para, nena, que llegamos.

Sigo.

—Para, Remensita, ya estamos.

Me incorporo y suelta:

—Esta tarde me voy a morir del dolor de huevos por tu culpa. Tendré que castigarte. A ver si aprendes que no me puedes hacer esto y dejarme a medias. Voy a pensar tu correctivo… —dice sonriendo casi diabólicamente.

—Pero… —No me da tiempo a excusarme ni a explicarme. ¿Qué quiere? Se acaba de correr cinco minutos antes, si se ha quedado a medias ahora es por su culpa, yo nunca habría empezado.

—No hay peros que valgan. Lo que hace falta es más destreza y tragar —vuelve a sonreír arqueando las cejas con un gesto que viene a decirme que espera que haya aprendido la lección.

Estupefacta, le devuelvo la sonrisa un tanto forzada. Lo hago a falta de palabras ingeniosas que lleguen a la altura de tal broma o desfachatez, ¿quién sabe? Ni sé pillarlo. Tiene la virtud de quitármelas, con sus vocales y consonantes, enteras y a trozos, quitármelas y dejarme con un nublado que me obtusa.

Por primera vez, siento la necesidad de alejarlo de mí. No puedo seguir con él, no así.

—Ponte con Ramón Berenguer IV, que hace unos días que no te he preguntado y ni lo nombras. Mañana voy a comprobar cómo lo llevas.

Qué presión. Es como una apisonadora, allá por donde pasa, aplasta.

En casa, en la cama, a la luz del flexo de la mesilla, repaso la emancipación de los condes catalanes de los siglos X y XI con respecto a los reyes francos, la conquista de nuevos territorios a los árabes y su consiguiente repoblación con gente de habla catalana. Me llama la atención el salto que da hacia atrás para resaltar la importancia de las familias campesinas anónimas que se instalaron en zonas despobladas a finales del siglo VIII. «Con su trabajo, convirtieron la tierra yerma en productiva. Por eso fueron —y son— los verdaderos protagonistas de la conquista y de la colonización de la Cataluña Vieja», recalcó un par de veces. Termino aturdida de tantos nombres.

Me viene un *flash* estremecedor. ¡Roser! Se me ha olvidado. Soy tan despistada… Abandono los folios sobre la mesilla con la clara intención de no mirarlos más por esta noche y la llamo. Llora como una loca, hipando, medio histérica, medio confundida, como una niña perdida. Cierro los ojos y, mientras escucho la descripción minuciosa de cómo vestía, lo que hacía y de qué color tenía el pelo, la piel, los ojos y los labios, la novia, rollito o ni siquiera eso, de Tomeu, me veo a mí misma tocando un pene flácido que poco a poco se hace enorme. Soy yo. Es mi mano. De fondo, con eco, como si lo dijeran en una cueva, unas voces roncas me llaman pajillera; son varias, difusas, se confunden y ensucian la de Roser, pero todas dicen lo mismo. «Pajillera. Pajillera». Roser ha terminado. Está mal (igual de mal que siempre, o sea: bien de todo menos de Tomeu); la animo con lo que se me ocurre que es más efectivo:

—Tranquilízate, por favor. No es para tanto. Dale un tiempo. —Intento calmarla o, al menos, transmitirle sosiego, que se dé cuenta de que todo necesita su proceso. Con un poco de suerte, entre que sí y que no, le gustará otro y se olvidará de él.

—¿Para qué? ¿Para ver cómo pasea con otra? —contesta casi irritada.

—Ahora no quiere, pero igual cambia de idea dentro de unos meses —le digo mientras pienso en el poco sentido que tiene esto del amor: ella sufriendo porque no le hacen caso en general y yo porque me lo hacen en general, pero no en particular como quiero—. Deja que sea él quien te eche de menos y vuelva a ti.

—¿Unos meses? ¿Y si no vuelve? —Parece espeluznada, como si le hubiesen propuesto un pacto con Satanás.

—Entonces no era para ti —le digo con una media sonrisa que se transmite en el tono.

—Estás loca. No pienso sentarme a esperar a que me olvide.

Es inútil, no razona. Después de tres intentos de adiós, me reprende:

—No sabes lo que dices.

Me despido como puedo con un «lo siento, te dejo porque me muero del sueño», cuelgo e intento pensar en Clara, recordar su cara de golfa lasciva, de putita que se fotografía sin bragas para poner cachondo al profesor maduro; pero es complicado porque la veo con el fondo del miembro, mis manos lo baten. Aparecen hombres, decenas, cientos, miles; cada vez son más, quieren que los toque. «Vamos, tú eres la mejor. Lo has hecho mucho antes. Tú, tú, tú. Tienes que ser tú». Intento decirles que no, pero es en vano, no sirve de nada; continúo retenida entre penes que me aclaman como docta. Me llaman «maestra». Hago esfuerzos para huir de esas voces, de la fila, de la imagen. Abro, cierro, me froto los párpados… Imposible, estoy acorralada.

En ese instante me doy cuenta de que, por cuarta vez, siento miedo. Esta vez de mí misma, de mi juicio, de mi razón, de sentir que los pierdo, que no sé quién soy, qué hacía allí ni qué hago aquí.

¿Qué me está ocurriendo?

Sábado, 12 de noviembre. 12:35 am.

—¿Por qué no me tomó en serio ayer cuando le dije que quería ir a los mítines de la izquierda independentista catalana? Me gustaría afiliarme para luchar por los derechos de Cataluña —le digo todavía sujeta a la cadena que cuelga del techo de su habitación. Ha vuelto a hacerlo: ha vuelto a atarme; también a morderme, a chuparme y a penetrar mi agujero prohibido. Esta vez ha sido más duro, incluso me ha hecho más daño; me he contraído fuerte y he sentido que me partía. Le perdono pensando en que soy especial y que me quiere. Esas palabras resuenan en mí con un eco rítmico que casi me incita a bailar.

—Nena… —Se ríe.

—¿Qué? —pregunto desganada.

Comienza a soltarme.

—Remensa, eres preciosa, los catalanes valoramos tu interés. Debes votar a los nacionalistas conservadores, por el bien de esta nación, pero no puedes involucrarte en ningún partido. No tiene sentido —dibuja una expresión conocida, medio burlona. Mis brazos caen al colchón de golpe.

—¿Por qué? —pregunto un tanto aturdida por su comentario.

No sé por dónde va. No lo entiendo. Quiero decirle que es un grosero, que yo también soy catalana y que tiene el sentido que yo le quiera dar, pero no me atrevo. No soy capaz de articular semejante afrenta.

—Porque tú eres charnega.

Lo ha dicho, me acaba de llamar «charnega» y se ha quedado entero, tan a gusto. Siento dos bloques de acero que aplastan mi pecho y un relampagueo que me cruje la espina dorsal (similar al de cuando me ha penetrado por detrás). Es incluso peor, porque éste me rompe el alma. ¡Dios! ¡No puedo respirar! Estoy fría, helada. Me considera inferior. Me había dicho que me tenía que alejar de él y soy tan tonta que aquí sigo, junto a él, en su casa, con su cadena y sus menosprecios. Me acuerdo de las hormigas. Ellas ya no estarían.

Me mira, bajo la vista, me siento acechada, debe de estar contemplando mis párpados. No pienso mirarle. No voy a hacerlo. Que lo atiendan las señoritas catalanas de pura cepa. ¿Qué pretende? ¿Para qué tanto hablarme de Cataluña si no me considera digna de ella? ¿Para qué, para que sepa lo que hay, para que los entienda y me vaya? Ha desarbolado todas las ridículas excusas que me monto para convencerme a mí misma de que merece la pena. Una trampa más en el solitario, desmantelada por la poca sensibilidad de Àlvar. No la merece. No para mí.

Continúo sin mirarlo. Salta de la cama, de soslayo veo cómo, cachazudo, pero sin perder ritmo, coge del suelo sus calcetines de rayas multicolores, la camiseta, el pantalón —deben de tener buenas arrugas porque estaban tal cual habían caído—, los zapatos marrones de cordón, bien elegantes —siempre calza zapatos de postín que relucen como un farol, siempre, aunque vista deportivo—. Se incorpora, no se esfuerza en aclararme lo que pretendía decirme, ni un amago; se recoloca el pantalón, mete las manos en los bolsillos para terminar de ponerlo en su sitio, las sube y se las pasa por el pelo tirándolo hacia atrás con sus aires de gran señor un tanto altivo —van con él como las espinas con el erizo—, me abre las esposas en el más absoluto silencio, suelta mis brazos y me dice:

—Venga, jovencita. Quiero ir al tenis.

A su tenis catalán del Real Club de Tenis de Barcelona, en Pedralbes, del que cada vez que lo menciona, me recuenta que nació en 1899, gracias al auge industrial y comercial que generó la Primera Exposición Internacional en Barcelona en 1888, y que el trofeo Conde de Godó lo puso en marcha el honorable Carlos Godó, en 1953, presidente por entonces del club. No me interesa nada, ni los tenistas ni Godó ni su condado, aunque me gustaría ir y verlos, elegantes, peripuestos, mezclarme entre ellos y saber cómo son y de qué hablan. Ellos son diferentes, me gustaría ser como ellos, una más. ¿Por qué no? Igual no me dejarían entrar por ser charnega; quizá pidan el certificado de nacimiento en familia de abolengo.

Odio a Godó, el tenis y los barrios bien. Los detesto con todas mis fuerzas.

—Vamos, me quiero ir al tenis —repite.

Yo me resigno. Es un simple y destructivo «me quiero ir al tenis» que me aniquila. No tiene clase con su profesor, el tenista profesional de gran futuro, no; es un partido de amigotes, quedó ayer, a última hora, y, aun así, me ha hecho venir. Madrugón y dos transbordos para un polvo. Eso es todo. Un polvo, con palabras, cadenas, forcejeo, desgarro y azotes. Finalizado, no sirvo, ¿para qué más? Cada uno a lo suyo: yo a casa y él al tenis. La tarde no la menciona. Ni merienda, ni paseo, ni cine. Con su corrida se ha terminado el encuentro. Me lo merezco por idiota. ¿Qué demonios me pasa?

—¡Vamos, Remensa! No remolonees —dice tintineando las llaves frente a mí como si fueran un cascabel. Estoy abrochándome los cordones del botín. Me siento como cuando de pequeña sonaba la campana en el recreo del colegio y tenía que salir disparada hacia clase para que no me regañase la profesora.

Ni siquiera me acerca a la parada del autobús porque dice que si lo hace no llega a tiempo al partido. Camino aplacada por el peso de la tristeza; la calle se empaña, son mis ojos que lloran de manera incontrolada. «¡Se acabó, Mariela! Ni una vez más, éste ha sido tu último encuentro con él», me digo y me repito, consciente de que no es lo que en realidad quiero porque, dentro de mí, ¡ay!, dentro de mí deseo que me llame y que vuelva a por mí para entregarme a sus deseos en esa cama con cadenas, en el asiento del coche o donde a él se le antoje. Aun así, me repito: «La última vez, Mariela. La última».

Una trampa más en el solitario.

Es mi dueño. Soy suya.

XIX

Miércoles, 16 de noviembre.

Llevo cinco días con el sinvivir de no saber de él. Entra en el aula a las seis y doce en punto. Lo hace sin carpetas, libros ni apuntes. «Buenos días» y:

—¡Ramón Berenguer III el Grande! —Hace una pausa para coger impulso y arranca—. Nació pocos días antes del asesinato de su padre Ramón Berenguer II, pero el testamento de su abuelo no permitía el acceso del recién nacido a la dignidad condal hasta después de la muerte de su tío, Berenguer Ramón. —Habla lento, reparando en cada uno de nosotros. Se quita la chaqueta, la coloca en la silla y se gira para escribir los nombres en la pizarra. Subraya el apodo y mientras lo remarca por segunda vez, Luisa me da un codazo.

—Este tío está muy bueno. ¿Has visto cómo le sientan los pantalones de algodón? Cualquier día me cuelo en su despacho y le dejo que me folle enterita. —Guiña un ojo enfatizando su cara de traviesa que transmite miedo. Yo abro los ojos hasta que los párpados no dan más de sí. Qué barbaridad acaba de decir la bruta de Luisa sobre mi Àlvar. No me gusta. Es mío.

Àlvar continúa:

—Entretanto, fue educado por un Consejo de nobles que le asesoraban en cada paso como futuro rey.

¿Rey?

Lo miro, alto, atlético, guapo, muy guapo, interesante y, por encima de todo, atractivo. Habla de frente a nosotros, en el medio, con las piernas ligeramente abiertas en forma de compás, la mano izquierda en el bolsillo y la derecha gesticulando. De una manera inevitable viene a mí la cadena. Veo la clavija del techo, estoy a tres patas, desnuda, pasa su dedo índice por mi espalda, arañándome, me azota y me llama pajillera. Ese hombre atractivo que se mueve de un lado a otro del escenario, me subyuga diabólicamente hasta convertirme en un ser insignificante, lo veo, y, aun así, le quiero.

—Consta que conreinó con su tío porque ya en el año 1095 comenzó sus acciones bélicas acosando Tortosa, aunque lo cierto es

que tío y sobrino compartieron trono antes. Lo sabemos por unos escritos del papa Urbano II sobre la restauración de la archidiócesis de Tarragona, del año 1091, dirigidos conjuntamente a los dos…

Dejo de escucharlo. Intercalo miradas del folio a su imagen y de su imagen al folio como en uno de sus partidos de tenis.

Una palmada me espabila. Ha sido para sacudirse la tiza. Nos mira, solo mira. Gente recogiendo.

—No se impacienten —mira el reloj y mete las manos en los bolsillos en pose un tanto chulesca—, sé que es la hora, pero quiero aclararles algo muy breve. Algunos de ustedes me han consultado acerca de la aparición del topónimo Cataluña. Es casi paralela al inicio del uso del catalán como lengua escrita. Pero no sean impacientes. Lo explicaré cuando aborde la consolidación de Cataluña como país gracias a la cristalización de algunos rasgos de nuestra identidad nacional, como la insignia de los condes de Barcelona, formada por palos de gules sobre un campo de oro, que comenzó a utilizarse a finales del siglo XI —habla pausado, como es él.

Mireia lo mira embobada y le hace una mueca a Luisa. Roser le da un codazo; yo le daría una patada.

Me pregunto qué serán los gules. Lo señalo con un asterisco y lo subrayo con tres rayas para recordarlo. En cuanto termina la clase, lo miro por Internet en la RAE:

gules (Del fr. *gueules*).

1. m. pl. Heráld. Color rojo heráldico, que en pintura se expresa por el rojo vivo y en el grabado por líneas verticales muy espesas.

¡Qué forma tan poética de decir cuatro barras rojas sobre fondo amarillo!

Subo a su despacho. Prefiero verle antes que escuchar al tonto de Derecho, que se pasa los cincuenta minutos dictando con un timbre lento, monótono y aburrido que duerme a un hiperactivo con tres cafés. Nos obliga a llamarle don Pedro; nosotros nos reímos en cuanto se gira para escribir un latinajo en la pizarra. Sin quererlo, pienso en el abuelo de mi vecina, un anciano entrañable de noventa años al que trato de don para mostrarle mi respeto. Es el único a quien llamo don por voluntad propia. Él sonríe, tambaleando la cabeza de un lado a otro y agitando la mano con el pulso descontrolado. Maldita decrepitud. Don Pedro, en cambio, la ha elegido. Apenas tendrá cuarenta años, pero ejerce de viejo prematuro, parsimonioso, con pantalones de pana holgados y chalecos de punto *beige* o verde oliva bajo la chaqueta. Vive viejo y viste viejo; de hecho, mi abuelo, que es octogenario, tiene más brío que él. No me quiero imaginar una comida, masticando lento, hablando del *nasciturus* y de la dación, la donación, la compraventa y la subrogación. ¡Madre de Dios! Mata a los comensales antes de llegar al postre (y ni hablar de la sobremesa).

Àlvar, por el contrario, ironizaría, reiría, mostraría sus hoyuelos e intimidaría con esa mirada tan suya de ambición, entornada y brillante, con las minúsculas arrugas en los rabillos, y haría desear que nunca llegase el postre. Por eso me gusta Àlvar, porque es divertido, interesante y *sexy*, muy *sexy*. Por eso voy a verlo.

Toco en la puerta, oigo «adelante». Entreabro. Tiene la cabeza pegada al escritorio y los ojos fijos en unos folios amarillentos. Está escribiendo algo a mano con una pluma negra; alza la mirada mientras entro, pone cara de circunstancia con cierto aire de decepción y me regala un:

—Estoy liado, Mariela —lo dice con una solemnidad que aún agrava más el hecho de que me acabe de llamar por mi nombre.

—Si quieres me voy.

—Sí. Mejor. Tengo que entregar unos documentos esta tarde y no los he terminado.

Era una sugerencia que esperaba que no aceptase, pero lo ha hecho, como tantas cosas más. Baja la vista, clavándola de nuevo en los folios, me muestra su melena tupida, perfectamente despeinada y… silencio. Me quedo inmóvil, incómoda, le estoy molestando. ¿Qué hago?, ¿le beso?, ¿me quedo?, ¿me voy? No sé. Muevo un pie, el otro; una pierna, la otra; una mano, la otra; los brazos… Él no se da ni cuenta. No me ve ni me oye porque ha dejado de mirarme y de escucharme. Titubeo y arranco. Me giro, abro la puerta y me voy.

—Adiós. —Es todo lo que digo. Ha sido un adiós rápido que quería sonar y, al mismo tiempo, pasar desapercibido. Lo ha conseguido. Àlvar ha permanecido inerte, sin levantar la cabeza; apenas ha elevado la mirada con un movimiento fugaz para asegurarse de que yo abandonaba el despacho, y, de nuevo, la ha centrado en su escrito.

Me deprimo. No debería, pero no lo puedo evitar. Quizá ya no le atraigo y soy un simple capricho demasiado usado. Quizá ha llegado una más joven, más nueva y más guapa. Quizá es solo que está ocupado. Sé que debería estar acostumbrada a sus cambios, pero no. Por más que lo intento, no soy capaz. Tengo claro que lograrlo no es cuestión de predisposición, sino de aptitud. Yo no la tengo.

Sábado, 21:00, Granada, Nochebuena, 24 de diciembre.

Han pasado seis semanas flemáticas durante las que casi no lo he visto por culpa de los exámenes, las prenavidades, las reuniones, cenas y eventos colaterales. Mi agonía continúa. Intacta. Durante estos treinta y ocho días no ha habido grandes variantes. Nos hemos encontrado cuando se le ha antojado y hemos hecho lo que ha deseado. Ciertos hábitos han degenerado y, aunque no nos hayamos visto, igualmente he contribuido a saciar su libido.

—Nena, estoy cachondo —me dijo hace dos semanas por teléfono, a las doce y media de la noche, después de una cena de esas de las que nunca me explica nada y sobre las que yo elucubro imaginándome extrañas intrigas sobre las que, cuando medito, me doy cuenta de que son más fruto de la admiración que le profeso que de la influencia que realmente tiene—. ¿Piensas en mí?

—Claro. —Mi respuesta fue de lo más sincera. Se puede decir que casi no había hecho otra cosa. Mañana, tarde y noche cavilando, al borde de la locura, sobre él, sus gestos, sus cariños y sus desplantes.

—¿Te tocarías pensando en mí? —Ahí me violenté incluso más que teniéndolo cuerpo a cuerpo. El hecho de contestarle a un aparato e imaginarlo tocándose caliente, lejos de excitarme, producía en mí rechazo.

—Sí —dije que sí para callarlo. Pero no le bastó.

—Tócate.

—Vale. —Sonaba sumiso, pero, en realidad, era esquivo. Su finalidad era que se callara.

—¿Ya te estás acariciando?

—No. ¿Qué quieres que haga? —Mi pregunta fue servil. No pensaba complacerlo, pero quería que ese numerito se acabara cuanto antes.

—Que te chupes los dedos, desplaces tus braguitas y te toques. ¿Lo estás haciendo? —El final lo dijo entrecortado por jadeos. De fondo distinguía el sonido que producía su mano agitando el miembro y, de manera inconsciente, me empecé a tocar. Estaba mojada de imaginarlo sentado en el sofá, con la cremallera bajada, batiendo el pene casi amoratado.

—¿Qué haces? —le pregunté porque necesitaba oírselo decir. Aquello que me incomodaba, me excitaba hasta unos extremos difíciles de narrar.

—Tocarme. Me la estoy frotando pensando en ti y en tus braguitas de algodón ladeadas por tus dedos que pasan de adelante atrás, o ¿lo haces en circular?

—No.

—Pues hazlo. Hazlo para mí —susurra y penetra en mí produciendo una sacudida.

—Estoy hinchado. La polla me va a reventar. ¿Te gusta que te lo diga? —Eso es probablemente lo que más me incomodó, de repente me puse roja, pero mi éxtasis no disminuyó—. Te chuparía el jugo y te la metería hasta el fondo. ¡Oh, nena! Tócate para mí, sé buena, gime.

Gemí (no porque me lo pidiera, sino porque no podía evitarlo). Con cada alarido metía más mi dedo, él frotaba, ¡oh, oh, oh, oh, oh!, sudor, escalofríos, convulsiones, gemidos, más gemidos, suspiros, gritos, ¡oh, oh, oh, oh, oh! Se corrió. Me corrí. Silencio. Susurros.

Colgamos. Me quedé cortada, vacía. Fue con un «venga, nena, que mañana trabajo». El «nena» me repateó, siempre lo ha hecho, porque me suena a chulo con su putilla; el motivo (ese «mañana trabajo») me hirió. Él, él, él; yo, mí, me, conmigo mismo; su mundo; su trabajo… ¿Y yo? ¿Cuándo yo?

Hoy ha hecho lo mismo. A media tarde me ha llamado, me ha dicho lo que le gustaría estar conmigo, bajarme los leotardos, desplazar la lencería (las braguitas rosas, me ha susurrado. Supongo que pensaba en unas muy divertidas de algodón con diseño infantil y un sugerente *call me* plateado en mayúsculas. Siempre las menciona). Estaba caliente, tirando a ardiente; me pedía que me metiera los dedos y ha comenzado a masturbarse soltando obscenidades muy subidas de tono, que apenas entendía de tan bajo como las decía; así diez minutos hasta llegar al orgasmo. Ha gritado un «ahhhhhh» y ahí ha acabado. Ahora estoy sentada, en la mesa, al lado de mi abuelo y mi primo Luis, encogida, esperando un mensaje de «Feliz Nochebuena» y sintiendo como mi mundo se quiebra, desgarrado, mientras repaso los momentos especialmente intensos, pese a las constantes humillaciones. Es el amor. O el desamor.

Una pesadilla.

6 de enero, 14:40. Comida de Reyes, cortando el roscón (yo y mi puntería, creo que he topado con el haba que te señala como gafe y te condena a pagar el siguiente).

Mensaje. *Feliz día de Reyes, Remensa. Espero que hayas sido buena*.

Han sido once días infernales, once días de agonía y dolor, ojerosos, sin sonrisas ni palabras, grises como el tiempo. «¿Quieres cambiar la cara?», ha sido el comentario generalizado entre mi familia a cada rato. Roser me dice que le deje, que ni siquiera le conteste, pero soy tonta y no sé cómo hacerlo; me da miedo, pena, desasosiego y la fuerza que me arrastra a él me impide hacerlo.

—¿Y si le digo que le quiero y por eso lo estoy pasando mal y que necesito un tiempo, que no es bueno seguir y que ni siquiera lo veo enamorado? —le preguntaba hace tres días a Roser cuando me decía que, si aparece, lo que tengo que hacer es ni contestar.

—¿Eso, para qué? —Se mostraba harta de dar consejos que no llegan a ningún sitio ni tampoco escucho porque, sencillamente, no me interesan. Yo también lo estaría. De hecho, lo estoy. Y avergonzada. ¿De no dejarlo? No. De seguirlo deseando, de ser un pelele en sus manos, verlo, amilanarme y continuar. ¿Seré idiota?

—¿El qué? —le preguntaba con la esperanza de terminar de verlo

claro.

—La explicación. —Hace una pausa leve que enfatiza la reprimenda de madre cabreada; yo la digiero como puedo—. Lleva once días sin dar una señal, ni de humo. ¿Tú crees que un hombre que te tiene el más mínimo cariño puede acostarse contigo y dejar pasar unas fechas como las Navidades sin una sola llamada? ¿Tú crees que un tipo que te quiere te llama charnega y te hace subir por la escalera de servicio? ¡Por favor, Mariela! Eres más lista que eso. Siempre has sido inteligente, sensata, ¡eras la pícara!, tú mareabas a los tíos y ahora tienes a un viejo de treinta haciéndote dar vueltas a ti a un ridículo circo de vejaciones. Ponte un límite, por favor. ¡Y abre los ojos! Cuando una persona quiere a otra, presume de ella. —Me está recordando a Oriol—. Mariela, no atiendes. Este tipo es un pozo; un pozo negro y oscuro, el peor pozo, y, como no salgas, te va a sepultar entre sus fangos. ¿Necesitas que te recuerde todo lo que me has contado? No te respeta, te folla aprovechando que te pones cachonda con que te diga «hola». Ojalá no aparezca, pero, si lo hace, no le cojas el teléfono o dile alto y claro que no quieres seguir con él, por favor, hazlo por ti. ¡No te respetas! —clama desesperada.

Contesto con un vago gesto de resignación. Sé que no. Lamentable. Pese a tanto desplante, mi vida gravita inerme sobre él, en estos días he contado los segundos rezando a Jesucristo, a Dios, a la Virgen y a todos los santos para que me llamara o me escribiera. No hubo «Feliz Nochebuena» ni «Feliz Navidad»; tampoco «Feliz fin de año» ni «Feliz Año Nuevo». No.

Hay un «Feliz día de Reyes».

Y yo, que soy idiota, sin orgullo ni dignidad, mastico mis dudas, miedos, pesadillas y denigraciones, y vuelvo.

Muchas gracias, mi profesor. ¡¡¡Claro que he sido buena!!! Espero que usted también.

Sé que estoy cruzando el umbral, mi cerebro me alerta de que estoy en una sombra con peligros que conlleva mi sentencia de muerte, pero mi cuerpo se adentra de una forma impulsiva e irrefrenable.

Mensaje. *Entonces tendré que darte tu regalo*.

Leo «regalo» y, cual pez, olvido lo de antes. Solo hay ahora, presente, dádiva. ¿Qué será? Me da igual, lo único que me importa es el detalle, saber que ha ido a una tienda a elegir un pequeño detalle para mí, pensando en mí.

Mi regalo eres tú.

No puedo ser más explícita.

Mensaje. *¿Puedes reservarme toda la tarde de mañana?*

Claro.

Con este mensaje se termina la comunicación. No sé si han fallado las redes, si se ha arrepentido o si da por hecho que no necesita más.

Debe de ser esto último. De nuevo, desasosiego. Lo más triste es que me afecta de la forma más leve en que puede hacerlo, como el virus que se ha contagiado con anterioridad y apenas acarrea un estornudo; me he inmunizado, de alguna manera, he aprendido a vivir con él.

XX

Sábado, 7 de enero. 11:00. Después de una borrachera de gin-tonics que ha durado hasta las cinco de la mañana. Con los ojos recién abiertos.

—¿Quedamos esta tarde o no?

—Mejor no.

—¿Por qué? ¿Se puede saber lo que vas a hacer? ¿Esperar a que te envíe otro mensaje el idiota ese?

No me atrevo a decirle que es porque me voy con él, a por mi regalo misterioso. Probablemente me colgaría y tardaría en volver a dirigirme la palabra. Me justifico por la vía fácil:

—No. Tengo resaca. Todavía me duele la cabeza. No puedo con dos noches seguidas. ¿Tú no estás cansada?

—¡Menuda vieja! ¡Eres un coñazo!

14:30. En la mesa, con mis padres y mis dos hermanos, toda la familia al completo, masticando unos filetes de ternera con patatas asadas y cebolla sofrita con pimiento verde y rojo que mi madre condimenta como nadie, mientras lucho contra la ansiedad de no saber de él. La frase se repite:

—¿Se puede saber qué cara es esa? —exclama mi madre algo soliviantada—. Llevas una hora dándole vueltas al mismo bocado y me estás poniendo enferma. Haz el favor de tragar.

Mensaje. Las orejas se me estiran hasta adquirir la forma de las de un duende; pese al grito de mi madre, el gruñido de mi padre y la risa de los tontos de mis hermanos, pego un salto, estiro el brazo, la mano, los dedos y cojo el móvil cual reptil.

Mensaje. *A las cinco en punto en mi casa. No te retrases*.

Quizá me lleve a una función. Tiene que ser algo así ¿Por qué, si no, a las cinco en punto? Podría ser a y cuarto, o a y veinte, qué más daría, casi mejor porque si algo tengo claro es que prefiere que llegue tarde a que me presente pronto. Seguro. Es eso. Un espectáculo. Aunque también puede que sea una de sus normas absurdas para demostrar quién manda. No, seguro que no. Esta vez tiene que ser por

algo que le impone la hora a él, quizá mi regalo. ¡Ya lo tengo: una ópera!

—Perdonad, es importante. Tengo que enviar un trabajo.

—¿Enviar un trabajo el 7 de enero? ¿Nos tomas el pelo o es que piensas que somos idiotas, hija? —dice mi padre indignado.

—Querrá chatear con su novio el misterioso —añade mi hermano Manuel, burlándose de mí.

—Venga, Mariela, siéntate.

—Mamá, que es importante.

Me voy hacia la habitación, cierro la puerta y me lanzo sobre la cama. Necesito saber más de la ópera. Busco en Internet. Google disipa mis dudas: *Linda di Chamounix*, de Gaetano Donizetti. Ni idea de qué va. Cuentan que es una ópera melodramática en tres actos, compuesta para la corte vienesa y que va a ser representada por Juan Diego Flórez, que según los internautas entendidos es el mejor tenor del mundo. Por fin voy a ir al Liceo y con el mejor tenor, qué ilusión, aunque con mi nivel de entendimiento me habría servido lo mismo con cualquiera de medio pelo capaz de cantarla decentemente, espero no deprimirme por eso de que sea melodramática, ¿y la ropa?, ¿qué me pongo?, no me ha dicho nada. Igual quiere llevarme de compras como parte del regalo, o me tiene preparada una caja enorme con un maravilloso vestido largo, un abrigo y unos zapatos a juego.

16:15. Mensaje. *Espérame en el portal anterior a Foix. Te recogeré ahí.*

¡Qué raro! No entiendo nada, ni siquiera subo a casa. Debemos de ir muy justos de tiempo. ¡Qué más da! Tal vez sea mejor. Estoy excitada, mezcla de intriga e ilusión, sin calambres en el estómago; el factor sorpresa ha evaporado mis angustias, aunque también hay algo de temor; una leve inquietud. Siempre está.

Faltan cinco minutos para las cinco. He llegado de milagro (me ha costado una carrera frenética desde mi puerta al autobús y casi un atropello cuando he cruzado la plaza. Menos mal que me he sentado. Después de tres paradas, he conseguido recuperar el ritmo normal de la respiración), pero aquí estoy, en el 55 de Major de Sarrià, esperando, expectante.

Oigo un rugido tras de mí que me llama la atención, es el motor de su coche, el Carrera. Se acerca a gran velocidad, como si compitiera o se le fuera la vida en la calzada. Me meto más adentro en la acera hasta chocar con la pared, tengo la sensación de que va a devorar todo lo que encuentre a su paso, frena en seco, está guapo, más guapo que el año pasado, exageradamente guapo, bronceado, camisa azul claro, americana marrón, sus ojos resaltan y la tez aún destaca más con el celeste. ¿De dónde ha sacado el moreno? Éste se ha ido al Caribe o a alguna otra playa exótica y no me ha llevado. ¡Claro!, por eso ha estado desaparecido. Hace una mueca que quiere asemejarse a una

sonrisa, yo doy un salto al asfalto para abrir la puerta, meterme dentro y abalanzarme sobre él.

—¡Hola!

—¡Hola, *mala follá*! —Acaba de cortar mi alegría. Lo ha dicho con una mirada turbia que no sé interpretar. De forma instantánea ha evocado en mí aquel primer revuelco de estómago cuando, hace mucho, tal vez demasiado, al principio de nosotros, si es que hay nosotros, me llamó así. En un ejercicio selectivo, mi mente, para salvaguardarse de dolores menores, tenía enterrado aquel episodio. Nunca, en este tiempo, lo he recordado, ni una sola vez; a él, parece divertirle.

Mantengo silencio, cabizbaja.

—Estás poco habladora.

—¿Vamos a por mi regalo?

—Efectivamente. —Arranca y me mira de reojo con esa misma cara indescifrable de hace unos segundos. No sé hacer otra cosa que darle las gracias, un «gracias» tímido, mientras sortea el tráfico y los semáforos ámbar, sin aparentes complicaciones. Mis pies pisan el freno ficticio de la alfombrilla, aprieto con fuerza como si yo pudiese controlar algo.

—¿Te gustan las sorpresas?

—Sí, mucho.

—Nunca nadie te ha dado una como ésta.

Abro mi bolso y cojo el portafotos de metacrilato que le compré ayer. He pasado un buen rato envolviéndolo con un papel dorado que encontré en la sección de decoración. Es un detalle sencillo, lo más que ha dado de sí mi economía.

—Toma. Es tu regalo de Reyes —digo tendiendo la mano mientras gira el volante como en los autos de choque, alocado, de un lado a otro, sin alterarse, para tomar una calle que casi se ha pasado.

—Remensa, no tenías que hacerlo. Guárdalo y luego lo miro. Mi regalo llega ahora.

¿Su regalo? ¿Ahora? No entiendo nada. Estoy perdida.

—¿No íbamos a por el mío?

—Es para ti, pero yo también lo voy a disfrutar viendo tu cara. Quiero observarte.

—Será una cara feliz —le digo con la mayor de las ingenuidades.

Ha dado tantas vueltas y zigzags que no tengo ni la más remota idea de dónde estamos. Juraría que en la misma zona de su casa. Hay árboles, chalets y cuestas, pero no lo sé, ha salido por la calle Josep María Lladó a la ronda Dalt, ha subido, ha bajado, la ha vuelto a tomar, la ha vuelto a dejar, derecha, izquierda, rotonda, giro… Albinoni, de fondo.

—¿Dónde estamos?

—No necesitas saberlo. —Se ríe con la boca cerrada. Otra vez su hoyuelo. Me encanta.

Una vuelta más, reduce y empiezo a inquietarme.

Se detiene frente a una valla arbolada similar a la de sus padres. Llama por teléfono, no habla, nadie descuelga, se abre la gran puerta metálica, enorme, unos diez metros que corren poco a poco hacia dentro, el turbo ruge, pasamos, salimos de él a un camino de piedra cubierto por la sombra de sauces, pinos y abedules, atravesamos un patio, la casa está al fondo, una puerta de madera antigua, un pestillo de bronce (eso o el latón lleva años sin ser pulido). Àlvar tieso, yo a su lado, inerme. Tocamos. Toc, toc. Un mayordomo, alto, grueso y ojeroso, vestido con uniforme negro del siglo pasado, nos hace una reverencia.

—¿Los señores…?

—Martí —dice Àlvar categórico. La «í», acentuada, resuena como un martillazo en mi cerebro y se expande hasta llegar a las terminaciones nerviosas de los dedos. Inexplicablemente se desvanece la alegría y se encienden mis alertas. ¿Qué puede esperarme aquí dentro, entrando con un nombre falso? No puede ser un concierto, ni un atelier, ni una cena social; quizá un té, pero… ¿Con quién?, ¿para qué?

—El señor los espera. Síganme.

Se gira, coge un candelabro, lo enciende y con la luz tenue que desprende, arranca a andar. Sube las escaleras, sus dedos repasan la madera del barandado, casi no distingo lo que veo, suerte que, por las ventanas cubiertas con cortinas y faldones tupidos, se filtra un poco de luz que nos permite adivinar el escenario. Àlvar me cede el paso haciendo un gesto con la mano. Algo me está dando un mal presentimiento, casi terrorífico. Mentiras, misterio, vueltas, sigilo; no sé, tengo la sensación de que no me va a gustar lo que me espera; el presagio es aterrador.

Me giro. Àlvar me sonríe con esa misma mueca ininteligible que lleva dibujada desde que me ha recogido a unos pasos de Foix. Estoy confundida. El mayordomo, sin expresión, sube las escaleras de madera balanceándose, como un tronco. Apoya la mano que le deja libre el candelabro en el tallado de la barandilla como si no pudiese cargar el peso de su cuerpo y, mientras ascendemos, peldaño a peldaño, observo las paredes de tela de un granate intenso con rombos verdes y dorados, parecen caras que se burlan, los lienzos —cada diez centímetros hay uno, enmarcado en oro; retratos, paisajes, mansiones; oscuros, como todo aquí— y unos dibujos eróticos a carboncillo con un fino marco de pan de oro. Todo es oro. No me da tiempo a contemplarlos con detenimiento, pero distingo jóvenes desnudas que se acarician y se besan —en uno de ellos, el central, reconozco a

Satán, un ser diabólico, mitad hombre, mitad monstruo, tiene un rabo enorme enroscado alrededor de una joven oronda de pechos pequeños que ríe lasciva, la lengua sacada y un tridente más alto que él en el que se sujeta otra joven, también redonda, pero con más pecho; una tercera besa el pubis de ésta y se toca. ¡Dios! ¿Dónde estoy?

El mayordomo toca a la puerta con el guante. Toc, toc. Cierro los ojos y aprieto los dientes, siento miedo. Me giro, Àlvar sonríe. Quizá sea algo bueno. Se oye un «adelante» vivaz. Dentro, un señor de unos sesenta y muchos años, tal vez setenta, grande, gordo, de pelo blanco, calvo por arriba, con gafas cuadradas de pasta negra y un detalle de oro, mirada brillante y vestido muy elegante, está sentado de espaldas a un salón inmenso de techos abuhardillados desmesuradamente altos, con enormes ventanales que dan al patio del jardín, de donde asoman algunas ramas despobladas; al fondo, una cama con doseles y cortinones.

—¡Àlvar, Àlvar! —le dice el anciano, jovial. Oírlo me calma. El mayordomo se retira con una reverencia un tanto forzada, lo observo junto a su señor, curioso: siervo y amo se parecen más de lo que podría ser razonable.

—Peré, aquí estamos, en hora. —Àlvar se muestra cómodo, como si se conocieran hace tiempo. Pero… ¿Qué hago yo aquí?

—¿Ésta es la muchachita? Poca cosa pero hermosa —dice el anciano, incorporándose torpemente. A mí me produce cierto apuro.

—Con frecuencia lo pequeño es más placentero —replica Àlvar con una cara de diablo.

—Cierto. —El viejo ríe mientras se recoloca la corbata. Al moverla, le sobresale el gaznate con una papada de pavo real. Resulta desagradable. Aparenta ser uno de esos hombres de rancio abolengo, pretenciosos y estirados, cuyas grasas a una le hacen dudar si se ducha a diario o, por el contrario, le vendría bien un baño con espátula.

—Éste es el caso, mi querido Peré. El tamaño de Remensa es inversamente proporcional a su ardor. Hace falta que tú estés a la altura —ríe.

—Eso siempre, mi querido niño.

Los dos hablan y bromean como si yo no me encontrase presente, pero me encuentro, y estoy aterrada. Sus voces me suenan con eco, se bifurcan y difuminan. ¿Qué es esto?

—Remensa, tienes que prometerme que vas a ser obediente y que vas a disfrutar de tu regalo.

No me muevo, ni pestañeo, unas lágrimas saltan de mis ojos. El viejo, se acerca, me toca un pecho, va a mi mano, la coge y tira de mí como si fuera una niña a la que conducen al parvulario. Estoy perdida. Da angustia sentir su mano junto a la mía. Es estiércol, el aliento le huele agrio, a algo podrido; hasta el alma destila inmundicia. Miro a

Àlvar, asiente dando su consentimiento.

—¡Vamos, Remensa! Sé buena. Disfruta de tu regalo.

—Me quiero ir —suplico llorando.

—No puedes. Tienes que hacer lo que te pida. Hazlo por mí, será divertido.

—Por favor —imploro.

—¿Cómo puedes querer irte del lado del hombre por el que tanto me has preguntado?

Dejo de llorar, miro perpleja. ¿A qué se refiere? ¿Quién es este ser mugriento que tengo delante?

—¿No me reconoces? —dice Peré dilatando el acertijo.

—No. —Tampoco quiero.

—Tienes que aprender a ver debajo de las gafas, Remensa. Los brazos han engordado, pero la mirada es la misma. Quítate esas gafas, Peré.

El gordo se las quita y veo unos ojos grises con un cierto parecido a los de Àlvar, aunque son más pequeños.

—¿Es tu padre?

—Ja ja ja. Lo que puede engañar una foto.

—¿Una foto? —estoy desconcertada.

—Sí. La has mirado tanto que pensé que te morías de ganas de conocer a su protagonista.

Ahora lo entiendo.

—¿Es el tenista?

No puede ser. No es posible. Àlvar ríe.

—Pero…

—¿Qué te ocurre?

No sé por dónde empezar. Aquel hombre parecía elegante, sano; éste es una bola de miserias con sotabarba y la nariz amoratada. Solo me digo que no puede ser, no es posible; no así, no con él, no a mí.

De repente Peré me toca el pecho con su mano derecha y dice:

—Estas charneguitas… A veces salen rebeldes y es entonces cuando hay que hacerles lo mismo que a sus antepasadas, cuando se negaban en el campo.

Me lleva hasta la cama, ya no lloro, pero mis ojos están vidriosos, amenazando una riada desenfrenada. Detrás oigo los pasos de Àlvar, resuenan en la madera del suelo, lentos, pausados; los pierdo. Él se queda de espaldas al lado derecho de la cama y yo delante de él mirándolo sin querer verle. Es tan desagradable… Le veo la espalda porque, detrás, al otro lado de la cama, hay un enorme espejo francés de finales del siglo XIX, con laboriosas tallas de madera. Las manos arrugadas de Peré me palpan de nuevo los pechos, torpes lijas, auténticos zotes, sin ningún tipo de pericia. Raspan los pezones, después el brazo, los labios, el cuello… Quieren hacer demasiadas

cosas y no tienen destreza para ninguna. Ahora van a su bragueta, sus pupilas con ellas, la soban, suspira, suben, desabrochan el cinturón, sueltan el botón, inhala aire con afán, alza los ojos, sube los párpados, me mira, se relame. Estoy enfrente, quieta como un pasmarote, observándolo con la boca abierta, sin saber si preguntarle por lo que acaba de decir, ¿quiénes considera que son mis antepasadas?, ¿qué les hacían los que eran como él? Titubeo, aprieto los dientes y, finalmente, pregunto.

—¿Qué es lo de las antepasadas?

—¿No te lo ha explicado tu profesor, princesita? —responde aflojando el nudo de la corbata, la saca, se desprende de la chaqueta y comienza a desabrochar su camisa botón tras botón.

—No —reconozco tímidamente con voz temblorosa. Siento pánico al imaginar lo que puede venir.

El viejo continúa su ceremonia de desvestirse, ahora los gemelos de los puños, la camiseta interior, tiene bastante vello, canoso y encrespado, el cinturón… ¿Qué está haciendo?

—Los remensas eran los campesinos del Medievo que trabajaban las tierras de los señores a cambio de quedarse con parte de los frutos, como ahora tu padre y tantos otros extranjeros a los que dejamos poblar Cataluña y que trabajen y se ganen su sueldo. Cuando los nobles así lo deseaban, acudían al campo a saciar sus instintos con sus esposas e hijas. Sois nuestras.

Estoy aturdida. ¿Eso soy? ¿Eso es lo que he sido desde el principio?

—Ahora ya sabes cuál es la verdad —añade el viejo con gran sarcasmo. Su rostro está rubicundo, incluso chispeante.

Lloro por dentro, me llora el alma y muere, si es que puede morir.

—Te voy a advertir que no grites ni hagas locuras porque la habitación está insonorizada y la casa cerrada. Pórtate bien y todo saldrá sin problemas —advierte muy relajado—. ¿Lo has entendido?

—Sí.

—Es muy fácil. Todas lo entienden. ¿Tienes todo claro?

—Sí.

Demasiado. No puedo estar aquí. No, aquí no, por favor. Hago un esfuerzo por recobrar imágenes auxiliares en mi mente, pensar en olores, sonidos, caras, gestos; pequeños detalles que recompongan momentos dulces; cosas inútiles, pero tan necesarias para huir de este momento. Los recuerdos son tenues, como esta casa. Veo el parque verde, estoy con Oriol, me dice guapa, me río, miro al arbusto, es precioso, en él encuentro la cara de Àlvar. No puede ser. Tengo que pensar en otra cosa: la playa, sí, el agua, cuando me bañaba. Y ahí está Àlvar, adentrándose con un bañador en la inmensidad del océano, veo su *jacuzzi*, las burbujas, la mermelada, el cuchillo; del baño salto a la bombonería, de la bombonería a su coche, del coche a sus

reprimendas, de las reprimendas a los desplantes y de los desplantes a Peré. Momentos de basura en los que lloraba y me juraba que sería la última vez, que después de ésa no habría más; sin embargo, él me sonreía y yo me recuperaba. Ahora no me recupero, no es posible.

—Bájamela —murmura echando la vista a la cremallera. Se nota que se pone cachondo al ordenarlo.

Lo hago. Estoy mordida por el temor. Las lágrimas brotan sin que pueda evitarlo. Lágrimas sueltas, una a una.

El viejo se sienta, Àlvar también. Lo veo repanchigado a un lado en un elegante sillón verde agua, con ribetes dorados. Nos mira, contempla como el viejo, al que me ha entregado, extiende su brazo y vuelve a dirigir su mano a mi pecho, lo toca.

—Quítate el abrigo y el jersey y el sujetador, preciosidad.

—Por favor —imploro con una especie de tartamudeo nervioso. Mis oídos se han cerrado, los sonidos suenan lejanos. Unas lágrimas mojan mi cara.

—Las remensas no suplican ni cuestionan, las remensas hacen lo que les ordena su amo, pero tienes suerte; yo soy bueno y no te voy a pedir demasiado.

—Por favor —repito entrecortada, ahogada por el pánico.

Esto es más de lo que puedo soportar, siento que me voy, que, de alguna manera, mi mente desvaría, se aleja y observa estremecida esta escena tan aterradora.

—Quítatelo, sensual, muy sensual, igual que las niñas del cabaret. —¡Y yo qué sé cómo lo hacen las del burdel! Me quedo en blanco, balbuceo, sollozo.

—Esta perra es lerda, Àlvar —brama rabioso.

—Remensa —grita Àlvar dictatorialmente. Es todo cuanto dice, y es mucho. Miro y está impasible, como un cuadro, arrellanado, con la espalda escurrida en el respaldo de la butaca y las piernas abiertas y estiradas. ¡No siente pena de verme así, vejada, suplicando, llorando! ¿Qué tipo de monstruo es? Le odio.

Ojalá hubiese escuchado mis intuiciones, ellas me avisaron, pero yo no las quise oír, me tapé los oídos con los nudillos bien apretados, miré hacia otro lado, empujé a los que me llamaron intentando alejarme de él y seguí por mi sendero de basura, tragando estiércol. Ahora me lamento, yo soy así, siempre rechazo consejos, mi olfato y cualquier presentimiento propio o ajeno, y cuando viene la desgracia, gimo mis penas, un poco como esos que rechazan un boleto y se arrepienten cuando ven en la pantalla del televisor que el número ha sido premiado. «Ahora te aguantas, hija», es la frase preferida de mi madre siempre que dejo que ocurra algo que podría haber evitado. Y si la pillo inspirada, me añade que me parezco a Boabdil cuando entregó las llaves de Granada a los Reyes Católicos por eso de llorar lo

que no he sabido defender (en este caso, proteger). Pues sí, hoy soy un burdo Boabdil, atribulada en este escarnio.

—No quiero repetirlo, Remensa —me amenaza Àlvar con un virtuosísimo desapego.

—Te digo que esta perra es tonta. ¿Qué te pasa, putita? ¿No te apetece desnudarte para tu hombre?

Desabrocho con asfixia mi blusa de gasa amarilla, la dejo caer, tiro hacia arriba del top azul, lo saco, el sujetador, cae, tapo los pechos con los brazos, bajo los párpados, no quiero ver, ni a mí ni tampoco al viejo acalorado babeando ni a Àlvar sonriendo ni esta especie de reversión primitiva, no puedo. Peré gime.

—Tócame, nena. Agáchate y tócame. De rodillas. —Es su respuesta, como si yo no hubiese dicho nada.

Oigo, pero no escucho. Estoy dentro y fuera. Siento que no me habla a mí. Me giro de nuevo hacia Àlvar, permanece sentado en una butaca en la esquina, quieto, contemplando la escena.

—¡Eh, cría de mierda! No te lo voy a decir más veces, que te agaches y me toques el rabo —brama de nuevo, implacable, dibujando su ira en los surcos y el entrecejo; coge mi mano y tira hasta que toca su pene, me arrastra y, sin poder evitarlo, caigo de bruces sobre sus pies. Abro los ojos, mi boca se queda a unos milímetros del miembro; es pequeño y blando, no tiene aspecto de ir a mejorar mucho más.

—Chupa. ¡¡Que chupes!!

No. No puedo. Lloro, gimo de angustia. Estoy asustada, muy asustada. Me siento en peligro y no veo salida. No la hay. ¿Quién va a encontrarme aquí? ¿Quién va a rescatarme? Nadie. Me empuja la cabeza, sigo sin querer ver, cierro los ojos, entreabro la boca, le rozo este miembro flácido, toco la superficie con la punta de la lengua y chupo, náuseas, arcadas, ira, angustia; siento que mi estómago se retuerce. Mi único pensamiento es irme. Descubro nuevos mundos simultáneos de ficción que conviven con la realidad. Me distancio. Estoy lejos, muy lejos. Es un mundo irreal, fantástico, en el que tengo una capa de algo que me rodea y me protege como si fuera una cápsula, es un corcho gigante; los oigo, los intuyo, pero no los veo. Es un mundo auxiliar en el que me refugio; lo estoy creando yo. Y Àlvar, aquí, viéndome, insensible, indiferente a mi sufrimiento, como si yo fuese la mera proyección de una película porno antigua. ¿Cómo me puede estar haciendo esto? ¡No puede ser verdad!, tiene que tratarse de un sueño, un mal sueño, el peor de los sueños y, ahora, despertaré y me daré cuenta de que estoy sola, en mi cama, con mis padres y mis hermanos al lado, apenas a una pared de distancia. No. No es una pesadilla. Es real. El pene sigue flácido, parece que quiere hincharse, cobra algo de volumen, un algo mínimo, casi imperceptible. Exclama, inhala, exhala; yo lloro, sollozo y chupo. Poco a poco, noto cómo se va

poniendo rígido hasta ser un misil.

—Levántate y dame tu pecho.

Tengo que encorvar la espalda ligeramente. Lo chupa, lo lame, lo muerde, lo absorbe. Siento asco, está babeando mi pecho, lo tengo espumajeado. Duele, aunque es lo que menos hiere.

Un sonido llama mi atención. Me vuelvo a girar hacia Àlvar y presencio una de las escenas más dolorosas desde que hemos llegado a esta casa: está masturbándose con el miembro fuera de la bragueta. Quiere espectáculo. Se regocija con él.

—El pantalón, desnúdate —ordena el viejo. Obedezco sumisa. Primero las botas, después los vaqueros. Mira lascivo, absolutamente excitado—. Cógela y métela en ti. —Jadea echando la espalda hacia atrás y pasándose las manos por el pelo a la altura de las sienes, suda, la maleza del vello de su pecho gotea, su tripa se esparce.

Me siento encima, agarro el pene con las manos, con una lo dirijo y con otra abro mi agujero. Roza el interior de mis nalgas con las suyas. Es sórdido, estoy consumida, cerca de perder la vida. Por dentro me repito «acabará, acabará, acabará, acabará…», lo hago compulsivamente, y mientras cuento los segundos para que esta aberrante violación termine, desconecto, incapaz de aguantar un instante más.

—Ven. —Tira de mi brazo hacia él y caigo sobre su panza, abre la boca, absorbe de nuevo el pecho y me impregna el pezón de baba pegajosa.

Casi ciega del dolor, anhelo el fin, busco la presencia de Àlvar y no la encuentro. ¿Dónde estás? No te has podido ir. Eso no, aquí sola con el viejo no. No me puedes estar haciendo esto.

—¡Àlvar, cómo folla esta putita!

El viejo jadea, suda, tiene las pupilas dilatadas y los ojos le dan vueltas y vueltas, está encendido, grita «puta» y lo repite insistentemente como si decirlo aún le excitase más; ha perdido el control. Oigo unos pasos detrás, se aproximan lentos, se detienen. Un cuerpo me roza, una boca se pega a mi oído y susurra:

—¡Qué bien te estás portando, Remensa! Me excita que te follen. He sido un buen maestro.

Miro de reojo girando unos grados la cara; se peina, se despeina y se vuelve a peinar; pasa la mano por mi espalda. Su aliento permanece en mí, me agarra por la cintura, escupe en mi ano, pasa su dedo y su miembro me revienta. El sufrimiento es insoportable, siento que me están matando, lloro como nunca lo he hecho antes, los dos me embisten como animales poseídos, lo hacen con fuerza, siento que me matan, me desgarran, por dentro y por fuera, cada empentón es una dosis de ácido clorhídrico que me corroe, yo chillo y emito alaridos estridentes. Me atraganto de dolor. Estoy muriendo en vida.

—¡Ohhhh! Me voy a correr. La polla me va a reventar. Me corro, me corro, ahhhhhhhhh —suspira el viejo entrecortado, parece que se ahoga, ¡ojalá!, suda, me incorporo, cierra los ojos, se pasa las manos por la cabeza, tocando parte de su calva y del cabello blanco de las sienes. Àlvar se retira, el viejo continúa berreando y, en un instante, Àlvar golpea mi cara con su pene y su semen me ciega.

Por fin ha terminado, los dos han acabado, inhalo, pero por más que respiro, es como si la vida se me hubiera terminado, si es lo que acabo de sufrir, no la quiero alargar. Permanezco encima, sin saber muy bien qué hacer. Intento hablar, pero no tengo palabras, el viejo me aprieta los glúteos y me raspa con las uñas, me está arañando, aunque ya me da igual, dentro de esta agonía es lo menor. Me escuecen más las otras heridas, las del alma.

—Vístete y vámonos. —Es Àlvar, está de pie, abrochándose el pantalón con una tranquilidad pasmosa, la boca llena de euforia.

La despedida se limita a un «hablamos, Peré». Yo permanezco muda, con la cabeza agachada, ando sin vida, pasos muertos, zigzagueante, siguiendo pasos; cruzo el vestíbulo sin levantar el cuello, permanece encorvado hacia abajo como el mango del flexo que tengo en mi escritorio, atravieso el portón de la entrada y me meto en el coche, Àlvar se queda diciéndole algo al mayordomo, le entrega un pequeño sobre doblado (seguramente una propina), éste sonríe, le despide, cierra y Àlvar avanza firme, con cara de satisfecho. Entra en el coche, arranca y abandonamos esa mansión terrorífica que jamás voy a olvidar.

—Estoy muy orgulloso, Remensa. Te has portado muy bien, como una niña buena. —Sigo sin hablar, me he puesto a mirar al vacío y su imagen borrosa está llena de manchas que lo ensucian. Continúo en estado de *shock*, conmocionada, intentando descubrir si ha sido real o no—. Como premio, te voy a regalar un bálsamo. —Mete un disco negro en el que se lee Bach con letras plateadas, una clave de sol y varias corcheas y semicorcheas, avanza hasta la pista diez. Es una melodía hermosa, pero no le presto atención—. ¿La conoces? —me pregunta mientras cambia de marcha para tomar una curva. No, no la conozco ni me interesa. Estoy ausente, en mi mundo quebrado; la herida ha llegado tan al fondo que parte de mis sentimientos ya no existen ni existirán. Sé que no tiene solución. He muerto.

»Décimo movimiento de la *Cantata 147* de Bach, el último barroco. Atiende a su letra. —Me la tararea sin que me dé tiempo a preguntarle, pero no la distingo porque en mí suenan gritos rotos—: «Jesús sigue siendo mi alegría, consuelo y bálsamo de mi corazón, Jesús me defiende de toda pena…».

Encima se regocija. ¿Cómo puede ser tan malvado? ¿Qué tipo de despojo soy para que me trate así?

—¿Te ha gustado tu regalo, Remensa? Lo he pensado con mucho esmero.

Lo pregunta riendo. No contesto.

—¿No te habrás creído que Peré era el tenista? Peré no ha debido de coger una raqueta en su vida, si me apuras, ni tiene zapatillas. Menuda bola está hecho el cabrón —dice riendo sin siquiera mirarme.

Es mordaz. Lo dice con sarcasmo y casi placer. Ahora sí que lo veo, está claro. Tiene mala intención; una nítida voluntad de herir la herida, de romper lo roto y de aniquilar cualquier suspiro de vida que pueda quedar en mí, pero no puede, ya no, porque no se puede matar a quien está muerto. Esa causticidad suya tan despiadada está amarrada, le han quitado la voz y pega gritos mudos como el televisor sin volumen; mensajes sin sonido que se disuelven en la atmósfera.

No, no lo pensaba.

Cavilo; sabía que no era el de la foto, no podía serlo; no con esa tripa y esa papada; no con esa mirada. Los ojos del tenista eran puros, irresistibles, de triunfo y seducción; no obstante, tengo que confesar que por un momento he dudado. Era angustioso verle tirando de su corbata, me temblaban las piernas, las manos, el vientre y hasta el corazón, y Alvar allí, a un lado, mirando y después empujando como un animal salvaje en celo; todo mi cuerpo vibraba, como ahora; no me sentía capaz de discernir, era imposible que aquellos ojos magnéticos vinieran a mi memoria con perfección. Solo suscitaba asco y, sin explicación razonable, un olor a heces acudía a las aletas de mi nariz y se instalaba ahí por unos segundos, era él, sus redondeces, su cara, sus manos, esa tripa repugnante, ese aliento caliente y agrio. Agonía surrealista de la que no me repondré.

Àlvar conduce por Sarrià a una velocidad de circuito, sobrepasando todos los límites. Como un muñeco, me zarandeo de la ventanilla a su lado; no me importa, voy a vomitar, no creo que llegue adonde quiera que me lleve, el coche frena en la estación de Sants, enciende los cuatro intermitentes y me echa al vaho de la calle.

—De aquí sale un autobús directo a tu casa. Creo que es el 44, lo he mirado antes. Descansa y sé buena, princesa.

¡¿Princesa?! Me aturde. No sé si piensa que estoy curada de dolores, heridas y prejuicios, o simplemente disfruta con mi sufrimiento. Si no es tonto, si su sentido no le flaquea, debe de saber que estoy rota. No sé cómo todavía albergo la duda. Es maquiavélico, el mismísimo Satán del que hablaban los textos de las religiones abrahámicas; el que da vida al mal del Nuevo Testamento; un Lucifer

del siglo XXI —supongo que si Anton LaVey —aquel que se autoproclamó Papa negro— se lo hubiera encontrado, habría abandonado su corriente de satanismo ateísta. Imposible pensar en Satán como poseedor de características virtuosas porque no hay energía que compense tal maldad.

Me doy cuenta de que me despide sin haber abierto el regalo. Me falta el oxígeno, siento como mis vías se contraen hasta cerrarse, los ojos enrojecen, la cara pierde vida. Tiro de la manivela, empujo de la puerta, saco los pies y me hundo en el suelo como un espectro. El portafotos de metacrilato se queda en el suelo, envuelto con un lazo que lo convierte en ridículo y, todavía, me hace sentir más patética.

Muero. Veo sombras, oigo voces, ecos; se confunden con tacones, gritos, motores, pitidos. Las piernas me tiemblan, un hormigueo las recorre. Los raíles, borrosos, se mueven; los trenes se tambalean como si fueran a perder el equilibrio y se fueran a vencer sobre uno de los arcenes; los carteles sobrevuelan los vagones, y Àlvar, el viejo y sus penes ultrajándome, giran alrededor de mi cabeza. Me han violado, forzado. El uno me entrega y el otro me toma; el uno ordena y el otro cumple. Me pregunto qué soy, qué poca cosa soy, qué tipo de despojo soy. En este instante, me daría igual morir, desaparecer y dejar de existir. Lo deseo. Quizá sea lo mejor, total, no valgo nada.

Mi vista permanece en el suelo; veo suciedad, miseria; piernas y pies que se arropan con zapatos —anudados o abiertos, con tacones o sin ellos; verdes, marrones, negros, azules, hasta rojos—; en resumidas cuentas, zapatos que portan gente que conforman la vida. El mundo sigue siendo algo establecido y costumbrista, con sus gentes, sus trabajos y sus rutinas; un carrusel que gira en sus goznes, personas que repiten hábitos establecidos, que caminan sin mirar; una maraña de sentimientos que se esconden para fingir los adecuados; un egoísmo supino en grado superlativo; un me da igual lo que le ocurra al resto si yo consigo mi propósito. Y en este mundo camino sin que una sola alma se percate de que me falta la vida.

Dentro de mi debilidad, una gran fuerza me aclara que, si vivo, si llego a mi casa y salgo de ésta, no quiero volver a verle nunca más, ni en su casa, ni en clase, ni en Boston, ni en Pekín; no habrá más. No más.

Éste ha sido el fin. Mi fin.

XXI

Los acontecimientos que suceden en los siguientes meses son estremecedores, tanto que no alcanzo a describirlos. Al principio, durante los primeros días después de aquella tarde, tan solo lloraba mirando mis sombras, lo hacía escondida en mi habitación o en el baño de casa, encogida en forma de bola, agarrando mis rodillas y rodeándolas, me balanceaba como una mecedora mirando hacia atrás y recordando cada minúsculo detalle. Lo único que encontraba era un lacerante deceso, el hediondo olor de mis entrañas; los nervios causaban estragos royendo mi estómago, me comían sin piedad hasta que caía rendida por el agotamiento. Por las noches escuchaba la tempestad de berridos y el grito de las estrellas negras; tapaba mis oídos, pero jamás los apacigüé. Eran lamentos de adentro. De nuevo amanecía y regresaba a mi bamboleo. Al poco, dejé de llorar (al menos de forma continuada), me medio recompuse y decidí encerrarme en mí misma. Tres semanas pasé sin dirigirle la palabra a nadie (desconecté el teléfono y dejé de ir a la Facultad). No hablaba ni comía ni dormía. Preocupada, mi madre me llevó a un psicólogo que no consiguió sacarme ni una frase. «Señora, su hija es adolescente y es rebelde, está en la etapa de indignarse con el mundo y luchar; aunque me preocupa su mirada, quizá se trate de un *shock* postraumático. Este tipo de conductas se deben a algún episodio que le ha podido marcar, pero no puedo ayudarle si no habla. Necesito oírla», diagnosticó el especialista con mucho juicio.

Poco a poco, con la mansedumbre del tiempo, volví a hablar, aunque mucho menos porque me di cuenta de que sobran las palabras y la gente a la que dirigirlas. Me ayudaron mis amigas, sobre todo, Roser, Agnes e Iris. Un día —a la semana de mi reclusión voluntaria—, por sugerencia de mi madre que, a su vez, había recibido la indicación del psicólogo, vinieron las tres a casa, muy peripuestas, con la amenaza de no irse hasta que no saliera a tomar el aire con ellas y les contara qué me había ocurrido. Me encontraron quebrada, inerte y ojerosa, con la expresión de alguien a quien se le avecina la muerte y la desea.

—Mariela, preciosa, ¿qué te pasa? —me dijo Iris con mucho cariño.

De respuesta obtuvo la nada; un silencio terrible, de esos casi insoportables que golpean de manera consistente, como el mazo de un albañil tirando el muro que ya no sirve; con él sentimos el vacío y creo que, por primera vez, tomaron conciencia de lo que de verdad era el tiempo.

—¿Te podemos ayudar? Tienes que levantarte, no puedes seguir así. ¿Quieres decirnos qué te ha ocurrido? —prosiguió Iris.

Lo hice. Les dije que me encontraba triste sin aparente explicación, demolida y convertida en ruinas, y todas, salvo Roser, tragaron con esa farsa; creyeron que había caído en una depresión sin sentido, pero no fue así, nunca es así; todo tiene un sentido.

A la mañana siguiente, Roser volvió a presentarse en mi casa. Tocó el timbre, subió corriendo y, como si de un proyectil se tratase, emprendió rumbo a mi habitación.

—Amor —me dijo dándome unas palmadas rápidas en el muslo y un pellizco en el moflete mientras yo me mordía los labios y lloraba por dentro—, no me creo la bola que nos soltaste. Se la has colado a ellas, pero no a mí. Estoy segura de que este enclaustramiento tuyo es por culpa del profesor. Tienes que olvidarlo. No puedes ir más a su clase. Yo te daré los apuntes. El examen… ya se andará. Está tan lejos que ya te habrás desenamorado. Espero.

Yo era una sombra lúgubre. Solo oírle pronunciar la palabra profesor me retorcía indescriptiblemente las tripas.

No contesté. Tampoco me molesté en negar que estuviese enamorada. Ni siquiera una voluntad tan resuelta y vigorosa como la de Roser me podía ayudar. No había nadie que pudiera hacerlo. El mundo se había vuelto triste para siempre.

XXII

15 de abril. Domingo de Ramos.

Hace un día precioso, despejado y soleado, no parece que vaya a hacer frío, incluso apostaría a que la temperatura es templada y puedo salir sin chaqueta; miro el cielo y sonrío, pese a la noche. He tenido una pesadilla, una más, se suceden y se repiten, no quiero hacer escarnio, pero mi cerebro indaga sin mi permiso para recordarme que lo que viví es verdad. La casa es real, Peré es real, la doble penetración es real y su semen en mi cara es real. Todo absolutamente real. Yo, ahora, soy una suma de todo eso.

Lo que queda es otra persona, otra mente distinta a la que fui. Me pregunto qué hago todavía aquí.

Esta noche, en mi zozobra, Àlvar me llevaba a un castillo tenebroso en una montaña negra de rocas y telas de araña. Dentro, entre sombras, un mayordomo nos conducía a una habitación en la que un viejo nos esperaba vestido con una túnica morada. Casi no veía su cara porque la cubría la capucha; portaba un látigo en la mano, lo batía contra el suelo y, de entre las maderas, salían llamas que se convertían en demonios con cuerpo de mujer, se retorcían, sacaban la lengua viperina y alargaban los brazos, quemando todo aquello que alcanzaban. Sus uñas eran fuego. Ha sido horrible. Ahora estoy en la cama. Inundada por sensaciones raras, la vida, el alma, la muerte, me vienen todas las mañanas, y las tardes, y las noches; se instalan y me desvelan. He desayunado y he vuelto a taparme con la colcha. Estoy remoloneando mientras leo los apuntes de Roser; no hay quien los entienda, y eso que le pone empeño y añade bocadillos con explicaciones de lo más erudito. Pienso en el jueves, por la mañana nos iremos a Granada, a vivir la Semana Santa como manda la tradición porque para mi padre es parte de su vida y no se la perdería ni por casualidad, «salvo que la salud me lo impida», dice siempre.

De repente: ring ring ring. Es mi teléfono con su nuevo timbre, más austero —acorde con mi estado de ánimo—. Atrás quedó el pop latino de Enrique Iglesias.

Ya no hay amor. Ni ganas de él.

—Cariño, ¿a que no adivinas? —me pregunta Roser entusiasmada, con un tono caramelo demasiado artificial. La pobre no sabe qué hacer ni qué decir para que sonría y se pasa el día utilizando apelativos dulces, de lo más empalagoso, jamás usados por ella en el pasado, tales como «cariño», «amor», «princesa» y «corazón».

—No. —Soy demasiado escueta, pero no lo puedo evitar. Lucho con todas mis fuerzas y no me sale más. No.

—¡Tengo dos entradas para ir el miércoles al Godó! Josep tiene un viaje de trabajo y no va a llegar hasta muy tarde, así que me las ha dado para que vaya con quien quiera. Y… ¿adivinas a quién he elegido? —espero no ser yo, no tengo el cuerpo para ese tipo de eventos.

—¿No estás contenta? —No, todo lo contrario, pero me callo—. ¡Vamos, di algo! Las entraditas valen una fortuna, nos vamos a mezclar con todos los pijos ricos de la *city*, nosotras, las humildes de Badalona, como dos de la *jet set*. ¿Qué te parece? Tendremos que ponernos guapas. —Se ríe, lo hace sola. Parece que en vez de dos entradas al tenis, su nuevo noviete, con el que lleva saliendo desde Nochevieja, le hubiese regalado un viaje a una playa desierta del Caribe. Está radiante; yo, en cambio, descompuesta. Es oír Godó y se me eriza el pelo.

—Pero si es Semana Santa... —opongo, no dando mucho crédito a las fechas.

—Vaya, sí que es raro. Yo también lo he pensado. ¡El caso es que es, y nosotras vamos!

—Igual me voy al pueblo —Es una excusa que acabo de inventar.

—Pero si me dijiste ayer que te vas el jueves…

—Mi padre ha dicho hoy que puede que nos vayamos el miércoles, según se le dé el trabajo. Tiene muchas ganas de pisar su tierra, su Andalucía.

—¿Qué me cuentas? ¡Anda, anda! En cualquier caso tendrás libre la mañana, así que te vienes y punto.

—Estaré recogiendo con mi madre.

—¿Recogiendo? ¿El qué? Si tú no has doblado una camiseta en tu vida.

—Yo no soy muy de tenis. Ve con otra.

—¡Qué dices, nena! Vamos las dos. Quiero que seas tú, y es impepinable. Necesitas que te dé el aire, tienes que ventilarte, ver a gente, relacionarte… Ya está bien de pasar los días encerrada aquí como si te hubieran arrestado.

—Roser, al Godó suele ir Àlvar y no me apetece encontrármelo. —Sufro un pequeño mareo, tengo la sensación de que su voz penetrante me habla; lo estoy oyendo contarme acerca del club, del campeonato y de cómo se da un buen golpe.

—Àlvar irá a la final y a la semifinal, no a estos primeros partidos en los que juegan los menos encumbrados. En cualquier caso, ¿tú eres consciente de la cantidad de gente que va ahí? Miles. Es casi imposible que nos lo crucemos, aunque esté. Sería de una mala suerte tremenda. —Me guardo decirle que llevo conmigo la desgracia y que, si hay una posibilidad de que algo salga mal, saldrá—. De todas formas, si lo vemos damos media vuelta y corremos en dirección contraria, ¿vale?

—No.

—No admito un no. Vienes sí o sí.

—En serio, no me apetece salir de casa.

—Pero tienes que hacerlo. Estar recluida aumenta tu tristeza.

—Déjame, por favor.

—Estás en bucle.

—Voy a colgar. Hablamos otro rato.

—Escucha, vamos a hacer un trato. Vienes al tenis y si de camino te encuentras mal o nada más entrar sientes que necesitas salir, nos vamos y nunca más te propongo un plan. ¿Trato?

Estoy agobiada, siento ganas de llorar. Quiero que me deje en paz.

—Oye, contéstame. ¿Vale o no vale? —Cualquiera le contesta que no. Tan insistente como siempre…

—Lo vemos.

Hago con ella la guerra del tal vez y es probable que no.

—¿Cómo que lo vemos? No vemos nada.

—Lo hablamos el martes.

—No te voy a dejar hasta que me digas que vienes. Necesitas salir, ver gente, pensar en otras cosas, reír.

—Vale.

—¿De verdad?

—Sí —lo digo a regañadientes, aunque, por otro lado, pensándolo bien, será interesante conocer ese ambiente tan exclusivo del tenis de la alta sociedad de Barcelona, de los ricos muy ricos; qué hacen, cómo visten… Siento la curiosidad desde que vi aquellas fotos en su despacho.

Los tres días que preceden al miércoles los paso lívida, con mi eterna expresión atribulada, atormentada por mi desolación. Hasta mi piel está triste, tan apagada como mi mirada.

18 de abril, en la puerta del club de tenis, a punto de presenciar el gran torneo.

Como siempre, llegamos desafiando a Cronos. Quince minutos para que empiece el partido, dentro de cinco cierran los accesos, nos ha

dicho una azafata. Andamos entre la gente, la mayoría de los asistentes están sentados, todavía hay algunos rezagados que rumorean en círculos, embozados en alta costura y *prêt a porter*. Camino nerviosa con mis zapatillas entre pamelas, tacones y chaquetas. Hay tanta elegancia… Y yo con vaqueros y bambas. No pego nada en este sitio. Roser, al menos, se ha puesto un vestido mono con unas botas que, aunque se ven de escasa calidad, la adecentan más que a mí. Nos sentamos, los asientos son realmente buenos.

—¿Te das cuenta qué bien se mueve mi Josep?

—Desde luego —digo examinando de un lado a otro las gradas de enfrente por si Àlvar está sentado en ellas. Tenía razón Roser, es casi imposible que me lo encuentre; hay muchas cabezas y son microscópicas. No obstante, el corazón me palpita con estruendo, lo siento, se dilata, vibra. Tac, tac, tac, tac, tac. Latidos. Mazazos. Tac, tac, tac, tac, tac.

Un silbato nos calla. Es el árbitro. Los cuerpos dejan de moverse y el silencio se apodera de la pista. Me giro y, a la izquierda, justo al lado de Roser, un señor elegante, de unos cincuenta y tantos o sesenta años, muy bien conservado y de mirada magnética, me resulta vagamente familiar. Soy tan despistada que puede que sea un profesor de la Facultad y me suene de cruzármelo por los pasillos. A su diestra otro señor, más fondón, que no me suena de nada, le susurra algo al oído. El bien parecido asiente y se pasa la mano por la barbilla con cara de cavilar sobre algún problema ajeno al tenis. De repente, vuelven atentos a la tierra batida. Una vez más susurran, esta vez ríen como si hubiesen dicho una maldad —creo que de la escultural recogepelotas que le acaba de dar la bola de saque al tenista, una rubia de labios carnosos, no sé si naturales o siliconados, da igual porque el resultado es el mismo, y piernas kilométricas. Es despampanante—. Yo ando despistada. Solo miro de un lado a otro sin comprender los aplausos ni los «¡Aaaaaaaaaay!» del público (aunque suene poco chic, tengo que confesar que no entiendo mucho de tenis [para ser honesta, nada]; pero me gusta, sobre todo el ambiente, con tanta gente tan exquisita). Tenía razón Roser, me estoy despejando. Poco a poco me distraigo, mi pena se disipa entre tanta gente. Sigue aquí, conmigo, pero se oculta, como si los chóferes de las señoras guapas y bien vestidas se la hubiesen llevado de paseo, y me siento ligera; incluso sonrío. La élite de Barcelona está aquí. Huele a perfume caro, intenso, casi pegajoso; se me mete por las aletas y siento que me embriago. Las posturas son sofisticadas, las señoras parecen esculturas y los caballeros, ministros o presidentes de gobierno. Estoy tan fuera de lugar… ¿A cuánta gente de ésta habrá llevado mi padre en su taxi?

Los tenistas se estiran y gimen como si estuviesen haciendo los cien metros lisos, las recogepelotas siguen sacando bolas de debajo de sus

minúsculas faldas y les acercan toallas para que se sequen el sudor. Lo mejor es el momento de la inclinación de ellas para recoger las que se quedan desparramadas por el suelo; en ese momento, todos los señores bizquean y salivan como caninos ante un solomillo.

Vuelvo a mirar al caballero; viste pantalón *beige* de algodón, camisa azul clara y americana de espiga marrón. Sigo pensando que me recuerda a alguien. Igual es famoso… Miro y miro, intentando adivinar de quién se trata y, en éstas, me cruzo con sus pupilas. Su compañero también ojea. Me escurro, ¡glup!, qué vergüenza. Dirijo mi cabeza al frente. Once tiros con dos saques y vuelvo. Es curiosidad. De nuevo, me pilla. ¡Seré torpe! Y me sonríe. Mierda, me estoy poniendo roja, siento los braseros en las mejillas. Debe de pensar que me he enamorado porque, ahora, el que no deja de mirarme es él. Me ruboriza, pero, inevitablemente, de una forma magnética, no puedo apartar mis ojos. Lo asombroso es que cuanto más lo miro más perturbadora me resulta su mirada y más me atrapa. Tiene algo, no sé qué. Y yo, nada. Me siento un poco desnuda en este ambiente con mis vaqueros, mi camiseta roja de dibujos y mi cazadora, tan charnega, tan poco adinerada. Al señor elegante parece darle igual. Tiene sus pupilas en mis piernas, cualquiera pensaría que el partido se juega entre ellas y la pista; me incomoda y, sin embargo, no puedo dejar de mirarlo.

¡Ufff! Estoy sudando. Noto una gota que se desliza por mi cuello. En las gradas no corre el aire; me siento acalorada, casi agobiada. Necesito beber algo. Recuerdo haber visto una máquina de refrescos en el camino de la entrada. Espero a que el árbitro dé por finalizado el primer set y me escapo a hurtadillas en busca de ella. El pasillo está lleno de gente, algunas señoras me miran con cara de «ésta qué hace aquí». Las observo, tan perfectas; ellas no parecen tener calor. Corro más y aún aumenta más mi sed. ¡Necesito agua! Aquí estoy, en la máquina; no es la que recordaba, pero mejor, está más cerca. ¿Toda esta cola es para sacar una lata? No sé si buscar otra, para cuando haya sacado la bebida estaré deshidratada. Busco dinero en los bolsillos de la cazadora. No me lo creo; cincuenta céntimos en monedas de diez y un billete de veinte euros. Si tenía más monedas… ¿Ahora dónde consigo cambio? Levanto la vista, busco…

De repente, siento un dedo caliente en mi nuca. Me da un escalofrío. Ahora la mano entera; es gruesa, muy grande. Giro el cuerpo asustada y lo veo a él, al señor elegante que se sienta al lado de Roser, sonriendo con un ademán seductor. Esboza una mueca pícara y me tiende la otra mano con unas monedas.

—Toma, yo tengo suelto. —Tiene voz profunda, de locutor de radio. Igual es eso, ¡locutor de radio!, y me es familiar de verlo en alguna revista; como mi madre las compra todas, es más que probable.

—¡Oh, no!, muchas gracias. No se moleste. Se supone que tengo algo por aquí —digo hurgando en los bolsillos. Soy una idiota, quiero beber y le digo que no. Maldita timidez. Espero que insista…

—Vamos, son dos euros y te van a pegar los que tienes detrás. Si los encuentras, me los devuelves.

Hago una mueca de agradecimiento y acepto sin mirarle a los ojos. Me cuesta mantenerme frente a él. No estoy preparada para hablar con nadie que no sea Roser. Levanto la vista, sus labios se mueven, sonríe. Me fijo en sus canas y en los hoyuelos de la mejilla. Debió de ser guapo, todavía lo es, aunque ya se notan las arrugas.

—Gracias. —Es todo cuanto le digo tímidamente y me vuelvo hacia la máquina. Hay todo tipo de bebidas. Opto por un té a la naranja, que dicen que levanta el ánimo; lo saco y, cuando me doy la vuelta, me entrega una tarjeta en la que se leen unas iniciales, el nombre de la empresa, una web, un teléfono de oficina y un *email* corporativo.

G. C. R.
Comercio internacional Puch & Colomer
www.puchandcolomer.com
secretaria@puchcolomer.com
937 799 799

No puede ser. Colomer, no, por favor. Recuerdo mi triste amargura cotidiana. Son una plaga. Los veo por todas partes. No parece que la estirpe fuera tan exclusiva como me quiso hacer creer Àlvar. Continúo mirando la tarjeta cuando se acerca a mi oído y me susurra:

—Llámame. Quizá pueda hacer algo por ti… —Y se va casi sin que me dé tiempo a verle, de nuevo, la cara.

¿Por qué ha dicho eso? ¿En qué estará pensando? No conoce nada de mí, ¿cómo va a saber que puede ayudarme?

Pierdo unos segundos, aturdida, con la lata de té en la mano. Cuando vuelvo, Roser protagoniza una estampa de lo más desagradable. Está masticando chicle con la boca abierta y haciendo *bombolletas*. Mi fiador ya está sentado junto a ella y su amigo. Me mira, sonrío, sonríe, me ruborizo y me siento.

—¿Qué haces con un chicle? —le pregunto espeluznada.

—Hija, de repente me ha entrado sed y no tenía nada más a mano. No he querido salir por si nos cruzábamos y no llegaba a tiempo.

—Pues, toma, bebe —le digo poniéndole la lata en la mano—. Si te viera tu Josep te plantaba en este mismo instante.

—¿Por qué?

—Por darle con ese brío a la mandíbula.

—¡Qué dices! Hemos venido a disfrutar. ¡Tira esta porquería, que sabe a rayos!

—Es té a la naranja.

—Como si es agua de jazmines. ¡Sabe asqueroso! —exclama haciendo una pompa con el chicle.

—¡Por Dios, Roser! Estás en el tenis, no puedes masticar chicle así y hacer globos.

—¿Quieres no ser tan sibarita? Ni que vinieras del principado de Mónaco. A ver si no voy a poder hacer lo que me venga en gana.

—¿Sibarita? Es sentido común. Aquí hay un silencio sepulcral, la gente no respira, se sienta bien, toma caviar y brinda con cava en el descanso. Y tú te pones a masticar como un caballo.

—Al niño de delante le acaban de sonar los mocos.

—Y yo acabo de toser. ¡Venga, por favor! Es algo fisiológico y es un niño. Tú eres adulta y llamas la atención masticando con la boca abierta.

—Qué fina te estás volviendo...

—No se trata de ser fina. Soy normal, lo que pasa es que aquí nadie mastica chicle. Mira a tu alrededor.

—Tú dirige los ojos al frente, que te va a dar una tortícolis de tanto mirar a la izquierda. Solo hay dos carrozas.

—Por favor, te van a oír.

Pensaba contarle lo que ha ocurrido junto a la máquina, pero ya no. Menos mal que no lo he hecho, no sé lo que habría pensado. Me incomoda. La imagino sermoneándome como una verdulera del Borne sobre lo atrevido que es el señor G. C. R. y lo patética que resulto yo.

—Son mayores que mi padre —rezonga Roser.

—Y que el mío, pero no por eso debemos ser groseras. Ni nos han hablado, ¿por qué te metes con ellos?

—No se habrán lanzado al parloteo, pero están a punto de que se les caigan los ojos al suelo de tanto como los abren para mirarnos. Eso me parece mucho peor que masticar chicle.

—Por favor, sé un poco discreta. Te lo digo en serio, si te viera tu Josep no te volvería a invitar a nada.

—No está. Y, si estuviera, me besaría encantado. A él se la soplan todos estos protocolos.

El tiempo que resta se me hace eterno, con la cabeza de un lado a otro, siguiendo la pelota, buscando miradas. Punto final, ovación, aplausos; niñas, de no más de quince años, gritan enfervorizadas; algunos críos y otros, ya crecidos, entran alborotados en la pista con pelotas, folletos, camisetas y otro tipo de *souvenirs* y se apelotonan alrededor de los tenistas para que se los firmen. Les va a dar asfixia. Algunos se retiran de forma educada de sus asientos. Nosotras salimos de puntillas. Los señores carrozas, que continúan aplaudiendo, nos ceden el paso de un salto, «gracias», «de nada» y siento cómo nos escanean de arriba abajo y de delante atrás como si fueran los rayos X del Prat. Avanzamos y comenzamos a hablar (en realidad, Roser habla

y yo escucho).

—¿Has visto cómo han vuelto a comernos con la mirada? Están muy salidos.

—Ssssss. Por Dios, te van a oír —musito con la boca en el cuello de la camisa.

—¿Por qué me voy a callar, si es verdad?

Le indico silencio con un gesto mientras intento avanzar entre la marabunta. De repente, mi corazón se detiene; siento un revoltijo en el estómago. Me va a dar un ataque. Creo que ése de allí, el que está de perfil dos filas más arriba, es Àlvar. ¡Oh no!, que no se gire. Lo hace, pero en la otra dirección. Me da la espalda por completo, se toca el pelo y habla con alguien. Se mueve, gira la cabeza hacia mí. ¡No, por favor!, no; mira a algún lugar cerca de mí. Es muy parecido, mucho, pero no es él. Continúo con el cuerpo revuelto, de hecho va a más. Quizá es su hermano Enric y anda por aquí. Tengo que huir. Tal vez haya venido. No quiero verle ni que me vea, no soportaría su mirada ni su sonrisa, me derrumbaría. ¿Qué haría él? ¿Cómo reaccionaría? Quiero salir de aquí. Pongo empeño en avanzar más rápido, serpenteo con la cabeza rotando como un faro, pero no puedo. La amalgama de gente va poco a poco, tropezando, pisando. Estoy enfermando, desvarío; todos los viejos me parecen Peré, recuerdo aquella tarde, retazos, detalles insospechados que ni siquiera percibí allí.

—¿Qué buscas? —me pregunta Roser, sorprendida por mi repentina ansiedad.

—Uno me ha parecido Àlvar. —Lo de Peré no puedo decirlo, además sé que son alucinaciones.

—¡Vaya! Ya me parecía raro que no lo mencionaras. ¡Anda, no seas neurótica!

—Creo que es su hermano.

—¿Lo conoces?

—No, pero son como dos gotas de agua. No pueden parecerse tanto y no ser nada entre sí.

—Estás obsesionada. Tienes que borrarlo de tu mente y olvidarlo. En vez de buscarlo, intenta encontrar a un tío bueno de morir. —Sé que lo hace con su mejor intención porque, aunque un poco bruta, es buena. Pero en este caso no me ayuda. Necesito comprensión—. A ver, sonríe.

Pega sus manos a mi cara y con cada una tira hacia un lado para dibujarme una sonrisa forzada.

—Mira qué guapa estás —me dice—. ¿Has visto a ésas? Parece que van de boda… —Efectivamente, van engalanadas, subidas a unos *stilettos* de diez centímetros. Lo más llamativo es que son señoras en su cincuentena, con unas piernas torneadas que ya las quisiéramos

nosotras, y mantienen el equilibrio mejor que nosotras de plano.

—Y yo que pensaba que venías mona, Roser… Resulta que eres de lo menos elegante del lugar.

Me burlo en un intento de animarme, pero es inútil. No consigo quitarme a Àlvar de la cabeza, los meses con él, sus besos, sus desplantes y la última tarde, aquella tortura vejatoria. Todo pasa por mi cerebro como una película; la película de mi vida. Ahora estoy entre el tumulto, dando pasos torpes, con las pupilas dilatadas, pendientes de algún moreno con mirada ambiciosa o de un viejo orondo y calvo.

—¿Te has visto tú? —me dice chinchándome para seguirme la broma, pero yo ya la he dejado. Estoy en otra cosa—. Corazón, parece que vas a hacer deporte y no encuentras a tu entrenador. Deja de buscar como una loca al hijo de puta de tu profesor y camina… O corre, aprovechando que vas equipada para ello.

Me pellizca. Despierto.

—Menudo par. Estamos totalmente fuera de lugar.

La vergüenza nos hace reír absurdamente, como dos tontas.

—¿Te das cuenta? No hemos visto a tu profesor. Tanta tabarra que me has dado, tanto nervio, tanto ¡ayyyy! —me dice a unos metros de la puerta.

Cuando consigo salir de ahí, respiro. ¡Por fin!

Andamos en dirección a la parada de autobuses. ¡Qué mala suerte!, se está yendo el nuestro. Ralentizamos el paso, tenemos para un buen rato. Mensaje. Miro el móvil y me pongo blanca.

—¿Qué te pasa, nena?

—Àlvar.

—¿¡Qué!? —Ella también empalidece.

—Me acaba de enviar un mensaje —digo con unas lágrimas cayendo por mis mejillas. Mi cuerpo está débil. De repente, todo lo que se esconde en mí, ha vuelto. Todo. Y me convierto en un hálito irreal que vaga en la herrumbre de su fatalidad.

—¿Y qué te dice?

—Estabas muy guapa con los vaqueros, Remensa. ¿Por qué no vienes a clase? Echo de menos comerme a mi *pescaíto* —leo gimoteando.

El sol me ha abandonado. Y también la luna. La gente ha desaparecido y me quedo en el silencio de mi angustia que puebla mi agonía con ásperos recuerdos que aún me roen el alma.

Hago un recuento minucioso de todos los segundos de aquel día, siento tristeza, odio, rabia, dolor. Resuena en mis oídos el jadeo de Peré. Lo veo a él, al señor mayor, la habitación, los cuadros, la cama… A Àlvar impasible, mirando, penetrándome, destrozándome.

La cabeza se me ha caído hacia delante como si las vértebras

cervicales hubiesen perdido su consistencia y la nuca se hubiera descolgado; no puedo despegar mis ojos del suelo, de los baldosines cuadriculados que suelan la acera. Estoy perdida, necesito esconderme. Y lo más triste es que, pese al dolor, a la humillación, al miedo, a sus juegos manipulatorios, a su insensibilidad —en definitiva, a su maldad—, aún le quiero. Siempre le he querido, aunque lo pretenda ocultar. Estoy atrapada. No he salido.

XXIII

Sábado, 12 de mayo. Cadaqués, con vistas al pintoresco Cabo de Creus, en la misma villa en la que vivió Matisse. 23:20.

Suena Ravel, con su bolero de tempo invariable y melodía obsesiva desde el susurro hasta la explosión final barroca. Se repite y se repite, una y otra vez, para que nosotros nos comamos enteros al ritmo de su embriagadora cadencia. Él y su pasión por la música. No sé cuántas veces habrá sonado… Me envuelve. Siento sus labios mojados en mi pubis, me ha besado todo el cuerpo. Bisbisa palabras lascivas y frases de amor que ni recordaba. Es lo último que habría esperado de él. Ahora me penetra con su lengua. Ahhh, no controlo mi cuerpo. Con cada toque de tambor entra como un taladro y me estremezco de placer. Levanto la nuca; la cabeza y los hombros los mantengo apoyados en el colchón; y arqueo el cuerpo, convirtiendo mi espalda en una bóveda baída como la de la iglesia de Santa María de Gracia, en Cazorla, Jaén. Una vez la fui a ver y me escondí entre sus ruinas. Tenía cinco años. ¿A quién le importa ahora? Ahhh. Un nuevo taladro, y otro, y otro. Sobrevuelo. Estoy empapada, gimo, jadeo, ardo. El placer se extiende hasta mis dedos, es un hormigueo indescriptible que me sacude. Lo miro. Una vez más, he vuelto a él, a sus labios y a su mirada.

—Nena, mi nena, me excitas tanto.

Muevo las piernas, sus manos acarician el interior de mis muslos y un escalofrío ardiente recorre mi cuerpo.

—¿Te gusta? Dime, ¿te gusta? —me pregunta mordisqueándome e inhalando el aroma de mi piel—. A mí me encanta comerte. Saborearte, olerte. Dime que te gusta que te coma, que quieres que te absorba y entre dentro de ti hasta reventarte de placer.

Se incorpora con las rodillas y la mano derecha apoyadas y, con la izquierda, me da la vuelta y tira de mi estómago hacia arriba. Quedo a cuatro patas, como un animal, dispuesta a que me folle. Quiero que me folle, del verbo follar, de penetrar, enloquecer y disfrutar. Lo quiero dentro. Busca mi orificio y me mete su miembro grueso; lo noto adentro del todo, rellena mi agujero, lo dilata, sujeta mis caderas,

embiste, siento que me desgarra, me agito, tiemblo, berreo. Cada empentón es un relámpago de placer, un cortocircuito que me embriaga.

Riiiiiing, riiiiiing, riiiiiing. Es su teléfono. Riiiiiing, riiiiiing, riiiiiing. Suena persistentemente.

—¡No puede ser! —dice templado. Es tan sereno… Incluso ahora, jadeante, con el miembro enhiesto, habla tranquilo. Sale de mí, se incorpora, me da un beso en la espalda y dice:

—Perdona, mi amor. Tengo que cogerlo. Espero una llamada importante y puede que sea ésta.

No necesita pedirme perdón. Ahora que mi vida ha cambiado soy feliz. Me doy la vuelta y quedo panza arriba, esperando a que regrese y me toque, me inhale, me succione y beba cada gota de mí. ¿Qué hora será? No tengo noción del tiempo, únicamente sé que es de noche porque la habitación está a oscuras. Entra un filo de luz de la lámpara de lectura del salón que le sirve para guiarse; camina descalzo por la moqueta *beige* de cachemir —una especie de nube gruesa y esponjosa— en la que sus pies se hunden; cuesta verle los dedos entre el sedoso pelo. Entra en el vestidor, rebusca y el riiiiiing, riiiiiing, riiiiiing deja de sonar.

—¡Lo sabía! Iba a ser llegar y parar el pitidito —dice en voz alta riéndose de lo ridículo de la escena. Saca medio cuerpo del vestidor, lo veo caliente, sus facciones, su complexión… Hasta así me erotiza. Necesito que vuelva y seguir con su miembro dentro de mí, con su boca en mi sexo, echando su aliento caliente, temblando. Con él.

Coge el móvil del bolsillo interior de su chaqueta, se lo acerca y marca.

—Dime —le espeta a un tercero. Se ha puesto serio. Está claro que no era un asunto fútil.

Le hablan, calla, Ravel marca el ritmo del silencio, yo tarareo el ta tarará, tarararararara rararará… (No sé qué pensará su interlocutor). A mí me excita.

—No me gusta —calla—. Te digo que no me gusta. O mantiene el precio o no compro. Envíamelo por correo, quiero revisarlo —replica muy seguro a lo que le acaban de decir. Sus palabras parecen disparos. Noto mucha tensión, pero él no se amilana, rezuma una consistente firmeza. Me impone.

Le atiendo, me gusta cerciorarme de lo importante que es, tan culto, tan sereno. Se calla, escucha, yo me estiro como un gato cuando se despereza y aprovecho para mirar mi teléfono (no lo he encendido desde ayer. ¿Para qué, estando con él?).

¡Uau! Diez mensajes y siete avisos de llamada. Los abro. Cada uno es un toque de tambor:

Ven a mi casa cuando salgas de clase.
¿Vas a venir?
Te estoy esperando.
Quieres contestar? Dónde te has metido?
Q pasa? Te voy a tener q llamar?
Te he llamado y no lo coges! X qué no descuelgas?
Q cojones haces?
Llámame ya, o atente a las consecuencias.
Tienes un aprobado pendiente de mí en historia.
Tu aprobado depende de tu actitud. Q quieres??

Una vez más, demuestra la magnitud de su soberbia.

Me da igual. Cierro, apago, lo lanzo a un lado como un objeto inservible y miro la silueta perfilada de mi amor en la penumbra. Echo la cabeza hacia atrás, sonriendo. Mi melena me acaricia los hombros; parece que fuera un pincel y quisiera barnizarlos. Vuelvo a mirarlo. Es tan *sexy*. Me erotiza. Me toco al son de Ravel, recordando sus manos, sus ojos, sus labios, su aliento, su calor; mis dedos se mojan, sudo, siento placer. Me muevo, repaso su cuerpo; cada poro es un pozo lleno de agua que, al beberlo, se convierte en placer. Regresa, viene con una toalla enroscada en la cadera con el mismo estilo que un romano en las termas. Me detengo y lo estudio. Torneado, atlético, con la fascia lata y el cuádriceps femoral perfectamente definidos. Parece un muñeco de esos con los que el profesor de naturales me enseñaba anatomía. Observo el movimiento de sus piernas y de sus brazos, lento, rítmico, sensual. Tan magnético. Estoy atrapada.

—Lo siento, amor —dice mientras se acerca—, era un tema ineludible. Ya no hago caso a nadie más. Lo que queda de fin de semana es tuyo y mío; de los dos, para gozar y comerte a besos. —Y me besa, besos uno detrás de otro por la cara, el cuello, el escote, el estómago, las ingles… Enciende la luz de la mesilla tanteando con la mano izquierda, se incorpora para contemplarme como si hiciera una flexión y, de nuevo, lo veo iluminado. Hay una escultura, rosas violetas y un espejo, sus dientes son blancos y su sonrisa clara; pero, inevitablemente, mis ojos se clavan siempre en los suyos, no puedo despegarlos. Y lo veo, ahora lo veo; veo aquellos ojos, los mismos ojos, la misma ambición. Lo conozco, sé quién es—. Eres una muñequita, mi muñequita, mi musa, tan perfecta como un dibujo. Pequeña…

Se coloca encima, alarga el brazo, coloca el dedo índice sobre mis labios. Lo lamo, hace círculos, sale, baja por el cuello, el pecho, rodea los pezones, primero uno, luego otro, desciende lento hasta el ombligo, siento un cosquilleo, continúa, sonrío, ya no son dos, ya no hay un dulce y un perverso, ya no sufro desplantes ni abusos ni desaires; ahora solo existe uno, el bueno, el cariñoso, el considerado

de mirada brillante. El otro se ha ido. Se lo llevaron los disgustos. Ha cambiado tanto todo…

Me monta, cruza los brazos y agarra mis muñecas con sus manos. Son grandes, muy grandes. De nuevo, lo veo; veo aquellas manos enormes de poder que, también cruzadas, sujetaban una gran copa de plata y una raqueta gruesa. Estoy segura, es él. Me domina, quiero que me posea. Me besa, eleva mínimamente la cadera e hiende su mano entre nosotros en dirección a mi sexo. Comienza a moverse muy despacio pero de forma muy intensa. Todavía no está dentro de mí, emite un «ahhhahhhaahh» profundo, y otro, y otro, y otro, espaciados por segundos que se me antojan eternos. Sus grandes manos, aquellas manos enormes y cuadradas de la foto en blanco y negro, me agarran de nuevo las muñecas y me hacen daño; casi no me llega la sangre a los dedos, me incorporo unos centímetros para mirar, se están amoratando, me duele pero me gusta, mezcla de goce y dolor. Estoy mojada, en trance. Baja su cara, acerca sus labios a mí y me lame. Está recorriendo mi escote con su lengua, jadeo de placer. Es tan excitante… Me retuerzo debajo de él, y veo aquella foto en su marco de plata, fino, liso, con su escudo. Aquella foto desdibujada tiene foco. Siempre la he visto de lejos, ahora se acerca, y aquella vaga visión se me dibuja perfectamente entre sofocos y resuellos. Voy a sus labios, aquellos labios, y estos, los de él. Los observo; son los mismos, con su misma forma y su misma mueca; los mismos y tan distintos. Jadea, gimo, gime, jadeo. El brillo de las pupilas me recuerda el de ese marco que deslumbraba, aquel fino marco de plata reluciente, aquel escudo en esmalte y plata al pie de la foto. La fuerza de sus ojos estaba en aquella foto, lo recuerdo. Un escalofrío me recorre el cuerpo. Mi corazón palpita. Me sube el calor, se me eriza el vello. Es él. Él. Le miro y lo veo claramente. Ahora lo reconozco, y lo sé; lo vi cuando entré al club de tenis, cuando me entregó su tarjeta en la máquina de bebidas. Ahora lo visualizo en mi cabeza. Y su boca, su sonrisa; esa sonrisa abierta de la foto que tantas veces he mirado mientras el otro Colomer me embestía por detrás en el escritorio. Me suelta una muñeca, me agarra las dos con la misma mano, inmensa, con la otra cubre mis pechos. Empenta fuerte, duro, frenético. Tengo la deliciosa sensación de que me voy a quebrar, estoy a punto de correrme, a punto de explotar y romperme en miles de añicos, millones de átomos de gozo. Mi descubrimiento me excita todavía más. Quizá sea mi venganza, la mejor venganza. Una venganza no planeada y con quien más le puede doler.

Vibro, siento un hormigueo frenético y quiero más. No me sacio.

—¿Te gusta, princesa? —dice excitado. Tiene el pecho, el cuello y la cara enrojecidos de hacer fuerza, como si también fuera a explotar —. Dime, princesa ¿te gusta? Quiero que disfrutes.

Gimo. Es mi forma de decir sí. Siento un cosquilleo enloquecedor, vuelvo a sus enormes manos de poder, ahora a sus ojos, a su retina, a su iris. Mi memoria hace un *zoom*. Esos ojos de ambición me acercan, cada vez más, a aquella cara de treinta y siete años atrás, en el tenis, interesante, carismática, con una barba perfectamente rasurada, sin patas de gallo ni canas, que sonreía ampliamente agarrando su copa de plata y la raqueta que le hizo merecedor de ella, con los brazos cruzados. Es un *zoom* que me aproxima a aquella foto que ahora ya alcanzo a entender.

Y ahora, justo ahora, entiendo aquella dedicatoria sobre la que tanto me he preguntado:

Estimat fill, amb molt carinyo de ton pare.

Es él. Aquel hombre es él.

BIBLIOGRAFÍA

Balcells, Albert. *Historia de Cataluña*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2006.

Blanco, Julio. *El destronamiento de Juan II de Aragón y la elección de rey catalán* (conferencia), 2012.

Bofarull, Antonio. *La confederación catalano-aragonesa*.

Buesa, Domingo J. *La supuesta Corona catalano-aragonesa. Construcción de la gran mentira del nacionalismo catalán*, La Cadiera, Zaragoza, 2013.

Utrilla, Juan F. *La génesis de la Corona de Aragón*, Aragó, Zaragoza, 1988.

Corral, José L. *¿Qué fue de la corona de Aragón?*, El Periódico de Aragón, Zaragoza, 2010.

Historia contada de Aragón, Leyere Ediciones, Zaragoza, 2002.

La Corona de Aragón. Manipulación, mito e historia, Doce Robles, Zaragoza, 2014.

La formación territorial. Historia de Aragón, vol. 5, Guara, Zaragoza, 1985.

D'Abadal, Ramon. *Els primera comtes catalans*, La Magrana, Barcelona, 2011.

El Tratado de Corbeil, 1258.

Ferrer i Mallol, María T. *Entre la paz y la guerra. La Corona Catalano-Aragonesa en la Baja Edad Media*, CSIC, Madrid, 2006.

Lalinde, Jesús. *La Corona de Aragón. Rey, conde y señor,* vol. 5, Aragó, Zaragoza, 1988.

Reglá, Joan. *Historia de Cataluña*, Alianza Editorial, Madrid, 1983.

Rodríguez-Picabea, Enrique. *La Corona de Aragón en la Edad Media*, Akal, Madrid, 1999.

Rubio, Adela. *Historia de la Corona de Aragón*, Delsan Libros, Zaragoza, 2008.

Ubieto, Antonio. *Creación y desarrollo de la Corona de Aragón*, Anubar Ediciones, Zaragoza, 1987.

Esponsales de la reina Petronila y la creación de la Corona de Aragón, Centro del Libro de Aragón, Zaragoza, 1987.

Historia de Aragón, Anubar Ediciones, Zaragoza, 1981.

Vagad, Fabricio. *Crónica de los Reyes del reino de Aragón*.

Table of Content